



Escriben:

**DOSSIER:** William H. Sewell, Jr /  
Gabrielle M. Spiegel / Manu Goswami /  
Geoff Eley

**LECTURAS:** Tulio Halperín Donghi / Juan  
Carlos Torre

**ARTÍCULOS:** María Celia Bravo / Vanesa  
Teitelbaum / Olga Echeverría / Mariana  
Pérez



# ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA  
AÑO XVIII - NÚMERO 35 - COMIENZOS DE 2009



35

**Dossier:** De la historia cultural a la historia de la sociedad:  
debate sobre el libro *A Crooked Line* de Geoff Eley

**Lecturas:** Buenos Aires en armas / Socialismo y  
movimiento obrero

**Artículos:** Protesta, sociabilidad y política en el mundo de los  
trabajadores de Tucumán / Carlos Ibarguren y el  
autoritarismo / Los españoles durante la Revolución de Mayo

# )ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA

AÑO XVIII – NÚMERO 35 – COMIENZOS DE 2009

## Consejo de dirección

Silvia Finocchio  
Mirta Zaida Lobato  
Lucas Luchilo  
Gustavo Paz  
Leticia Prislei  
Fernando Rocchi  
Juan Suriano

## Director

Juan Suriano

**ENTREPASADOS** se publica con el aporte económico proveniente del premio Concurso de Revistas de Investigación en Historia y Ciencias Sociales organizado por un grupo de académicos argentinos residentes en Estados Unidos, gestionado por la Fundación Compromiso y con el apoyo financiero de la Fundación Ford. El Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de General San Martín permitió acreditar los fondos provenientes de la Fundación Ford.

**ENTREPASADOS** es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El consejo de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite.

**Suscriptores:** En Argentina: precio del ejemplar \$ 25  
suscripción anual \$ 50  
En el exterior, vía superficie u\$s 30, vía aérea u\$s 40

**Entrepasados** recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Carmelo Juan Suriano, Cuenca 1949 (1416), Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4582-2925.  
e-mail: [entrepasados@websail.com.ar](mailto:entrepasados@websail.com.ar)  
[www.entrepasados.com.ar](http://www.entrepasados.com.ar)

**Distribución internacional:** Cochabamba 248, D. 2, Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4361-0473. Fax: 4361-0493  
e-mail: [cambeiro@latbook.com.ar](mailto:cambeiro@latbook.com.ar)

**Impresión:** Primera Clase, California 1231, Ciudad de Buenos Aires, República Argentina



Foto de tapa: Terminal de colectivos, 29 de enero de 1962, de Diego Bonacina. Tomado de *Fotogramas santafesinos*, Instituto de Cinematografía de la UNL, 1956-1976, p. 176  
Ilustraciones de las portadillas: Victor Rebuffo, *Xilografías* 1967, 1981 y 1982.

## Índice

### Dossier

**Debate sobre el libro de Geoff Eley**  
*A Crooked Line: From Cultural History to the History of Society*

<i>Introducción</i>	7
<i>Líneas torcidas</i> William H. Sewell, Jr.	9
<i>Comentario sobre Una línea torcida</i> Gabrielle M. Spiegel	25
<i>Recordando el futuro</i> Manu Goswami	38
<i>El profano e imperfecto mundo de la historiografía</i> Geoff Eley	49

### Artículos

<i>Socialistas y católicos disputando el mundo de los trabajadores. Protesta, sociabilidad y política en Tucumán (1895-1910)</i> María Celia Bravo y Vanesa Teitelbaum	67
<i>Entre los mandatos familiares y la dinámica social</i> <i>Carlos Ibarguren y su camino al autoritarismo</i> Olga Echeverría	89
<i>Un grupo caído en desgracia: los españoles europeos de Buenos Aires durante la Revolución de Mayo</i> Mariana Alicia Pérez	109

### Lecturas

<i>Buenos Aires en armas</i> Tulio Halperín Donghi	131
<i>¿Por qué no existió un fuerte movimiento obrero socialista en la Argentina?</i> Juan Carlos Torre	151

## Reseñas

Gabriela Águila

*Dictadura, represión y sociedad  
en Rosario, 1976-1983*

*Un estudio sobre la represión y los  
comportamientos y actitudes sociales en dictadura*

Daniel Lvovich

167

Leandro Losada

*La alta sociedad en la Buenos Aires de  
la belle époque*

Ricardo González-Leandri

169

Sandra Gayol

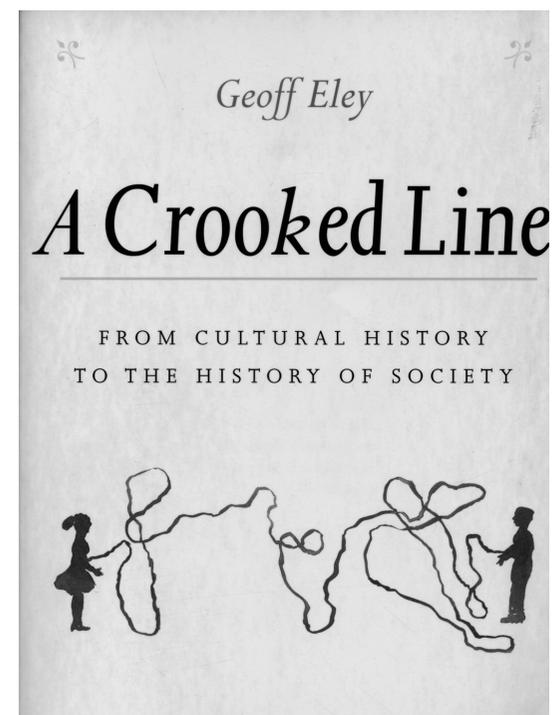
*Honor y duelo en la Argentina moderna*

Silvana A. Palermo

173

## Dossier

# Debate sobre el libro de Geoff Eley *A Crooked Line: From Cultural History to the History of Society*\*



\* *The American Historical Review*, vol. 113, N° 2, abril de 2008, pp. 391-437. Agradecemos a los editores de *AHR* y a los autores de los artículos incluidos en el dossier la autorización para traducirlos y publicarlos en *Entrepasados*. Las traducciones fueron realizadas por Damián López, Laura Efron y Sung-Hyun Kim.

# Introducción

Los últimos cuarenta años fueron testigos de una extraordinaria serie de transformaciones en el modo en que los historiadores se acercan al pasado. Primero rebelde, luego triunfante, la historia social produjo, durante las décadas de 1960 y 1970, una notable efusión de interesantes estudios que lograron nada menos que cambiar nuestros puntos de vista acerca del pasado. Sin embargo, hacia fines de los años 80 muchos, si no la mayoría de sus adherentes, se desplazaron hacia la historia cultural, la cual adquirió rápidamente un lugar hegemónico. Por supuesto, esta esquemática formulación pasa por alto la multiplicidad de metodologías, corrientes e influencias, tanto intelectuales como ideológicas, puestas en juego en estas transformaciones, sin mencionar la gran variedad de prácticas que incluyó la historia cultural. Asimismo, resulta claro que la relación entre historia social e historia cultural fue más dialéctica que meramente secuencial, y que el germen para un abordaje cultural ya se encontraba presente en el trabajo crítico realizado por las figuras fundantes del movimiento de la historia social. Recientemente, un grupo de historiadores ha declarado su frustración con respecto a esta tendencia metodológica, quejándose sobre lo perdido ante el eclipse de la historia social por la cultural. Muchos, sin duda, ven los abordajes a escala transnacional o global como una posible fuente de renovación para el pensamiento histórico. Para algunos, ha llegado el tiempo de mirar hacia atrás a fin de moverse hacia adelante.

El libro *A Crooked Line: From Cultural History to the History of Society*<sup>1</sup> de Geoff Eley es una notable contribución a nuestra comprensión sobre el modo en que la historia ha cambiado durante este período. También ofrece una serie de argumentos sobre cómo podríamos ir más allá de la historia cultural sin por esto perder su profundidad, a fin de recuperar algo de la aproximación de gran escala que caracterizó a la historia social. Finalmente, se trata de una inusual mezcla entre historia personal e historiografía: Eley utiliza su propia biografía como un medio que permite iluminar las transformaciones en los abordajes históricos, transformaciones que él, como muchos de su generación, experimentó tanto en sentido político y moral como en la forma de revelaciones intelectuales.

En las páginas que siguen, tres historiadores dedicados a diferentes áreas de estudio, y desde diversas perspectivas, comentan el libro de Eley. William Sewell, cuyo trabajo se centró en Francia pero también escribió sobre teoría y metodología histórica, critica a Eley por su subestimación de las fuerzas externas —especialmente aquellas relacionadas con la emergencia de nuevas formas capitalistas en la posguerra—

que, según sostiene, deberían estudiarse para comprender los cambios que se dieron durante el período en los enfoques históricos. Sewell advierte que el intento por retornar a las ambiciones totalizadoras que caracterizaron a la historia social requeriría más que el “desafío” historiográfico promovido por Eley.

Gabrielle Spiegel, una medievalista que también ha escrito extensamente sobre metodología histórica, pone en cuestión la explicación de Eley acerca de la emergencia de la historia cultural, destacando la importancia que tuvieron ciertas influencias teóricas francesas que él desconocería. Además cuestiona lo que percibe como un llamado de Eley a un pluralismo metodológico, ofreciendo a cambio la posibilidad de una “neofenomenología” centrada en los actores como medio de conjugar lo social y lo simbólico.

Manu Goswami, quien ha escrito sobre el sur asiático moderno y sobre economía política, enfatiza el enorme costo sufrido por el triunfo de la historia cultural sobre la historia social. Más particularmente, destaca el hecho de que en el contexto de la historia sudasiática implicó un abandono tanto de los enfoques comparativos de gran escala como un alejamiento de las temáticas relacionadas con la economía política, oscureciendo de este modo elementos clave del imperialismo y el capitalismo.

En su respuesta, Eley vuelve sobre algunos de los principales argumentos de su libro, comentando las estrategias que eligió para examinar las contingencias, las dificultades y las resistencias que conformaron la historia intelectual que él mismo cubre, y responde a las críticas de los comentaristas. Por último, defiende y amplía su convocatoria por “nuevas híbrides” y un “pluralismo básico” en la producción histórica contemporánea, insistiendo en que esto no es equivalente a un abandono de la teoría ni a una convocatoria al mero eclecticismo; más bien, se trata de un argumento a favor de “la posibilidad de un diálogo fructífero que cruce las diferencias a veces irreductibles, pero mutuamente respetables”.

## Nota

<sup>1</sup> El libro fue publicado originalmente por The University of Michigan Press (Ann Arbor) en 2005. Seguimos a partir de aquí la traducción castellana del título del libro: *Una línea torcida, de la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, PUV, 2008. En la medida de lo posible hemos intentado transcribir textualmente las citas del libro vertidas por los participantes del debate siguiendo esta traducción (consignando su paginación correspondiente), aunque en algunos pocos casos debimos realizar cambios mínimos a fin de mantener la coherencia textual, o debido a cambios significativos en el sentido con respecto al original en inglés. [N. de T.]

## Líneas torcidas

William H. Sewell, Jr.\*

El libro *Una línea torcida* de Geoff Eley desafía las clasificaciones de la literatura histórica. Aun participando en géneros como la historia intelectual, la memoria, el tratado teórico y el ensayo político, no es del todo ninguno de ellos, pues encarna esa especie de experimento con la forma que se elogia en la labor de Carolyn Steedman, una de las heroínas historiográficas de Eley. Esta profunda afinidad parece existir también con el trabajo del marxista británico y crítico literario Raymond Williams, cuyo nombre y ejemplo aparecen una y otra vez en momentos cruciales del texto. La argumentación y los principales enunciados de Eley manifiestan de hecho ese estilo lento, complejo, dialéctico y de calidad reflexiva que uno aprendió a asociar con Williams: nunca demasiado ligero para pronunciar un juicio, siempre atento a las diversas facetas del problema tratado, alerta teóricamente pero evitando resultar demasiado abstracto, siempre reflexivo sobre su propio emplazamiento histórico, aunque firme y consistente en su ética y posicionamiento político como marxista humanista, con un tipo de argumentación complejo. El libro de Eley despliega un admirable realismo y humildad al encarar las muchas sorpresas y desilusiones que han complicado la experiencia histórica de la “generación del 60”, así como una voluntad por aprender tanto de aquella experiencia como de otras personas con juicios y perspectivas diferentes de los suyos.

Uno de los propósitos de Eley es mostrar lo que significa para un historiador ser a la vez ambicioso intelectualmente y comprometido políticamente. “Mi esperanza”, escribe, “es que al trazar todo un conjunto de encuentros entre las tareas de la escritura de la historia y el clima político que las envuelve pueda hacer que otros reconozcan en ellas sus propias consideraciones análogas, lo mismo si coinciden conmigo como si no” (32). Eley deja en claro que los problemas relacionados con el compromiso histórico apuntan al centro emocional del historiador. Luego del inicial “Convirtiéndome en historiador”, los capítulos del libro poseen títulos que evocan los cambios en los sentimientos dominantes del autor respecto de la historia y la política: “Optimismo”,

\* Profesor emérito de Ciencia Política e Historia en la Universidad de Chicago. Ha escrito extensamente sobre historia francesa de los siglos XVIII y XIX, y ha publicado numerosos ensayos intentando promover una mayor sensibilidad histórica por la teoría social. Su más reciente libro, *Logics of History: Social Theory and Social Transformation*, fue publicado por la Universidad de Chicago en 2005. Actualmente se encuentra trabajando sobre el capitalismo del siglo XVIII y los orígenes culturales de la Revolución Francesa.

“Desilusión”, “Reflexión”, y “Desafío”. Eley comenta que se convirtió en historiador “porque la historia realmente importaba; era necesaria para influir” (15). Ha mantenido esta motivación a pesar de todas las vueltas y giros (una línea torcida, como la llama) durante el transcurso de su carrera, tanto en el mundo político como en la historiografía profesional. La obra es, entre otras cosas, un elocuente testimonio sobre la historia como un mandato moral; los estudiantes que pretendan seguir una carrera en nuestra disciplina deberían leerla y tomarla seriamente en cuenta.

El tema central del libro refiere a los dos grandes movimientos historiográficos que reformularon la profesión desde que Eley comenzó sus estudios en el Balliol College de Oxford en 1967: el auge de la historia social en las décadas de 1960 y 1970, y el giro hacia la historia cultural en el curso de las de 1980 y 1990. Eley examina estas transformaciones desde el punto de vista de su propia trayectoria y compromisos como historiador, los cuales se han caracterizado por una orientación hacia la historia europea, particularmente la alemana y la británica, y por una perspectiva de centroizquierda. Así, por ejemplo, su extensa discusión sobre el ascenso y el triunfo de la historia social en Alemania, y el desafío producido por la *Alltagsgeschichte*,<sup>1</sup> es particularmente magistral. A pesar de esto, el rango de lecturas y referencias historiográficas es de todas maneras muy amplio, pues en el libro se encuentran agudas observaciones sobre historiografía americana, francesa y sudasiática. Tampoco otras disciplinas escapan a su análisis. Eley trata los desarrollos en sociología, antropología, estudios culturales, estudios de género, estudios poscoloniales y crítica literaria, destacando el rol fundamental que jugaron durante las últimas cuatro décadas para la transformación de la escritura y la investigación históricas, incluyendo las de él mismo. Las notas del libro, que ocupan cerca de un tercio, son una verdadera fuente invaluable en comentarios y referencias.

El mismo Eley fue partícipe de los dos grandes movimientos historiográficos que examina. Desde su ingreso a la Universidad de Sussex en 1971, formó parte de la generación que se plegó a la emergencia de la historia social. En el medio inglés la historia social era fundamentalmente marxista en su orientación, bajo una fuerte influencia de Edward P. Thompson, Eric Hobsbawm, George Rudé, Christopher Hill y otros historiadores marxistas británicos. Sin embargo, tal como Eley destaca, las otras principales corrientes de historia social, como los *Annales* franceses y la historia social científica internacional (aunque especialmente la americana), tenían programas sumamente convergentes. En todos los casos, estaban a la búsqueda de aquello que de forma concisa Charles Tilly denominó *grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*: todas mantenían la ambición de una comprensión en términos de totalidad histórica, además de encontrarse abiertas a la colaboración interdisciplinaria con otras ciencias sociales, y todas se orientaban también hacia un modelo explicativo materialista en el cual las estructuras económicas ocupaban un sitio privilegiado.<sup>2</sup> De esta manera, más que rivales, los tres estilos de historia social parecían colaborar en un proyecto común.

Sin embargo, no pasó demasiado tiempo desde que la historia social consiguió su hegemonía en la profesión histórica (hacia fines de la década de 1970), hasta que algunos de sus principales exponentes comenzaron a insistir en la insuficiencia de la

explicación materialista enfatizando, en contraposición, la importancia de las estructuras y los procesos culturales. En el curso de la década de 1980, y aun más en la de 1990, lo que se denominaría “historia cultural” tomó, aunque no sin fuertes conflictos, el lugar de liderazgo antes ocupado por la historia social en la disciplina. Al igual que en el caso del movimiento de historia social, esta reorientación lingüística o cultural en historia tuvo alcances internacionales y fue profundamente interdisciplinaria. Claro que las disciplinas participantes cambiaron, desde la sociología, las ciencias políticas, la geografía y la economía, hacia la antropología, la filosofía, los estudios culturales y la crítica literaria. Y así como el movimiento de la historia social se encontraba profundamente influenciado por aspiraciones políticas socialistas o populistas, el de la historia cultural fue estimulado por una nueva serie de pasiones políticas, entre las que se destacó sobre todo el feminismo, aunque también otros movimientos igualmente vinculados a cuestiones de identidad, en torno a lo racial y lo étnico. Al mismo tiempo, la declinante plausibilidad de las utopías socialistas universalistas convergía con una nueva inquietud por lo local y los problemas relacionados con la identidad personal. La búsqueda de las grandes estructuras cedió su lugar a las microhistorias e historias de las subjetividades; mientras tanto, las certidumbres de las estrategias explicativas estructuralistas fueron corroídas por los posestructuralismos de Michel Foucault, Jacques Derrida y Jacques Lacan, y por la moda del posmodernismo. Aunque Eley nunca fue un gran partidario de estos cambios, fue sin dudas receptivo a la nueva sensibilidad propia de la historia cultural, al tiempo que nunca renunció a las perspectivas de la historia social.<sup>3</sup> Y ahora, en los comienzos del siglo XXI, cuando la novedad de la historia cultural y el giro lingüístico comienza a gastarse, Eley concluye su libro con un reclamo por un pluralismo teórico y metodológico: “Entre la historia social y la historia cultural”, concluye, “no hay necesidad de elegir” (269).<sup>4</sup>

El libro estimula dos líneas de reflexión. En primer lugar, tal como Eley desearía, su historia me invitó a meditar sobre la manera en que mis propios compromisos políticos e historiográficos coinciden y se diferencian de los suyos. Su relato es, en un primer nivel, inmediatamente reconocible para cualquier historiador que haya vivido aquellos años. Pero al mismo tiempo es bastante particular. En mi caso, me sorprendió el grado en que, luego de unos treinta años en la Universidad de Michigan, las fuentes y los juicios de Eley continúan siendo anglocéntricos. Así, los tres magníficos retratos intelectuales de historiadores que utiliza para concluir sus capítulos centrales –Edward Thompson en “Optimismo”, Tim Mason en “Desilusión” y Carolyn Steedman en “Reflexión”– son todos ingleses, al igual que su más importante referencia teórica, Raymond Williams, y el eslogan de la “historia de la sociedad” que utiliza como uno de los vertebradores del texto, que procede de Eric Hobsbawm. Como historiador nacido en Estados Unidos, que ha confrontado con una similar sucesión de cambios historiográficos, encuentro la especificidad de este punto de vista inglés útil para iluminar las singularidades de mi experiencia. Comparar las líneas torcidas trazadas por estas dos trayectorias provoca preguntas acerca del modo en que deberíamos entender las relaciones entre el contexto histórico y los cambios historiográficos durante las cuatro décadas pasadas.

Aparentemente sin vínculo, aunque en verdad sumamente relacionada con la anterior, mi segunda reflexión proviene de una cierta insatisfacción con la postura de Eley en relación con el presente historiográfico, tema tratado particularmente en el capítulo final, “Desafío”. Resulta difícil, por supuesto, saber bien cómo juzgar o criticar un libro completamente sui géneris como este. En cuanto informe sobre los propios sentimientos ambivalentes de Eley a propósito de la política e historiografía contemporáneas, su capítulo final es tan elocuente como aquellos que lo preceden. Sin embargo, todavía encuentro discordante su llamado al desafío, en relación con su aparentemente acrítica posición hacia el estilo dominante en la práctica historiográfica, que es comúnmente etiquetado como “nueva historia cultural”. Creo que los historiadores de izquierda podemos ser productivamente rebeldes en la desalentadora coyuntura política de comienzos del siglo XXI, pero eso requerirá una dura labor teórica de nuestra parte. Necesitamos tanto encontrar un camino teóricamente satisfactorio para superar la corriente división entre historia social y cultural como reconocer el modo en que nuestros esfuerzos por repensar la historia se encuentran condicionados por las transformaciones contemporáneas del capitalismo global.

La línea torcida trazada por mi propia trayectoria historiográfica corre en general de forma paralela a la de Eley. Es más, se halló entrelazada con la suya por un tiempo. Mientras enseñaba en la Universidad de Michigan a fines de la década de 1980, fui junto con Eley miembro del comité directivo del Programa de Estudios Comparativos de Transformación Social. El CSST, como se lo llamaba, fue un programa explícitamente interdisciplinario que incluía a investigadores de historia, sociología, ciencia política y crítica literaria. Fue también el primer lugar en el que se dieron las discusiones (y encarnizadas batallas intelectuales) que acompañaron el giro lingüístico o cultural en Ann Arbor en aquellos años, y el ejemplo perfecto del tipo de diálogo entre disciplinas y perspectivas teóricas que Eley apropiadamente identifica como una potente fuente de innovación historiográfica. Durante los estimulantes días que compartimos como parte del CSST, nuestras líneas históricas se aproximaron mucho.

Pero aunque por aquellos años solíamos vernos como muy cercanos, nuestros desarrollos políticos e historiográficos previos habían sido ampliamente diversos. Aun siendo diez años mayor que Eley, también fui profundamente influenciado por la política de los 60. Crecí en Madison, Wisconsin, como hijo de padres *new-dealer*.<sup>5</sup> Para mí, que fui madurando durante los años 50, el tema apremiante no fueron las luchas obreras sino aquellas por las libertades y los derechos civiles. La primera causa política con la cual me identifiqué firmemente fue la campaña “Joe debe irse”, un fracasado intento realizado en 1954 (cuando tenía catorce años) para remover a Joseph McCarthy, quien era senador por mi estado. Durante mis años universitarios en Wisconsin el tema dominante era el movimiento por los derechos civiles. Aun durante mis años de posgrado en Berkeley, era una especie de radicalismo liberal de izquierda, más que el marxismo, el que definía el terreno político. El movimiento por la libertad de expresión de 1964, que defendía los derechos de los estudiantes a organizarse en las universidades para el activismo por los derechos civiles, fue el gran evento movilizador. Por supuesto, otros temas además de la libertad de expresión y

los derechos civiles fueron surgiendo en los años siguientes; el más importante fue la oposición a la guerra en Vietnam. El área de la Bahía se convirtió en el centro del “estilo de vida” del radicalismo cultural en los 60: la experimentación con drogas psicodélicas, la escena musical del rock en San Francisco, la revolución sexual, la liberación gay, las comunas, los desafíos a las convenciones en los roles sexuales; diversas formas de aquello que llamábamos “expansión de la conciencia”. Durante los 60, en Berkeley tomó un poderoso y nuevo ímpetu el venerable derecho liberal de la búsqueda de la felicidad. En contraste, aunque presente en el vibrante mundo político de Berkeley, el marxismo difícilmente era central.

Llegué a Berkeley con la determinación de estudiar historia social. Compartía el punto de vista sobre la crisis del determinismo económico de aquel momento, así que aún no era un marxista. Leí y quedé conmovido por el libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de Edward P. Thompson en el invierno de 1964, cuando estaba elaborando mi proyecto de tesis sobre historia del trabajo. Pero lo que más me impresionó de la obra fue la descripción de Thompson de la enorme diversidad de condiciones y actitudes *entre* la población trabajadora, y especialmente su demostración de que los artesanos habían ocupado un lugar fundamental en las luchas obreras. En mi caso, el libro de Thompson era útil como un bienvenido golpe *contra* el por aquel entonces convencional argumento marxista en historia del trabajo, según el cual el radicalismo obrero era un resultado del crecimiento de un uniforme proletariado fabril. Los descubrimientos de Thompson me parecían concordantes con los detallados estudios cuantitativos sobre la relación entre estructura social y compromiso político realizados por investigadores de inspiración sociológica como Stephan Thernstrom y Charles Tilly.<sup>6</sup> En la historia del trabajo europea, y específicamente en la francesa, el marxismo aparecía como un lastre de la tradición y no como una poderosa renovación. En contraste, la liberal ciencia social americana ofrecía valiosas herramientas para acercarse a los orígenes sociales del radicalismo obrero del siglo XIX.<sup>7</sup>

Mi falta de compromiso político o intelectual con el marxismo permitió sin duda que mi movimiento posterior hacia la historia cultural fuese mucho más fácil. Aunque mi sentido común era materialista, mi materialismo se encontraba carente de peso político. De este modo, cuando mis colegas de la Universidad de Chicago Bernard Cohn y Ronald Inden me introdujeron en las maravillas de la antropología simbólica a comienzos de la década de 1970, no contaba con razones políticas por las cuales resistirme. Además, me encontraba cada vez más frustrado por las limitaciones de la historia social cuantitativa, la cual efectivamente podía reconstruir las estructuras sociales con exquisito nivel de detalle, pero guardaba silencio sobre aquello que la gente sentía o creía. Los enfoques provenientes de la antropología resultaban atractivos debido a que prometían penetrar profundamente en los significados de las expresiones y las acciones colectivas de los trabajadores. Pero, en mi caso, este deseo por descubrir los significados culturales populares contenía una carga que iba más allá de lo puramente intelectual. Desde mi carrera de grado siempre presté cierto cuidado al hecho de que las técnicas cuantitativas, tan decisivas para la historia social, contenían una compleja valencia política. Por un lado tenían ciertas implicancias democráticas dado que parecían ser los mejores medios de alcanzar las experiencias

de grupos, como los trabajadores y campesinos, que rara vez habían dejado fuentes escritas. Pero, por otro lado, la cuantificación evocaba precisamente aquella mentalidad burocrático-corporativa que la contracultura de los 60 había encontrado profundamente objetable. De ahí que seguir la perspectiva intelectual de la antropología cultural no sólo permitía obtener más información acerca de los trabajadores sino que también implicaba una posibilidad de liberación. En vez de encontrarme limitado por un estrecho y burocrático modelo de investigación que sólo me brindaba acceso a las formas exteriores de la vida de la clase obrera, podía entonces explorar los sorprendentes y maravillosos dominios de la vida simbólica de los trabajadores y, efectivamente, su conciencia e inconciencia colectiva. Estas nuevas formas de investigación revelaban universos morales alternativos de ningún modo reductibles a los hechos de la estructura ocupacional, el nivel de salarios y el grado de explotación económica. En mi caso, y pienso que para el de muchos otros historiadores de mi generación, la historia cultural resonaba junto a aquella añorada contracultura de los 60. En rigor nunca renuncié a la historia cuantitativa, pero a partir de mediados de los 70 comencé a ver a la cuantificación como una técnica auxiliar más que como el camino regio hacia la verdad histórica.<sup>8</sup>

Llegado a ese punto de mi carrera, y basándome en que el marxismo tendía fuertemente al reduccionismo, me hallaba poco predispuesto a considerarlo como posible fundamento para la historia social.<sup>9</sup> Sin embargo, a partir de fines de los 70 y durante los 80, poco a poco comencé a revisar esta posición. Al ir conociendo a economistas marxistas como David Gordon, Herb Gintis y Rick Edwards, o a un historiador del arte marxista como Tim Clarke durante los años que pasé a fines de los 70 en el Instituto para Estudios Avanzados, y con mi participación en un grupo de estudios marxistas en la Universidad de Arizona en los 80, fue quedándome en claro que mi acercamiento al marxismo había sido sumamente superficial y que tenía mucho por aprender. Así que hacia el momento en que mi línea torcida comenzó a tocarse con la de Eley en Ann Arbor a fines de los 80, mi aprecio por el marxismo había aumentado considerablemente. Al mismo tiempo los desarrollos políticos de los 80, especialmente el reaganismo en Estados Unidos y el thatcherismo en Gran Bretaña, dejaron en claro que la guerra de clases, de los ricos contra los pobres, continuaba siendo una realidad. Los enormes cambios en la economía estadounidense –ingente desindustrialización, desplazamiento del poder del noreste y medioeste hacia el sur y el oeste, globalización de las finanzas– hacían que los temas de estructura y cambio económico apareciesen como absolutamente urgentes. Finalmente, la caída del muro de Berlín, vista por muchos comentaristas como el pasaje hacia el definitivo fin del marxismo, aparecía para mí como una liberación de Marx con respecto a aquel grotesco régimen totalitario que había reclamado falsamente haber encarnado sus ideas. Por tanto, durante el tiempo en que trabajamos con Eley en la Universidad de Michigan, ambos éramos eclécticos, atraídos simultáneamente por las incitantes innovaciones en teoría cultural y el reconocimiento de las perspectivas marxistas. Y desde 1990, cuando dejamos de compartir nuestro lugar de trabajo con mi regreso a la Universidad de Chicago, ambos continuamos buscando caminos que ligan la historia social, el marxismo y la historia cultural. Y los dos tomamos posiciones políticas desafiantes fren-

te a las dificultades de la izquierda desde 1980, resistiéndonos a aceptar el aparente triunfo del capitalismo global y la democracia plutocrática como una especie de “fin de la historia”. Al menos desde ese momento nuestras líneas continúan avanzando, aunque de modo “torcido”, en direcciones en general paralelas.

Cualquier lector de Eley reconocerá este breve resumen de mi desarrollo historiográfico como una variante del suyo. Las diferencias en nuestras trayectorias –por ejemplo, el temprano compromiso de Eley con el marxismo frente a mi temprano liberalismo, o mi más precoz y enérgico giro lingüístico– son fáciles de explicar por nuestras particularidades biográficas. Pero ¿qué ocurre con aquellas similitudes, claramente compartidas por muchos historiadores de nuestra generación, no solamente en América del Norte y en Europa, sino también en el sur de Asia?<sup>10</sup> En todos estos sitios hubo un crecimiento de la historia social en los 60 y los 70, seguido por un movimiento hacia la historia cultural en los 80 y los 90. Por supuesto, hubo diferencias en los tiempos y en los detalles particulares, pero la secuencia fue sorprendentemente uniforme.

A pesar de que Eley discute un gran número de historiografías nacionales, raramente se detiene a considerar las razones de estas amplias similitudes transnacionales. Así, resulta paradójico que, mientras defiende consistentemente el mantenimiento de las ambiciones totalizadoras de la historia social, la búsqueda de esta ambición resulte fallida en su propio abordaje histórico de la historiografía reciente. Él nos brinda un detallado análisis de los movimientos intelectuales en la disciplina, relacionándolos con constantes luchas políticas; sin embargo, no los vincula con los desarrollos del capitalismo global que, en su caso en tanto marxista, parecería haber definido, o al menos participar de modo importante en la definición de la totalidad social que constreñía las acciones tanto de los historiadores como de los actores políticos.

La única afirmación general sostenida por Eley a propósito del crecimiento de la historia social es que “la política radical de los años 60 era inseparable del relato historiográfico. El gran avance hacia la historia social era inconcebible sin el sentido de posibilidad política que se avecinaba a finales de los años 60” (105). Los movimientos políticos radicales agrupados por el metonímico “1968” fueron, por supuesto, famosos internacionalmente, y ese radicalismo casi global ciertamente encendió las imaginaciones de muchos historiadores sociales en formación. Pero, en mi opinión, 1968 puede entenderse mejor como un particular impulso a un movimiento historiográfico que ya se encontraba bien encaminado. Cuando llegué a Berkeley en 1962, muchos estudiantes de posgrado, yo incluido, ya teníamos planeado trabajar en historia social; hacia 1968 nos encontrábamos bien avanzados en nuestras tesis. Por tanto, en vez de ver el radicalismo político de fines de los 60 como un necesario *antecedente* del “pasaje a la historia social”, creo que tanto este pasaje como los omnipresentes movimientos radicales de aquellos años deben ser vistos, en *ambos* casos, como emergentes desde causas sociales más profundas. Elaborar un argumento completo sobre este efecto requeriría de mucho más espacio del que dispongo aquí. Pero pienso que el optimismo epistemológico de la historia social –su fe en la posibilidad de reconstruir una historia de la totalidad social– se hizo plausible en gran parte por la específica

forma del desarrollo capitalista que caracterizó al gran boom de posguerra. El comúnmente denominado “fordismo” o capitalismo centrado en el Estado (*state-centered capitalism*) –con su fundamental pacto entre grandes empresas, sindicatos y administración política, su producción masiva estandarizada, su dirección keynesiana de la economía, sus tasas de cambio fijas, y con el poder militar estadounidense como garante global– había producido, o al menos así lo parecía, una inteligible, predecible y sólidamente progresista forma de sociedad. Utilizando el lenguaje de Raymond Williams, uno podría decir que la “estructura de sentimiento” generada por el capitalismo de posguerra garantizó la plausibilidad de la historia social, sea en su forma marxista, annalista, o social-científica.<sup>11</sup>

Pero, además, de un modo diferente aunque relacionado, el capitalismo fordista garantizó las revueltas de los 60. Aquellas revueltas fueron encabezadas por jóvenes, y más específicamente por estudiantes universitarios. Como Daniel Bell destacó en *El advenimiento de la sociedad posindustrial*, el tipo de capitalismo que emergió durante el boom de posguerra en los países ricos se volvió crecientemente dependiente de la producción y el control del conocimiento.<sup>12</sup> Esto requería de una fuerza de trabajo mejor preparada, lo cual conllevó a una vasta expansión de los sistemas universitarios en todas las democracias avanzadas. Hacia fines de los 50 y en los 60, los estudiantes universitarios resultaron ser, en relación con su grupo etario, una proporción mucho mayor que nunca antes. Teniendo en general asegurados buenos empleos una vez graduados, se sentían confiados respecto del futuro, pues podían vivir independientemente sin responsabilidades propias de adultos, y provistos de baratos libros de bolsillo y nuevas y efectivas tecnologías para el control de la natalidad. Si bien los estudiantes universitarios fueron claros beneficiarios del boom fordista, las universidades les proporcionaron también el espacio social y los recursos intelectuales para desarrollar una cultura política crítica y experimentar nuevos estilos de vida. El medio estudiantil combinaba el optimismo que provenía de la aparentemente permanente prosperidad del boom de posguerra con una actitud altamente crítica hacia la forma capitalista que de hecho permitía tal prosperidad. La retórica radical de los estudiantes y sus modos de vida eran en gran parte específicamente antifordistas: especial hostilidad hacia la burocracia, la conformidad corporativa y la cultura de masas. Parece justo concluir que los movimientos estudiantiles de los 60 se hallaban profundamente imbricados en las contradicciones del capitalismo fordista, sin duda dependientes de sus promesas de prosperidad interminable, aunque insistentemente apuntando más allá, hacia una menos estupidizante forma de vida que esta abundancia material hacía pensable. En resumen, nuestra comprensión del crecimiento de la historia social y de los movimientos radicales de los 60 –ambos, claros fenómenos transnacionales– puede ampliarse al mostrar cómo estos fenómenos se hallaban vinculados a las principales formas y dinámica del capitalismo global de su época.

Pienso que la explicación de Eley sobre el giro cultural adolece del mismo tipo de problemas que la del inicial crecimiento de la historia social. Nuevamente se combina historia intelectual y política por medio de una narrativa personal, pero conteniendo ahora una pequeña reflexión sobre el contexto macrosocial en el cual los cambios historiográficos tuvieron lugar. En el transcurso de su narración, Eley menciona dos

aspectos del contexto sociopolítico de fines de los 70 y los 80 que debilitaron los modos explicativos de la historia social. Por un lado, “la clase social estaba debilitándose en su capacidad persuasiva como concepto maestro” (159), en gran parte debido al declive internacional del movimiento obrero después de aproximadamente 1976 y a la traumática victoria –con significativo apoyo de la clase obrera– del virulentamente antiobrero Partido Conservador Británico en 1979, y nuevamente en 1983.<sup>13</sup> El otro aspecto mencionado es el crecimiento del feminismo, un movimiento político e intelectual que nadie digno de pertenecer a la izquierda podía ignorar pero que, en los 80, fue insistente sobre el hecho de que “áreas fundamentales de la vida social no podían ser simplemente subsumidas en los términos analíticos que la clase proporcionaba” (157). Para un historiador social británico cuya mirada de la totalidad social descansaba sobre la clase social, ésta era sin dudas una potente combinación. Pero aquí el acercamiento de Eley es demasiado local para otorgar sentido a toda la coyuntura historiográfica y política. La debilidad del movimiento trabajador ciertamente fue desalentadora para la izquierda en todas partes, y en todas partes el feminismo representó un acertijo para los presupuestos implícitamente machistas de la historia social y la política de izquierda. Pero para los historiadores sociales que no se hallaban sensiblemente ligados a la clase en cuanto categoría analítica –por ejemplo, los historiadores social-científicos americanos como yo, o los annalistas franceses– el declive de la plausibilidad de las explicaciones en términos de clase era un problema relativamente indiferente, y que por lo tanto no puede explicar su viraje hacia la historia cultural.

En mi opinión, no menos que en el caso de su auge, el descenso de la historia social debe ser conectado con el cambio en las formas macrosociales y los destinos del capitalismo mundial. El boom de posguerra, que permitió tanto el crecimiento de la historia social como las revueltas político-culturales de los 60, se interrumpió abruptamente en los comienzos de los 70, y la economía mundial entró en un período de sostenida crisis estructural. No fue solamente que el crecimiento se volvió más lento sino que las mismas estructuras subyacentes del capitalismo fordista se desbarataron en el curso de los 70 y 80. Las zonas industriales se convirtieron en “cinturones oxidados” (*rust belts*). El keynesianismo, que no pudo resolver el enigma de la “estancación”, abrió el paso al monetarismo y la microeconomía. El sistema de tasas de cambio fijas colapsó, dando curso al crecimiento hipertrófico de la especulación financiera, acrecentada, por supuesto, por las nuevas tecnologías electrónicas de comunicación. Los servicios financieros reemplazaron a la producción de manufacturas como sector líder en los países más ricos. Los sindicatos decrecieron en afiliados y poder. Las mismas corporaciones se metamorfosearon, y pasaron de ser “campeones nacionales” jerárquicamente estructurados a “multinacionales” estructuradas menos rígidamente que, tomando ventaja de la nueva tecnología electrónica de comunicaciones, podían localizar la producción, el trabajo de gestión y administración y los servicios técnicos donde pudieran realizarse a más bajo costo. En todos los niveles de la jerarquía ocupacional, tanto para los ejecutivos como para los trabajadores en la producción, la estabilidad laboral y el establecimiento de una carrera con ascensos definidos fueron erosionados; los trabajadores comenzaron a experimentar de modo creciente una especie de picaresca ocupacional, realizando movimientos laterales entre empre-

sas, trabajo temporal, empleo por cuenta propia y frecuentes readaptaciones. El comercio internacional aumentó considerablemente, como lo hicieron las migraciones laborales, tanto legales como ilegales. Los Estados nacionales resultaron menos capaces de controlar las actividades económicas que ocurrían dentro de sus fronteras; es más, algunos sostuvieron que la misma noción de una “economía nacional” había dejado de tener sentido. El imaginario sociopolítico centrado en el Estado de la posguerra, con su confianza en la conducción estatal de la economía, el crecimiento de los beneficios sociales por parte del Estado, las garantías de pleno empleo y la cooperación guiada estatalmente entre capital y trabajo, perdió su sostén. Este antiguo imaginario político fue gradual y desigualmente desplazado por el auge del “neoliberal”, que exaltaba la responsabilidad individual, el emprendimiento universal, la privatización, la desregulación y la globalización.

Resulta desconcertante que un marxista profeso como Eley nunca se pregunte sobre el modo en que las prácticas epistémicas de los historiadores pudieron ser afectadas por tal fundamental transformación de las formas sociales del capitalismo mundial. Pero, evidentemente, si la consolidación del fordismo en los 50 y los 60 permitió que las estructuras sociales aparecieran como discernibles, predecibles y cuantificables, parece sensato pensar que la desintegración del mismo en los 70 y los 80 conmovió la plausibilidad del paradigma de la historia social. Hacia el final de la década de 1970, no solamente la estructura política y social sino las propias identidades personales parecían desconcertadamente disponibles para todos. Cuando los historiadores viraron en su búsqueda de las grandes estructuras hacia la microhistoria, desde el determinismo socioeconómico hacia los estudios de la cultura, y desde procesos fundamentales hacia las fuentes de la identidad subjetiva, esta búsqueda de nuevas formas de inteligibilidad del pasado reflejaba las dificultades para otorgar sentido a un presente en el cual el capitalismo fordista había sido deshecho y reemplazado por las formas más fluidas e impredecibles de un emergente neoliberalismo global.<sup>14</sup> Tampoco fueron solamente historiadores quienes, por esos años, abandonaron las reificantes categorías de la etapa intelectual previa. Los antropólogos se alejaron de las convenciones de la etnografía preexistente; los críticos literarios adoptaron la deconstrucción; el posmodernismo se convirtió en el grito de batalla entre todo un grupo de disciplinas académicas. Aun los investigadores sociales que continuaban ligados a las matemáticas y al método científico siguieron esta tendencia a huir de las estructuras reificantes y reconstruyeron sus disciplinas desde sus mismos cimientos. La teoría de la acción racional, con su estrecha asunción del individualismo metodológico, avanzó a grandes pasos en economía y ciencias políticas. Y en sociología, la nueva metodología del análisis de redes insistió sobre el hecho de que las estructuras sociales no podían ser simplemente dadas sino que debían ser laboriosamente reconstruidas a partir de las interacciones sociales en las cuales se constituyen en último término. La era de la transición del capitalismo fordista centrado en el Estado hacia el capitalismo globalizado del neoliberalismo se ha caracterizado, en el ámbito de las ciencias humanas, por una general incertidumbre epistemológica, una incertidumbre que tiene una cierta afinidad electiva con la acrecentada “flexibilidad”, que es una de las principales características del nuevo orden económico global.<sup>15</sup> En historia, esta

incertidumbre tomó la forma del giro cultural, coqueteos con el posestructuralismo, y una fascinación por la microhistoria y la subjetividad.

Durante los 80 y los 90, muchos historiadores fueron impregnados por el sentimiento de que el giro lingüístico los había liberado de los sofocantes marcos de análisis y las rígidas políticas de la historia social. Pero aquella actitud pareció cambiar al tiempo que el neoliberalismo global se consolidaba en el cambio de milenio. El espectáculo de sueldos ejecutivos exorbitantes combinados con salarios estancados, la aparentemente creciente erosión de la democracia por una plutocracia y la exaltación del valor de cambio sobre toda otra forma de valor fueron inspirando una especie de nostalgia por una historia social que, con todas sus fallas, al menos había intentado confrontar con el problema de las grandes transformaciones socioeconómicas. Eley, con su actitud actual de desafío político y su afirmación sobre la continuidad del valor de la historia social, es un ejemplo prominente. Pero aún es demasiado temprano para saber si podrá convertirse en guía para el avance de una nueva tendencia historiográfica por venir.

El eslogan de Eley para la actual etapa de “desafío” es que “entre la historia social y la historia cultural, en realidad, no hay necesidad de elegir” (269). Su deseo principal, si lo he comprendido apropiadamente, es totalmente encomiable: retomar el esfuerzo de la historia social por aprehender la totalidad social (capitalista) sin abandonar las inmensas adquisiciones intelectuales producidas gracias al giro cultural. Pero aunque el objetivo sea meritorio, no encuentro el capítulo final del libro de Eley demasiado efectivo para marcar su posible camino de resolución; sobre todo, en mi opinión, por la ausencia de una perspectiva teórica adecuada para este fin.

En un nivel, la sentencia de Eley acerca de que no existe necesidad de elegir se convierte en poco más que una expresión de satisfacción con el tipo de trabajo realizado hasta el presente bajo la bandera de “la nueva historia cultural”. En esta formulación, el llamado a recuperar la historia social es débil, ya que está lejos de ser claro si ella tiene algo valioso para ofrecer en la actualidad. Así, Eley sostiene en un momento que la historia social “simplemente no está más disponible”, dado que ha “dejado de existir” como un proyecto coherente, y que cada elemento de su paradigma “ha sucumbido a una crítica implacable y persuasiva” (278). Nada queda, concluye Eley, a excepción de fragmentarios temas o tópicos tratados por fuera del antiguo paradigma de la historia social. Cerca del final del libro, se argumenta que hacia fines de los 90 “la nueva historia cultural”, ahora la “descripción más aceptada” para el mejor trabajo que se está realizando en el campo, realmente se ha convertido en un “repertorio más ecléctico de enfoques y temas”, en los que los límites con la historia social han resultado “muchísimo más borrosos”. Eley alaba aquí la habilidad de los jóvenes historiadores para abrirse paso y encontrar, bajo la bandera de la nueva historia cultural, formas concretas de combinar temas y tópicos de la historia social y cultural mientras eluden “la defensa programática de una forma de teoría frente otra”. Eley apoya así la “hibridez” de la “nueva historia cultural”, que permite a los historiadores dejar la teoría a un costado y llevarla adelante con una amplia e interesante gama de trabajo empírico (295).

Pero estos pocos párrafos críticos son seguidos por otro que se destaca en una muy diferente dirección. “Se necesita recobrar cierta confianza”, escribe Eley, “en la posi-

bilidad de captar la sociedad en su conjunto, de teorizar sus fundamentos de cohesión e inestabilidad, y de analizar sus formas de movimiento” (296). Aquí indica, creo, su más profunda razón para continuar abogando por una combinación de historia social y cultural: su valorización de la sensibilidad de la historia social por la totalidad social. Desde un punto de vista, parece contentarse con que varios de los temas y tópicos reconociblemente derivados del ahora deshecho paradigma de la historia social puedan encontrar su lugar en el informe bazar de la nueva historia cultural. Pero desde otro, se halla disgustado por el hecho de que los historiadores hayan abandonado los esfuerzos por aprehender la totalidad social. Y aún se mantiene inseguro, como lo indica su apelación, lejana de toda estridencia, acerca de que “se necesita recuperar cierta confianza en la posibilidad de captar la sociedad en su conjunto”. Continúa diciendo que “ni el escepticismo sobre la persuasión de las grandes narrativas ni las críticas al pensamiento de la Ilustración requieren un abandono completo del proyecto del análisis de toda la sociedad o de la historia social” (296, mis subrayados). Luego admite que “por mi parte, he seguido pensando en términos de capitalismo, clase, nación, formación social y demás”. En otras palabras, él no ha “abandonado completamente” sus categorías marxistas. “Pero”, continúa, “soy mucho más prudente y estoy menos seguro de lo que estos conceptos de la gran teoría me permiten analizar y explicar exactamente”. El párrafo que comienza con un llamado a retomar el esfuerzo de la historia social por aprehender la totalidad social no termina con una afirmación sobre la confianza que se dice debe ser restaurada, sino con reflexiones sobre la contingencia histórica de sus conceptos fundamentales, como “clase” y “sociedad”, por las cuales la totalidad podría ser aprehendida (296).<sup>16</sup>

Aun así, en el párrafo final del libro Eley relega esta ambivalencia, sugiriendo al “desafío” como “la respuesta apropiada para nuestro momento actual”. En un tiempo acosado por las grandes narrativas neoliberales y por un “nuevo conjunto, brutalmente demonizador, de retóricas sobre el bien y el mal en el mundo”, se nos sugiere (refiriéndose a los historiadores de izquierda) que necesitamos desarrollar metanarrativas propias, “nuevas historias de la sociedad” (297). Me encuentro completamente de acuerdo con esta conclusión. Pero pienso que el desafío debe ser más que una actitud, y que todo intento por escribir nuevas historias de la sociedad (con las ambiciones de totalidad que Eley procura) debe encarar algunas dificultades teóricas que Eley elude en su libro.

Encuentro en este sentido dos problemas teóricos fundamentales. En primer lugar, es preciso trabajar en *términos teóricos* ciertos medios para combinar, en el mismo terreno epistemológico, el materialismo de la “historia social” y el idealismo de la “historia cultural”. En un libro reciente, he ofrecido mi propio intento por realizar tal reconceptualización teórica. Allí comienzo negando que todas las relaciones sociales sean reducibles al lenguaje, pero argumento que dado que todas las relaciones sociales poseen un contenido de significación, pueden de todas maneras ser aprehendidas por una versión modificada o expandida del modelo lingüístico. Trato de mostrar que todo el conjunto de acciones humanas –por ejemplo, actividades tales como trabajar, tener sexo, cocinar, la especulación financiera o el básquet– pueden ser comprendidas productivamente como constituidas por una red de “prácticas semióticas”.

Argumento además que si las implicancias de un enfoque tal son seguidas correctamente, podríamos encontrar las prácticas semióticas interconectadas, acumuladas dentro de aquello que llamo “ambientes construidos” (*built environments*): tejidos materialmente existentes, física y socialmente localizados, que perduran pero también se transforman por el continuo fluir de las prácticas semióticas. Este enfoque teórico puede o no parecer promisorio, pero explícitamente va más allá que una mera actitud de desafío, en el objetivo por combinar la historia social y cultural en un proyecto historiográfico conceptualmente coherente y unificado.<sup>17</sup>

La segunda tarea teórica necesaria refiere a repensar el problema de la totalidad social. Las dramáticas y con frecuencia brutales transformaciones de las relaciones sociales capitalistas desde los 70 han ayudado a convencerme de que el capitalismo es el horizonte crucial de la totalidad social, no sólo del presente sino de toda la modernidad. De esto se sigue que repensar la totalidad social requiere un compromiso con el marxismo dado que, en mi opinión, son adherentes a esta tradición quienes han reflexionado de modo más profundo y productivo acerca del capitalismo. Mis propias preferencias en el interior de los debates marxistas difieren, según creo, de las de Eley. Leyendo sus comentarios sobre marxismo en *Una línea torcida* infiero que, para él, la clase social es la categoría fundamental del análisis marxista. Yo tiendo a enfatizar la acumulación interminable de capital como la conformación subyacente crucial de la dinámica del capitalismo, con las clases y la lucha de clases figurando más como un contexto y un resultado de la dinámica de la acumulación. En las teorías marxistas centradas en el capital, la acumulación interminable de capital produce configuraciones históricas cambiantes de poder político, relaciones espaciales, lucha de clases, formas intelectuales, tecnología y sistemas de regulación económica que perduran por cierto tiempo hasta que son desmanteladas por sus propias contradicciones y reemplazadas por nuevas configuraciones.<sup>18</sup> Según lo veo, estas reconfiguraciones del capitalismo son procesos tanto culturales como materiales, que implican grupos de prácticas semióticas al tiempo que “ambientes construidos” (*built environments*). La diferencia entre estas dos concepciones sobre el capitalismo es, según creo, consustancial con el replanteamiento de la totalidad social. Después de todo, fue el modelo de totalidad social centrado en las clases el que se marchitó bajo los asaltos del capitalismo neoliberal reestructurado y la teoría feminista hacia finales de los 70 y durante los 80. Creo que las concepciones de la totalidad social centradas en la acumulación interminable de capital (como la que intenté sintetizar, sin duda demasiado esquemáticamente, en mi explicación anterior sobre las transformaciones del capitalismo global desde los 70) ha probado ser mucho menos vulnerable.

El libro *Una línea torcida* de Geoff Eley es un poderoso estímulo para reflexionar sobre las implicancias políticas y los retos teóricos en la historia, tanto escrita como vivida. Se entiende que no todos acordarán con sus juicios. Como he indicado, pienso que para encontrar un camino más allá de la actual perplejidad historiográfica se requerirá una mayor dosis de teoría, y de una especie diferente de la ofrecida por Eley. Pero él ha delineado magistralmente el terreno sobre el cual deben darse los debates.

## Notas

<sup>1</sup> Referencia a la corriente de estudios históricos sobre la vida cotidiana, de gran peso en los años 80 en Alemania, y donde se destacaron investigadores como Alf Ludtke, Hans Medick y Lutz Niethammer. Esta corriente enfatizaba la relevancia del estudio de las acciones, los motivos, las decisiones y las experiencias subjetivas, contra la tendencia estructural de la historia social de ese país. [N. de T.]

<sup>2</sup> Véase Charles Tilly, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York, 1984 [hay traducción castellana, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza, 1991. N. de T.]

<sup>3</sup> Su posición algo ambivalente se encuentra bien expresada en “Is all the world a text? From social history to the history of society two decades later”, en Terrence Mc Donald (ed.), *The Historic Turn in the Human Sciences*, Michigan, Ann Arbor, 1996, pp. 193-243.

<sup>4</sup> Este argumento es repetido en *Una línea torcida*, p. 295.

<sup>5</sup> Referencia al apoyo de los padres de Sewell al gobierno de Franklin Roosevelt (1933-1945), lo cual implicaba un posicionamiento político de centroizquierda, ligado con la tradición liberal radical, cuyo desarrollo posterior es tematizado aquí por el autor. [N. de T.]

<sup>6</sup> Véase Stephan Thernstrom, *Poverty and Progress: Social Mobility in a Nineteenth-Century City*, Cambridge, Massachusetts, 1964; Charles Tilly, *The Vendée*, Cambridge, Massachusetts, 1964.

<sup>7</sup> El efectivo valor de estas herramientas quedó demostrado por varios jóvenes investigadores americanos dedicados a la historia laboral francesa, como Robert Bezucha, *The Lyon Uprising of 1834: Social and Political Conflict in the Early July Monarchy*, Cambridge, Massachusetts, 1974, y Joan Wallach Scott, *The Glassworkers of Carmaux: French Craftsmen and Political Action in a Nineteenth-Century City*, Cambridge, Massachusetts, 1974. Mi tesis sobre la clase obrera marseles del siglo XIX nunca fue publicada, pero puede verse mi trabajo en esta línea en William Sewell, Jr., “The Working Class of Marseille under the Second Republic: Social Structure and Political Behavior”, en Peter N. Sterns y Daniel J. Walkowitz (eds.), *Workers in the Industrial Revolution: Recent Studies of Labor in the United States and Europe*, New Brunswick, New Jersey, 1974, pp. 75-115, y “Social Change and the Rise of the Working-Class Politics in Nineteenth Century Marseille”, *Past and Present*, N° 65, 1974, pp. 75-109.

<sup>8</sup> *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge, 1980 [hay versión castellana, *Trabajo y revolución en Francia: el lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*, Madrid, Taurus, 1992. N. de T.], fue el principal producto de mi desarrollo historiográfico en ese período. Sus argumentos se alejan y critican fuertemente los temas predominantes del marxismo sobre la clase obrera en esta etapa. El socialismo francés, se sostiene allí, no fue un simple producto de la Revolución Industrial o de la “proletarización”, sino también de una lucha política y cultural que creó una nueva cultura política obrera entre 1830 y 1848 al transformar solidaridades gremiales del Antiguo Régimen mediante el lenguaje y las formas políticas de la Revolución Francesa.

<sup>9</sup> Siempre admiré los trabajos de Edward P. Thompson y Eric Hobsbawm, pero los consideraba heterodoxos, poco representativos.

<sup>10</sup> Con esos propósitos, quisiera definir a nuestra generación, en sentido algo general, como la de aquellos nacidos entre fines de la década de 1930 y principios de la de 1950. Soy demasiado ignorante sobre la historiografía de otras áreas para saber hasta qué punto las mismas caracte-

terísticas pueden aplicarse a historiadores de África, el este asiático, América Latina o el Cercano Oriente.

<sup>11</sup> Para un argumento similar acerca de la sociología en los 50 y 60 véase George Steinmetz, “Scientific Authority and the Transition to Post-Fordism: The Plausibility of Positivism in American Sociology since 1945”, en George Steinmetz (ed.), *The Politics of Method in the Human Sciences: Positivism and Its Epistemological Others*, Durham, 2005, pp. 275-323.

<sup>12</sup> Véase Daniel Bell, *The Coming of Post-Industrial Society: A Venture in Social Forecasting*, Nueva York, 1973 [hay traducción castellana, *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, Madrid, Alianza, 1976. N. de T.].

<sup>13</sup> El equivalente estadounidense de estos eventos fueron las victorias de Ronald Reagan en 1980 y 1984.

<sup>14</sup> El historiador francés Jacques Revel parece coincidir. A propósito de fines de los 70 y los 80 destaca: “La duda que [...] impactó a nuestras sociedades, colocada frente a formas de crisis que no sabían comprender y a veces ni siquiera describir, contribuyó realmente a difundir la convicción de que el proyecto de una inteligibilidad total de lo social debía ponerse –al menos provisoriamente– entre paréntesis”; Jacques Revel, “Microanalyse et construction du social”, en *Jeux d'échelles: La micro-analyse à l'expérience*, París, 1996, p. 18 [hay traducción castellana, “Microanálisis y construcción de lo social”, *Entrepasados*, N° 10, 1996, pp. 141-160. La cita transcripta corresponde a esta versión, p. 144. N. de T.]

<sup>15</sup> Sobre la “acumulación flexible”, véase David Harvey, *The Condition of Postmodernism: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Oxford, 1989 [hay traducción castellana, *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998. N. de T.]

<sup>16</sup> En este caso, así como en otros muy frecuentes en el libro, uno debe admirar la voluntad de Eley por articular, abierta y dolorosamente, su ambivalencia política e intelectual.

<sup>17</sup> Este enfoque es una síntesis, tal vez hasta un nivel absurdo, del capítulo 10, “Reconfiguring the «Social» in Social Science: An Interpretivist Manifesto”, en William H. Sewell, Jr., *Logics of History: Social Theory and Social Transformation*, Chicago, 2005, pp. 318-372.

<sup>18</sup> Tres muy diferentes perspectivas históricas acerca de la acumulación interminable del capital pueden verse en David Harvey, *The Limits to Capital*, Oxford, 1982 [hay traducción castellana, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990. N. de T.]; Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Times*, Londres, 1994 [hay traducción castellana, *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 1999. N. de T.]; y Moishe Postone, *Time, Labor, and Social Domination: A Reinterpretation of Marx's Critical Theory*, Cambridge, 1993 [hay traducción castellana, *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*, Madrid, Marcial Pons, 1996. N. de T.], y “Contemporary Transformations: Beyond Post-Industrial Theory and Neo-Marxism”, *Current Perspectives in Social Theory*, , N° 19, 1999, pp. 3-53.

# Comentario sobre *Una línea torcida*\*

Gabrielle M. Spiegel\*\*

**E**n su libro *Una línea torcida* Geoff Eley ofrece un detallado examen sobre la radical transformación que sobrevino a la práctica de la historia social entre las décadas de 1970 y 1980, con el ascenso de la historia cultural en respuesta a los desafíos planteados a las formas predominantes de aquella por el giro lingüístico. Triangulando, como dice, “lo político, lo histórico y lo personal”, la historia que cuenta se halla inmersa en el contexto de su propia formación como historiador, una formación con un discurso distintivamente británico (marxista), y sorprendentemente libre de acentos franceses, excepto por Michel Foucault.<sup>1</sup> Se trata de la historia, además, de una particular generación profesional que llegó a su madurez hacia fines de la década de 1960 y que se encontraba profundamente comprometida con el cambio histórico en el presente, un problema al que sus miembros se acercaron tanto en sus vidas como en sus trabajos, y a través de las influencias recíprocas implicadas en esta conjunción. Una de las metas de Eley en *Una línea torcida* es exponer “todo un conjunto de encuentros entre las tareas de la escritura de la historia y el clima político que las envuelve” (32) para poder destacar que la historia y la política están inevitablemente imbricadas en los pensamientos y los trabajos de todo historiador; en síntesis, para promover una práctica historiográfica “fortalecida por el compromiso y la ética de la convicción” (34). Es importante enfatizar que los títulos de los capítulos mediante los cuales Eley denota su participación en los cambiantes estilos y objetivos historiográficos de las últimas cuatro décadas apuntan hacia las avenencias psíquicas y emocionales que acompañan al trabajo del historiador: “Optimismo”, “Desilusión”, “Reflexión” y “Desafío”.<sup>2</sup>

\* Le agradezco a mi colega, David Nirenberg, por sus comentarios sobre este artículo, de los que como siempre me he beneficiado profundamente.

\*\* Profesora de Historia y jefa de Departamento de la misma carrera en la Universidad Johns Hopkins. Es autora de *The Chronicle Tradition of Saint-Denis: A Survey* (Classical Folia Editions, 1978); *Romancing the Past: The Rise of Vernacular Prose Historiography in Thirteenth-Century France* (University of California Press, 1993), y *The Past as Text: The Theory and Practice of Medieval Historiography* (Johns Hopkins University Press, 1997), y editora de *Practicing History: New Directions in Historical Writing after the Linguistic Turn* (Routledge, 2005). A su vez, ha escrito alrededor de sesenta artículos sobre la historiografía medieval y teorías contemporáneas de la narrativa histórica. Actualmente se desempeña como presidenta de la Asociación Norteamericana de Historia.

Además, la generación de Eley fue la que –incluyendo aun a aquellos con una fuerte fe marxista en lo que denomina “materialismo asumido por defecto” y “la creencia fundamental en la determinación social” (280)– adoptó el giro lingüístico, el cual tendría un gran impacto sobre la práctica de la historia hasta el presente. Ciertamente, existe en la actualidad un bastante amplio sentimiento de insatisfacción respecto de algunas de las limitaciones de la historiografía del giro lingüístico, como se evidencia en el volumen de Victoria Bonnell y Lynn Hunt *Beyond the Cultural Turn*; en una gran variedad de artículos de William Sewell, Richard Biernacki, Miguel Ángel Cabrera, Patrick Joyce, William Reddy, Nicholas Dirks y Marshall Sahlins; en los escritos del sociólogo británico Anthony Giddens y del sociólogo alemán Andreas Reckwitz; en el debate “El nuevo empirismo” recientemente publicado en la revista *Cultural and Social History*, y en muchos otros trabajos, demasiado numerosos para ser citados aquí.<sup>3</sup> Claramente el tiempo se encuentra maduro para una reconsideración de la relación de la historia social con la historia cultural, y para repensar las fundamentales, si no necesariamente excluyentes, diferencias en las epistemologías y las prácticas historiográficas hacia las que tiende cada una de ellas.<sup>4</sup> En gran parte, esto es lo que trata de ofrecernos Eley en *Una línea torcida*.

Lo que se encuentra en juego aquí son las posibilidades y las modalidades de recuperación del arraigo básico de la historia social en el materialismo histórico, luego de veinticinco años de adhesión a una creencia en el carácter lingüístico y culturalmente construido de la realidad. Como muchos otros, actualmente Eley desea repensar el entendimiento del historiador acerca de su propia práctica de un modo que, además de reconocer la poderosa perspicacia conseguida gracias al abordaje lingüístico y cultural de la sociedad, la revise desde una perspectiva de amplios alcances considerando cómo la sociedad sufre constantes transformaciones tanto en sus ámbitos materiales como en los conceptuales. Esta preocupación por volver a introducir una perspectiva social y materialista en el análisis histórico coloca en primer plano los problemas relacionados con los agentes individuales, las acciones históricas y las constricciones estructurales que posibilitan y delimitan, a la vez, la experiencia, temas sobre los cuales actualmente gira gran parte del debate. En su base, la cuestión se vincula a nuestras creencias sobre lo que la historia es y sobre cómo ésta sucede. Cualquier respuesta a la misma, y por ende a la posibilidad de recuperar una perspectiva social y materialista sin abandonar la historia cultural, estará determinada en parte por cómo uno piensa al surgimiento del giro cultural, qué lo motivó (más allá de las dificultades acumuladas en la historia social, que Eley narra tan bien) y sobre qué terreno puede rehabilitarse la historia social.

Según Eley, el cambio decisivo desde la centralidad de la historia social al de la historia cultural aconteció alrededor de 1980, cuando una nueva generación de historiadores preparados entre 1960 y 1970 llegó a su madurez profesional. La “desilusión” con la que Eley caracteriza este cambio en el tercer capítulo es atribuida al abandono de su creencia en que “las relaciones de clase son *el* elemento constitutivo en la historia de los Estados capitalistas industrializados, el deseo axiomático del historiador social marxista” (172). Bajo el impacto de contextos políticos transformados –y especialmente del ascenso del feminismo y la historia de las mujeres/de géne-

ro, con su profunda preocupación por temáticas relacionadas con la subjetividad que habían sido excluidas de los paradigmas de la historia social vigentes en ese entonces– se produjo un viraje hacia formas de historia cultural concebidas lingüísticamente que dividió a la generación entre aquellos que permanecieron comprometidos con lo que Eley caracteriza como “una historia social en constante crecimiento” y aquellos que comenzaron a definirse a sí mismos como historiadores culturales, es decir, quienes se focalizaron en el discurso y sus operaciones en la construcción cultural de la vida social.

Eley cree que “si escribimos la historia intelectual de la disciplina con sinceridad [...] encontraremos los nuevos impulsos viniendo de fuera” (281). Pienso que esto es en gran medida correcto, aunque tiende a conceder un estatus excepcional a lo que probablemente sea visto de modo más realista como la normal promiscuidad interdisciplinaria de la profesión, y a subestimar el grado en el cual historiadores de todas las corrientes, lejos de continuar atados a las empobrecedoras teorías tradicionales de “hacer exclusivamente historia”, tienden constantemente a leer y a trazar líneas sobre campos afines.<sup>5</sup> Como el propio Eley nota, “los límites que separan a la historia de otras disciplinas académicas y de influencias más amplias en la esfera pública han sido mucho más porosos de lo que los cascarrabias defensores de la integridad de la historia nunca se permitirían ver” (281).

Junto con la influencia de los escritos feministas sobre género, Eley destaca la importancia del trabajo de Foucault en el surgimiento de la historia cultural. No sólo los tempranos trabajos del autor francés demostraron la operación del discurso, o lo que denominó “régimen epistémico”, en la definición de las condiciones de posibilidad de aquello que puede o no puede ser pensado en épocas históricas particulares (definido por la episteme de una era y por los modos en que ésta produjo una “mirada ya codificada”),<sup>6</sup> sino que su elaboración de la idea de una conexión indisoluble entre el conocimiento y el poder (o lo que a veces es denominado “nexo saber/poder”) también formuló una nueva comprensión acerca del poder como descentralizado y disperso, como una “microfísica” que atraviesa toda la sociedad y todas sus prácticas; desafiando, por tanto, la utilidad de la concentración convencional de la historia social en las clases y el Estado en tanto centros de dominación y de poder. Como explica Eley, el objetivo principal del trabajo de Foucault era socavar la visión materialista de la sociedad y de la cultura en favor de un análisis lingüístico, un movimiento ayudado, sin duda, por el ascenso de las escuelas narrativistas de la historia, endeudadas de varias maneras con la *metahistoria* de Hayden White, así como también con Jaques Derrida y la deconstrucción, aunque de un modo menos sistemático. Unida a esta mezcla se encontraba la antropología simbólica popularizada entre los historiadores por los trabajos de Clifford Geertz. A pesar de que la antropología simbólica de Geertz insistía sobre su asimiento en los materiales sociales de una cultura dada, fueron los patrones formales y los modos de representación, más que los conflictos sociales a los que éstos servían como expresión y resolución simbólica, los elementos que tendieron a convertirse en objetos de investigación por parte de los historiadores. El resultado, inevitablemente, fue una estetización de la cultura y su absorción en la omniabarcadora categoría de “textualidad” y discurso, tal como el posestructuralismo

la concebía. Según Eley, estímulos adicionales para “tomar el giro” provinieron de los estudios culturales, de la episódica historia de las *mentalités* promovida por la escuela de los *Annales*, por el ascenso de la antropología simbólica y por la nueva prominencia dada a las cuestiones de raza y dominio vinculadas a temáticas coloniales y poscoloniales, aunque en el último caso el impacto fue menos directo hasta un período ligeramente posterior.

Es importante destacar que para el momento en que estos desarrollos trazaban su camino en el campo visual del historiador, las distinciones claras y críticas entre ellos tendieron a diluirse debido al apuro por abrazar las nuevas epistemologías y metodologías. Así, por ejemplo, términos como “posmodernismo” y “posestructuralismo” tendieron a ser utilizados de manera intercambiable, y a unificarse con la antropología simbólica que estaba siendo desarrollada por Geertz. Dado que todas las “escuelas” compartían una dependencia hacia la semiótica como explicación sobre las modalidades en que el lenguaje operaba mediando la relación entre texto y realidad, la diferencia entre el análisis cultural y el giro lingüístico tendía a ocluirse. Pero mientras la historiografía del giro lingüístico proclamaba la cultura como un mecanismo cerrado y no referencial de la construcción de la sociedad que *precedía* al mundo y lo hacía inteligible al construirlo a partir de sus propias reglas de significación, la historia cultural nunca dejó de creer en la realidad objetiva del mundo social, y por ende podría haber sido catalogada, más provechosamente, como una historia sociocultural. Si bien actualmente las diferentes naturalezas y tradiciones que dieron origen a la historia cultural y al giro lingüístico son mucho mejor comprendidas, Eley tiende a perpetuar la confusión entre ambas al equipararlas entre sí.<sup>7</sup>

Como resultado de la influencia combinada de estos desarrollos, indica Eley, la historia cultural conquistó su hora de esplendor. Pero actualmente este esplendor se está opacando y, según argumenta, “no tenemos que reinstaurar la primacía de la explicación social ni un modelo materialista de determinación social, o insistir en la soberanía causal de la vida económica y material, a la hora de tomar en serio las tareas del significado de lo social o del análisis social”. Él cree que es tiempo de reafirmar la importancia de la historia social a fin de “mantener siempre relacionados nuestros temas de estudio específicos con el cuadro más general de la sociedad en su conjunto tanto si somos historiadores sociales como si somos historiadores de la política, historiadores de la cultura o de cualquier tipo”. Podemos “mantener todos los logros de la nueva historia cultural sin tener que abandonar todo lo que hemos aprendido como historiadores sociales” (38-39). No tenemos, por tanto, la necesidad de elegir entre la historia cultural y la historia de la sociedad –según los términos utilizados en el subtítulo del libro– pero podemos, en cambio, aproximarnos de igual modo (y con ecuanimidad) tanto a la vieja escuela de los teóricos sociales como a la predisposición de los nuevos historiadores culturales por el discurso como fuerza determinante en la construcción social.

Tengo dos dudas principales acerca de lo ajustado de esta narrativa, aunque en términos fundamentales comparto su deseo básico por una historiografía que reconozca tanto los determinantes sociales y contextuales del pensamiento y el comportamiento en el pasado como el rol de intermediación jugado por el lenguaje y la cultu-

ra en sus funcionamientos; esto es, por aquello que David Nirenberg ha sugerido denominar una “teoría de campo unificada” de la historia.<sup>8</sup> El primer interrogante se relaciona con la explicación dada por Eley sobre el ascenso del giro lingüístico/historia cultural, y el segundo es: ¿Qué viene después? ¿Qué sucede si aceptamos simplemente el argumento de que no hay necesidad de elegir? ¿Qué tipo de historia y basada en qué epistemologías y metodologías practicaríamos entonces? Estas preguntas están relacionadas de modos inesperados, por lo menos en sus implicancias sobre el camino que la historiografía tomará de ahora en adelante.

Si bien Eley reconoce, a través de todo el libro, la decisiva influencia ejercida por los escritores y filósofos franceses para los cambios globales en el pensamiento y el trabajo históricos durante el período que va de los 70 a los 90, destacando la labor de Louis Althusser, Julia Kristeva, Jean-François Lyotard y Jacques Derrida, así como también la de Foucault (por ejemplo, 243), su narrativa ofrece escasa atención al grado en el cual el estructuralismo francés primero, y el posestructuralismo francés después, se encontraron intelectualmente motivados por un rechazo hacia la fenomenología. Basta recordar el temprano encuentro de Foucault con Ferdinand de Saussure hacia fines de la década de 1940; por aquel entonces asistía a las clases dictadas por Maurice Merleau-Ponty y decía, al discutir el problema de la subjetividad: “Recuerdo muy bien [que] en el momento en que el problema del lenguaje salió a la luz, se mostró que la fenomenología no era tan capaz como el análisis estructural de dar cuenta de los efectos de sentido que podían ser producidos por una estructura de tipo lingüístico, en la que el sujeto, en la perspectiva de la fenomenología, no intervenía como donador de sentido”.<sup>9</sup> En cambio, el sujeto era, tal como el sentido donado, un “efecto” del discurso, una posición asignada por y dentro de las prácticas discursivas. De esta manera, lo primordial y principal era el discurso, como Foucault dejó abundantemente claro en los primeros capítulos de *La arqueología del saber*, anunciando su decisión de “abandonar cualquier intento por ver en el discurso un fenómeno de expresión”. El “discurso”, decía, “no es la manifestación, majestuosamente desarrollada, de un sujeto que piensa, que conoce y que lo dice: es, por el contrario, un conjunto donde pueden determinarse la dispersión del sujeto y su discontinuidad consigo mismo”.<sup>10</sup> De aquí la famosa “muerte del sujeto” y con ésta, la del actor histórico materialmente afincado.

Todo lo demás se desprendió, naturalmente, de este concepto clave de discurso y su novedosa visión acerca de la subjetividad, con su capacidad para deshacerse de los conceptos de agencia, experiencia y práctica. Dada la ausencia de un actor histórico con un propósito claro y de algún concepto de intencionalidad, se volvió imposible establecer un terreno desde el cual el individuo pudiera moldear su destino sobre las bases de su propia experiencia del mundo. La base filosófica del estructuralismo y del posestructuralismo descansó en el rechazo francés de la fenomenología –de una comprensión, centrada en el actor, acerca de cómo el mundo es percibido y entendido– y la adopción de la semiótica como el paradigma imperante para entender al lenguaje, la cultura y la sociedad; un paradigma sin duda posteriormente modificado por Derrida, la deconstrucción y otras variantes del posestructuralismo, pero no por eso menos lingüístico en su orientación. Pero si debe destacarse que la semiótica no es una categoría que ocupe demasiado espacio en el libro, y en todo caso éste se reduce a su necesi-

rio papel en la explicación del ascenso del giro lingüístico, su adversa relación con la fenomenología está (al menos después de las dos profundas lecturas que realicé) totalmente ausente en la discusión.

Según mi comprensión de la situación actual en historia y teoría, una gran parte de la crítica revisionista a la historiografía del giro lingüístico y la historia cultural, así como del esfuerzo por ir “más allá del giro cultural”, se está asentando en un abordaje neofenomenológico que busca, como explica Pierre Bourdieu (aun disintiendo sobre su utilidad analítica), “explicitar la experiencia primaria del mundo social, es decir, todo lo que se halla inscripto en la relación de familiaridad con el entorno familiar, la incuestionada aprehensión del mundo social, la cual, por definición, no reflexiona sobre sí misma y excluye la cuestión de las condiciones de su propia posibilidad”.<sup>11</sup> En la medida en que comparten esta visión, muchos historiadores están desplegando un concepto (mayoritariamente implícito) de “fenomenología social” en el cual, como explica el sociólogo alemán Andreas Reckwitz: “El objetivo del análisis histórico es aprehender la «perspectiva subjetiva», es decir, reconstruir la secuencia de los actos mentales de conciencia, que están ubicados «dentro» y son dirigidos a partir de la «intencionalidad» fenomenológica hacia objetos externos a los cuales la conciencia adscribe significados. Lo social por tanto es [...] la *idea* subjetiva de un mundo común de significados [...] El objetivo de un análisis tanto social como cultural desde el punto de vista de la fenomenología social es describir los actos subjetivos de las interpretaciones (mentales) de los agentes y sus esquemas de interpretación”.<sup>12</sup>

Entre los historiadores, la reintroducción del agente como un actor social efectivo fue lograda mediante la consideración de la disyunción entre los significados culturalmente dados y los usos individuales de éstos en formas contingentes e históricamente condicionadas. El trabajo realizado en esta dirección tiende a enfocarse en los usos adaptativos, estratégicos y tácticos, efectuados mediante esquemas culturales ya existentes por agentes que, en el mero acto de servirse de los elementos culturales, los reproducen y transforman al mismo tiempo. Desde esta perspectiva, la agencia histórica (*historical agency*) representa la relación de los individuos con el orden cultural o, tal como describe Sahlins, “la encarnación de las fuerzas colectivas en personas individuales”.<sup>13</sup> Es a esta perspectiva centrada en el actor, una creencia en la percepción individual como la fuente de conocimiento del agente sobre, y acción del mismo en, el mundo —una percepción mediada y tal vez obligada, pero *no* controlada en su totalidad por el andamiaje cultural ni por los esquemas conceptuales dentro de los que se asienta— a la que veo como el regreso de una fenomenología modificada. Si la mayoría de los historiadores, en especial aquellos que siguen creyendo en la fuerza y la utilidad del giro lingüístico, no tiene ningún deseo de retornar a un modelo “objetivo” de la historia como ciencia social, o sea, de “salvar los fenómenos”, muchos se hallan sin embargo comprometidos con un generalizado intento por salvar lo fenomenológico.

En relación con este cambio se observa un nuevo énfasis en el constructivismo semántico (en oposición al semiótico), donde el significado no se produce en el nivel del código o la estructura sino en el de la semántica del uso corriente de la lengua; el mundo se construye así a través de su constante y práctica creación y re-creación a lo

largo del tiempo, pues el uso de un término en el pasado no determina su empleo en un caso ulterior. Al centrarse en la puesta en acto adaptativa y práctica de los componentes culturales por parte de los agentes individuales, las cambiantes modalidades de uso dan cuenta de cómo se mantiene, media, reproduce y cambia la cultura. Por lo tanto, la neofenomenología da lugar a una teoría de la “práctica” que resalta tanto los actos mentales como los corporales de los actores históricos, en los cuales, tal como argumenta Richard Biernacki, “los agentes ponen en juego competencias corporales que tienen su propia estructura e influencia coordinante, incorporando principios corporales de conocimiento práctico”.<sup>14</sup> De esta forma, las prácticas cotidianas se combinan para construir el “cuerpo socialmente moldeado”, que posee en su estado incorporado “los instrumentos para un ordenamiento del mundo, un sistema de esquemas de clasificación que organiza toda las prácticas, y del cual el esquema lingüístico [...] es sólo uno de los aspectos”.<sup>15</sup>

Según este punto de vista, la cultura se presenta no tanto como una estructura sistemática sino como un repertorio de competencias, una “caja de herramientas”, un sistema de racionalidad práctica, o un conjunto de estrategias que guían la acción, por el cual los símbolos/signos son movilizados para identificar aquellos aspectos de la experiencia del agente que, en este proceso, son hechos significativos, es decir, “reales” desde la experiencia. De este modo, la cultura es remodelada bajo un “giro performativo”, el cual se produce sólo procesualmente a partir de “signos puestos a trabajar” para “referenciar” e interpretar el mundo. La investigación histórica, desde esta perspectiva, tomaría las prácticas (y no las estructuras) como el punto de partida del análisis social, y la práctica en sí misma supone la forma de una sociología del significado o, tal como la denomina Bernard Lepetit, una *sémantique des situations*.<sup>16</sup>

Los mencionados intentos por modificar el alcance totalizador de los regímenes discursivos sobre el comportamiento social desde el punto de vista de la acción, la experiencia y la práctica parecen indicadores de las negociaciones teóricas inherentes a lo que me veo tentada a denominar una estrategia “acomodatícia” (*accommodationist*) que se manifiesta en gran parte de la crítica al giro lingüístico. El reclamo por un pluralismo teórico-metodológico de Eley, incluyendo una revitalizada historia social que busque abarcar la historia de la sociedad en su conjunto, también se emplaça aquí, aunque sobre un terreno teórico un tanto inestable.

Hacia el final del libro, Eley reitera su convicción de que no hay ninguna “necesidad de elegir” entre el enfoque social y el cultural de la práctica histórica; y concluye, con un muy sincero *cri de cœur*, instándonos a reconocer “la urgente necesidad de un pluralismo [¿metodológico? ¿epistemológico?] básico” (294). En efecto, ha “evitado de forma deliberada cualquier explicación detallada de los diversos debates que rodean el gran cambio de la historia social a la cultural que es el tema de este libro”, presumiblemente porque considera los debates teóricos y “deseos de pureza teórica” (los términos son suyos) como improductivos, al menos en la medida en que éstos tendieron a polarizar la profesión durante los 80 y los 90, el punto más álgido de los debates sobre la historiografía del giro lingüístico. Eley tampoco se muestra particularmente afable para con el intento de hallar un punto intermedio, una frase que según

él “normalmente implica una moderación o un tipo de confusión esquiva y comprometedora, una discapacidad ante la dificultad o la reticencia a adoptar una actitud” (159). En la medida que su postura pluralista representa un rechazo de los debates teóricos de las últimas décadas, ésta satisface, deduzco, la promesa de “desafío” bajo cuya rúbrica es presentada.

Pero el pluralismo metodológico y epistemológico no es –y con toda seguridad, tampoco intentó ser– una postura genuinamente teórica. De ahí que uno pueda preguntarse legítimamente si consigue proporcionar las bases para repensar las complejas relaciones entre las modalidades de análisis social y cultural que *Una línea torcida* defiende tan fervientemente. El reclamo de Eley a favor del pluralismo teórico y la falta de necesidad de elección elude, sin otra explicación en particular, el problema de las diferentes epistemologías en juego en una historia social empíricamente arraigada y/o en una historia cultural lingüísticamente mediada. La primera implícitamente retrotrae a aquel “noble sueño” de una base objetiva para la investigación histórica, algo que, como lo ha demostrado tan diestramente Peter Novick, ya no es compartido por la mayoría de los historiadores, a pesar de que muchos de nosotros respetemos, e insistamos sobre la fundamentación empírica para todas las investigaciones históricas.<sup>17</sup> La segunda supone al menos una dependencia parcial de una comprensión semiótica del carácter construido de nuestra aprehensión de esa misma realidad social. No se pretende con esto argumentar que la historia como disciplina esté necesariamente limitada al empleo de un único marco epistemológico, en la medida en que mudan sus centros de atención y objetos de investigación. Como mínimo, el cambio de escala cuando uno se traslada del análisis micro al macro (o global) de los fenómenos históricos a menudo incluye fluctuantes marcos epistemológicos, aunque esto no sea advertido en la literatura.<sup>18</sup>

Los intentos más interesantes por alcanzar el tipo de analítica dialécticamente balanceada –que al mismo tiempo abarque los aportes del posestructuralismo y los modifique a fin de incluir un sentido de la importancia de lo social y su fuerza instrumental en la historia y pensamiento humanos– sostenida por Eley provienen en estos momentos de historiadores como William Sewell, quienes están luchando para concebir una teoría social e historiográfica capaz de tratar precisamente con el conjunto de ideas que Eley compromete. Sewell propone entender la cultura dialécticamente, como la interacción entre el sistema y la práctica en la vida social; el primero entendido estructuralmente, pero cuyos efectos son modificados por las formas –contradictorias, reñidas y constantemente cambiantes– que adopta al ser implementado en la segunda.<sup>19</sup>

Por consiguiente, Sewell se aproxima a las cuestiones relacionadas con el papel de los eventos y la conducta individual y colectiva en fenómenos tales como la toma de la Bastilla –y las consecuencias revolucionarias que la sucedieron– considerándolos como participantes en una dialéctica de sistema y práctica, a través de la cual el orden cultural existente es rearticulado y transformado. Estudiar cualquier forma de conducta, sea social, política o cultural, implica recurrir a un conjunto de significados socialmente convencionales pero frecuentemente compartidos, a fin de ser comprendidos y consecuentes. En este sentido, la interpretación simbólica, insiste Sewell, “es

la parte fundamental del evento histórico”, ya que las acciones adquieren significado sólo con relación al orden cultural donde transcurren.<sup>20</sup> Al mismo tiempo, el sistema como tal existe únicamente en la continuidad que le fue conferida por la sucesión de prácticas que le dan vida. Pero toda práctica modula y transforma el sistema en el que se desarrolla y del cual es su instancia concreta. En un suceso tan trascendental como la toma de la Bastilla, el resultado es una rearticulación que transforma las estructuras conceptuales subyacentes que guiaron a la sociedad francesa del Antiguo Régimen, creando sistemas de significación originales, entre los que figuran “la Bastilla”, la “revolución”, el “despotismo” y otros.<sup>21</sup> Para este proceso es crucial tener en cuenta que los lenguajes (o discursos) heredados nunca pueden abarcar íntegramente o describir adecuadamente la amplia variedad de realidades o experiencias empíricas que se les presentaron a los actores sociales para su categorización e interpretación y que, en este sentido, la vida escapa a la capacidad de la cultura para poder explicarla.<sup>22</sup>

Sin embargo, entre los intentos de los historiadores destinados a repensar la cuestión de la estructura y la práctica, hay un esfuerzo por encarar los temas teóricos subyacentes. Esos intentos, aunque son tan eclécticos como Eley en cuanto a las fuentes sobre las que se basan, comparten sólo el significado que les da Eley a los beneficios resultantes de tales esfuerzos para la renovación del conocimiento histórico. Como él señala, existe un conjunto de trabajos recientes producidos por académicos más jóvenes que “rechazan explícitamente la división polarizada entre lo «social» y lo «cultural», invistiendo de manera muy evidente los temas sociales y políticos de una analítica cultural, y los fundamentan en un rango de fuentes y contextos interpretativos tan densa e imaginativa como sea posible” (201). Es dudoso que este trabajo alguna vez vuelva a proponerse, como comparte el mismo Eley, la meta totalizadora de “abordar la sociedad en su conjunto” –trasladar “una línea torcida” desde la historia cultural a la “historia de la sociedad”– debido a la sistemática disolución de lo que él tempranamente llamó “aspiración totalizadora de la historia social” (283). Sin embargo, una exploración de las bases teóricas, tanto epistemológicas como metodológicas, para generar las lógicas de la historia (parafraseando la terminología de Sewell) e historiografía intrínsecas a este movimiento nos resultará sin dudas importante para su conformación completa.

En conclusión, para articular mi primer interrogante con el segundo, diría que de la misma forma en que el giro lingüístico (y por lo tanto la historia cultural) surgió a partir de la crítica a la fenomenología, una de las ramas de la actual ofensiva revisionista contra gran parte de la teorización de la historia se encuentra bajo la bandera de un enfoque neofenomenológico recientemente agrupado, al menos según Reckwitz, bajo la rúbrica de “teoría de la práctica”. Recurriendo a diversos y a veces incompatibles cuerpos teóricos –que incluyen al proyecto de una “praxeología” de Pierre Bourdieu y su variante semiótica de Michel de Certeau; la “teoría de estructuración” de Anthony Giddens; las investigaciones sobre el “lenguaje ordinario” de Ludwig Wittgenstein, y una mejor comprensión del trabajo tardío de Foucault sobre la gobernabilidad y la biopolítica que confluye con las teorías del cuerpo en sus vertientes feminista y sociológica– en combinación con el modelo neohermenéutico de la acción corpo-

rizada (*embodied agency*) que adeuda gran parte de su vigor a los modelos etnometodológicos de etnógrafos como Harold Garfinkel, la “teoría de la práctica” afirma la vigente relevancia de la perspicacia semiótica del giro lingüístico, aunque la reinterpreta en pro de una recuperación de la historia social, ubicando la estructura y la práctica, el lenguaje y el cuerpo en una relación dialéctica en los sistemas de la historia.<sup>23</sup> En este sentido, como afirmaron Victoria Bonnell y Lynn Hunt, parecería que los académicos están dedicados a redefinir y revitalizar el concepto de lo “social” que había sido hostigado por el posestructuralismo.<sup>24</sup>

En este sentido el “giro lingüístico” está cediendo paso a un “giro histórico”, puesto que el historicismo –entendido como el reconocimiento del carácter contingente, social y temporalmente ubicado de nuestras creencias, valores, instituciones y prácticas– comprende tanto la retención de un atenuado concepto del discurso (al cual se considera creador de las condiciones de posibilidad para, y parte constitutiva de, una cultura determinada) como el énfasis revisionista sobre la práctica, la acción, la experiencia y los usos adaptativos de los recursos culturales específicamente históricos. Esto se logra fundamentalmente (re)adoptando una perspectiva centrada en el actor que requiere una comprensión de lo *social* al tiempo que del terreno simbólico donde se generan los textos y las conductas de todo tipo, y prestándole atención a las vías por las cuales la práctica modifica continuamente el sistema donde opera. Queda a criterio del lector determinar si este tipo de enfoque merece ser llamado “neofenomenológico”, pero parece claro que cualquier “retorno a la realidad” incluirá una consideración de las formas que tienen los actores sociales, individuales y colectivos, para operar sobre la base de sus percepciones y entendimientos, en el marco de los sistemas sociales y simbólicos que rigen las conductas y las dotan de sentidos socialmente significativos.

Hablando como alguien que sigue profundamente comprometido con los aciertos y las recompensas analíticas para el análisis histórico otorgados por el giro lingüístico en la historiografía, continúa existiendo, en mi opinión, un interrogante abierto: si tales movimientos revisionistas tendrán éxito, es decir, si lograrán ofrecer una modificación persuasiva del giro lingüístico, y si este reciente giro de la historiografía representa una fase final de agotamiento en la recepción de la historiografía del giro lingüístico, o más bien una iniciativa realmente novedosa que abrirá el camino hacia nuevos rumbos. Como lo he afirmado anteriormente en 1990: “La habilidad de la semiótica para barrer el campo teórico fue testimonio del poder de su desafío para las epistemologías tradicionales, la virtuosidad técnica de sus practicantes y la coherencia subyacente en su teoría, contra aquéllos que, abogando por un retorno a la historia con voz débil apelan al «sentido común» colectivo o la experiencia subjetiva individual. Pero mientras éstas son buenas razones históricas para que los historiadores insistan en la autonomía de la realidad material, no lo son necesariamente para realizar buena historia, y no puede afrontarse al giro lingüístico con la simple apelación al sentido común o individual y la experiencia. Ni”, agregaría ahora, “a la historia social *tout court*”.<sup>25</sup>

El libro de Eley toma una posición entre las actuales demandas por recuperar lo material –en efecto, lo social– como el aspecto central de una creencia en la realidad

y la presencia socialmente significativa del pasado, tanto en el pasado mismo como en el presente. Si discuto aspectos menores de su explicación de la etiología de estos debates y desarrollos, se trata en todo caso de una ilustración más, en apoyo de su convicción, de que nuestras formas de abordar la historiografía son inevitablemente personales, gobernadas por los contextos particulares de nuestras propias historias, políticas y compromisos profesionales.

## Notas

<sup>1</sup> En términos formales, este enfoque casi autobiográfico se encuentra entre lo que Jaume Aurell ha denominado recientemente una autobiografía “construccionista” y una autobiografía “experimental”. La primera es definida como una autobiografía en la que los autores tienden a “establecer una distancia crítica respecto de sus propias vidas para presentarlas de modo objetivo, usualmente en términos de un lenguaje empírico-analítico que les da a sus narrativas un aire monográfico”. Asimismo, los “autobiógrafos experimentales” se encuentran “menos preocupados por su identidad en tanto académicos-historiadores, y narran desde un marco epistemológicamente escéptico”, y más preocupados por especificar e identificarse con unos “itinerarios intelectuales precisos, [en los que] la historia [se convierte] en un subtexto de sus narrativas personales”; J. Aurell, “Autobiography as Unconventional History: Constructing the Author”, *Rethinking History*, 10, N° 3, 2006, pp. 433-449, especialmente pp. 435-439.

<sup>2</sup> Los primeros dos capítulos están dedicados al estudio de la formación de Eley como historiador en Gran Bretaña y Alemania, principalmente bajo el impulso y la inspiración del ascenso de la “nueva” historia social de las décadas de 1960 y 1970. Estos capítulos les ofrecen a los historiadores que no son ni británicos ni alemanes una revisión extremadamente interesante y valiosa de las tendencias principales de la historia social en aquellos dos países durante esas dos décadas; es decir, con anterioridad al advenimiento del giro lingüístico. Además, los últimos dos capítulos retoman la discusión existente acerca de las diversas relaciones entre la historia social y la cultural, la emergencia de una historiografía influenciada por el giro lingüístico, los modos en los que esto ha afectado la práctica y la teoría histórica, y finalmente una consideración “desafiante” acerca del potencial con el que cuenta un abordaje renovado que logre abarcar la historia en su totalidad y que honraría a los análisis desarrollados igualmente por las lógicas sociales y culturales. La “línea torcida” constituye una figura que deriva de la máxima de Bertolt Brecht que afirma que “cuando existen obstáculos, la distancia más corta entre dos puntos –en este caso, entre la historia cultural y la historia social– es la línea torcida”.

<sup>3</sup> Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt (eds.), *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, 1999. William H. Sewell, Jr., “A Theory of Structure: Duality, Agency and Transformation”, *American Journal of Sociology*, 98, 1992, pp. 1-29; W. Sewell, “The Concept(s) of Culture”, en V.E. Bonnell y L. Hunt, *Beyond the Cultural...*, pp. 35-61; W. Sewell, “Historical Events as Transformations of Structures: Inventing Revolution at the Bastille”, *Theory and Society*, 25, 1996, pp. 841-881. Éstos, junto con otros nuevos escritos y artículos reunidos, han sido recientemente publicados por Sewell en *Logics of History: Social Theory and Social Transformation*, Chicago, 2005. R. Biernacki, “Language and the shift from Signs to Practices in Cultural Inquiry”, *History and Theory*, 39, 2000, pp. 289-310; R. Biernacki, “Method and Metaphor after the New Cultural History”, en V.E. Bonnell y L. Hunt, *Beyond the Cultural...*, pp. 62-92; R. Biernacki y J. Jordan, “The Place of Space in the Study of the Social”, en P. Joyce (ed.), *The Social in Question: New Bearings in History and the Social Sciences*,

Londres, 2002, pp. 133-150; M.A. Cabrera, "On Language, Culture and Social Action", *History and Theory*, 40, 2001, pp. 82-100; M.A. Cabrera, "Linguistic Approach or Return to Subjectivism: In Search of an Alternative to Social History", *Social History*, 24, 1991, pp. 74-89; M.A. Cabrera, *Postsocial History: An Introduction*, Colorado, 2004; P. Joyce, "The Imaginary Discontents of Social History: A Note of Response to Mayfield and Thorne, Lawrence and Taylor", *Social History*, 18, N° 1, 1993, pp. 81-85; P. Joyce, "The End of Social History?", en K. Jenkins (ed.), *The Postmodern History Reader*, Londres, 1997, pp. 341-365 [hay traducción castellana, "¿El final de la historia social?", *Historia Social*, N° 50, 2004. N. de T.]; P. Joyce, "History and Postmodernism", *Past and Present* 133, 1991, pp. 204-209; P. Joyce, "More Secondary Modern Than Postmodern", *Rethinking History*, 5, 2001, pp. 367-382; P. Joyce, "What is the Social and Why is it in Question?", la introducción a su colección de artículos recientemente editada *The Social in Question: New Bearings in History and the Social Sciences*, Londres, 2002; W.M. Reddy, "The Logic of Action: Indeterminacy, Emotion and Historical Narrative", *History and Theory*, 40, 2001, pp. 10-33; N.B. Dirks, "Is Vice Versa? Historical Anthropologies and Anthropological Histories", en T.J. McDonald (ed.), *The Historic Turn in the Human Sciences*, Michigan, 1996, pp. 17-51. Para Sahlins, véanse especialmente los artículos reunidos en M. Sahlins, *Culture in Practice: Selected Essays*, Nueva York, 2000, así como *Islands of History*, Chicago, 1985 [hay traducción castellana de los dos libros: *Cultura y razón práctica*, Barcelona, Gedisa, 1988, e *Islas de historia*, Barcelona, Gedisa, 198. N. de T.]. Anthony Giddens, *The Constitution of Society: Outline of a Theory of Structuration*, Berkeley, 1986 [hay traducción castellana, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995. N. de T.]. A. Reckwitz, "Toward a Theory of Social Practices: A Development in Culturalist Theorizing", *European Journal of Social Theory* 5, 2002, pp. 243-263; A. Reckwitz, *Die Transformation der Kulturtheorien: Zur Entwicklung eines Theorieprogramms*, Weilerswist, 2000. *Cultural and Social History*, vol. 1, N° 2, 2004, particularmente el trabajo de Carla Hesse en pp. 201-207.

<sup>4</sup> Véase G.M. Spiegel (ed.), *Practicing History: New Directions in Historical Writing after the Linguistic Turn*, Nueva York, 2005.

<sup>5</sup> Para una discusión más completa sobre este punto, véase W. Sewell, *Logics of History*, especialmente capítulo 1, "Theory, History and Social Science", y capítulo 2, "The Political Unconscious of Social and Cultural History, or, Confessions of a Former Quantitative Historian".

<sup>6</sup> Véase Michel Foucault, *The Order of Things: An Archaeology of the Human Sciences*, Nueva York, 1973, xxi [hay traducción castellana, *Las palabras y las cosas*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1999. La cita se encuentra en p. 6. N. de T.].

<sup>7</sup> Véase, por ejemplo, la confluencia de ambos términos en pp. 191-192 y 236; en el último caso, éstos son presentados como sinónimos.

<sup>8</sup> David Nirenberg, comunicación personal. Para un análisis teórico de los ámbitos en los que uno podría empezar a articular tal campo, véase G.M. Spiegel, "Towards a Theory of the Middle Ground: Historical Writing in the Age of Postmodernism", en C. Barros (ed.), *Historia a Debate*, vol. 5, N° 1, Madrid, pp. 169-176; y también "History and Post-Modernism: IV", *Past and Present*, 135, 1992, pp. 194-208.

<sup>9</sup> M. Foucault, *Politics, Philosophy, and Culture: Interviews and Other Writings, 1977-1984*, Nueva York, 1988, p. 21 [hay traducción castellana de la entrevista de la que procede la cita, "Estructuralismo y posestructuralismo", en *Estética, ética y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1999, p. 311. N. de T.].

<sup>10</sup> M. Foucault, *The Archaeology of Knowledge and the Discourse on Language*, Nueva York, 1972, p. 55 [hay traducción castellana, *La arqueología del saber*, México, Siglo Veintiuno, 1999, p. 90. N. de T.].

<sup>11</sup> P. Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice*, trad. Richard Nice, Cambridge, 1977, p. 3.

<sup>12</sup> A. Reckwitz, "Toward a Theory of Social Practices", p. 247.

<sup>13</sup> M. Sahlins, "Introduction", en *Culture in Practice*, p. 25.

<sup>14</sup> R. Biernacki, "Method and Metaphor after the New Cultural History", p. 75.

<sup>15</sup> P. Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice*, p. 124.

<sup>16</sup> B. Lepetit, "Histoire des pratiques, pratique de l'histoire", en B. Lepetit (ed.), *Les Formes de l'expérience*, Paris, 1995, p. 14.

<sup>17</sup> Véase P. Novick, *That Noble Dream: The "Objectivity Question" and the American Historical Profession*, Cambridge, 1988.

<sup>18</sup> Uno de los pocos trabajos dedicados a investigar sistemáticamente este problema, del que tengo conocimiento, es Jacques Revel (comp.), *Jeux d'échelles: La micro-analyse à l'expérience*, París, 1996.

<sup>19</sup> Véase W. Sewell, "The Concept(s) of Culture", pp. 53 ss. Véase también su reciente libro *Logics of History*.

<sup>20</sup> W. Sewell, "Historical Events as Transformations of Structure", p. 861.

<sup>21</sup> *Ibidem*.

<sup>22</sup> Para la discusión sobre el tema, véase M. Sahlins, *Islands of History*, pp. 147-148.

<sup>23</sup> Véase en particular M. de Certeau, *The Practice of Everyday Life*, Berkeley, 1998 [hay traducción castellana, *La invención de lo cotidiano*, México, Universidad Iberoamericana, 1999. N. de T.]; A. Giddens, *The Constitution of Society*; H. Garfinkel, *Studies in Ethnomethodology*, Cambridge, 1984.

<sup>24</sup> Véase V.E. Bonnell y L. Hunt, *Beyond the Cultural Turn*, p. 11.

<sup>25</sup> G.M. Spiegel, "History, Historicism and the Social logia of the Text", *Speculum*, 65, 1990, pp. 59-86. Reimpreso en G.M. Spiegel, *The Past as Text: The Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore, 1997, p. 19.

# Recordando el futuro

Manu Goswami\*

Geoff Eley es un importante investigador perteneciente a la nueva izquierda, especializado en la historia social alemana y europea moderna.<sup>1</sup> *Una línea torcida* es su reflexión sobre la relación entre su biografía intelectual, las transformaciones políticas y el cambio historiográfico desde la historia social de las décadas de 1960 y 1970 hacia el giro cultural de las décadas de 1980 y 1990. El libro es, autoconscientemente, híbrido. Su audaz conjunción entre memorias personales, análisis historiográfico y crítica política lo ubican en el terreno del giro cultural, conformándose como un producto del cambio desde la historia social hacia la cultural que él mismo traza. Sin embargo, el énfasis puesto en el contexto político de la historia social y cultural lo mantiene fiel a los preceptos básicos de la historia social. El mismo carácter híbrido del libro se sintetiza en su conclusiva, y controvertida, proclama de que las prácticas históricas contemporáneas combinan de tal forma la historia social y la cultural que obvian cualquier “necesidad de elegir” entre ellas.

El trabajo de Eley reúne sus memorias personales e intelectuales con los debates históricos que surcaron los campos ingleses, alemanes, europeos y sudasiáticos en un ordenamiento al viejo estilo de Eric Hobsbawm. La naturaleza heterodoxa de su trabajo se resalta en el registro emocional de los títulos de sus capítulos: “Optimismo”, “Desilusión”, “Reflexión” y “Desafío”. El marco temporal de la narrativa del libro es también heterodoxo. El trabajo se mueve entre la dimensión política y existencial de convertirse en un historiador social marxista en 1960 y 1970, a un panorama histórico más amplio referido a los intercambios entre la política y los debates historiográficos en Inglaterra, Alemania y Estados Unidos a partir de la posguerra, y una positiva imagen final de las prácticas históricas contemporáneas. Esta extraordinaria amplitud proporciona una inusual demostración sobre los múltiples y multiformes tiempos –político, generacional y existencial– que permiten una revisión historiográfica crítica. La forma experimental del libro sugiere que el único camino para lograr que el cambio de la historia social a la cultural sea inteligible es a partir del cortocircuito de las narrativas lineales en favor de la resolución final de Bertolt Brecht, enunciada por Galileo, de que “si hay obstáculos, la línea más corta entre dos puntos puede ser la línea torcida”.

\* Profesora de Historia en la Universidad de Nueva York, donde enseña desde 2001. Es la autora de *Producing India: From Colonial Economy to National Space*, University of Chicago Press, 2004. Actualmente está trabajando en una historia del pensamiento y la práctica antiimperial internacional en la India colonial de inicios del siglo XX.

Es tentador leer *Una línea torcida* como el ajuste de cuentas de un historiador —o de los historiadores de la generación posterior a 1968— con el cambio de la historia social a la cultural. Pero mientras aquel cambio fue producido por una generación específica, sus fuentes y consecuencias se extienden mucho más allá de ella. Para mí, una historiadora de la India moderna formada a mediados y fines de la década de 1990, cuando los estudios culturales y la historia poscolonial estaban en boga, la fuerza de este libro residía en su reelaboración explícitamente política de aquel cambio trascendental. Eley ofrece una generosa y productiva lectura de la historia social y cultural como instancias contextualmente específicas de “políticas insurgentes”. Sin embargo, en contra de su celebración de la historia cultural contemporánea, sugiero que la atención a la evolución temporal de las políticas de la historiografía revela una pérdida central sustentada en el giro cultural. Creo que el proyecto de la historia social fue garantizado por una visión transformadora y orientada hacia el futuro, y que la ausencia de esta orientación limita la capacidad de la historia cultural para comprometerse críticamente con el presente histórico. Extendiendo este argumento a la discusión de Eley sobre los estudios subalternos, identifiqué la economía política y los enfoques comparativos como víctimas conjuntas del giro cultural, y sugiero que su eclipse entorpece la comprensión de un presente histórico marcado por el resurgimiento del imperio y la expansión del neoliberalismo.

Eley comienza con una vívida narración sobre su adopción del modelo de historia social marxista británico centrado en la clase social. Este proyecto se oponía a la estructura insular de las disciplinas universitarias británicas a fines de 1950 y 1960, las desigualdades de clase del modelo capitalista fordista-keynesiano (producción en cadena, organización política de masas y un régimen de bienestar regulador) y a la aversión empirista por la teoría propia de la investigación histórica heredada (44). En contra de la restauradora y desactualizada postura de la historiografía tradicional, los historiadores materialistas elaboraron un marco conceptual que defendía una noción radical de la política como constitutiva de la historia. El “gran avance hacia la historia social era inconcebible”, observa Eley, “sin el sentido de posibilidad política que se avecinaba a finales de los años 60” (105). El ímpetu político de la historia social, ejemplificado por Edward P. Thompson, guió la apropiación de las suprimidas dimensiones de luchas pasadas, vistas como poseedoras de una potencialidad de redención retrospectiva en el presente. El sustantivo materialismo de la historia social guardó una gran afinidad con el estructuralismo de la escuela francesa de los *Annales* y con el consolidado esquema de la sociología histórica weberiana en Estados Unidos. Durante la década de 1960 y principios de 1970, la interrelación entre estos enfoques garantizó la concentración en lo comparativo y la escala macro, sobre un terreno expansivo de investigación interdisciplinaria.

Eley remonta el declive de este proyecto de historia social a los desarrollos de fines de la década de 1970 y la de 1980: la decadencia de los movimientos obreros, la desaparición de la revolución socialista en la narrativa histórica, la reconfiguración de las relaciones entre Estado y sociedad en un contexto de desindustrialización, desenfreto de desempleo y crisis monetarias, y la aparente explosión de los movimientos sociales que articulaban género, raza y luchas de clases en nuevos y llamativos modos. Estas

transformaciones debilitaron la plausibilidad empírica de los preceptos principales del marxismo británico, especialmente su concepción del conflicto de clases como la dimensión estructurante del cambio histórico y su atribución de agencia histórico-mundial a la clase trabajadora. Para la primera mitad de la década de 1980, la percepción reinante de una *impasse* histórica *de facto* se fue transmutando a términos teóricos: el paradigma centrado en el Estado de una historia unificada, la concepción teleológica del tiempo histórico, la primacía analítica de las relaciones de clase y la concepción objetivista de la subjetividad ya no contaban con un sólido estatus. La dificultad de redimir los fracasos políticos metodológicamente o, más precisamente, mediante los términos del marxismo concentrado en los análisis de clase, provocó una aguda “desilusión” colectiva. Y fue en esta coyuntura cuando se produjo el giro cultural.

Las fuentes del giro cultural son muchas y se resisten a un simple resumen. Particularmente importantes fueron el feminismo y su construcción de nuevas categorías de análisis y formas narrativas (Eley cita como figuras ejemplares a Carolyn Steedman y Joan Scott); la revolución discursiva, inspirada en Foucault, en el concepto de *archivo* y el consiguiente rechazo de los modelos históricos heredados del siglo XIX a favor de la crítica genealógica, y el énfasis foucaultiano y posestructuralista de los historiadores poscoloniales afirmando que el colonialismo fue la base desconocida de las concepciones predominantes de modernidad, subjetividad y tiempo histórico. Estos desarrollos intelectuales estaban vinculados, en formas no exploradas por Eley, a la recepción de la semiótica estructuralista, saussureana y postsaussureana, desde Francia a inicios de 1970. De hecho, la teoría de Louis Althusser de la ideología y la concepción de Michel Foucault del discurso ya habían apuntado hacia la extensión de los modelos semióticos postsaussureanos en las investigaciones históricas y sociológicas. Lo que mantenía juntos a los abordajes feministas, foucaultianos y poscoloniales era su compartida fundamentación epistemológica en la semiótica. La historia cultural postuló las prácticas significantes como la clave para el poder del entendimiento, la textualidad como medio privilegiado y objeto de los análisis interdisciplinarios, y el lenguaje y las prácticas de representación como las únicas bases para una historia antitotalizadora. Y aunque Eley elude una discusión de esta inflexión semiótica de la historia cultural, su narración en contrapunto de las respuestas emocionales, inversiones políticas así como de enfurecidos y comprometidos debates académicos, provee un sentido visceral del profundo entrelazamiento entre la política y la historia.

Al enfatizar esta intimidad, Eley interpreta la historia social y la cultural como formas contextualmente diferentes de “políticas insurgentes”. Pero para evaluar los riesgos conceptuales envueltos en el cambio de paradigma, necesitamos prestar atención a la política temporal de la historiografía en el sentido más amplio, o a cómo los historiadores sociales y culturales imaginan la relación entre pasado, presente y futuro de modos sustancialmente diferentes. *Una línea torcida* no encara estos problemas de forma explícita, aunque esta línea de razonamiento es tomada con particular fuerza en su explicación del ascenso de la historia social. El apasionado *tour* guiado de Eley por los historiadores sociales británicos —Christopher Hill, Edward P. Thompson, Eric Hobsbawm y Raymond Williams— hace más que subrayar el hecho de que el marxismo ocupó el rol, siguiendo la frase de Frederic Jameson, de “mediador

evanescente” en el ascenso de la historia cultural y de los estudios culturales en las humanidades en general.<sup>2</sup> Volver a visitar este archivo, en compañía del competente Eley, nos recuerda que la historia social emergió en un momento en el cual la controversia política colectiva se combinó con el materialismo histórico para ofrecer una comprensión sobre el futuro muy diferente de la de hoy.

El impulso totalizador de la historia social encontró expresiones variadas en la “historia de la sociedad” de Eric Hobsbawm, la “forma de vida total” de Raymond Williams y las “grandes estructuras, procesos amplios y enormes comparaciones” de Charles Tilly.<sup>3</sup> El mismo se encontraba unido a una concepción de la política como constitución temporal extensa –la deseada correlación entre producción, reproducción y transformación– del conjunto de relaciones sociales. En términos del materialismo histórico, una perspectiva orientada hacia el futuro otorgaba sentido al presente histórico, al mismo tiempo que las contradicciones del presente modelaban los esfuerzos por conjurar el pasado y abrían la perspectiva de un futuro radicalmente diferente. Esta concepción de las relaciones entre el pasado, el presente y el futuro guió la búsqueda de reconstrucción de la historia de una totalidad social e impulsó la recuperación de las luchas y experiencias de los grupos dominados. Ambos proyectos estaban enmarcados en términos directamente políticos; el impulso totalizador era antisistémico y el esfuerzo en la reconstrucción fue entendido como un acto crítico de rememoración colectiva que contenía el potencial de mediar entre el pasado y el presente, lo efectivo y lo posible. Esta lógica transformadora y orientada hacia el futuro excedió y equilibró la sucesión de etapas y el esquematismo sociológico de clases y modos de producción que afectaba al marxismo ortodoxo.

La resonancia popular de la historia social se encontraba enraizada en su capacidad de ensamblar la experiencia colectiva, especialmente en el ámbito de sus aspiraciones, y el conocimiento histórico. Su estatus como paradigma crítico residía en su orientación hacia las historias de lo posible más que meramente a las de lo efectivo. Y precisamente por estas razones, es difícil estar de acuerdo con el apoyo de Eley a la historia cultural contemporánea, y mucho menos aún con su categórica afirmación de que un paradigma coherente de historia social “simplemente no está más disponible” (278). Eley no especifica los fundamentos precisos de tal afirmación. En parte descansa en una operación metonímica en la que los destinos historiográficos del marxismo británico reemplazan la heterogeneidad “realmente existente” de la historia social y el marxismo como un todo. También equipara el predominio de la historia cultural con la adecuación conceptual como tal, poniendo en cuestión su estatus como formación insurgente. Sin embargo, y en contra de estas conclusiones, el arco narrativo del libro apunta en una dirección diferente. Éste subraya las profundas consecuencias producidas por el cambio, desde una tradición de historia social colmada de contenidos anticipatorios hacia un giro cultural atribulado por su convicción melancólica de que la crítica sistémica y la transformación social son imposibles. Mientras la historia social intentó afirmar las posibilidades de transformación dentro de las contradicciones de un presente histórico, el giro cultural articula la negación de una tensión entre las experiencias (pasadas) y expectativas (futuras), acerca de las posibilidades de un futuro reconociblemente diferente.

Las premisas organizativas de la historia cultural –contingencia, rupturas episódicas desligadas de las contradicciones sociales inmanentes, irresolubilidad, diferencia, fragmentación– marcan una definida contramarcha en el horizonte colectivo de expectativas que había informado y otorgado poder a la historia social. En términos historiográficos, esto se expresó en la proliferación de historias fragmentarias sobre los análisis de transformaciones de gran escala, en el predominio de la interpretación sobre la explicación causal, y en el estatus axiomático de lo local, lo particular y lo contingente sobre las estructuras profundas, duraderas desigualdades y hegemonías persistentes. En el ámbito de lo social, esto se manifiesta en la decadencia de una política temporal particular, aquella que imagina la constitución de un futuro diferente.

Lejos de validar las declaraciones sobre un presente perpetuo, estos cambios deberían incitar el reconocimiento de una problemática deshistorización dentro de la historia cultural posfoucaultiana. La dimensión de la experiencia histórica más profundamente afectada por las formas sociales y las representacionales específicas del capitalismo neoliberal es la de nuestra relación con el futuro. Estas formas sociales incluyen la acelerada y volátil integración de los mercados financieros, de trabajo y de capitales, y la primacía de la especulación financiera a corto plazo por sobre los horizontes de desarrollo de largo plazo. Estos cambios han ocurrido en el contexto de una oleada de reestructuración industrial (desindustrialización en el norte e industrialización agresiva en algunas partes del sur) seguida por el estancamiento de los salarios, la dispersión espacial de la producción y el desmantelamiento de los modelos heredados de desarrollo y regulación nacional fordista-keynesiano y de Bandung.<sup>4</sup> El ascenso del neoliberalismo en diversos contextos regionales y nacionales se ha caracterizado por una intensa comercialización de los modos y los sentidos de la vida cotidiana y por una ampliación de las desigualdades económicas a través de las divisiones de clase, género, raza y región. Estos procesos sociales de escala mundial han profundizado la primacía de la información tecnológicamente moldeada sobre los sentidos narrativos y producido, en consecuencia, un paradójico exceso de representaciones históricas frente a una carencia de conciencia histórica. Y aunque estas transformaciones no han sido regionalmente uniformes, han afectado los grandes esfuerzos por avizorar un futuro más allá del presente.

El horizonte transformador de la historia social se enmarcó en un contexto histórico y geopolítico específico. La perspectiva sociohistórica que impulsó la historia social clásica ya no se encuentra fácilmente a disposición. Más aún, cualquier intento por constituir un abordaje rehistorizante opositor debe lidiar con los desafíos presentados por el ahucamiento de un horizonte de expectativas colectivas que avizoraba las semillas de un futuro nuevo a partir de las contradicciones internas del presente histórico, frente a una era neoliberal aparentemente vacía de lo que Pierre Bourdieu llamó “la simple posibilidad de que las cosas sucedan de otra manera”.<sup>5</sup> El objetivo aquí no es revivir las determinaciones mecanicistas ni las estrechas teleologías que debilitaron los ejes centrales de la historia social materialista. Por el contrario, se trata de subrayar la importancia de explorar el significado del presente histórico neoliberal desde el punto de vista de una historia social crítica y orientada hacia el futuro.

Entre los sorprendentes logros de *Una línea torcida* se encuentra su delineamiento de los giros culturales localmente instituidos sobre diversos ámbitos regionales. Existen, con seguridad, importantes excepciones al movimiento graficado en el trabajo, como puede serlo por ejemplo una balanceada continuidad de los paradigmas de la historia social dentro de la historiografía moderna latinoamericana. De todas formas, la vitalidad de los esquemas neogramscianos dentro de la historia latinoamericana moderna, orgánicamente unidos a la proliferación y la fuerza de diversos movimientos sociales en la región, de hecho otorga más peso a la afirmación de Eley sobre la existencia de una reciprocidad entre el ámbito político y las formas historiográficas. Sin embargo, resulta difícil discutir la ascendencia del giro cultural entre la totalidad de las humanidades.

El hecho de que tantos historiadores, en varios ámbitos, hayan realizado un viraje cultural, sugiere que el giro en sí mismo es una respuesta a desarrollos dados fuera de esos ámbitos. De ahí que, y aun más importante, no podamos comprender el giro dentro de los propios términos de la historia cultural. Y esto se debe a que la historia cultural no puede dar cuenta de las condiciones de su propia emergencia y resonancia global sin recurrir a las formas de totalización histórica que rechazó en su formación reactiva contra la historia social. Solamente un enfoque atento al intercambio dinámico entre las transformaciones sociales y las categorías de percepción podría presentar, o al menos emprender, la doble tarea de dar cuenta de la emergencia de la historia social y la cultural en tanto distintos puntos de vista de la crítica, y demostrar su inherencia a un campo social, político e intelectual específico. Es precisamente esta tarea la que William Sewell, un protagonista en la narrativa de Eley, emprende en una sucesión de ensayos recientes.<sup>6</sup> Una de las características de un enfoque genuinamente crítico es la habilidad para pensarse a sí mismo, para localizar las propias categorías y conceptos en su contexto social e histórico de emergencia.<sup>7</sup> Prestar atención al llamado de Eley a un nuevo modo crítico de “historias de la sociedad” requeriría reintroducir la problemática de la mediación social de las categorías de percepción y prácticas cotidianas sin reificar lo social bajo la forma de un final histórico prefijado o una rígida unidad representacional. Y al desembarazarse de tales mediaciones, la súplica final de Eley por un “pluralismo básico” en la práctica histórica apunta hacia cualquier dirección metodológica y epistemológica (295).

Con relación específicamente a la historia moderna sudasiática, Eley destaca que los estudios subalternos “negociaron, en el seno de su propia trayectoria, todos los aspectos de la transición conducente de la historia social a la historia cultural que los historiadores de Europa experimentaron en esos mismos años” (221). De hecho, en sentidos significativos, los estudios subalternos “presagiaron y acompañaron el curso” de los cambios historiográficos en el “oeste” (224). En otras palabras, no hubo un retraso temporal dentro de la trayectoria de los estudios subalternos en la realización del giro cultural. Comparto el juicio de Eley sobre los logros asegurados para la historiografía sudasiática y más allá por los historiadores de la subalternidad.

Desde el momento de su emergencia a principios de 1980, el colectivo de los estudios subalternos ha desafiado las poco institucionalizadas y formalistas concepciones sobre las subjetividades políticas y las luchas populares. En sus esfuerzos por reco-

brar a los sujetos subalternos como algo más que las marcas invisibles que invaden el archivo colonial, los historiadores de la subalternidad han forjado renovadoras técnicas para releer ese archivo a contrapelo. Ellos han agudizado nuestra percepción de la violencia social y conceptual creada por el colonialismo sobre los grupos sociales subalternos, de la acción diferencial de los colonizados y de los límites de las concepciones ideal-típicas y teleológicas de la modernidad para aprehender la dinámica de las sociedades coloniales y poscoloniales. El énfasis en la especificidad de las sociedades coloniales y poscoloniales representó un correctivo crucial de los relatos poco atentos a, o simplistamente despectivos en relación con, la diferencia. Durante la década de 1990, este énfasis inicial asumió un protagonismo mucho más fuerte con la proliferación de las afirmaciones sobre una diferencia inconmensurable. Estas afirmaciones fueron registradas por la cambiante fortuna de la categoría de subalterno, la cual perdió su inicial sentido gramsciano y fue crecientemente entendida como un signo de la intraducible alteridad en sí.

Este cambio acompañó en términos generales a la resignificación de la categoría “Europa”, la cual, como destaca Eley, adquirió el estatus de una “abstracción particular” en las historias de la subalternidad (284). Para muchos historiadores de la subalternidad, “Europa” denota el historicismo desarrollista imbuido de esquemas tanto de la modernización liberal como del marxismo tradicional.<sup>8</sup> Sin embargo, para muchos, las deficiencias de estos esquemas comparativos específicos han tomado la forma de una exclusión de la comparación como tal en favor de un enfoque sobre formas de heterogeneidad que exceden la capacidad representacional del pensamiento histórico dominante. Existe una seductora atracción, históricamente específica, en la disputa de los estudios subalternos con “Europa”; ésta se basa en parte en la promesa de contener la transformación de los mundos heredados de valor y significado creados por el dominio colonial y la dominación económica imperial. La categoría “Europa”, sobrecargada hasta lo imposible, funciona como el lugar de un deseo utópico por territorializar las dinámicas cambiantes, relacionadas al dominio colonial y al capitalismo imperial. Simultáneamente, ésta impulsa un movimiento complementario de posicionar el terreno indígena como una externalidad pura, un simple afuera, a este campo. Como se adelantó al comienzo, no sólo las fuertes afirmaciones de incompatibilidad y singularidad se arriesgan a una sordera general en términos políticos, sino que también fueron finalmente ininteligibles incluso para sí mismas. Esto se debe a que la noción de singularidad es necesariamente relacional. Ésta puede marcar los límites de la inteligibilidad de conceptos específicos y formas de expresión, pero no podemos comprender cognitivamente la singularidad en sí misma. Las afirmaciones sobre la existencia de un punto privilegiado fuera del ensamble de relaciones coloniales o poscoloniales, históricamente constituido –sea en términos de una “esfera espiritual interior”, una alteridad intraducible, o una “modernidad alternativa”– preservan, no intencionalmente, incluso cuando se proponen sobrepasarlas, las concepciones normativas de “Euro-América” como el *locus* de una modernidad unitaria.<sup>9</sup>

Los significados cambiantes del término “subalterno” muestran un amplio movimiento dentro del área interdisciplinaria de los estudios coloniales, lejos del foco previo en el desarrollo desigual, las relaciones centro-periferia y la explotación material,

hacia un énfasis en el dialogicismo colonial, las estrategias representacionales, la hibridez cultural y los regímenes disciplinares dispersos.<sup>10</sup> Este giro cultural ha buscado moverse más allá del economicismo que marcó a muchos trabajos previos sobre el colonialismo. Pero éste también fue basculado por la convicción de que los análisis de los procesos de transformación de larga duración y sus bases materiales sólo legitiman las narrativas imperiales euroamericanas. Sin embargo, el poder normativo y analítico de los esquemas materialistas previos derivó, en parte, de la fidelidad hacia el trabajo y la práctica de muchos intelectuales y movimientos anticoloniales que fueron resueltamente translocales y materialistas en su orientación y alcances. Los esfuerzos recientes por desplazar el capitalismo en cuanto objeto central del análisis histórico para entender las formaciones imperiales, de relegarlo a una “Europa hiperreal”,<sup>11</sup> han emergido paradójicamente en un momento histórico definido por el inmanente crecimiento global del neoliberalismo. La conjunción contemporánea de renovados proyectos de imperio y neoliberalismo pareció preparada para forjar esquemas que abrazaran la economía política y lo que podría ser llamado “el imperativo comparativo”, cada vez más académico. Necesitamos separarnos de esa noción de sentido común, según la cual la atención hacia la compleja dinámica de la acumulación y expropiación necesariamente nos retrotrae hacia una subordinación a metanarrativas caracterizadas por su indiferencia ante las negociaciones diarias, la acción expresiva y las prácticas creativas de los sujetos subalternos. Como una gran cantidad de críticos teórico-sociales y antropólogos han mostrado, es posible escribir historias del capitalismo como una formación *social* internamente contradictoria, desigual, y aun global, sin tener que reducirlas al modo de producción y sin tener que tratar a la economía como un hecho ontológico, una esfera autorregulada o como un temido determinante en última instancia.<sup>12</sup>

Siguiendo los eventos globalmente refractados de 1989, una corriente académica tradujo los múltiples fracasos de la nueva generación de izquierda como afirmaciones ostentosas del fin de la historia, del fin de la ideología, del fin de lo social.<sup>13</sup> En su evocación de la historia como una vocación política, *Una línea torcida* indica por qué deberíamos mantenernos incrédulos ante tales finalismos históricos. Éste representa un antídoto estimulante para las narrativas que ni celebran abiertamente ni reflejan de manera acrítica la ausencia de una alternativa sistémica a las formas sociales y políticas predominantes del presente. La “desafiante” esperanza enunciada en el trabajo acerca de que luego del giro cultural podrían emerger nuevas “historias de la sociedad”, recoge un creciente eco de clamores por la salida de la jaula del culturalismo (297).<sup>14</sup> Estos esfuerzos bien podrían proveer el estímulo para una mediación sostenida de las formas sociales y culturales en los debates históricos y, de igual modo, para la imaginación política.

## Notas

<sup>1</sup> En el mundo académico anglosajón la denominación “historia moderna” abarca también parte de lo que en nuestro medio llamamos “historia contemporánea”. De hecho, el trabajo histórico de Eley se ha centrado en los siglos XIX y XX. [N. de T.]

<sup>2</sup> Véase Frederic Jameson, “The Vanishing Mediator: Narrative Structure in Max Weber”, *New German Critique* 1, invierno de 1973, pp. 52-89.

<sup>3</sup> Véanse Eric Hobsbawm, “From Social History to the History of Society”, *Daedalus* 100, invierno de 1971, pp. 20-45 [traducción castellana: “De la historia social a la historia de la sociedad”, en *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 84-104. N. de T.]; Raymond Williams, “Culture Is Ordinary”, en Norman Mackenzie (ed.), *Conviction*, Londres, 1958, pp. 93-120; Charles Tilly, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York, 1984 [traducción castellana: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza, 1991, N. de T.].

<sup>4</sup> Trabajos clave sobre la transformación contemporánea son los de Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power, and Origins of Our Times*, Londres, 1994 [traducción castellana: *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 1999. N. de T.]; Pierre Bourdieu, *The Weight of the World: Social Suffering in Contemporary Societies*, Stanford, 1999 [traducción castellana: *La miseria del mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999. N. de T.]; Robert Brenner, *The Boom and The Bubble*, Londres, 2003 [traducción castellana: *La expansión económica y la burbuja bursátil*, Madrid, Akal, 2003. N. de T.]; David Harvey, *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Cambridge, 1990 [traducción castellana: *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998. N. de T.]; *A Brief History of Neoliberalism*, Nueva York, 2005. [La referencia a la ciudad indonesia de Bandung se relaciona con el Movimiento de Países no Alineados, ya que fue allí donde en 1955 se celebró una famosa conferencia entre diversos Estados africanos y asiáticos, en una perspectiva de apoyo a los movimientos de liberación nacional, y desarrollo desde el punto de vista económico, que dio inicio a ese movimiento. [N. de T.]

<sup>5</sup> Pierre Bourdieu, *The Logic of Practice*, Oxford, 1990 [traducción castellana: *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2007. N. de T.].

<sup>6</sup> Véase William H. Sewell, Jr., *Logics of History: Social Theory and Social Transformation*, Chicago, 2005, pp. 22-80, 318-372.

<sup>7</sup> Para un relato lúcido de la reflexión como cuestión metodológica, véase Pierre Bourdieu, *In Other Words: Essays towards a Reflexive Sociology*, Oxford, 1990.

<sup>8</sup> El *locus classicus* de este argumento es Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, 2000 [traducción castellana: *Al margen de Europa*, Barcelona, Tusquets, 2008. N. de T.].

<sup>9</sup> Para “esfera espiritual interior”, véase Partha Chatterjee, *The Nation and Its Fragments: Colonial and Post-colonial Histories*, Princeton, 1993, p. 6 [traducción castellana: *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno-CLACSO, 2008. N. de T.]. Este trabajo marcó un giro más amplio dentro de los estudios subalternos desde la perspectiva gramsciana a la foucaultiana. Para “modernidad alternativa”, véase Dipesh Chakrabarty, *Habitations of Modernity: Essays in the Wake of Subaltern Studies*, Chicago, 2002; Dilip Goankor (ed.), *Alternative Modernities*, Durham, 2001; Gyan Prakash, *Another Reason: Science and the Imagination of Modern India*, Princeton, 1999; Timothy Mitchell (ed.), *Questions of Modernity*, Mineápolis, 2000.

<sup>10</sup> Para revisiones programáticas de los estudios coloniales y las historias del imperio desde perspectivas diferentes, véanse Nicholas Dirks (ed.), *Colonialism and Culture*, Ann Arbor, 1992; y Frederick Cooper, *Colonialism in Question: Theory, Knowledge, History*, Berkeley, 2005.

<sup>11</sup> Véase D. Chakrabarty, *Provincializing Europe*, p. 45.

<sup>12</sup> Para las concepciones no economicistas del capitalismo, véanse Pierre Bourdieu, *The Social Structures of the Economy*, Oxford, 2005 [traducción castellana: *Las estructuras sociales de la economía*, Buenos Aires, Manantial, 2005. N. de T.]; Derek Sayer, *The Violence of Abstraction: Analytical Foundations of Historical Materialism*, Londres, 1987; Karl Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Times*, 1944 [traducción castellana: *La gran transformación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991. N. de T.]; Moishe Postone, *Time, Labor, And Social Domination*, Cambridge, 1993 [traducción castellana: *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*, Madrid, Marcial Pons, 1996. N. de T.]. Los estudios antropológicos del capitalismo contemporáneo e histórico son demasiados numerosos para citarlos pero incluyen a Jean Comaroff y John Comaroff (eds.), *Millennial Capitalism, and the Culture of Neoliberalism*, Durham, 2001.

<sup>13</sup> Algunos trabajos claves incluyen Jean Baudrillard, *The Illusion of the End*, Nueva York, 1983 [N. de T.: traducción al castellano, *La ilusión del fin*, Barcelona, Anagrama, 1993]; y Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Harmondsworth, 1992 [N. de T.: traducción al castellano, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992]. Para una crítica, ver Perry Anderson, “The End of History”, en Anderson, *A Zone of Engagement*, Londres, 1992, pp. 279-375 [N. de T.: traducción al castellano, *Los fines de la historia*, Barcelona, Anagrama, 1996]; y Lutz Niethammer, *Posthistoire: Has History Come to an End?*, Londres, 1992.

<sup>14</sup> Véanse Victoria E. Bonell y Lynn Hunt (eds.), *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, California, 1999; Harry Harootunian, *History's Disquiet: Modernity, Cultural Practice, and the Question of Everyday Life*, Nueva York, 2000; Reinhart Koselleck, “On the Need for Theory in the Discipline of History” y “Social History and Conceptual History”, en *The Practice of Conceptual History: Timing History, Spacing Concepts*, California, 2002, pp. 1-19 y 20-38 [existe traducción castellana del segundo ensayo: “Historia conceptual e historia social”, en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 105-126. N. de T.] y R. Sewell, *Logics of History*.

## El profano e imperfecto mundo de la historiografía

Geoff Eley\*

Escribí *Una línea torcida* entre el otoño de 2003 y la primavera de 2004 en un arrebatado de urgencia y optimismo. La urgencia se debía a la delicada situación política mundial. A la luz de los recientes sucesos, me hallé a mí mismo pensando mucho sobre las cambiantes bases del disenso intelectual a partir de los 60, reflexionando particularmente sobre la lamentable brecha entre las esperanzas posibles de tiempos pasados y las dificultades actuales para lograr alguna conexión entre lo que hacemos en nuestras vidas académicas y lo que se considera como historia en la esfera pública. Parecían ser tiempos desalentadores para cualquier historiador de izquierda, cuyo concepto de vocación intelectual y profesional incluyera un compromiso ético y político –sea por las vías más directas, más modestamente a través de las políticas del saber (*politics of knowledge*) o simplemente siendo abierto y honesto sobre la preponderancia de los significados políticos–. Pero el optimismo, por otra parte, provenía de una sensación de vivacidad y oportunidad presentes en la disciplina. Las airadas divisiones de algunos años atrás, cuando la historia había producido sus propias versiones de las guerras culturales, parecían ceder paso a una serie de diálogos colectivos más cordiales y constructivos, tanto en cada área de estudio como en el nivel de la disciplina en sí, y no en poca medida gracias a que generaciones más jóvenes y menos cargadas por el viejo bagaje estaban emergiendo a los primeros planos.

Uno de los propósitos de mi libro fue, de hecho, realizar un inventario historiográfico evaluativo. Quise rastrear los complicados pasajes entre la historia social y la historia cultural de los últimos cuarenta años, al tiempo que reunir los fundamentos mediante los cuales juzgar tanto lo que se había ganado como lo que podría haberse perdido en el proceso. Pero mi segunda motivación, y tal vez la más importante, era ofrecer una sustentada serie de reflexiones sobre la compleja relación de la historia

\* Profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Michigan, Ann Arbor, donde dicta clases desde 1979. Es autor de *Reshaping the German Right: Radical Nationalism and Political Change after Bismark* (1980), *The Peculiarities of German History* junto con David Blackbourn (1984), *Forging Democracy: The History of the Left in Europe, 1850-2000*, Oxford University Press, 2002; *A Crooked Line: From Cultural History to the History of Society*, University of Michigan Press, 2005, y *The Future of Class in History: What's Left of the Social?*, University of Michigan Press, 2007. Actualmente está escribiendo una historia general de Europa en el siglo XX, que será publicada por Cambridge University Press.

con la política, lo cual puede ser un terreno peligroso. Lo último que quería proponer era algún tipo de transmisión directa o instrumental entre ambas, y encontré grandes dificultades para intentar explicar las posibles formas que podría tomar esa relación. Más que una correspondencia precisa, lo que buscaba era hacer hincapié en las brechas y los disensos, las tensiones presentes en la conexión entre la historia y el mundo público de la política y los necesarios espacios de dificultad. Quise darles el énfasis adecuado a las delicadas y complicadas formas por las cuales los sentidos políticos ingresan a la práctica de los historiadores, a veces gustosamente invitados pero otras tantas rechazados cautelosamente. Esos sentidos a menudo llegan como intrusos no gratos. Si la política aparece muchas veces indirecta e imperceptiblemente, en otros casos su presencia puede ser fuerte y muy directa, con consecuencias tan capaces de complicar como de inspirar la práctica de los historiadores. Existen, además, políticas del saber (*politics of knowledge*) propias de la profesión y la disciplina que lo abarcan todo, desde los estructurados espacios institucionales donde se practica la historia (departamentos, institutos, universidades, aulas, conferencias, publicaciones, redes, asociaciones) hasta las reglas y los protocolos que definen sus límites y las más variadas formas de debate intelectual acerca de sus métodos, sus archivos, sus escuelas y sus tradiciones, sus formas teóricas y sus epistemologías. Por último, mi intención era decir algo sobre cómo las ideas y suposiciones en torno al pasado tienden a circular más ampliamente en términos populares a través de la cultura pública. Todos éstos son diversos aspectos de las políticas de la historia.

Decidí hacer un modesto uso de mi propia historia personal teniendo en cuenta los mencionados propósitos y considerando que esto podría ser útil de dos maneras. Primero, he estado conmovido durante años a causa de las confusas y dispares formas en las cuales cambios políticos extremadamente importantes han impactado en mis pensamientos; y, segundo, estoy igualmente impresionado por la desfasada e irregular relación entre tales flexiones políticas y las formas en que he abordado mi trabajo histórico. Esto crea una especie de complejo asincronismo que puede ser muy desconcertante: a nadie le gusta enterarse de sus inconsistencias, sobre todo si éstas guardan relación con sus propios principios fundamentales o más valiosos compromisos éticos. Más a menudo, preferimos considerar nuestro entendimiento como inserto en una historia en la cual se ha obtenido la madurez y arribado a la comprensión, como una progresión ininterrumpida, como crecimiento y ampliación, como una labor conscientemente dirigida a alcanzar la necesaria solución de un problema. Sin embargo, rara vez experimentamos los significativos cambios en aquel camino tan directamente autoconsciente y dirigido. En la práctica, los problemas se nos acercan sigilosamente, manifiestan su presencia lenta y parcialmente, residiendo en rincones ocultos o escondidos, trabajando a nuestras espaldas. A menudo le tienden una emboscada a nuestra comprensión tomándonos por sorpresa. En otros casos, nos damos cuenta de ellos inesperadamente por medio de encuentros fortuitos (un seminario al que asistimos, una controversia que observamos o un libro que leemos por casualidad). Generalmente una amplia variedad de estas experiencias se acumulan previamente al aumento de nuestra receptividad. La resistencia y las evasiones son el resultado probable cuando aparecen ideas que plantean una amenaza o desafío a

lo que consideramos como ya comprendido. Antes de que el cambio pueda ser consumado, una inmensa lucha ha de ocurrir; luego de éste, se emplearán nuevas descripciones muy elaboradas. La consistencia y la coherencia serán redescubiertas y proyectadas hacia atrás en el tiempo. Tardíamente nos habremos dado cuenta de lo que realmente habíamos querido pensar.

Considerando cómo ha cambiado mi propio pensamiento durante las últimas décadas, quise hallar la forma de escribir una historia intelectual del presente que tomara en consideración estas características de imprevisibilidad y eventualidad. También fue mi intención tomar seria y honestamente en cuenta las dificultades, las confusiones y las resistencias, especialmente aquellas que pudieran ser inconscientes o sólo parcialmente comprendidas, y a través de las cuales suelen producirse los cambios fundamentales en el pensamiento. En varios sentidos, además, ya poseemos un detallado registro de todas las ramificaciones del denominado “giro cultural”.<sup>1</sup> Estos abordajes giran muy apropiadamente en torno a los principales problemas teóricos y epistemológicos en cuestión, generalmente enfatizando una serie de figuras mayores y sus contribuciones, los debates y las controversias resultantes así como las diversas formas en las que se resolvieron. Los tumultos en la disciplina y sus correlativos desarrollos a través del amplio mapa interdisciplinario han sido ahora reproducidos en una profusión de guías, comentarios, antologías, foros, nuevas publicaciones y un gran número de continuos debates. En lugar de repetir esa narración, una vez más, consideré que resultaría más iluminador hallar otras formas de escribir acerca de las historias intelectuales involucradas.

Con este propósito, por ejemplo en el extenso capítulo 4 sobre los 80 (“Reflexión”), me interesé en una serie de libros emblemáticos cuyo impacto se extendía a través de diversos campos y disciplinas, alrededor de los cuales convergieron extensos y variados intereses; libros cuyo impacto tuvieron una relación sintomática con las ideas emergentes y que ayudaron de alguna manera a articular la progresiva preparación para el cambio que se daría al promediar la década. A menudo precediendo a los textos más comúnmente citados, tales trabajos poseían también sus propios antecedentes de gestación en seminarios, conferencias, ámbitos pedagógicos y variadas colaboraciones que entrecruzaban las fronteras de los campos y disciplinas. De manera similar, estaba buscando las formas de ilustrar el impacto indirecto de los nuevos puntos de partida intelectuales que pudieron haber ocurrido a cierta distancia de la labor académica inmediata —en otras áreas de estudio, en otros períodos, en otras partes del mundo o en otras disciplinas— y cuya pertinencia directa en relación con los propios propósitos no resultaban fácilmente apreciables pero cuyo potencial, sea fortaleciendo o desestabilizando, halló de todas maneras vías de influencia sobre los propios pensamientos. Las críticas feministas a la historia social y las crecientemente explosivas consecuencias de la emergencia de la historia de la mujer suministraron una primera prueba de ese efecto; la segunda fue la aparición de la teoría racial y los estudios poscoloniales a fines de los 90, por lo que utilicé los “estudios sobre los blancos” (*whiteness studies*)<sup>2</sup> y la escuela de estudios subalternos como mis indicadores gemelos.

Quise emplear mis propias experiencias de estos cambios como una vía para acercarme a la manera en que éstos realmente tuvieron lugar, presentando no sólo la cla-

ridad obtenida gracias a los nuevos avances sino también parte de las confusiones, pasos en falso, puntos muertos y desvíos erróneos que fueron necesarios en el camino. Capturar esta complejidad adicional requería un especial tipo de contextualización en la cual las narrativas basadas en experiencias personales que estructuran partes de mi libro fueran concebidas con el objeto de ejemplificar. Si en un nivel la escritura de una historia intelectual de la historiografía contemporánea se apoya, por ejemplo, en los vestigios publicados de un debate explícito alrededor del cual se han cristalizado los desarrollos centrales, al mismo tiempo y en otro nivel resulta importante retomar las enrevesadas y más elaboradas historias que la producción de aquellos textos reconocidos suponían necesariamente y que les ayudaron a avanzar. Con este objetivo he intentado diseñar un complejo enfoque capaz de satisfacer dos prioridades bien diferenciadas pero complementarias: por un lado, una detenida atención sobre la lectura y la explicación de los textos en cuanto tales (toda la bibliografía pertinente acerca de los giros lingüísticos y culturales); pero, por otro, un análisis igualmente atento de las situaciones sociales en las cuales fueron producidos, incluyendo los fundamentos filosóficos de las prácticas historiográficas relevantes, las muy específicas historias institucionales implicadas y los límites que la dinámica política podría haber impuesto. Quisiera sostener que ambos propósitos son vitales para una íntegra comprensión historiográfica; esto es: *tanto* la cuidadosa y crítica exégesis de los principales textos *como* la exploración de la densa maraña de discusiones y prácticas a partir de las cuales aquellos textos fueron finalmente producidos. Este segundo contexto de análisis podría ser denominado como el profano e imperfecto mundo de la historiografía.<sup>3</sup>

Si se lo restringe a ciertas minucias de la reconstrucción narrativa –la historia de quién dijo qué cosa a quién y cuándo–, el tipo de análisis que estoy sugiriendo podría fácilmente parecer ligeramente banal. Pero mediante la incorporación de una explicación mucho más completa de los espacios y los emplazamientos de los debates intelectuales, y especialmente de sus respectivos contextos institucionales y plenos de acontecimientos (*eventful contexts*), podemos obtener una idea mucho más clara de los intereses involucrados. Tal explicación nos permitiría explorar las microdinámicas rutinarias y locales de los procesos a partir de los cuales, en conjunción con su amplia política cultural, se van conformando las ideas. Esto, a su vez, puede ofrecer un conjunto aun más complejo e imprevisto de genealogías del presente historiográfico. Para tomar un pequeño ejemplo, comprenderíamos mucho mejor las consecuentes potencialidades y las posibles limitaciones que conllevó la conversión de Joan Scott al posestructuralismo a principios de los 80, si conociéramos con mayor detalle la trayectoria que recorrió desde su *Glassworkers of Carmaux* de 1974, pasando por *Women, Work, and Family* de 1978 hasta *Gender and Politics of History* diez años más tarde. El pasaje de Scott desde la enseñanza de historia de las mujeres en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill a la dirección del Centro Pembroke para la Enseñanza y el Estudio sobre la Mujer de la Universidad Brown podría resultar particularmente interesante, en no poca medida en relación con la influencia de Denise Riley, quien colaboró con Scott durante los primeros años de los 80 y cuyo libro *Am I That Name?* fue uno de los textos emblemáticos que elegí con el fin de caracte-

rizar el pasaje al giro cultural.<sup>4</sup> Por medio de Riley, podemos entonces establecer las interconexiones dentro del contexto transatlántico de los debates teóricos del feminismo británico a fines de los 70. Pienso que sería erróneo subestimar estos detalles considerándolos meramente anecdóticos y opuestos a los aspectos sustanciales de una cuidadosa sociología del conocimiento. Tales exploraciones no opacan la importancia del comentario teórico sino que lo complementan y nutren. Una modesta muestra en conjunto de las propias experiencias de los historiadores así consideradas, menos como autobiografía (aunque eso también pueda tener su interés) que como autocrítica, podría ser muy reveladora. En buena parte mi intención, al ofrecer elementos de mi propia historia, era incitar a otros a hacer exactamente eso, un deseo cumplido por cada uno de mis tres comentaristas a su respectiva manera.

Pero yendo directamente a la respuesta de estos tres comentarios, realizaré algunas aclaraciones. Con respecto a las particularidades de mi punto de vista (y a algunas de las cuestiones consiguientemente desatendidas), por supuesto acepto el énfasis de Gabrielle Spiegel sobre la profunda importancia del trasfondo específicamente francés para las nuevas orientaciones intelectuales de los 70. Como bien lo señala, tanto el estructuralismo como el posestructuralismo fueron en su momento “intelectualmente motivados por un rechazo hacia la fenomenología”, que en el caso de Michel Foucault se retrotraía más allá de los 50, con su asistencia a las clases de Maurice Merleau-Ponty en las postrimerías de los 40.<sup>5</sup> Esto claramente guarda relación con cómo entendemos tanto el temprano ímpetu crítico que se halla por detrás del giro lingüístico como el conjunto de reconsideraciones actuales de implicancias agudamente detalladas por Spiegel. Además, yo sostendría que las amplias y extremadamente desordenadas apropiaciones angloamericanas de las “ideas de Francia” durante los 70 y los 80 guardaban una ecléctica y vaga relación con aquel terreno de disputas de límites mucho más delineados, por lo que la muy interesante defensa de Spiegel por una orientación “neofenomenológica” para el emergente revisionismo “posgiro lingüístico” probablemente propone una mucha mayor coherencia que la que en realidad aquellas nuevas críticas pueden contener.<sup>6</sup> En cada caso, me parece que la heterogeneidad discursiva excede los marcos del ajustado cuadro que su propuesta delimita.<sup>7</sup> Asimismo, acuerdo gustosamente con la observación de Manu Goswami acerca de mi descuido sobre la magnitud de la deuda epistemológica de los nuevos trabajos de los 80 “a la recepción de la semiótica estructuralista [...] desde Francia a inicios de 1970” y “la extensión de los modelos semióticos postsaussureanos en las investigaciones históricas y sociológicas”. De hecho, felizmente puedo confirmar esto con un testimonio personal: mi encuentro con un marxismo rigurosamente estructuralista cuando llegué a Cambridge en enero de 1975 me condenó a muchas horas de obstinada autoeducación en aquel particular cuerpo teórico. En la discusión de mi libro en torno a qué significó “pensar como un marxista”, me refiero a aquel extraordinariamente intenso período de lectura y reflexión (por ejemplo, en pp. 47-48), aunque con la intención de no resultar demasiado autobiográfico decidí dejar muchos de los detalles fuera.<sup>8</sup>

Sobre un frente más amplio, William Sewell me reprocha haber ignorado “el contexto macrosocial en el cual los cambios historiográficos tomaron lugar”. Si bien esta

afirmación parece exagerada –las terriblemente destructivas consecuencias sociales y políticas de la restructuración capitalista son en verdad un referente esencial para comprender la forma en que el libro busca tratar las continuas idas y vueltas entre política e historiografía–,<sup>9</sup> es innegablemente cierto que me abstengo de cualquier discusión extensa sobre alguna de las dos grandes coyunturas en cuestión, el boom capitalista de posguerra y la posterior transición al posfordismo. Pero eso fue deliberado. *Una línea torcida* fue un proyecto muy particular: buscaba modelar una forma diferente de escribir sobre la historia intelectual del presente por medio del examen de las mutuas reciprocidades entre lo historiográfico (o más ampliamente, lo intelectual), lo político y lo personal. Dado que las transformaciones del capitalismo contemporáneo fueron explícitamente codificadas bajo mi concepción básica sobre lo que conlleva la categoría de lo político, por razones de estrategia narrativa y espacio me mantuve conscientemente al margen de aquella detallada sociología del conocimiento que Sewell quisiera que hubiese ofrecido. Aunque *Una línea torcida* fue concebido originalmente como un texto bastante breve, más bien como un ensayo extendido, se fue convirtiendo durante su elaboración en un libro mucho más grande y equipado con lo que se transformó en un amplio y elaborado corpus de notas. Si además hubiera intentado, por ejemplo, encarar el delicado y complejo análisis requerido para vincular de modo convincente “las prácticas epistémicas de los historiadores” con la “transformación de las formas sociales del capitalismo mundial” del período posfordista, la escala de la discusión habría excedido con seguridad los realistas propósitos del libro.<sup>10</sup> Pero da la casualidad de que mi propia discusión sobre estos asuntos puede ser hallada en otros sitios; en parte en mi libro sobre la historia de la izquierda europea, *Un mundo que ganar* (cuya última sección intenta tratar al período iniciado en 1960 a la manera sugerida por Sewell), pero especialmente en mi libro escrito junto a Keith Nield, *The Future of Class in History*, concebido en gran parte como un compañero de *Una línea torcida* y que trata directamente la relación entre la historiografía y los mundos reales del capitalismo.<sup>11</sup>

Sin embargo, sumada a aquella finalidad de cumplir con esas restricciones a nivel práctico, tenía una escrupulosa razón para no llevar a cabo un análisis “macrosocial”. La cuestión clave aquí puede encontrarse en el tratamiento inicial de mi libro sobre los modos en que Raymond Williams y otros pensadores de finales de 1960 comenzaron a criticar el prevaleciente lenguaje marxista sobre “la base y la superestructura”; esto desencadenó un combate que se prolongaría durante décadas sobre temas vinculados a las explicaciones sociales materialistas, que constituiría el hilo rojo de la preocupación de mi libro por la relación entre lo social y lo cultural. Dada la cautelosa fractura en la confianza sobre la validez del análisis social y la consecuente reticencia antirreduccionista que comparto ampliamente, el solo proyecto de intentar conectar los extremadamente particulares cambios de la vida académica con “el cambio en las formas macrosociales y los destinos del capitalismo mundial” se ha convertido en algo mucho más difícil de lo que Sewell parece admitir. Para ciertos fines estratégicos o de generalización puede resultar admisible hallar “una cierta afinidad electiva” entre la “general incertidumbre epistemológica” observable “en el ámbito de las ciencias sociales” en las postrimerías del siglo XX y la “acrecentada «flexibilidad», que es una de las

principales características del nuevo orden económico global”, al tiempo que las anteriores, y ahora, “reificantes categorías de la etapa intelectual previa” podrían haber correspondido al precedente régimen de regulación fordista. Realizada con cuidado, también podría encontrar atractiva esta sociología del conocimiento signada por la transición posfordista. *Una línea torcida* hace guiños en esa dirección varias veces.<sup>12</sup> Pero los argumentos sobre “la condición de la posmodernidad” o la “lógica cultural del capitalismo tardío” funcionan mejor en cierto nivel de abstracción o generalidad teórica.<sup>13</sup> El lenguaje sobre “homologías”, “afinidades” y “correspondencias” solamente nos deja aquí. Se necesitaría algo más para mostrar la importancia explicativa de los cambios en los mundos materiales del capitalismo para los desplazamientos de interés en una disciplina académica, la renovación de los paradigmas en un área de conocimiento o las radicales modificaciones en los puntos de partida de las prácticas intelectuales de los historiadores. Mi propio argumento, en *Una línea torcida*, era que los desarrollos que se fusionaron en lo que denominamos “giro cultural” ocurrieron en formas extraordinariamente dispares, área por área e institución por institución, con historias locales ampliamente variadas y según temporalidades muy específicas y complicadas. Para capturar aquellas complejidades se requeriría de un método particular de reconstrucción detallada.

Mucho dependerá, entonces, del modo en que la perspectiva “macrosocial” de Sewell, o lo que él llama las “causas sociales más profundas”, puedan mostrar su traslación hacia formas de acción o modelos de pensamiento *in situ*, tanto entre los intelectuales que trabajan en las universidades como en otras categorías de actores sociales. En este sentido, Sewell pretende vincular el surgimiento de la historia social en los 60 con el predominio en el Occidente de posguerra del “comúnmente denominado «fordismo» o capitalismo centrado en el Estado (*state-centered capitalism*)”. Desde su punto de vista, “el optimismo epistemológico de la historia social –su fe en la posibilidad de reconstruir una historia de la totalidad social– se hizo plausible en gran parte por la específica forma del desarrollo capitalista que caracterizó al gran boom de posguerra”. Otra vez, comparto ampliamente esta visión de que “la «estructura de sentimiento» generada por el capitalismo de posguerra garantizó la plausibilidad de la historia social, sea en su forma marxista, annalista, o social-científica”. Sin embargo, yo señalaría que el contexto primario para la comprensión del auge de esta forma de historia social fue dado en menor medida por los distintivos patrones de acumulación fordista *per se*, aun cuando sus efectos puedan mostrarse convincentemente a partir de la expansión de la educación universitaria y de otros aspectos. Más bien, tanto la capacidad comprensiva de la historia social en cuanto formación del saber como su atractivo en cuanto cuerpo de prácticas intelectuales ligadas a aspiraciones sociopolíticas más amplias debieron mucho más a los legados políticos de 1945 y la distintiva cultura pública de la extensa posguerra, los cuales fueron sucesivamente vinculados con las posibilidades emancipatorias de una movilidad ascendente y con una ética democrática y ampliamente igualitaria de mejora social. En otras palabras, entre las fluctuantes configuraciones de la “acumulación interminable de capital” y sus efectos concretos sobre la política, la cultura y las ideas tuvieron que darse un gran número de mediaciones y articulaciones; sean aquellos efectos concernientes al armado de la acción

organizada en la formación política o al atractivo de la historia social para determinadas generaciones de estudiantes universitarios.

Por lo tanto, no logro comprender del todo por qué Sewell quiere ubicar en oposición la “clase” y la “interminable acumulación de capital”, ni por qué razón debería ser necesario ver a una de éstas como una “categoría (más) fundamental” que la otra. Se encuentran aquí rastros de aquel antiguo síndrome de la “última instancia” de causalidad estructural, cuyas consecuencias ensombrecen mi propia renuencia a aceptar el tipo de análisis explicativo macrosocial para los cambios en las ideas de los historiadores recomendado por Sewell. A los legados políticos y culturales de 1945, como Sewell reconoce, también se les vincularon extraordinariamente exitosas y resistentes tradiciones políticas colectivistas centradas en la clase, cuyos logros y cohesión comenzaron a desgajarse durante los 60 y los 70 bajo el impacto de lo que ambos denominaríamos “transición posfordista”. Pero seguramente es difícil extraer de los intencionalmente breves comentarios del libro cualquier falta de interés de mi parte por la estructura general del capitalismo. Al contrario, no estoy seguro sobre la manera en que Sewell puede conceptualizar las potencialidades para la política si no lo es bajo las formas de acciones colectivas para las cuales el concepto de clase continúa siendo un medio de teorización necesario. Si enfatizo la importancia de la clase social en este contexto no significa que atribuya una menor eficacia a la “interminable acumulación de capital” y sus “configuraciones históricas cambiantes de poder político, relaciones espaciales, lucha de clases, formas intelectuales, tecnología y sistemas de regulación económica”. Más bien, me parece que *ambos* terrenos se vuelven esenciales para cualquier enfoque analítico a escala social viable: no sólo las reconfiguraciones del capitalismo tal como las presenta Sewell sino también los fundamentos de la acción organizada y la agencia colectiva (*collective agency*) dentro de la sociedad, para los cuales la cambiante dinámica de la formación de clase constituye un lugar clave desde el cual comenzar. Como argumentamos con Nield en *The Future of Class in History*, nuestra comprensión sobre todas las vías por las cuales la clase se está reconfigurando actualmente será vital para determinar cómo podremos vivir efectivamente dentro del más reciente imaginario social capitalista.

Existe aquí un asunto mucho más fundamental. Mis comentaristas destacan, con toda razón, mi insistencia en que “entre la historia social y la historia cultural, en realidad, no hay necesidad de elegir” (269). Esa insistencia tenía dos propósitos: era estratégica, en tanto yo abogaba por la posibilidad de un diálogo fructífero que cruce las diferencias a veces irreductibles, pero mutuamente respetables; y era más específicamente historiográfica, en tanto destacué los crecientes logros de trabajos históricos que trascienden las previas demarcaciones y especialidades internas de la disciplina. Utilicé el término “nuevas híbrideces” para describir las formas resultantes.<sup>14</sup> Ni Sewell ni Spiegel comparten esta postura. Ellos ven mi negativa a tal elección como una falta de claridad, una “debilidad” o pobreza en el desarrollo comprehensivo de la teoría, una falta de ambición y una recaída en los antiguos malos hábitos de historiador neófito, confiado en las virtudes de un trabajo empírico imaginativo que simplemente “improvisa sobre la marcha”. De ahí que Sewell finalmente presenta sus propuestas de tal manera que la elección resulta bastante clara: enfrentar las dificul-

tades teóricas o eludir las, realizar el arduo trabajo con la teoría o quedarse en una mera actitud crítica y continuar tomando seriamente la teoría o “dejar la teoría a un costado y llevarla adelante con una amplia gama de trabajo empírico interesante”. Pero debo insistir en que las alternativas no son “teoría” versus “no teoría”. Mi conclusión puede no prodigar una perspectiva teórica totalmente elaborada del tipo pretendido por Sewell, y que el capítulo final de su más reciente libro satisface de modo tan impresionante. Pero dentro de sus muy particulares discusiones, *Una línea torcida* imbrica de todas maneras una enorme cantidad de teoría. Mi decisión de no llevar esta conjunción hacia un final programático como propuesta para el futuro en el cierre del libro fue deliberada. Por una parte, no quería sobrecargar el texto; por otra, quería mantener mi propuesta conciliatoria tal como lo mencioné anteriormente: esto es, el deseo de abstenerse sobre la insistencia en las virtudes superiores de “una forma autorizada de teoría frente a otra”. Sin duda cuento con mis propias preferencias, las cuales, lejos de quedar débilmente desarrolladas, son presentadas con mucha claridad en mi libro. Pero también pienso, como cuestión de principios, que ningún conjunto teórico y metodológico puede servir como única respuesta a todos y cada uno de los problemas que los historiadores están intentando plantear actualmente.

Esto es a lo que me refería en el libro cuando hablaba sobre la necesidad de un “pluralismo básico”. En otras palabras, no exactamente el débil e insípido eclecticismo y la evasión de los debates teóricos que preocupa a Gabrielle Spiegel, sino más bien el reconocimiento de que existen diversos modos de comprender el mundo y que ninguno es suficiente por sí mismo para todo posible propósito analítico o interpretativo. Por supuesto, también hay siempre una dimensión biográfica para esto. Una gran parte recae sobre nuestras contingencias de orígenes, generación, estudios, formación cultural, coyuntura política y demás. Cada uno de nosotros se une a la corriente o toma el tren en diversos puntos a lo largo del camino, usualmente con diferentes destinos en mente (o distintas fantasías acerca de como lucirá el destino), y habiendo saltado tramos previos del viaje que para otros terminaron por resultarles realmente formativos. La explicación de Spiegel acerca de la fenomenología como trasfondo histórico en los orígenes del marxismo estructuralista de los 60 y los 70 (donde en mi propia biografía tomé el tren) es de enorme ayuda. También lo es su muy aguda caracterización de aquello que muchos críticos actuales buscan discutir en respuesta a las consecuencias e insuficiencias del giro cultural. Sin embargo, y aun resultando comprensible, su perspectiva centrada en el actor y el abordaje neofenomenológico parece ajustarse mejor al tipo de historia fundamentalmente intelectual y cultural de su propia preferencia, y ser menos apropiada para –por ejemplo– la formación estatal, los movimientos sociales, la política de acciones colectivas y distintas áreas donde debería desplegarse otro conjunto de enfoques. Así, su propuesta ofrece mucha menos ayuda para la problemática macrosocial planteada por William Sewell o como respuesta al pedido de Manu Goswami por nuevas historias del capitalismo comparado. Pero cada uno de nosotros tiene sus propios gustos y se requerirán distintos tipos de teoría para variadas clases de problemas.<sup>15</sup> Dicho esto, ¿quién puede sostener, realmente, que una tradición es “mejor” que otra? ¿Colocaremos a la escuela de Frankfurt frente al marxismo posalthusseriano? ¿A Antonio Gramsci frente a la

fenomenología? ¿A Jürgen Habermas sobre Michel Foucault? Planteadas así, las preguntas son absurdas. Tengo muy firmes preferencias por ciertos tipos de teoría sobre otros, relacionadas con las clases de problemas que principalmente me interesa plantear. Pero el hecho de que algunos de mis colegas produzcan igualmente coherentes aunque diversas miradas para distintos tipos de problemas no debería convertirse en un impedimento para importantes formas de colaboración. No puedo imaginar que Spiegel o Sewell pudiesen encontrarse en desacuerdo en este punto; y éstos eran los términos en los cuales había planteado mi solicitud: coexistencia mutuamente respetuosa, construcción de coaliciones e intercambio intelectual razonado.

Por tanto Spiegel está en lo correcto al preguntarse si el pluralismo metodológico y epistemológico puede ser “una postura genuinamente teórica”. Pero cuando propuse esto no estaba intentando evadir difíciles elecciones ni me refería a un tipo de eclecticismo livianamente relativista. El pluralismo básico de *Una línea torcida* hacía referencia, más bien, a una política de colaboración intelectual a partir de un respeto por las diferencias, sean de posicionamiento teórico, epistemológicas, biográficas o de proyecto. Aun cuando expliquemos rigurosamente nuestras propias posiciones, de cualquier modo esas diferencias siempre permanecerán. Algunos de nuestros colegas, pensadores extraordinariamente originales e inteligentes, tal vez desean seguir proyectos a través de modos de indagación que hacen uso de abordajes metodológicos y enfoques teóricos que encontramos profundamente mal pensados, teóricamente anti-téticos con nuestro marco de referencia y defectuosos epistemológicamente. Pero eso no significa que necesariamente no podamos entablar diálogos fructíferos, establecer importantes colaboraciones en una variedad de niveles intelectuales e institucionales o encontrar enemigos en común. Esto tampoco implica, debería admitirse inmediatamente, absolvernos de la necesidad de ser claros y consistentes sobre los puntos de vista que preferamos.<sup>16</sup> Con su característica generosidad, Martin Jay expresa el principio en cuestión: “Cualquier análisis dado, si su prosecución es sincera, produce la necesidad de sus alternativas. Todo enfoque particular, sea hermenéutico o teórico, narrativo o experiencial, será inadecuado en última instancia. Encontrarás un punto donde éste fracasa en hacerle justicia a la complejidad de los fenómenos. Lo que en verdad se requiere es una agilidad para moverse desde una a otra forma de análisis sin esperar que éstas necesariamente cohesionen de un modo definitivo. En este sentido, la imagen de un campo de fuerzas o constelación, que siempre encontré tan útil para mis trabajos, captura la variedad no exhaustiva de nuestras interacciones con el mundo mejor que cualquier abordaje unificado singular”.<sup>17</sup>

Por último, si tengo menos que decir sobre el comentario de Manu Goswami se debe a que comparto su percepción a propósito de que la reducción de miras en la nueva historia cultural implica una incapacidad para un pensamiento “orientado al futuro”, o sea, una aparente renuencia a renovar el anterior compromiso de la historia social con una visión de transformación social que podía conjugar el esfuerzo en la apropiación del pasado con su apertura “para vislumbrar un futuro radicalmente diferente”. Tal visión precisaría contener “el potencial de mediar entre el pasado y el presente, lo efectivo y lo posible”. Esto es congruente con aquello que expuse al comienzo y el final del libro. Pero si en mi propia discusión enfatiqué más en el “espa-

cio de experiencia”, Goswami afirma correctamente la importancia del “horizonte de expectativas” (invocando la pareja conceptual de Reinhart Koselleck), lamentando que los historiadores culturales parezcan tan desinteresados en modelar sus proyectos por medio de una concepción transformadora radical, en la cual el futuro se localice en algún sitio más allá de las actuales hegemonías de un presente neoliberal en constante expansión.<sup>18</sup> Esta crítica parece justificada en gran medida. Ciertamente puedo ver el modo en el cual “las premisas organizadoras de la historia cultural” que Goswami describe como “contingencia, rupturas episódicas atadas a las contradicciones sociales inmanentes, irresolubilidad (*undecidability*), diferencia, fragmentación”, pueden incitar un alejamiento de los análisis en términos de “totalidad social”. Como se argumenta en *Una línea torcida*, esto no sólo expresa un pragmático ajuste al presente histórico sino también una frecuente elección consciente ante un momento de terrible derrota y desilusión, donde el patente agotamiento y la destrucción de los proyectos a gran escala de reconfiguración del mundo social hacen que las reconstrucciones a escala micro parezcan el único camino éticamente viable.<sup>19</sup> En este sentido, como afirma Goswami, la historia social y la historia cultural sustentaron distintas formas de subjetividad política. De la misma manera, también puedo ver la fuerza de su más específica crítica del “giro posgramsciano” en los estudios subalternos.

Estos aspectos de la extremadamente juiciosa discusión de Goswami me retrotraen al punto inicial de esta respuesta. Si me mantengo optimista sobre las chances de reactivar ciertos tipos de diálogo más allá del divisionismo de las precedentes diferencias historiográficas, también mi sensación sobre la peligrosa evolución del presente político mantiene su urgencia; la sensación, en fin, de no poder estar más seguro sobre dónde podrían aún encontrarse los cimientos para un optimismo orientado al futuro sobre las direcciones para el cambio en los realmente existentes mundos del capitalismo. Por lo tanto, para mí, una parte de la historia intelectual del presente debe incorporar no solamente un grado de autoconciencia política en todos los sentidos antes señalados sino también, y ante todo, una voluntad por explorar las condiciones materiales o estructurales de posibilidad que ayuden a otorgar sentido al generalizado viraje hacia la historia cultural a través de muchos y muy diversos campos durante las dos décadas pasadas. En estos términos, estoy totalmente de acuerdo con alguna versión del proyecto que ha descripto Sewell. De otro modo, tal como Goswami argumenta convincentemente, la historia cultural sólo podrá ofrecer una incompleta explicación acerca “de su propia emergencia y resonancia global”. Aunque mediado y complejo, “solamente un enfoque atento al intercambio dinámico entre las transformaciones sociales y las categorías de percepción” puede ayudar a afianzar los logros de la historia cultural en sus orientaciones más productivas. Pero es solamente *ahora* y precisamente *porque* el giro cultural se ha llevado a cabo cuando podemos enfocarnos en estos amplios campos contextuales; se trata de aquellas “nuevas historias de la sociedad” por las que reclamé hacia el final de mi libro, o las “formas de totalización histórica” a las que, como describe Goswami, los historiadores culturales se sintieron urgidos a rechazar en primer lugar.<sup>20</sup> Si escribimos nuestras propias historias, podría decirse también que lo hacemos con el beneficio de abordajes teóricos, metodologías y soportes historiográficos generales que no siempre son de nuestra propia

elección. Además, nos hacemos solamente las preguntas que sabemos necesitan ser respondidas.

No obstante, yo no concordaría con que la generalidad de los historiadores culturales “celebran abiertamente (o) reflejan de manera acrítica la ausencia de una alternativa sistémica a las formas sociales y políticas predominantes del presente”. Aun si el giro cultural puede a veces impedir la escritura de nuevas historias de la sociedad, hablar abiertamente de “la jaula del culturalismo” lleva, en mi opinión, la polémica demasiado lejos. Los matices son importantes. No intenté ninguna “celebración de la historia cultural contemporánea” ni su “aprobación” en general. Pero tampoco creo que el terreno dejado por el giro cultural sea un “informe bazar” donde los jóvenes historiadores se limitan simplemente a “abrirse paso” (Sewell).<sup>21</sup> Como sostengo en mi libro, el *distanciamiento* de las ambiciones marxistas, materialistas y macrohistóricas reconoció una crisis real en aquellas formas dadas de comprensión, así como el *acercamiento* hacia los culturalismos de diverso tipo posibilitó algunas ganancias y soluciones reales. Si digo que la historia social “sencillamente ya no está disponible”, me refiero obviamente a la “historia social” “en la forma del proyecto original”, y eso no significa que yo no pueda distinguir formas recuperables del análisis social.<sup>22</sup> Despojadas de las expectativas iniciales, aunque tomando en consideración todo lo que aprendimos mediante el giro cultural, seguramente se escribirán nuevas historias de lo social. Pero de igual modo, si destacué los logros que la historia cultural posibilitó, en las formas ejemplificadas por el trabajo de Carolyn Steedman que utilicé, eso no significa que crea que todo aquello pueda ser aceptado “acríticamente”. Permitámonos sentarnos juntos y pensar sobre los diversos caminos, algunos largos y otros cortos, donde estos diferentes proyectos puedan convergir fructíferamente. Por el bien de *ese* diálogo es preciso e importante que no se nos pida elegir.

## Notas

<sup>1</sup> Véanse particularmente E.A. Clark, *History, Theory, Text: Historians and the Linguistic Turn*, Cambridge, 2004; M.A. Cabrera, *Postsocial History: An Introduction*, Lanham, 2004; G.M. Spiegel, “Introduction,” en G.M. Spiegel (ed.), *Practicing History: New Directions in Historical Writing after the Linguistic Turn*, Nueva York, 2005, pp. 1-31; A. Courthoys y J. Docker, *Is History Fiction?*, Ann Arbor, 2005, especialmente pp. 137-237. Para mis propias contribuciones en este sentido véase “Is All the World a Text? From Social History to the History of Society Two Decades Later”, en T.J. McDonald (ed.), *The Historic Turn in the Human Sciences*, Ann Arbor, 1996, pp. 193-243; “Between Social History and Cultural Studies: Interdisciplinarity and the Practice of the Historian at the End of the Twentieth Century”, en J. Leerssen y A. Rigney (ed.), *Historians and Social Values*, Ámsterdam, 2000, pp. 93-109; “Problems with Culture: German History after the Linguistic Turn”, *Central European History*, N° 31, 1998, pp. 197-227. Véase también el previo y especialmente atento comentario de D.D. Roberts, *Nothing but History: Reconstruction and Extremity after Metaphysics*, Berkeley, 1995.

<sup>2</sup> Referencia a los estudios interdisciplinarios en auge en Estados Unidos a partir de mediados de la década del 90, dedicados a investigar aspectos culturales, sociales e históricos de las personas identificadas como “racionalmente blancas”. Algunos trabajos precursores en este campo

fueron D. Roediger, *The Wages of Whiteness: Race and the Making of the American Working Class*, Londres, Verso, 1991; R. Frankenberg, *White Women, Race Matters: The Social Construction of Whiteness*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 1993; T. Morrison, *Playing in the Dark: Whiteness and the Literary Imagination*, Cambridge, Harvard University Press, 1992. [N. de T.]

<sup>3</sup> En este punto mi razonamiento tiene algo en común con el concepto de “lógica social del texto” de Gabrielle M. Spiegel. Véase su ensayo “France for Belgium”, en L.L. Downs y S. Gerson (eds.), *Why France? American Historians Reflect on an Enduring Fascination*, Itaca, 2007, p. 97: “Este concepto busca combinar, en un solo pero complejo marco teórico, un análisis del emplazamiento social de un texto –en tanto producto de un mundo social específico y agente que trabaja en ese mundo– y su carácter discursivo como *logos*, es decir, como un artefacto literario compuesto por lenguaje y que, por lo tanto, requiere un análisis literario (formal)”. Véase también G.M. Spiegel, “Revising the Past/Revisiting the Present: How Change Happens in Historiography”, *History and Theory*, N° 46, 2007, pp. 1-19.

<sup>4</sup> Véase D. Riley, *Am I That Name? Feminism and the Category of “Women” in History*, Mineápolis, 1988. Para las tres obras de Scott, véase J.W. Scott, *The Glassworkers of Carmaux: French Craftsmen and Political Action in a Nineteenth-Century City*, Cambridge, 1974; L. Tilly y J.W. Scott, *Women, Work, and Family*, Nueva York, 1978; J.W., *Gender and the Politics of History*, Nueva York, 1988. E. Abelson, D. Abraham y M. Murphy, “Interview with Joan Scott”, *Radical History Review*, N° 45, 1989, pp. 40-59, es fascinante en relación con sus primeros años, pero guarda silencio sobre los 80.

<sup>5</sup> Véase D. Macey, *The Lives of Michel Foucault: A Biography*, Nueva York, 1995, pp. 31-36.

<sup>6</sup> Estoy tomando la frase “ideas de Francia” del título de uno de los volúmenes emblemáticos que analiza críticamente el impacto de la teoría francesa en las disciplinas académicas y artísticas de Gran Bretaña, originando una serie de discusiones, denominadas “legados franceses”, que tuvieron lugar entre noviembre y diciembre de 1984 en el Instituto de Artes Contemporáneas con motivo de la muerte de Foucault. El debate continuó en una conferencia realizada en 1985 bajo nombre de “Cruzando el Canal”. Véase L. Appignanesi (ed.), *Ideas from France: The Legacy of French Theory-ICA Documents*, Londres, 1989.

<sup>7</sup> Asimismo, no creo que difumine las distinciones entre “historia cultural y giro lingüístico, [tendiendo] a perpetuar la confusión entre ambas al equipararlas entre sí” (Spiegel); más bien me he esforzado por señalar exactamente el mismo punto. Esto es lo que en verdad digo en la página citada por Spiegel: “Escribir la historia [...] de este extraordinariamente complejo despertar intelectual –de manera acorde a todas las desigualdades y su diversidad junto con las fuerzas culturales, sociales y políticas más amplias que parcialmente la explican– es algo que ha escapado a muchos comentaristas. Incluso parece estar cada vez más claro que las formas taquigráficas de descripción que fueron privilegiadas –«giro cultural», «giro lingüístico» y «posmodernismo»– acuñadas en lo más álgido de las breves, pero extremadamente polarizadas, disputas iniciales, confunden tanto como clarifican, y refunden lo que son múltiples variaciones. [...] Virar hacia la «cultura» fue el denominador común bastante vago de un conjunto muy heterogéneo de descontentos”; G. Eley, *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, PUV, 2008, pp. 236-237. Para la tentativa de construcción de una cuidadosa genealogía de los variados usos del “posmodernismo” por parte de los historiadores durante la década de los 80 y los 90, véase G. Eley y K. Nield, *The Future of Class in History: What’s Left of the Social?*, Ann Arbor, 2007, pp. 57-80.

<sup>8</sup> Sobre otro comentario específico, aunque acepto el espíritu de la particular observación de William Sewell, no estoy seguro de que sea justo calificar mi enfoque como “anglocéntrico” en

general. Después de todo, la discusión sobre la genealogía de la historia social en el capítulo 2 (“Tres fuentes para la historia social”, pp. 57-90) se encuentra equitativamente distribuida entre la historiografía marxista británica, los *Annales* franceses y la historia social científica de Estados Unidos; el capítulo 3 está dedicado a la historiografía alemana, y el largo capítulo 4 se focaliza principalmente en Estados Unidos, con una extensa cobertura de las historiografías nacionales y regionales, incluyendo los crucialmente sustantivos abordajes de la historiografía sobre la raza en Estados Unidos y la escuela de estudios subalternos del sur de Asia. Si bien los tres historiadores emblemáticos elegidos para cerrar cada uno de los principales capítulos fueron británicos (Edward P. Thompson, Tim Mason y Carolyn Steedman), cada uno de ellos fue, a su manera, enormemente influyente internacionalmente. Fue precisamente esa dualidad —el lugar que ocupan en mi propia formación académica, combinado con su obvia repercusión internacional, y más allá del ámbito local— lo que me llevó a elegirlos. De este modo, mi explicación busca construirse a partir de puntos de partida británicos, pero sin quedar confinada a ellos.

<sup>9</sup> Por ejemplo, *Una línea torcida*, p. 277: “Las experiencias políticas descorazonadoras relacionadas con la crisis de la tradición socialista centrada en la centralidad de la clase desde finales de los años 70, bajo los efectos combinados de la reestructuración capitalista, la desindustrialización, la recomposición de clase y las agresiones políticas de la derecha, han determinado profundamente la forma en la que he sido capaz de pensar los tipos de historia que hago. Para mí, el giro cultural era atrayente porque sus implicaciones se traducían a través de estos escenarios diferentes; no sólo en mi docencia y mis escritos, sino también en mi conocimiento político y mi comprensión social, incluyendo los entornos cotidianos de la vida personal”.

<sup>10</sup> Una vez más, yo *hago* manifiesta la necesidad de ese tipo de análisis. Por ejemplo, *Una línea torcida*, p. 277, nota 6: “En mi opinión, esa crisis de la «interpretación política de clase» denotaba una transición sociopolítica que realmente se estaba dando, de dimensiones epocales. En otras palabras, junto con la reconsideración política y teórica más amplia que connotaba, el giro cultural representaba una forma de lucha necesaria con los problemas contemporáneos, para los que la reafirmación fiel de las posiciones materialistas clásicas servía de poco”.

<sup>11</sup> En otras palabras, la analítica “macrosocial” de Sewell es esencial para muchos tipos de problemas, pero no para el tipo de historia que yo quería escribir en este libro. Unir de forma convincente el cambio historiográfico y la reestructuración capitalista sería todo un proyecto en sí mismo. Éste sin dudas requeriría más que un breve e improvisado tratamiento en un libro enfocado esencialmente en otro lugar. Para ejemplos de mi propio compromiso macrosocial, véase G. Eley, *Forging Democracy: The History of the Left in Europe, 1850-2000*, Nueva York, 2002, pp. 337-490; y G. Eley y K. Nield, *The Future of Class in History*, precedido por “Farewell to the Working Class?”, *International Working-Class and Labor History*, N° 57, 2000, pp. 1-30.

<sup>12</sup> Por ejemplo, en pp. 230-232, 277-278 y 154-156. Para una explicación más detallada de Sewell, véase W.H. Sewell, Jr., “The Political Unconscious of Social and Cultural History, or, Confessions of a Former Quantitative Historian”, en *Logics of History: Social Theory and Social Transformation*, Chicago, 2005, pp. 53-63. Véanse también los ensayos de G. Steinmetz, “Scientific Authority and the Transition to Post-Fordism: The Plausibility of Positivism in U.S. Sociology since 1945”, en G. Steinmetz (ed.), *The Politics of Method in the Human Sciences: Positivism and Its Epistemological Others*, Durham, 2005, pp. 275-323; “The Epistemological Unconscious of U.S. Sociology and the Transition to Post-Fordism: The Case of Historical Sociology”, en J. Adams, E.S. Clemens y A. Shola Orloff (ed.), *Remaking Modernity: Politics, History, and Sociology*, Durham, pp. 109-157; “Regulation Theory, Post-Marxism, and the New Social Movements”, *Comparative Studies in Society and History*, N° 36, 1994, pp. 176-212.

<sup>13</sup> Véase D. Harvey, *The Condition of Postmodernity*, Oxford, 1989 [hay traducción castellana, *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998. N. de T.] y F. Jameson, *Postmodernism; or, The Cultural Logic of Late Capitalism*, Durham, 1991 [hay traducción castellana, *Teoría de la posmodernidad*, Madrid, Trotta, 2001, N. de T.].

<sup>14</sup> *Una línea torcida*, p. 295. Mientras que mi afirmación se complacía por la creciente superfluidad de las tradicionales divisiones en la disciplina entre diferenciadas áreas de estudio (como la historia social y la cultural), Sewell interpreta mis dichos en el sentido de que la “hibridez” era la característica específica, decisiva y loable de la “nueva historia cultural”. Pero esto es lo que realmente escribí: hacia los 90, muchos antiguos historiadores sociales “se movieron libremente por las viejas distinciones entre lo social, lo cultural, lo político, lo intelectual, etc., permitiendo que se formaran las nuevas híbrides”. La diferencia entre nuestras dos interpretaciones es bastante significante. En este contexto, por híbridez me refiero a los estudios que “rechazan explícitamente la división polarizada entre «lo social» y «lo cultural», invistiendo de manera muy evidente los temas sociales y políticos de una analítica cultural, que respondiera a las incitaciones de la teoría cultural y los fundamentara en un rango de fuentes y contextos interpretativos tan denso e imaginativo como fuera posible”. En este sentido he sostenido que la categórica oposición entre “social” y “cultural” debería ser vista como innecesaria y errónea.

<sup>15</sup> Asimismo, estas preferencias pueden volvernos menos pacientes para con las concepciones desde las cuales los otros realizan sus diferentes tipos de trabajo. Por consiguiente, sencillamente no es el caso (como reclama Spiegel) que “una historia social empíricamente arraigada”, o un reconocimiento de la importancia de las estructuras “implícitamente retrotrae a aquel «noble sueño» de una base objetiva para la investigación histórica”.

<sup>16</sup> Y ciertamente esto no implica una aversión al conflicto, una oposición general a los resultados positivos de intercambio polémico o una falta de voluntad para enfrentar las diferencias y los desacuerdos genuinos cuando éstos aparecen. Éstas son, también, limitaciones para las posibles colaboraciones.

<sup>17</sup> D.J. Goodman, “Dream Kitsch and the Debris of History: An Interview with Martin Jay”, *Journal of Consumer Culture*, N° 3, 2003, p. 119.

<sup>18</sup> Véase R. Koselleck, “«Space of Experience» and «Horizon of Expectation»: Two Historical Categories, en *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*, Cambridge, 1985, pp. 255-276 [hay traducción castellana, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, N. de T.]; también D. Scott, *Conscripts of Modernity: The Tragedy of Colonial Enlightenment*, Durham, 2004, pp. 23-57.

<sup>19</sup> Debo decir que, en este punto, estoy hablando bastante específicamente de la experiencia de la izquierda en el Occidente europeo-norteamericano, una delimitación que fue repetida y explícitamente señalada a lo largo del texto de *Una línea torcida*. Asimismo, considero que el rechazo del análisis en términos de la “totalidad social” durante los 80 fue característico específicamente de los historiadores que están trabajando en y sobre Occidente, si bien las analogías se repiten también en otros lugares. En el libro he puntualizado que se enfatizaban estas particularidades, exceptuando intencionalmente los trabajos escritos desde “un punto de vista extraeuropeo” (197). Pero acepto muy gratamente el recordatorio adicional de Goswami.

<sup>20</sup> Para mi más reciente intento de abordar este proyecto, véase G. Eley, “Historicizing the Global, Politicizing Capital: Giving the Present a Name”, *History Workshop Journal*, N° 63, 2007, pp. 154-188.

<sup>21</sup> La observación de Sewell es una grave injusticia para con los historiadores más jóvenes.

<sup>22</sup> Véase *Una línea torcida*, p. 278, donde explico con detalle los términos de este proyecto original: “Su coherencia derivaba de la soberanía de las determinaciones sociales dentro de un paradigma materialista de la totalidad social seguro de sí mismo, basado en la primacía de la clase”.

## Artículos

---



# Socialistas y católicos disputando el mundo de los trabajadores

## Protesta, sociabilidad y política en Tucumán (1895-1910)

María Celia Bravo y Vanesa Teitelbaum\*

**D**urante la década de 1890, reformadores sociales de signo liberal, dirigentes católicos y militantes de distintas vertientes socialistas disputaban el mundo de los trabajadores a través de múltiples prácticas asociativas encuadradas en las normativas del Código Civil que propendían a configurar un patrón de sociabilidad bajo la premisa del bien común, expresado en la valoración de la educación y la moralidad, entendidas como pilares del comportamiento cívico y republicano. En esa tónica surgieron sociedades mutuales, círculos católicos y centros cosmopolitas que combinaban el socorro mutuo con las iniciativas culturales y recreativas destinadas al mejoramiento moral y material de los trabajadores. A lo largo del período se produjeron múltiples cambios en este espacio asociativo: algunas instituciones desaparecieron, otras se fusionaron y también se registraron transformaciones estatutarias que reformularon los propósitos originarios de las sociedades para ajustarse a un perfil más adaptado a la defensa y las acciones reivindicativas de los obreros.

En efecto, la naturaleza de este tipo de asociaciones se erigió en objeto de debate en los encuentros de las organi-

zaciones obreras que pugnaban por trascender la lógica de las sociedades de ayuda mutua para conformar organizaciones gremiales presididas por el apelativo de resistencia. Estas controversias en las que confluyeron socialistas y anarquistas tenían como objetivo principal la organización del movimiento obrero que comenzó a configurarse en los primeros años del siglo XX. Esta nueva presencia institucional en el universo laboral tuvo profundas manifestaciones. Su arista más visible fue la protesta, motorizada por las organizaciones gremiales que canalizaron el descontento obrero al impulsar las primeras huelgas en los oficios y las profesiones urbanas. Estas expresiones que reflejaban la conflictividad del mundo del trabajo se manifestaron de manera segmentada, a la manera de flujos, cuyo pico tuvo lugar en 1904, cuando el movimiento gremial socialista se extendió al área azucarera.

A la inversa de lo sostenido por los anarquistas que rechazaban la política como un recurso espurio, los referentes liberales interesados en la cuestión obrera y los militantes socialistas procuraron la inclusión de las demandas laborales en el sistema institucional apelando a la

\* Instituto Superior de Estudios Sociales, CONICET-UNT. Agradecemos a Ricardo Falcón y a Juan Suriano las sugerencias realizadas a versiones de este trabajo.

lucha gremial, pero también a soluciones de tipo parlamentario. Desde esta óptica, incursionaron tempranamente en la práctica electoral, actividad que exigió crear partidos municipales o articularse con otros ya formados de alcance provincial. Por su parte, al proponer un esquema de colaboración entre patrones y trabajadores, los círculos de obreros católicos desecharon el recurso de la huelga y prohibieron la actividad política como vía de transformación de las condiciones laborales.

### **Trabajadores de oficios, jornaleros y peones de ingenios azucareros El universo laboral de la ciudad de San Miguel de Tucumán**

Hacia fines del siglo XIX se desarrolló un intenso crecimiento poblacional generado por el aporte de inmigrantes que se radicaron en la ciudad de San Miguel de Tucumán y de nativos de provincias limítrofes que se establecieron en el área rural del departamento Capital al influjo de la especialización azucarera. La afluencia de este nutrido contingente humano fomentó procesos de urbanización divergentes. En el municipio de Capital tomó consistencia la preocupación por impulsar una urbanización moderna y planificada que se desarrolló especialmente en el casco urbano. En esa zona, representada por veintidós manzanas totalmente edificadas y habitadas por familias de la elite, se desarrollaron los servicios de agua corriente y luz eléctrica que animaron la actividad burocrática gubernamental, el comercio y las finanzas.<sup>1</sup> En el resto de la ciudad predominaban los terrenos baldíos, mal

demarcados, sin servicios, en los que se ubicaron de manera desordenada trabajadores inmigrantes que se asentaron en casas de inquilinato y construcciones precarias, predominantemente ranchos. Los límites de la ciudad tenían una fisonomía rural en la que prevalecían las chacras, paisaje interrumpido por la presencia de los ingenios azucareros, en torno a los cuales se congregaron grupos migrantes que configuraron instalaciones, devenidas a lo largo de la década pueblos azucareros.<sup>2</sup>

En este distrito de Capital en proceso de transformación se instaló un amplio y heterogéneo conjunto de trabajadores, cuya cifra era difícil de mensurar, como advertía Paulino Rodríguez Marquina, director de la Oficina de Estadística de la provincia, al presidente del Departamento Nacional de Trabajo en 1909.<sup>3</sup> Un sector considerable estaba compuesto por trabajadores de oficios, de los cuales algunos trabajaban por cuenta propia, aunque predominaban los dependientes de los distintos talleres surgidos en la ciudad al influjo de la especialización azucarera. Los oficios más numerosos eran los vinculados al rubro de la construcción (albañiles, carpinteros, cortadores de material); de la alimentación, entre los que se destacaban los panaderos y en menor medida los cocineros, los licoreros y los queseros; y de la metalurgia, que incluía a fundidores, herreros y hojalateros. Otro grupo con cierto desarrollo eran los sastres, los zapateros, los talabarteros y los impresores que se desempeñaban en las decenas de establecimientos instalados en el municipio.<sup>4</sup>

Además, el crecimiento económico y la modernización de la infraestructura urbana alentaron el incremento de empleados de comercio y de oficios vincu-

lados al transporte, como trabajadores ferroviarios, carroceros y cocheros. Asimismo, la difusión de nuevos patrones culturales de comportamiento familiar y social según el género impulsó el aumento de las ocupaciones asociadas al servicio doméstico como lavanderas, planchadoras, mucamas, etc. En estas actividades afloraba el componente de circulación y la alternancia que caracterizaba a los trabajadores de servicio. Esta situación definía a los jornaleros, ocupación que involucraba especialmente a la fuerza de trabajo masculina que carecía de ocupación fija.<sup>5</sup>

Finalmente, en el área rural del departamento Capital se forjaba otro universo laboral determinado por la presencia de los ingenios que requerían de gran cantidad de peones para el trabajo de fábrica y para las tareas de cultivo, cosecha y acarreamiento de materia prima. En el distrito funcionaban cinco fábricas de azúcar y alcohol, de pequeña capacidad productiva, que empleaban cientos de peones y obreros que se desempeñaban como personal permanente,<sup>6</sup> demanda que imprimía una dinámica particular al mercado de trabajo de este distrito.

En lo relativo a las condiciones de trabajo, la derogación del sistema de conchabos en 1896 clausuró una prolongada tradición de coacción laboral para todos los hombres y mujeres que carecieran de renta propia o de ocupación lícita que les garantizase la subsistencia. La desaparición del conchabo obligatorio a través de las libretas no implicó que las restantes modalidades laborales, como la duración de la jornada de trabajo, se modificaran.<sup>7</sup> A comienzos del siglo XX, la intervención del Estado provincial en materia laboral se limitó a vigilar las condiciones higié-

nicas de los establecimientos a través de la inspección del Consejo de Higiene, aunque la municipalidad, al estipular las normas y el funcionamiento de los servicios y los establecimientos comerciales y productivos, reguló tangencialmente los oficios y las ocupaciones urbanas. De modo que la anulación de la ley de conchabos dejó un vacío legal en materia laboral, cubierto de manera indirecta por las ordenanzas municipales. No fue casual, entonces, que las primeras asociaciones obreras reclamaran leyes que acordaran mejores condiciones laborales y que consideraran la posibilidad de presentarse a las elecciones municipales.

Los oficios urbanos más calificados con remuneraciones relativamente aceptables no siempre escapaban a las perniciosas condiciones de vida de los sectores populares de Tucumán. La falta de viviendas obreras —que se tradujo en la difusión de conventillos, ranchos y otras edificaciones precarias— magnificó los riesgos sanitarios resultantes del hacinamiento habitacional.<sup>8</sup> Asimismo, la carencia absoluta de servicios como aguas corrientes y recolección de basura en los barrios suburbanos incrementó los problemas de salubridad de la población trabajadora. Tales condiciones, sumadas a la dureza de los regímenes de trabajo, constituyeron los combustibles que activaron la protesta obrera. Las primeras incursiones en esta dirección se cristalizaron en las asociaciones de ayuda mutua y, sobre todo, en las organizaciones gremiales que involucraron especialmente al segmento de los trabajadores con oficios.

## Las huellas de la cuestión social: sociedades mutuales, centros cosmopolitas y gremios en el mundo del trabajo

Al filo del siglo XIX las condiciones de vida de los trabajadores se deterioraron por los efectos de las crisis de 1890 y la azucarera de 1896. La primera, de carácter nacional, licuó el poder adquisitivo de los salarios e incrementó el precio de las importaciones, generando un proceso inflacionario que produjo una profunda depreciación de la capacidad de consumo de los sectores populares. Un lustro después se precipitó la crisis de sobreproducción azucarera que impactó especialmente en la esfera productiva de la provincia. Entre 1895 y 1900 cerraron siete ingenios y tres suspendieron la molienda por tres años, lo cual incidió en el incremento de la desocupación y en el descenso generalizado de los salarios, e instaló una situación de incertidumbre económica que sólo comenzó a revertirse a partir de 1906.

En ese contexto, en el primer lustro posterior a 1890 se difundieron las sociedades de socorros mutuos de trabajadores en distintas ciudades de Tucumán, inspiradas en asociaciones de base étnica formadas a fines de la década de 1870 al amparo de las normativas del Código Civil. Bajo esa premisa se formaron las primeras sociedades por oficio: en 1889 se organizó la Sociedad Protectora de Socorros Mutuos de Panaderos y en 1893 los tipógrafos fundaron la Sociedad Unión Tipográfica.<sup>9</sup> A fines de la década de 1890 se establecieron asociaciones similares que congregaron a trabajadores en función de su domicilio, como el Centro de Socorros Mutuos de Aguilares y el Centro de

Trabajadores de Socorros Mutuos de Monteros, ambas de 1899.<sup>10</sup>

Paralelamente, al impulso de los preceptos vertidos por la encíclica *Rerum Novarum*, se constituyeron sociedades mutuales en el distrito de San Miguel de Tucumán y en algunas ciudades del interior de la provincia. En esa dirección, en 1895, bajo el influjo de la orden dominica se fundó el Centro Católico de Obreros en el municipio de Capital. Una de las figuras descolantes era el fraile Angel Boisdron, representante del catolicismo liberal francés de Enrique Lacordaire, que procuraba conciliar los valores del humanismo, la razón y la reforma social con el credo católico. En 1899 en la ciudad de Monteros se estableció una organización de iguales características. Asimismo, intervinieron otras órdenes religiosas que formaron la Sociedad de Socorros Mutuos Obreros de San José, bajo la dirección espiritual del franciscano Salvador Villalba, y la Sociedad Obrera del Santísimo Nombre de Jesús, de mujeres.<sup>11</sup> Este fraile alcanzó cierta popularidad por su lenguaje encendido que despertó suspicacias; algunos llegaron a considerarlo anarquista porque “no transigía con la injusticia social”.<sup>12</sup> También participaron sacerdotes redentoristas que realizaban trabajos en el ingenio Luján e industriales azucareros católicos, como el empresario Juan Posse, que presidió el Círculo Central de Obreros fundado en 1900.

La construcción de estas sociedades de ayuda mutua constituyó un proceso sinuoso y complejo que se manifestó especialmente en el campo de los círculos católicos. Al respecto, es ilustrativo el declive del Círculo de Obreros de Monteros que experimentó un descenso abrupto de asociados en el conflictivo año

de 1904. Por su parte, el año siguiente, la Comisión Directiva del Círculo Central de Obreros informaba que había resuelto su disolución debido al corto número de asociados (veintidós personas). Otro componente que dificultó el funcionamiento de estas asociaciones provenía de las disputas internas que se reflejaron en la resistencia local a integrar la estructura nacional de los círculos de obreros propiciada por Federico Grote, sacerdote redentorista de reconocido prestigio por haber impulsado los círculos obreros en la Argentina.<sup>13</sup>

Otras asociaciones de trabajadores que se crearon en el mismo período procuraban estimular las relaciones de sociabilidad entre los socios con fines recreativos, culturales y de beneficencia. Éste fue el espíritu que animó el Centro Cosmopolita de la ciudad de Concepción fundado en diciembre de 1894.<sup>14</sup> En ese mismo año se formó una asociación cosmopolita en la ciudad de Monteros, que probablemente tenía los mismos objetivos que la anterior. De estas asociaciones homónimas la que alcanzó mayor grado de organicidad fue el Centro Cosmopolita de Trabajadores de San Miguel de Tucumán fundado en 1897. Se trataba de un ámbito centrado en el progreso cultural y social de los trabajadores. Este objetivo permitió congregarse dirigentes de variadas vertientes que confluyeron en torno a la preocupación de mejoramiento laboral y social. Tales inquietudes lograron configurar por primera vez un discurso obrerista que alcanzó cierta permeabilidad en el medio urbano, especialmente en el mundo de los oficios y las profesiones.

En ese espacio convivieron dirigentes obreros adscriptos al socialismo, referentes del reformismo liberal y, posterior-

mente, se integraron militantes anarquistas que se establecieron en la provincia en la primera década del siglo XX. En su creación reunió a artesanos y obreros que no habían constituido aún sociedades mutuales o gremiales, aunque el principal sustento de la organización lo proporcionaron las sociedades ya constituidas, como la de los panaderos y la de los tipógrafos.<sup>15</sup> El activo movimiento de asociación de trabajadores no se limitó al universo masculino, puesto que los cosmopolitas también dirigieron sus esfuerzos a la organización de las mujeres. El primer paso en esa dirección fue a través del mutualismo, con la creación en 1898 de la Sociedad de Socorros Mutuos de Mujeres, erigida al amparo del Centro Cosmopolita.<sup>16</sup>

A principios de siglo el movimiento de agremiación tomó mayor impulso; bajo este influjo el mutualismo entró en un cono de sombra y los esfuerzos se centraron en crear sociedades gremiales o de resistencia, enunciación que revelaba una mayor influencia de los líderes obreros cercanos al socialismo. En ese contexto, algunas sociedades mutuales reformularon su reglamento para convertirse en gremios, como sucedió en 1903 con la Sociedad Protectora de Socorros Mutuos de Panaderos. Otras mantuvieron sus funciones mutuales pero incorporaron artículos que facilitaron la lucha gremial. Tal fue el caso de los tipógrafos que en 1902 decidieron mantener su estructura mutua pero estipularon en sus estatutos el otorgamiento de una suma de dinero a los asociados en caso de paro y la expulsión de los rompehuelgas.<sup>17</sup>

A partir de 1903 la mayoría de las asociaciones creadas por los trabajadores tuvieron un encuadre gremial. Entre

éstas podemos mencionar la Sociedad Gremial de Cocheros de 1903, la Sociedad de Obreros Sastres fundada en 1904 y la organización denominada Unión Pintores de Tucumán, creada en 1905. Por su parte, la Sociedad Gremial de Albañiles y Anexos, surgida en 1902, se reorganizó en 1905 como una sociedad de resistencia, vocablo que aludía a la decisión de sustraerse de la fiscalización del poder estatal y a la valoración de la protesta como herramienta central en la lucha por mejores condiciones de trabajo.<sup>18</sup> Para entonces, el grueso de las ocupaciones de la ciudad de San Miguel de Tucumán contaba con asociaciones gremiales. Entre 1904 y 1905 se intensificó el movimiento asociativo con la creación de las sociedades de mozos de hoteles y confiterías, obreros municipales, herreros y anexos y mozos de mano, entre otras. Por su parte, los ferroviarios estaban integrados a un sindicato de alcance nacional como La Fraternidad (estructurada bajo la figura de una confederación) y en 1902 formaron la Sociedad Cooperativa Ferroviaria de Consumos, de naturaleza mutual, con estrechas vinculaciones con los militantes socialistas.<sup>19</sup>

Al despuntar el siglo XX el Centro Cosmopolita de Trabajadores había logrado consolidarse como una institución representativa de los trabajadores tucumanos al articular y coordinar las demandas de las incipientes organizaciones obreras.<sup>20</sup> Paulatinamente, fue considerado un punto de referencia del incipiente movimiento obrero en el norte del país y activo difusor de las ideas socialistas, como lo revelaban las reiteradas visitas a la provincia de dirigentes nacionales como Adrián Patroni.

En 1902 la constelación de las asociaciones de oficios logró plasmarse en una

estructura más amplia, la Federación Obrera Tucumana, institución que probablemente adhería a la Federación Obrera Argentina (FOA), creada el año anterior por socialistas y anarquistas. Hacia 1904 se reiteró la voluntad de articulación a una estructura de alcance nacional, con el nombramiento de un delegado inspector de la Unión General de Trabajadores (UGT),<sup>21</sup> puesto desempeñado por el tipógrafo Manuel Villarpando, activo militante del Centro Cosmopolita y uno de los líderes de la huelga de peones azucareros desarrollada en junio de ese año. Este proceso culminó un año más tarde con la formación de una filial tucumana de la UGT en Cruz Alta, principal departamento azucarero, fundación que reflejaba los progresos del socialismo en la provincia. Los estatutos de la UGT de Tucumán combinaban funciones específicamente gremiales con propósitos mutualistas como la implementación de bolsas de trabajo, la asistencia médica gratuita y el estímulo a la cultura moral e intelectual de los trabajadores. Respecto de la política y su gravitación en las luchas de los trabajadores, la central se pronunció por no adoptar ninguna definición partidaria, resolución que guardaba cierta consonancia con los debates desarrollados entre sindicalistas y socialistas en el III Congreso Nacional de la UGT de 1905.<sup>22</sup>

La influencia del socialismo se plasmó también en la formación de una nueva organización, el Centro Socialista, que sustituyó gradualmente al Centro Cosmopolita de Trabajadores, retomando la actividad gremial y cultural de éste aunque en esta organización la integración al Partido Socialista era manifiesta. A su influjo, se convocó el primer congreso obrero realizado en la provincia, que

funcionó en septiembre de 1905. En esa oportunidad se reunieron alrededor de un centenar de asistentes en representación de gran parte del espectro gremial de la provincia. Participaron catorce organizaciones del interior, entre ellas la filial de la UGT de Cruz Alta, mientras que las restantes asociaciones gremiales, alrededor de veinte, pertenecían a la Capital.<sup>23</sup> Aunque no se han conservado las resoluciones a las que se arribó en este encuentro, su realización constituye un testimonio de la voluntad de organización del movimiento obrero.

Hacia fines de siglo XIX, activos referentes liberales preocupados por el mejoramiento de la situación de los trabajadores actuaron fundamentalmente en la esfera de las asociaciones mutuales activando la controversia en torno a la cuestión social. Por su parte, desde tradiciones ideológicas opuestas, las organizaciones católicas y socialistas disputaban por imponer su influencia en el mundo obrero. Podían coincidir en el diagnóstico negativo en torno a la situación de los sectores obreros, pero diferían básicamente en la metodología para modificar tales condiciones. Para los socialistas, la unión y la organización de los trabajadores constituían una instancia preliminar en la defensa de los intereses de la clase obrera que debía reflejarse en la consecución de mejores condiciones de vida y en la construcción de una sociedad igualitaria. Este objetivo podía lograrse a través de distintas estrategias: la formación de vigorosas organizaciones gremiales que utilizaran el recurso de la huelga, las negociaciones con los patrones y las peticiones a las autoridades; las prácticas mutuales; la instrucción que permitía el acceso al ámbito de la cultura, y la participación

política en coyunturas electorales. Para los católicos, la elevación de la situación material del obrero era el resultado de su desarrollo moral identificado con los preceptos de la religión católica que se potenciaba con el respaldo colectivo que brindaba el círculo. Desde esta óptica, el bienestar obrero devenía de una experiencia de colaboración y solidaridad que involucraba no sólo a los trabajadores sino también a las distintas clases sociales, especialmente a los patrones. En consecuencia, las líneas de acción privilegiadas fueron las prácticas de socorro mutuo y la moralización a través de la observancia del rito católico y diversas actividades culturales. Durante ese período no contemplaron la constitución de gremios obreros ni tampoco la intervención en la esfera política para modificar las condiciones de los trabajadores a través de la acción legislativa.

Estos esfuerzos contribuyeron a instalar en la opinión pública la problemática de la cuestión obrera. En esta empresa confluyeron las denuncias de profesionales liberales, los emprendimientos de los católicos sociales, la persistente militancia de cuadros anarquistas y la ardua labor organizativa efectuada por los líderes gremiales socialistas, factores que contribuyeron a forjar un movimiento de trabajadores de significativo impacto en el ámbito de la sociabilidad y la cultura obreras.

### **Contrapuntos de sociabilidad y cultura obrera**

Las sociedades gremiales y los círculos católicos generaron un conjunto de actividades que procuraban modificar los hábitos culturales y la socialización de

los trabajadores. Las conferencias, las veladas musicales, las obras de teatro, los bailes, las tertulias y la asistencia a los salones de lectura tenían la pretensión de forjar trabajadores instruidos en la problemática social y en las vías apropiadas para modificarla. Dentro de estas iniciativas, las conferencias para obreros fueron consideradas las herramientas más aptas porque apelaban a la reflexión y a la creación de una nueva conciencia en los trabajadores.<sup>24</sup> Influenciados por una suerte de cultura de la conferencia que caracterizaba al mundo intelectual finisecular, los líderes socialistas y del catolicismo social se apropiaron de esta práctica y la adaptaron para los fines de difusión e instrucción de los trabajadores. Al despuntar el siglo XX se estableció una rutina de las conferencias, los católicos fijaron una frecuencia dominical, mientras que los cosmopolitas eligieron el sábado como día de disertaciones.<sup>25</sup>

Los círculos utilizaron las conferencias para instruir sobre los beneficios de la moral cristiana, del mutualismo y del cumplimiento de los deberes cívicos, tópicos considerados centrales para el mejoramiento social de los trabajadores. La mayoría de los oradores fueron sacerdotes consustanciados con estas problemáticas, aunque también disertaron representantes conspicuos de los sectores propietarios. A partir de 1900, con el incremento del número de conferencias, se apeló a la participación de figuras emblemáticas como Federico Grote, que entre 1897 y 1907 dictó siete disertaciones en las que abordó la acción positiva de los círculos obreros, el papel disolvente del socialismo y los efectos perniciosos de las huelgas para la moral y la economía de los trabajadores. Estos temas constituyeron las principales preocupa-

ciones del catolicismo social, cuyos matices afloraban según los disertantes, como el padre Villalba, famoso por sus denuncias a los patrones opresores y a la injusticia del orden social.<sup>26</sup> Los líderes católicos extendieron su mensaje a las mujeres trabajadoras, interés que se reflejó en el incremento del número de conferencias para obreras realizadas, por ejemplo, en la Sociedad Obreras del Santísimo Nombre de Jesús, donde se las alertaba sobre los peligros de la agitación social.<sup>27</sup>

En la primera década del siglo XX, la acción desplegada por los católicos trascendió el espacio acotado de las mutuales y de los círculos obreros al solicitar los locales de asociaciones culturales, como la Sociedad Sarmiento, institución pionera en la provincia que operó como el principal foro de difusión de las ideas liberales. El perfil de las disertaciones y las temáticas elegidas revelaban un claro propósito de debate que atraía a intelectuales de distinta orientación ideológica y a líderes socialistas. A modo de ejemplo, Grote dictó en 1903 dos disertaciones, una sobre el origen y la naturaleza del socialismo y otra relativa a la cuestión social, donde fue refutado por el escritor Ricardo Jaimes Freyre. Charlas semejantes se realizaron en la biblioteca Alberdi, en el teatro Belgrano, único coliseo de la ciudad de San Miguel de Tucumán, y en la biblioteca pública Bartolomé Mitre de la ciudad de Monteros. Los lugares elegidos, con capacidad de albergar a un amplio auditorio, reflejan el creciente interés por la cuestión social, en especial de los dirigentes de las sociedades culturales y mutuales.

A diferencia de las de los católicos, las conferencias organizadas por los socialis-

tas tenían una marcada finalidad instrumental pautaada por el programa de acción del movimiento obrero. En esa dirección, entre 1900 y 1901, cuando la preocupación principal giró en torno a las elecciones municipales, los tópicos de las conferencias exhortaban a la participación política y a la inscripción en el registro cívico. A partir de 1902, en consonancia con el crecimiento del número de sociedades, adquirieron preeminencia los temas relativos a la organización gremial, la defensa de movimientos de protesta específicos y la difusión de las resoluciones adoptadas a nivel nacional por las centrales de trabajadores. Así en 1904, en el marco de una gira de propaganda, los delegados de la UGT, Constante Galleti y Gregorio Pinto, disertaron sobre la formación de la cámara de trabajo y exhortaron a los obreros a apoyar la estrategia resuelta en el I Congreso de la UGT. Otro de los temas abordados fue la organización gremial de las mujeres, disertación a la que concurren costureras, cigarreras y alpargateras, y que tuvo como corolario la fundación de la Unión Gremial Femenina, asociación que impulsó meses después la protesta de las cigarreras. No obstante, también se organizaron conferencias de carácter netamente ideológico, como las destinadas a instruir a los obreros en los beneficios del socialismo, las que alertaban sobre los efectos perniciosos del militarismo, las realizadas en defensa de la emancipación de la mujer y, en menor medida, las que versaban sobre temas científicos y culturales. Por su parte, los anarquistas también concebían las conferencias como un aspecto vital de su propaganda. No obstante, en contraste con las expectativas que despertaban las conferencias, el libertario

Argañaraz criticaba en el diario *La Protesta* el escaso interés de sus compañeros por asistir a estas discusiones y consideraba que el débil desarrollo de esta corriente residía en la desidia a formar grupos capaces de implementar “una propaganda activa, tenaz [que] podrá sacar del marasmo a la clase obrera en Tucumán”.<sup>28</sup>

Las giras de propaganda de destacados representantes del socialismo como Adrián Patroni, Gregorio Pinto, Luis Lotito, Enrique del Valle Iberlucea, Sebastián Marotta y el diputado italiano Dino Rondani, quienes visitaron la provincia entre 1901 y 1910, prestigiaron el espacio de las conferencias y contribuyeron a otorgar mayor visibilidad a la cuestión obrera.<sup>29</sup> Estos eventos congregaron a un público heterogéneo, de extracción no necesariamente obrera, que circulaba por los locales de las distintas asociaciones socialistas y los salones de las sociedades culturales dispuestos a participar de una práctica que se instaló como uno de los vértices de la sociabilidad urbana.

Una atracción adicional de las conferencias era la controversia, modalidad promovida por los socialistas que abría un espacio para polemizar con los católicos, sus principales contendientes en la organización del mundo del trabajo. De esta forma, las controversias daban pie a una suerte de espectáculo, regulado implícitamente por la exposición respetuosa de las ideas y por la cobertura de la prensa que difundía el desarrollo de las discusiones y se erigía en una suerte de tribunal al realizar una valoración de estos encuentros.<sup>30</sup> Esta forma de debate, que articulaba asociaciones situadas en las antípodas del espectro ideológico, entró en un cono de sombra cuando se

enardeció el tono de las controversias y el estado provincial adoptó una política más represiva hacia 1908. En ese contexto, la controversia entre el sacerdote Joaquín Tula y el conferencista Iberlucea terminó envuelta en un escándalo por las manifestaciones ruidosas del público y fue interrumpida por la policía. En repudio, los socialistas organizaron un mitin contra el gobierno que culminó en un violento enfrentamiento entre los obreros y la policía, que detuvo a los principales oradores (Iberlucea, Lotito y otros).<sup>31</sup>

Las conferencias se inscribían en un conjunto de actividades de carácter cultural y recreativo que desplegaron los círculos y las asociaciones gremiales con el propósito de atraer no sólo a los trabajadores sino también a sus familias. Los católicos organizaron en sus sedes veladas literario-musicales salpicadas con actos de declamación, coros de trabajadores, participación de orquestas y representación de comedias morales. Estos eventos adquirirían mayor importancia cuando la fiesta tenía un objetivo conmemorativo, celebraban el aniversario de creación de los círculos, las fechas patrias y las del calendario católico, especialmente la de San José, patrono de los obreros, que se realizaba a comienzos de mayo, probablemente para oponer y resignificar el 1 de mayo, principal conmemoración de los socialistas. Las actividades recreativas ocuparon un lugar importante en la programación de los círculos. Anualmente organizaban cabalgatas al campo hacia estancias de socios, donde se realizaban asados o almuerzos campestres, juegos de bazar, rifas y otros entretenimientos. Estos encuentros, presididos invariablemente por una misa, simbolizaban la convivencia armónica

entre patrones y trabajadores, preconizada por el catolicismo social.

Por su parte, la sede del Centro Cosmopolita de Trabajadores constituyó el eje de difusión y promoción de iniciativas culturales y sociales. Desde 1904 contaba con un local propio cuyas instalaciones incluían un salón de lectura que reunía periódicos obreros, folletos de propaganda, libros sobre sociología y temas relativos al trabajo. A partir de este espacio se formó una biblioteca orientada a la problemática social que creció con las donaciones de los socios y de otras instituciones.<sup>32</sup> Esta creación materializaba un ideal caro de los socialistas, y a través de ella se procuraba modelar un trabajador ilustrado y consciente de sus derechos. En esa etapa, el centro proyectó la publicación de un número especial, denominado *Germinal*, con colaboraciones de publicistas de distintas vertientes del movimiento obrero.<sup>33</sup> A partir de 1906 logró el anhelo de una prensa propia, el periódico *Trabajo* sostenido por el Centro Socialista.<sup>34</sup> De modo que a la intensa actividad de propaganda desplegada se sumó el esfuerzo editorial, herramienta considerada clave para impulsar la lucha de los trabajadores. Estas acciones estaban acompañadas de un activo programa de fiestas literarias y musicales que incluían funciones teatrales en las que se representaban dramas sociales, con orquestas y coros de niños de sociedades gremiales, conferencias y bailes familiares. A través de los festivales obreros afloraba una intensa sociabilidad que procuraba integrar a trabajadores de distintos oficios y a sus familias mediante actividades culturales y recreativas que procuraban modelar el uso del tiempo libre de los trabajadores.<sup>35</sup>

La labor del Centro Cosmopolita de Trabajadores logró articularse a una densa trama interasociativa, que se reflejó en el festejo de efemérides características del calendario patrio, como la fiesta conmemorativa de la batalla de Tucumán realizada en 1904, donde participó con diecisiete sociedades de distinta naturaleza (étnicas, culturales, mutuales, gremiales y deportivas) en un desfile cívico en el que cada asociación marchó ordenadamente con sus respectivos estandartes.<sup>36</sup> Esta experiencia, que revelaba la aceptación social de los cosmopolitas por parte de otras sociedades de raigambre liberal, volvió a repetirse hacia finales del período, en el homenaje a Juan Bautista Alberdi realizado en 1910, cuando el Centro Socialista integró la procesión cívica y tuvo una participación destacada a través del dirigente Gregorio Pinto, quien dirigió unas palabras en nombre de las sociedades obreras.<sup>37</sup>

La configuración de rituales en torno al poder de los trabajadores se manifestó en los festejos del 1 de mayo, máxima celebración del movimiento obrero. Al analizar las fiestas realizadas en la ciudad de San Miguel de Tucumán entre 1899 y 1910 se observan prácticas que se mantienen, cambios de sentidos y mutaciones en los patrones de sociabilidad por los que transitaban las organizaciones gremiales. Entre 1899 y 1902 los festejos se realizaron en el local del Centro Cosmopolita de Trabajadores donde disertaron dirigentes obreros y personajes conspicuos del mundo liberal sensibilizados con la cuestión social, como Paulino Rodríguez Marquina y Julio López Mañán. La presencia de oradores que no provenían necesariamente del mundo obrero revelaba las redes de los

cosmopolitas con figuras destacadas de la intelectualidad y la política tucumana y el propósito de los dirigentes del centro que procuraban agregar cierta pátina de prestigio a la celebración del 1 de mayo. Otra instancia del festejo consistía en un banquete, acompañado con brindis, que se realizaba en el hotel Frascati. La fiesta transitaba así por un escenario eminentemente obrero (el local de los cosmopolitas) y se proyectaba a un espacio más amplio, el banquete en el salón del hotel, práctica que evocaba pautas de sociabilidad burguesa propias del clima de la época.

A partir de 1903, el 1 de mayo adquirió un carácter más obrero y confrontador que se evidenció en el sentido de los discursos y en la proyección al espacio público al elegirse lugares de alta exhibición, como las plazas. La extracción social de los oradores cambió: en lo sucesivo, todos fueron dirigentes del centro y referentes del socialismo nacional. En consonancia, el discurso adquirió un tono de arenga que incitaba a la organización y a la lucha gremial. Asimismo, se introdujo un elemento nuevo, las manifestaciones de obreros que portaban banderas rojas, emblemas del socialismo. Las columnas de trabajadores de los distintos gremios eran precedidas por una banda de música que ejecutaba himnos obreros y otorgaba un tono festivo a la celebración. En esos eventos se distribuían gratuitamente ejemplares de *La Vanguardia*, órgano del Partido Socialista, y desde 1908 se repartió además el periódico local *Trabajo*. En estas modalidades se advierte la preocupación por adoptar los rituales de celebración del 1 de mayo desarrollados por el movimiento obrero en el país y en el extranjero. Las fiestas de los trabajadores reali-

zadas en Tucumán tuvieron un desarrollo pacífico, puesto que no se registraron episodios de violencia ni tampoco represión policial, como acaeció en los actos organizados en la ciudad Buenos Aires, por ejemplo, el sangriento episodio de la plaza Lorea de 1909.<sup>38</sup>

En forma conexas, los festejos incluían veladas literarias y musicales, seguidas por un baile familiar que se realizaba en el Centro Cosmopolita de Trabajadores y desde 1906 en el Centro Socialista.<sup>39</sup> Estas actividades culturales y recreativas revelaban que el programa de actividades previsto por los dirigentes socialistas procuró resguardar el encuentro y la interacción de los trabajadores y sus familias en ámbitos específicos de la sociabilidad obrera.<sup>40</sup> Sin embargo, adquirió mayor visibilidad e impacto público la celebración desarrollada en calles y plazas, registro que concordaba con el propósito de los organizadores, quienes concebían las fiestas del 1 de mayo como un acontecimiento propicio para intensificar la propaganda y exhibir el poder del movimiento obrero.

### Los socialistas y las múltiples formas de la protesta

Las escasas manifestaciones de descontento laboral de fines del siglo XIX se circunscribieron a establecimientos específicos y, por lo general, no contaron con el respaldo de asociaciones gremiales. Se trataba de expresiones inorgánicas, de breve duración, algunas de las cuales fueron objeto de represión policial. Los incidentes protagonizados por los tipógrafos del diario *La Provincia* en 1898 y por los peones del ingenio Concepción en

1901 pueden enmarcarse en estos parámetros.

Sin embargo, la resistencia de los trabajadores adquirió otro alcance y significado cuando la protesta estaba impulsada por una organización de trabajadores que mantenía relaciones fluidas con asociaciones similares de otras provincias. Éste fue el caso de la Sociedad de Obreros Panaderos, integrada al Centro Cosmopolita de Trabajadores, que en septiembre de 1900 inició un movimiento para mejorar los salarios y las condiciones de trabajo. Con ese objetivo elevaron un nuevo convenio que no fue considerado por la patronal. En tales circunstancias se declaró la huelga que involucró a más de trescientos trabajadores y se prolongó durante más de dos semanas. Durante el desarrollo de la huelga, la asociación gremial debió enfrentar la decisión de los dueños de panaderías de introducir esquiroleros provenientes de localidades del interior (Monteros y Lules) y de otras provincias como Santiago del Estero. La Sociedad logró neutralizar el intento patronal utilizando las redes de solidaridad gremial con otras asociaciones del ramo que apoyaron el reclamo de los tucumanos e impidieron el funcionamiento de los establecimientos panaderos de la ciudad. El clima de adhesión a la causa de los panaderos se reflejó también cuando trabajadores sin conocimiento del oficio, llamados para suplantar a los huelguistas, terminaron sumándose a la protesta. Con el propósito de fortalecer sus reclamos y solucionar la escasez de pan, la Sociedad de Obreros Panaderos instaló una cooperativa de trabajadores que elaboraba y vendía su producción a precios módicos. El manejo de la protesta reveló la habilidad, la capacidad de organiza-

ción y las conexiones de los líderes gremiales panaderos que consiguieron instalar en los trabajadores de la ciudad una noción de solidaridad laboral. En este proceso desempeñó un papel importante el Centro Cosmopolita de Trabajadores que exhortó a las clases obreras a respaldar el movimiento.<sup>41</sup>

La huelga de los panaderos constituyó el conflicto laboral más importante de los desarrollados entre 1900 y 1902. Durante ese lapso, la conflictividad en el mundo del trabajo se reflejó especialmente en distintas expresiones de descontento, abandono de trabajo y enfrentamiento a los capataces —como la protesta de peones del ingenio Concepción— que no llegaron a cristalizarse en declaraciones formales de huelga. Desde 1902 la visibilidad de la protesta se manifestó en la articulación con movimientos de trabajadores de alcance nacional como las dos grandes manifestaciones —organizadas por el Centro de Cosmopolitas— para solicitar la adhesión de la provincia al proyecto de ley sobre accidentes de trabajo y la que se solidarizó con movimientos de huelga que se realizaban en el Litoral en repudio a la Ley de Residencia.<sup>42</sup>

Un punto de inflexión en lo relativo a las demandas y las protestas obreras tuvo lugar durante 1904. Para entonces, el movimiento gremial no estaba ya circunscripto al mundo de los oficios y las ocupaciones urbanas: las redes cosmopolitas habían logrado introducirse en los ingenios, sobre todo los del área de Cruz Alta, constituyendo centros obreros vinculados a la UGT a través de su delegado Villarpando, activo promotor de la gran huelga de peones azucareros, como dijimos.<sup>43</sup> El conflicto adquirió una envergadura inusitada porque paralizó los ingenios del departamento de Cruz

Alta, movilizó a miles de trabajadores y requirió de la mediación del más alto nivel de la provincia, el gobernador Lucas Córdoba, quien logró que los empresarios azucareros reconocieran al delegado de la UGT, Adrián Patroni, como representante de los obreros en huelga. La negociación posterior entre las partes, que asumió la forma de un arbitraje, representó un triunfo decisivo para la dirigencia socialista y proyectó una imagen magnificada de su poder e influencia que se potenció con la resolución exitosa del conflicto.<sup>44</sup> Los resultados de la huelga que abolió el vale e incrementó los salarios de los peones se proyectaron al conjunto de las relaciones laborales e incidieron en las condiciones materiales de trabajo en la provincia. Los testimonios de los contemporáneos señalaban que los efectos más salientes se reflejaron en el aumento generalizado de los salarios, tanto urbanos como rurales, y en el crecimiento de la confianza de los trabajadores a las asociaciones gremiales.

Estas transformaciones no necesariamente significaron un crecimiento sostenido de la protesta de los trabajadores, ni tampoco se tradujeron en el inevitable triunfo de las mismas. Meses después de la huelga azucarera, el ámbito laboral fue sacudido por el prolongado conflicto de los ferroviarios, que estalló en diciembre de 1904, por mejoras salariales y la jornada de ocho horas. La huelga, en la que participaron telegrafistas y mecánicos, logró paralizar por un mes la línea del ferrocarril Central Norte, aunque no se consiguió que los maquinistas se sumaran a la medida de fuerza. Los apoyos gremiales recibidos, de la Confederación Ferrocarrilera y de los centros obreros de otras provincias,

no resultaron suficientes para asegurar el éxito de la medida de fuerza. La intransigencia de la empresa —que clausuró los talleres, despidió a la totalidad de los huelguistas y se negó a reconocer a los delegados obreros— contribuyó al desgaste del movimiento que terminó en un rotundo fracaso. Los ferroviarios solicitaron el retorno al trabajo a pesar de que las condiciones impuestas por la empresa fueron durísimas: no accedió a ninguna de las demandas y se reservó el derecho de seleccionar al personal.

A partir de 1906 se observa una disminución de las huelgas, aunque esto no implicó el debilitamiento de las múltiples manifestaciones de descontento y resistencia empleadas por los trabajadores ante situaciones que consideraban injustas.<sup>45</sup> El único conflicto que adquirió las características de una huelga declarada fue el impulsado por la Sociedad de Resistencia de Albañiles. El reclamo realizado por la jornada de ocho horas logró paralizar la mayor parte de las construcciones de la Capital y se resolvió exitosamente porque la mayoría de los empresarios accedieron a la demanda. Probablemente, la permeabilidad patronal concordaba con un clima de apertura que se reflejó en el compromiso del gobierno provincial de estudiar la cuestión obrera a través de la formación de una comisión y en las decisiones adoptadas por la Convención Constituyente de 1907, que reconoció la necesidad de reglamentar el trabajo y la salubridad en las fábricas.

En lo sucesivo, adquirieron mayor protagonismo las organizaciones de segundo grado, como la UGT y la Federación Obrera local, de impronta anarquista, que junto al Centro Socialista lideraron amplios movimientos de pro-

testa.<sup>46</sup> Uno de los más significativos sucedió en septiembre de 1907 cuando emprendieron una campaña contra el decreto reglamentario de la ley de descanso dominical que circunscribía el alcance de este beneficio a los dependientes de tiendas de artículos no comestibles.<sup>47</sup> El acto consistió en una nutrida manifestación integrada por los dependientes de tiendas de toda la provincia que contó con la adhesión de numerosos gremios afectados por la medida.<sup>48</sup> La lucha por el descanso dominical operó como un reclamo aglutinante al suscitar la movilización de los trabajadores y alentar distintas modalidades de protesta, como la huelga declarada por los panaderos que reclamaron ser incluidos en la legislación.<sup>49</sup>

En 1908, en el marco de una fase de reflujo de reclamos laborales formalizados en la figura de la huelga, la movilización de los trabajadores estuvo signada por sucesos nacionales e internacionales, como el acto de solidaridad obrera por la ejecución del español Francisco Ferrer. Hacia el Centenario, se registraron dos conflictos laborales que se resolvieron exitosamente: la huelga de los sastres que solicitaban la jornada de nueve horas y una nueva escala de precios para las prendas realizadas, y la de los obreros de los talleres de Tafi Viejo que reclamaban el respeto del acuerdo sobre la media jornada para los sábados.

Al realizar un balance de las huelgas y los conflictos obreros desarrollados en la provincia entre 1898 y 1910 se puede observar que el movimiento de protesta se caracterizó por flujos, en los que se destaca un pico de conflictividad en 1904 cuyos efectos se mantienen hasta 1907, seguido por un reflujo en 1908, tendencia que se mantiene hacia 1910.

En las fluctuaciones intervinieron diversas variables: la posición adoptada por el gobierno provincial ante los conflictos laborales, la actitud de la patronal y la fortaleza de las asociaciones gremiales. Las demandas que activaron las protestas se sintetizaban en reducción de la jornada laboral, aumento de salarios e incumplimiento patronal de los acuerdos sobre las condiciones de trabajo. Estos reclamos, que podían presentarse también en forma combinada, fueron sostenidos sustancialmente por las asociaciones gremiales. En ciertas ocasiones buscaron el respaldo de federaciones del ramo, como lo hizo la Sociedad de Obreros Panaderos, y en otro fue la UGT, organización de segundo grado, la que asumió la dirección de la protesta, como sucedió en la huelga de peones de 1904. No obstante, el protagonismo de las centrales de trabajadores se desplegó en la convocatoria a movilizaciones que procuraban exteriorizar la solidaridad obrera y el rechazo a las acciones represivas del gobierno, consignas que otorgaban una impronta política a la protesta de los trabajadores.

### **El Centro Cosmopolita y las experiencias electorales**

Al despuntar el siglo XX, los cosmopolitas organizaron varias conferencias que tenían el objetivo de exhortar a los trabajadores a inscribirse en los registros cívicos para participar en las elecciones municipales de la ciudad de San Miguel de Tucumán. Esta empresa, que requería de menor estructura partidaria, revestía importancia por la incidencia de esta instancia de gobierno en la vida de los sectores populares urbanos, al regu-

lar el trabajo, la salud y la educación. Asimismo, las elecciones municipales implicaban una lógica diferente al permitir el sufragio a los domiciliados, tanto nativos como extranjeros, que cumplieran con los impuestos de contribución directa o patente, o supieran leer y escribir. De esta manera, la ley interpelaba directamente al vecino, pero a la vez dibujaba un ideal de ciudadanía encarnado en un sujeto instruido, propietario y responsable en el cumplimiento de sus obligaciones, imagen que tenía puntos de contacto con los atributos que liberales y líderes obreros socialistas aspiraban difundir en los trabajadores.

A comienzos de 1901, el centro convocó a asambleas de los distintos gremios para designar candidatos y elaborar un programa de acción que se concretó en la demanda de médicos gratuitos y a domicilio para los pobres del municipio, casas de baños para obreros, supresión de impuestos para los vendedores ambulantes, higienización de casas de inquilinato y establecimientos fabriles, reglamentación del trabajo de menores y cierre de las casas de comercio los días festivos desde las 12 horas.<sup>50</sup> Para afrontar la coyuntura electoral, los cosmopolitas se relacionaron con el Club de Obreros Independientes, organización recientemente creada que en rigor no respondía al universo obrero y que estaba controlada por personalidades conspicuas del liberalismo enfrentadas al gobierno de Lucas Córdoba. La noticia de la presentación de una lista municipal propuesta por trabajadores estuvo acompañada por cierta expectativa que se expresó en asambleas de adhesión, entre los que se encontraban integrantes de los gremios de sastres, zapateros, talabarteros y albañiles. A pesar del entusiasmo de

ciertos gremios, los cosmopolitas no lograron imponer sus candidatos en las elecciones municipales, donde prevaleció el oficialismo. Al año siguiente se reiteró esta iniciativa que, sin embargo, no llegó a concretarse por el escaso nivel de convocatoria que suscitó entre los trabajadores.

Una nueva tentativa de incursión electoral se verificó en 1904 cuando un grupo de dirigentes socialistas decidió participar en las elecciones, empresa que representaba una aspiración más ambiciosa porque se trataba de comicios para elegir gobernador y para renovar la Legislatura provincial. La incursión de los trabajadores en la política se inscribía en un escenario trastocado por la ruptura entre Julio A. Roca y Carlos Pellegrini, cuyos efectos se reflejaron a nivel provincial en la escisión del partido oficial, Unión Provincial. Esta fuerza política, identificada con el roquismo, estaba conducida por Lucas Córdoba y había ostentado el poder hegemónico en la provincia desde hacía más de una década.<sup>51</sup> Los escindidos formaron un nuevo partido, Unión Popular, integrado por la mayor parte de los industriales azucareros, hostiles a Lucas Córdoba por su neutralidad en la huelga de peones de los ingenios de 1904. La fractura modificó la relación de poder en la provincia e introdujo la competencia en los comicios, cambios que se reflejaron en la gran conflictividad del acto eleccionario que no logró restablecer la gobernabilidad y abrió un proceso político accidentado cuyo desenlace fue la intervención federal.

En esa coyuntura, un grupo de cosmopolitas liderado por Villarpando, que había entablado relaciones de colaboración con el partido Unión Provincial

durante la huelga de 1904, propuso el apoyo a la lista oficial patrocinada por Lucas Córdoba. Esta posición fue cuestionada con dureza por Patroni, quien defendía la prescindencia de los trabajadores en los comicios en consonancia con la posición asumida por la dirección nacional del partido.<sup>52</sup> Por el contrario, la dirigencia local consideraba beneficiosa una alianza electoral que dejaría como saldo una diputación obrera en la Legislatura, posición que podía potenciar la concreción de las demandas obreras.<sup>53</sup> Las disidencias, que giraban en torno a la participación política de los socialistas y las condiciones para entablar alianzas con fuerzas afines, culminaron con la expulsión de Villarpando del Partido Socialista.<sup>54</sup>

La separación de un dirigente de arraigo local se tradujo en la división del socialismo en la provincia y en la decisión de la dirección nacional de enviar a un dirigente de amplia experiencia que supervisara y organizara esta fuerza política. En ese contexto, Gregorio Pinto se estableció en Tucumán y asumió un papel decisivo en las acciones desplegadas por el Centro Socialista. Por su parte, la fracción expulsada no llegó a formalizar el acuerdo con los roquistas, a los que sin embargo respaldó introduciéndose en el tumultuoso proceso político que tuvo en el acto eleccionario uno de los episodios más ríspidos.

Las divisiones internas generadas por la participación electoral y la ausencia de resultados prácticos en las elecciones en las que incursionó una fracción del socialismo dejaron como saldo una percepción negativa de la política provincial, cuyos perfiles facciosos tuvieron efectos disolventes en sus propias filas.<sup>55</sup> En consecuencia, la actividad electoral

concebida por el socialismo como una instancia significativa de perfeccionamiento democrático y republicano entró en un cono de sombra hasta fines de la década.

## Conclusiones

Desde distintas vertientes ideológicas el activismo obrero contribuyó a instalar un clima de opinión favorable al tratamiento de la cuestión social. Los reformistas liberales procuraron sensibilizar al gobierno y a la sociedad sobre las difíciles situaciones de vida de los trabajadores, sin contemplar la explotación en materia laboral. En esa dirección, los católicos apelaban a modelar una nueva relación de colaboración entre patrones y obreros sustentada en la incorporación de preceptos católicos, prácticas de ayuda mutua y comportamientos considerados virtuosos. En contraste, los líderes obreros, especialmente los socialistas, aspiraban a establecer una sociedad igualitaria a través de la organización gremial, la protesta en el ámbito laboral, el acceso a la cultura y la participación política en términos electorales.

En la esfera de las transformaciones de la situación de los trabajadores el protagonismo de los socialistas fue descolante. Por su influjo se crearon la mayor parte de las organizaciones gremiales formadas en el período, preocupación que se proyectó en el armado de centrales obreras y en la articulación con las corrientes de izquierda que operaban en el mundo del trabajo. La presencia de estas organizaciones imprimió un giro a las protestas que dibujaron un movimiento semejante a flujos cuyo despliegue más notable afloró en 1904 con el

gran pico de huelgas, especialmente la de peones de ingenios azucareros que, al movilizar a miles de trabajadores y concluir de manera exitosa, proyectó una imagen amplificada del vigor de las organizaciones obreras y de la influencia del socialismo en la provincia. Hacia fines de la década, la visibilidad de la protesta expresada en las huelgas decae, pero esto no significó un debilitamiento de las expresiones de descontento, que fueron canalizadas por la dirigencia socialista a través de amplios mitines convocados en torno a consignas de solidaridad obrera.

El conjunto de iniciativas para el mejoramiento de la clase obrera se manifestó también en el campo de la sociabilidad y la cultura. Las veladas literarias, las obras de teatro, las conferencias y las controversias revelaban el valor común adjudicado a la educación y a las actividades culturales. Aunque es difícil mensurar el alcance de estas prácticas, a través de las cuales se vislumbraban ideales en torno al trabajador según el imaginario católico y el socialista, es posible suponer que contribuyeron a modelar nuevos hábitos culturales y sociales en los obreros. Una preocupación común residió en la necesidad de construir significados que generaran identidades y delimitaran los campos de pertenencia. En tal sentido, católicos y socialistas configuraron rituales cuya manifestación más plena se expresó en las fiestas. Mientras los católicos adoptaron las pertenencias al calendario religioso y patrio, los socialistas se preocuparon por instituir una efeméride propia que evocaba las luchas de los trabajadores. Este objetivo se cifró en los festejos del 1 de mayo, que registraron mutaciones y cambios de sentido hasta adquirir una impronta más obrera

y combativa. Junto con el carácter público y propagandístico de la celebración, se procuró resguardar un espacio de festejo dirigido a la sociabilidad interna, que reunía a los trabajadores y sus familias.

A diferencia de los católicos, la política fue otra esfera de acción contemplada por las organizaciones de trabajadores. La amplia expectativa suscitada por la presencia de una lista para las elecciones municipales derivó en el desencanto con esta forma de participación. En 1904 la otra incursión aportó una dosis de tensión y enfrentamiento que hasta entonces el socialismo no había conocido. En lo sucesivo, la política electoral no constituyó una meta prioritaria de su programa de acción, situación que se prolongó hasta el Centenario.

## Notas

<sup>1</sup> Véase D. Moreno y A. Chiarello, “La ciudad de papel. Los proyectos de avenida dentro del casco fundacional”, en E. Perilli de Colombres Garmendia y E. Romero, *La generación del Centenario y su proyección en el noroeste argentino (1900-1950)*, Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés, 2006.

<sup>2</sup> En 1886 Domingo Faustino Sarmiento se sorprendió por la miseria y precariedad de las viviendas de los obreros de ingenio. Véase D.F. Sarmiento, *Obras completas*, t. XLII, Buenos Aires, 1900, pp. 356-357. Sobre los pueblos de ingenio, véase O. Paterlini de Koch, *Pueblos azucareros de Tucumán*, Universidad Nacional de Tucumán, 1987.

<sup>3</sup> El censo de 1895 se realizó sin considerar el radio de las ciudades, circunstancia que dificultaba delimitar la población obrera urbana de la provincia. No obstante, se computó la cantidad de 99.776 trabajadores y trabajadoras para toda la provincia, cifra estimativa que se obtuvo al considerar los oficios que

revelaban una situación de dependencia laboral y los trabajos por cuenta propia, sin computar la franja de los clasificados como sin profesión. *II Censo Nacional de la República Argentina*, Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaria Nacional, 1898, t. II, pp. 552-555.

<sup>4</sup> *Boletín de la Oficina de Estadística y del Trabajo de la Provincia de Tucumán*, N° 1, Buenos Aires, 1914, pp. 159 y 163. Esta fuente, aunque remite a los límites temporales de este trabajo, proporciona informaciones de gran riqueza para acercarse a las condiciones de vida de los trabajadores urbanos.

<sup>5</sup> *Boletín...*, pp. 156-163.

<sup>6</sup> *III Censo Nacional de la República Argentina*, Buenos Aires, 1914, t. VII, p. 559.

<sup>7</sup> Para un análisis de las leyes de conchabo de Tucumán, véase M.C. Bravo, “Liberales, socialistas e Iglesia frente a la situación de los trabajadores en Tucumán”, en J. Suriano, *La cuestión social en la Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena, 2000.

<sup>8</sup> En 1899 se sancionó una ley que exoneraba del impuesto de contribución directa a las casas destinadas a los obreros, las que debían ser construidas de acuerdo con las normas del Departamento de Ingenieros. Sin embargo, ningún propietario se acogió a los beneficios de la legislación. En 1913 el *Boletín de la Oficina de Estadística y del Trabajo* afirmaba que no existía ningún conventillo o casa de vecindad en condiciones aceptables y las inspecciones realizadas por el Estado eran permanentemente burladas por los propietarios. *Boletín...*, pp. 85-86.

<sup>9</sup> La Sociedad Unión Tipográfica de Socorros Mutuos de Tucumán se fundó con cuarenta socios activos, predominantemente criollos. Véase A. Landaburu, “Organizaciones de la sociedad civil, trabajadores y empresarios azucareros. Tucumán, fines del siglo XIX y principios del XX”, trabajo presentado en las X Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Rosario, 2005.

<sup>10</sup> Archivo Histórico de Tucumán, Sección Administrativa, vol. 255, 1899, y vol. 293, 1903.

<sup>11</sup> *El Orden*, 31 de mayo de 1899, 19 de septiembre de 1899 y 7 de octubre de 1899.

<sup>12</sup> *Revista Eclesiástica*, Arzobispado de Buenos Aires, 1905, p. 661.

<sup>13</sup> Sobre las resistencias a las iniciativas de Grote de articular los círculos de obreros católicos en una estructura nacional, véase S.D. Roselli, “El Centro Católico de Tucumán: los conflictos en el interior de este círculo obrero y su relación con el P. F. Grote”, en G. Caretta e I. Zaca (comps.), *Para una historia de la Iglesia. Itinerarios y estudios de caso*, CEPIHA-Universidad Nacional de Salta, 2008, pp. 299-310.

<sup>14</sup> Reglamento del Centro Cosmopolita de Concepción, Buenos Aires, Nueva Imprenta Italiana, 1895. Agradecemos a Alejandra Landaburu la facilitación de este documento.

<sup>15</sup> Conscientes del limitado número de adherentes iniciales (ochenta y nueve trabajadores), el Centro Cosmopolita realizó una convocatoria mediante un pequeño aviso en la prensa que se publicó sistemáticamente entre finales de octubre y a lo largo de noviembre de 1898. El texto utilizaba una retórica inflamada que proclamaba los beneficios de la unidad: “¡Trabajadores, ingresad al Centro Cosmopolita y pronto veréis el fruto de vuestra unión que se impone!”; *El Orden*, 3 de noviembre de 1897 y desde el 28 de octubre de 1898 al 19 de noviembre de 1898.

<sup>16</sup> *El Orden*, 19 de noviembre de 1898.

<sup>17</sup> Véase A. Landaburu, “Organizaciones de la sociedad civil...”.

<sup>18</sup> Desde 1903 la Unión General de Trabajadores (UGT) de signo socialista aconsejaba a las sociedades de resistencia no asumir tareas mutuales por considerar contradictorias ambas funciones, aunque dejaba librada esta decisión a los centros obreros de cada localidad. Véase J. Oddone, *Gremialismo*

*proletario argentino*, Buenos Aires, Libera, 1975, pp. 194-197.

<sup>19</sup> *El Orden*, 27 de noviembre de 1902.

<sup>20</sup> La Sociedad Gremial de Carpinteros, la de mozos de hoteles y confiterías, la de obreros municipales, entre otras, utilizaron el local del Centro para realizar sus reuniones. *El Orden*, desde 3 de noviembre de 1897 hasta el 24 de octubre de 1906.

<sup>21</sup> Organización surgida de la separación de los socialistas de la Federación Obrera Argentina.

<sup>22</sup> *El Orden*, 27 de enero de 1906. El congreso, dominado por los sindicalistas, resolvió que la acción parlamentaria desempeñaba un papel secundario y complementario en la gran obra de transformación social de la clase obrera. Véase J. Oddone, *El gremialismo...*, pp. 248-249.

<sup>23</sup> *El Orden*, 31 de agosto de 1905 y 2 de septiembre de 1905.

<sup>24</sup> Juan Suriano observa que a comienzos de siglo XX las conferencias también fueron una estrategia central de la práctica anarquista en Buenos Aires. Véase J. Suriano, *Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001, pp. 117-128.

<sup>25</sup> *El Orden*, 15 de noviembre 1897, 22 de noviembre de 1897, 9 de diciembre de 1900 y 1 de diciembre de 1900.

<sup>26</sup> En sus alocuciones en la Sociedad Obreros de San José el fraile Villalba condenaba el derroche y el lujo de los hombres de fortuna mientras las clases trabajadoras sufrían las mayores necesidades y aclaraba que sus denuncias no debían sindicarlo como socialista. *El Orden*, 4 de mayo de 1903.

<sup>27</sup> *El Orden*, 25 de noviembre de 1905.

<sup>28</sup> *La Protesta*, 29 de julio de 1904.

<sup>29</sup> Aunque la mayoría de los oradores eran militantes con trayectoria del Partido Socialista, los cosmopolitas invitaron a propagandistas de otras corrientes políticas como el

anarquista Pedro Gori, quien visitó Tucumán en 1901 y disertó en el local de los obreros ferroviarios y en la Sociedad Sarmiento (*El Orden*, 5 de julio de 1901). Sobre el prestigio y la vasta experiencia de Gori en la práctica de la conferencia, véase J. Suriano, *Cultura y política libertaria...*, pp. 122-124.

<sup>30</sup> Por regla general, la prensa proporcionó su opinión sobre las controversias. En 1902, cuando Patroni disertó sobre “Democracia cristiana y democracia socialista”, el diario *El Orden* destacó la cultura y la moderación del debate en el cual refutaron las ideas del conferencista los presbíteros Joaquín Tula y Agustín Barrere. *El Orden*, 6 de mayo de 1902 y 7 de mayo de 1902.

<sup>31</sup> En ese acto participaron también elementos anarquistas que hicieron circular un panfleto que contenía una vehemente censura al accionar del gobierno y a la policía. *El Orden*, 27 de enero de 1908, 28 de enero de 1908).

<sup>32</sup> El diario *La Nación* de Buenos Aires realizó una nutrida donación, que incluyó las obras completas del general Bartolomé Mitre. *El Orden*, 3 de febrero de 1904.

<sup>33</sup> *El Orden*, 27 de abril de 1904. Probablemente a esta publicación se refiera Santiago Bilbao, quien analiza una revista del mismo nombre que apareció el 1 de mayo de 1908 y fue finalmente editada por la Federación Obrera local Tucumán donde se evidencia la influencia del anarquismo. S. Bilbao, “Anarquismo en el noroeste a principio del siglo XX: *Germinal*”, publicación tucumana”, *Estudios del Trabajo*, N° 28, julio-diciembre de 2004, pp. 143-151.

<sup>34</sup> *El Orden*, 27 de abril de 1904.

<sup>35</sup> A modo de ejemplo, véase *El Orden*, 21 de octubre de 1899 y 25 de enero de 1904.

<sup>36</sup> Esta conmemoración organizada por la prestigiosa Sociedad Sarmiento reunió a centros católicos, círculos de obreros liberales, delegación de socios del Tiro Suizo, Comité Italiano y otras asociaciones étnicas. La prensa señaló que el evento reunía lo “más repre-

sentativo de la intelectualidad, la vida social, la industria, el comercio, las profesiones liberales y el trabajo”; *El Orden*, 23 de septiembre de 1904).

<sup>37</sup> *El Orden*, 24 de agosto de 1910.

<sup>38</sup> Sobre una pintura de los actos anarquistas del 1 de mayo véase Suriano, *Cultura y política libertaria...*, pp. 318-327.

<sup>39</sup> La presencia de asociaciones de mujeres se registró en la participación de la Unión Gremial Femenina en la velada de 1904. *El Orden*, 2 de mayo de 1904.

<sup>40</sup> Este esquema se reproducía en los actos socialistas de diferentes ciudades argentinas. Al respecto, Ricardo Falcón menciona que parte de los festejos de 1909 en Rosario incluyeron una velada artística en el teatro Politeama. Véase R. Falcón, *La Barcelona argentina*, Rosario, Laborde, 2005, p. 173.

<sup>41</sup> *El Orden*, 3 al 14 de septiembre de 1900.

<sup>42</sup> *El Orden*, 7 de junio de 1902, 9 de junio de 1902, 12 de junio de 1902, 22 de noviembre de 1902, 24 de noviembre de 1902.

<sup>43</sup> Juan Biale Massé realizó una interesante semblanza de este dirigente obrero: “Criollo enjuto, nervioso, tipógrafo de oficio, de una verba potente y admirable, que conocía muy bien su público y le hablaba en el lenguaje más apropiado [...] que provocaba un aplauso unánime y algún que otro *viva la huelga*”; J. Biale Massé, *Informe sobre el estado de la clase obrera*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, t. II, p. 783.

<sup>44</sup> El protagonismo adquirido por los líderes sindicales suscitó el temor de los sectores propietarios que imaginaron un escenario dominado por la agitación obrera. En esa dirección la prensa acusaba a los líderes socialistas de “agitar a los obreros con violentos discursos contra el capital, los patrones, los ricos, las autoridades civiles y eclesiásticas”; *El Orden*, 4 de julio de 1904.

<sup>45</sup> Un ejemplo en esa dirección fue la suspensión de labores y la agitación obrera que volvió a manifestarse en los ingenios de Cruz

Alta, aunque no llegó a declararse la huelga. *El Orden*, 22 de junio de 1906 y 25 de junio de 1906.

<sup>46</sup> Hacia 1907 en la Federación Obrera Tucumana actuaba un grupo anarquista, en el que se destacaba Tomás Delgado, uno de los oradores en la protesta por el descanso dominical y organizador de la conferencia libertaria realizada en el teatro Belgrano en la que participaron delegados de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA). *El Orden*, 27 de septiembre de 1907.

<sup>47</sup> La demanda por el descanso dominical fue iniciada por un insistente reclamo de los dependientes de comercio que se remontaba a 1902. El reclamo fue vigorosamente apoyado por la prensa, los peluqueros, algunos propietarios de tiendas, e incluso por los círculos de obreros católicos.

<sup>48</sup> Quedaban marginados de este beneficio los empleados de restaurantes, hoteles, fondas, mercados de comestibles, tambos, lecherías, almacenes, confiterías, pastelerías, bomboneras, boticas, reparto de pan, leche, hielo, casas expendedoras de café, etc. Véase *Legislación laboral en Tucumán. Recopilación ordenada de leyes, decretos y resoluciones sobre derecho del trabajo y seguridad social*, Universidad Nacional de Tucumán, 1969, t. I, p. 248; también *El Orden*, 7 de julio de 1907, 3 de septiembre de 1907, 5 de septiembre de 1907, 6 de septiembre de 1907.

<sup>49</sup> *El Orden*, 2 de septiembre de 1907 y 6 de septiembre de 1907.

<sup>50</sup> *El Orden*, 29 de marzo de 1901.

<sup>51</sup> Esta fuerza constituía una variante progresista del espectro político que apoyaba a Roca a nivel nacional. En 1896 impulsó la derogación de las leyes de conchabo, sancionó la ley de riego en 1897 que permitió el acceso al agua a los pequeños y medianos propietarios rurales y, mediante las leyes de regulación azucarera, les aseguró compensaciones por la restricción de los cañaverales.

<sup>52</sup> *La Vanguardia* aconsejaba a los obreros de Tucumán sufragar sólo por candidaturas avaladas por el Partido Socialista. *El Orden*, 25 de septiembre de 1905.

<sup>53</sup> *El Orden*, 20 de noviembre de 1905, 21 de noviembre de 1905.

<sup>54</sup> *El Orden*, 19 de diciembre de 1905.

<sup>55</sup> Luis Lotito, quien visitó la provincia en 1905, deploraba el papel de los dirigentes obreros que se mezclaron en las elecciones de la clase burguesa produciendo divisiones y anarquía en las filas proletarias, lo que revelaba una rudimentaria conciencia de clase y falta de confianza en las organizaciones obreras. Véase T.S. Di Tella (comp.), *Sindicatos eran los de antes*, Buenos Aires, Biblos-Fundación Simón Rodríguez, 1993, pp. 33-35.

# Entre los mandatos familiares y la dinámica social

Carlos Ibarguren y su camino al autoritarismo\*

Olga Echeverría\*\*

**E**ste artículo es una invitación a reflexionar sobre algunos aspectos partícipes en la construcción de una cosmovisión autoritaria<sup>1</sup> a partir del análisis de un caso: el de Carlos Ibarguren, político, jurista e intelectual argentino que hacia la segunda década del siglo XX se definió a partir de una visión y una práctica autoritaria, y se convirtió en figura referencial de la tendencia.

Dadas las características del análisis que aquí se presenta, este trabajo no tiene pretensión de generalizar sus conclusiones, ni aspira a abarcar la problemática en su totalidad, sino sólo a atender algunos aspectos que pueden haber colaborado con la determinación autoritaria de Ibarguren. Fundamentalmente busca reflexionar sobre las respuestas que intentaba dar y las angustias que necesitaba calmar un individuo que fue hacia el autoritarismo como una alternativa de seguridad y, probablemente, para dar cumplimiento a los mandatos heredados. Por lo tanto, he tratado de encontrar la subjetividad del actor estudiado, ya que es necesario captar la singulari-

dad y, sobre todo, alejarse de toda pretensión de ficticia coherencia integral del sujeto.<sup>2</sup> Esto implica, cuando menos, recordar que existen dimensiones como el amor, los lazos familiares, los sentimientos, las angustias o los mandatos que colaboran con los rumbos tomados y las perspectivas configuradas.<sup>3</sup> Por ello, he considerado que tratar de explicar su definición autoritaria atendiendo sólo a la dinámica externa implicaría una aproximación fragmentaria e incompleta, porque en tal definición también se articularon factores menos evidentes, pero sin duda profundos, producto de la imbricación de la vida privada, pública y política.<sup>4</sup>

Cada individuo, por el solo hecho de pertenecer a un grupo familiar y cultural, posee y padece marcas que lo inscriben en una cultura. Todo individuo es receptor de significantes, sea a través del discurso cultural sostenido por representantes ungidos como ideales por su sociedad, sea por la intersubjetividad que liga y desliga a los antecesores y sucesores en un encadenamiento generacional. De tal modo, desde lo simbólico, los vínculos familiares derivan de la

\* Este trabajo se enmarca en un proyecto mayor que busca indagar sobre los condicionantes más profundos en la determinación autoritaria de un grupo de intelectuales argentinos de inicios del siglo XX. Agradezco la lectura siempre atenta y lúcida de la profesora Susana Bianchi.

\*\* IEHS-UNICEN-CONICET.

puesta en juego del principio de intercambio del marco transcultural sostenido por reglas y operaciones.<sup>5</sup> Desde el plano de los imaginarios, los sujetos se encuentran marcados por aquellos aspectos ligados a los imaginarios sociales en que habitan los vínculos, las ideologías, los sistemas axiológicos, las creencias y los modelos perceptivos. Asimismo –y en estrecha relación con lo social–, se encuentra el espejo familiar como condensación de anhelos actuales y pretéritos.<sup>6</sup> Se trata de una transmisión cultural cuya función es identificante y organizadora a partir de las necesidades presentes, que se realiza a través de una compleja trama de significantes y transmisiones que enlazan pasado, presente y futuro.<sup>7</sup> Es decir, existir en la sociedad es estar inscripto en ella en relación con el nombre de los antepasados, ya que recibir un nombre establece desde el principio el deber de portarlo.<sup>8</sup> La inserción conlleva ideales, valores, modos de lectura de la realidad conforme al mito familiar pero en clara función del presente y de sus necesidades emergentes. No obstante, los lazos familiares y las memorias transmitidas son plurales y contradictorias, por lo que esta herencia de mandatos “ancestrales” está lejos de ser un orden cerrado y estático sino que se trata de un “desorden creador” al cual el discurso explícito trata de (y se fuerza por) dar un sentido más unívoco. En *Introducción al narcisismo* Freud señalaba que el individuo lleva una existencia doble en cuanto es fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario “contra su voluntad o, al menos, sin que medie ésta”. Es decir que el sujeto está siempre escindido entre ser uno en su singularidad y ser, al mismo tiempo, sujeto de un conjunto.

Verdades y saberes, odios y amores, deudas y legados, se traspasan de una generación a otra. Sin embargo, no es herencia que se reciba pasivamente sino que existe un trabajo de apropiación condicionado por las dinámicas particulares de los procesos y del tiempo en que cada uno vive, tanto como por la singularidad de cada sujeto.

Este artículo pretende entonces aproximarse a la densidad del mandato familiar y generacional en Carlos Ibarguren, atendiendo a la forma en que él construyó su identidad y su cosmovisión a partir de la pertenencia a un linaje, justificó su accionar (aun sin explicitarlo y, quizá, sin haber sido absolutamente consciente) como parte del “deber ser” y asumió expresiones radicalizadas como un intento de calmar la angustia de no estar ocupando el lugar que las representaciones y los mandatos familiares le requerían y le habían asignado.

### **Un patricio en búsqueda del liderazgo atemporal**

Carlos Ibarguren nació en la provincia de Salta, en 1877, en el seno de una familia propietaria, católica y políticamente poderosa. Debido a las ocupaciones político-judiciales de su padre se trasladó tempranamente a la ciudad de Buenos Aires, donde realizó todos sus estudios y se recibió de abogado. Fue jurista, docente universitario, ensayista, historiador y hombre político; llegó a ser ministro de Justicia e Instrucción Pública en el gabinete del presidente Roque Sáenz Peña en el momento mismo en que se sancionaba la ley electoral de 1912. Fue asimismo fundador y candidato a vicepresidente, en 1916, del Partido

Demócrata Progresista (PDP) que lideraba Lisandro de la Torre.<sup>9</sup> Si bien el PDP fue una estructuración política compleja y rica en matices, no puede soslayarse aquí que su fundación fue el resultado inmediato del proyecto de Sáenz Peña, que necesitaba de un partido orgánico y programático de tendencia liberal conservadora para poder asegurar el orden y la permanencia de la clase dirigente tradicional.

Cuando promediaba la década de 1920, y ante el fracaso evidente del proyecto demoprogresista, Ibarguren comenzó a alejarse de las perspectivas políticas liberal-conservadoras y a iniciar un paulatino pero consecuente recorrido hacia el autoritarismo que llegó a su punto máximo en la década de 1930, cuando sostuvo que todo se reducía a un enfrentamiento entre fascismo y comunismo, siendo la primera opción la única que podía garantizar el orden y la seguridad.<sup>10</sup> En ese recorrido no estuvo solo, ya que fueron varios los intelectuales argentinos que comenzaron a transitar un camino que los llevaría hacia cosmovisiones autoritarias y elitistas. La confluencia de los efectos de la Primera Guerra Mundial y la instauración de la democracia de voto universal masculino contribuyeron al paso progresivo de estos escritores desde los movimientos culturales que cuestionaban los efectos de los procesos de masificación y democratización de la sociedad hacia posiciones políticas más concretas y pensadas como formas de acción. Se trataba de escritores de diferentes generaciones, trayectorias y reconocimientos como Leopoldo Lugones, Manuel Gálvez, los hermanos Irazusta y por supuesto Ibarguren, que ante un presunto desplazamiento de sus intereses y de sí mis-

mos entendieron que se acercaba el fin de una experiencia reconocida y que era necesario actuar en defensa de los valores y los espacios. Todas esas vivencias se asentaban sobre un fondo ya inestable y de crisis de la conciencia liberal, donde las incertidumbres se acentuaban y resignificaban en búsqueda de nuevas interpretaciones que les permitieran calmar sus angustias y perplejidades. Por ello, radicalizaron sus perspectivas y asumieron posiciones que podrían calificarse como disruptivas. Compartían una voluntad elitista y autoritaria, y sostenían que el dominio por parte de una minoría esclarecida, culta y superior constituía una realidad histórica y natural. El asombro se enlazaba con el descontento y las angustias, produciendo apreciaciones críticas y atribuladas sobre su tiempo y la sociedad. Nostalgia, frustración e inseguridad coadyuvaban para que estos intelectuales definieran una identidad que, al menos en términos discursivos, contenía una carga explícita de agresividad y violencia. Para recuperar la seguridad perdida debía construirse una legitimidad que les diera autoridad y les permitiera doblegar a adversarios y enemigos. Algunos, como Leopoldo Lugones, apelaron al capital cultural del que disponían para generarse prestigio y legitimidad política. Otros, como los hermanos Irazusta y Ernesto Palacio, ofrecieron su juventud como garantía de iniciativa incontaminada. Y, finalmente, hubo quienes –tal el caso de Carlos Ibarguren– salieron a buscar argumentos para su disposición y pretensión de mando articulando la historia del país con la historia de su propia familia. ¿Quién podría tener mayores derechos para dirigir que un descendiente de las

generaciones que habían hecho la patria? Ahora bien, ¿esta perspectiva era resultado de una apuesta estratégica o era producto de la necesidad de cumplir con un mandato?

### La omnipresencia de lo familiar

Como es sabido, en la década de 1880 la política argentina inició un proceso de creciente profesionalización que exigía el manejo de cuestiones administrativas y de gestión para aquellos pretendientes a ocupar los cargos burocráticos y dirigenciales del Estado. En esta gradual evolución convivieron los nuevos políticos profesionales con otros que concebían la política y sus funciones con un enfoque más tradicional, una tarea de orden superior sólo posible para los hombres de la más refinada elite. Esto fue generador de múltiples conflictos y tensiones, tanto como de cuestionamientos recíprocos entre fracciones distintas de la clase dirigente. A estas transformaciones que quebraban, en cierta forma, la unidad de la propia elite, hay que sumar la “explosión” de riqueza que inundó al país y que acreditó a muchos individuos y familias que los sectores tradicionales consideraban advenedizos. Los representantes de la vieja clase dirigente sintieron una amenaza concreta de cambio social, de desplazamiento, y reaccionaron buscando encontrar elementos que los diferenciaron de esos nuevos actores que en términos económicos alcanzaban –y muchas veces superaban– a las elites más tradicionales.

Los hombres del patriciado buscaron atributos, como la estirpe, para calmar su desazón y tratar de alcanzar una fórmula de autoridad para el ejercicio del

poder. Así, no dudaron en recurrir a sus linajes para mostrar la legitimidad de sus derechos, la dignidad de sus apetencias y, al mismo tiempo, las carencias de sus adversarios. La propia historia de sus familias, y solo ella, era presentada como garantía de gestión y como auténtico derecho de dominio.<sup>11</sup> Así, y como resultado de una seguridad grupal (y personal) no satisfecha, Carlos Ibaguren invocó la exaltación de los valores de sus ancestros, tratando de “rescatar una porción de eternidad, robándosela al horrible vacío de un tiempo sin objetivos finales”.<sup>12</sup> Para los miembros del entramado familiar, como dice Jacques Hassoun, construir el pasaje entre pasado, presente y futuro significa apropiarse de la narración transmitida y hacer con ella un nuevo relato que los incluya y continúe con la herencia de los antepasados.<sup>13</sup> Esta búsqueda de legitimación a través de la propia historia, y la de su familia, era reflejo de la disconformidad con el presente que necesitaba justificar sus opiniones y legitimar su derecho al poder político recurriendo a sus alegorías de prestigio. Pero la batalla también debía darse porque, caso contrario, la familia, su historia y el honor de los antepasados se verían amenazados y defraudados. Por ello Ibaguren volvía una y otra vez a sus antepasados para legitimarse y, al acentuar sus propias acciones, legitimaba a esos ancestros destacados. Cumplía, o al menos pretendía hacerlo, con el papel que se le había asignado en el entramado familiar.

Todo sujeto ocupa un lugar asignado desde la red de posicionamientos familiares. Ese lugar asignado para Ibaguren era doblemente condicionante ya que, ante la prematura muerte de su herma-

no mayor, él fue destinado para ocupar el lugar que quedaba vacío. Así, por ejemplo, fue el sucesor en el cargo que aquél detentaba en el sistema judicial y también el responsable de perpetuar el nombre en la tradición familiar; por ello su segundo hijo se llamó Federico, como el hermano sepultado antes de asegurar la descendencia y el nombre de los primogénitos.

En los primeros años del siglo XX, Ibaguren pudo desempeñar el papel que se esperaba de él. Fue un estudiante destacado,<sup>14</sup> hizo carrera en el sistema judicial, ingresó tempranamente a la docencia universitaria (en las facultades de Derecho y Filosofía y Letras), comenzó a consolidar un nombre como intelectual, tuvo una actividad económica rentable y ocupó cargos en la estructura estatal que alentaban un porvenir venturoso en ese campo. Sin embargo, la frustración de las aspiraciones personales –tanto como las del grupo de referencia– comenzaron a presentirse desde la llegada de la democracia mayoritaria a partir de la inmediata pérdida de algunos espacios en el ámbito estatal y el afianzamiento de nuevos idearios e imaginarios sociales. Por ello, paulatinamente emprendió una campaña, muchas veces exacerbada, para llamar la atención sobre sí mismo y sobre su fracción, y lo hizo como una forma de lucha por reubicarse, pero fundamentalmente para mitigar las contradicciones entre sus anhelos y configuraciones y la realidad social y política verdaderamente existente. En este sentido, se trataba de un hombre que durante un período de inseguridad, al no hallar satisfacción inmediata a sus aspiraciones en el terreno de la política y del reconocimiento social, sublimaba sus objetivos con gestos y símbolos.<sup>15</sup>

Para analizar estas cuestiones, se dispone de una fuente privilegiada y es la particular y llamativa autobiografía que Ibaguren publicó bajo el título *La historia que he vivido*,<sup>16</sup> donde la conciencia de sí mismo quedaba englobada y definida en tanto miembro de una unidad mayor y claramente más significativa que él mismo. Jean-Bertrand Pontalis señala que la autobiografía suele ser algo así como una necrología anticipada, el gesto último de apropiación de sí mismo y un intento de perpetuarse ante los herederos y sobrevivientes, tanto como de dar un sentido trascendente a la propia vida.<sup>17</sup> De este modo, las autobiografías son relatos retrospectivos donde el autor pone el acento en su vida individual para explicar su inserción y accionar en la sociedad. Sin embargo, y como queda dicho, Ibaguren puso más énfasis en relatar las glorias de sus antepasados que su propia vida, que quedaba subsumida y resultaba tributaria de la trascendencia insuperable de sus ancestros. En ese sentido, es más una biografía familiar que una autobiografía. Sin embargo, puede ser más acertado sostener que fue la historia que efectivamente vivió quien narra, inmerso en fuertes redes parentales, y cumpliendo con los mandatos transmitidos de una generación a otra.

Ibaguren expresaba un constante y sistemático esfuerzo por asimilar su propia historia familiar (y, de ahí, personal) a la de la patria. Trazaba, de manera casi natural, un paralelo entre las etapas de la historia nacional con el devenir glorioso de sus antepasados, con planteos siempre plenos de contenidos morales basados en la dignidad de su linaje. Las críticas a sus adversarios se fundamentaron en la misma lógica. Así,

la mayor ilegitimidad que presentaba Hipólito Yrigoyen para asumir la presidencia de la nación residía en haber nacido en un hogar modesto, ser hijo de “un vasco tan humilde como insignificante” y nieto de un “degollador mazorquero”. La desgraciada familia, continuaba diciendo, “mantúvose tan oculta en su vivienda, que durante cuatro años los padres de Hipólito no se atrevieron a llevar al niño a la Iglesia para bautizarlo...”, dice en *La historia que he vivido*. No tenía un origen que mereciera ser siquiera dicho, no poseía estudios, ni vínculos con los universos más distinguidos de la sociedad y la cultura, y la denigrante función de comisario de policía que Yrigoyen había detentado sólo podía darle reputación en “ese ambiente de compadritos, de «galleros», de pendencieros guapos”. Queda claro que la base legitimante que reclamaba Ibarguren para los hombres que pretendían desempeñarse en el mundo político residía en la clase, en los atributos “naturales”, tanto materiales como simbólicos, que la elite detentaba. Entendía que un nacimiento en un hogar “inoportuno” impedía la dignidad necesaria –presentada como capacidad– para el ejercicio del gobierno. El mando era, por tanto, mérito y prerrogativa de una clase social particular, propietaria, culta, con tradición en el ejercicio del poder producto de su arraigo en el país. Ibarguren se amparaba en la nostalgia del pasado para rechazar un sistema social y un modelo político que, con mayor o menor grado de realidad, aparecían amenazantes de los privilegios; recurría entonces a la tradición hispánico-católica como un reaseguro de vida política ordenada, inmutable y de raíces profundas que aseguraba el goce sereno

de los bienes, claro está, para aquellos que los poseían, en tanto que los nuevos valores, actitudes, hábitos y costumbres eran percibidos como el deterioro de la nación.

La dignidad del linaje no debía ser argumentada. Ibarguren entendía que ello era evidente e innegable. En cambio, advertía los cuestionamientos a la legitimidad en el ejercicio del poder, por lo tanto era necesario reforzar la naturalidad del dominio y destacar las ventajas que acarrearía la continuación de ese estatus. El objetivo era resaltar el brillo y la trascendencia de los miembros de su familia, incluso de aquellos que ofrecían pocos ribetes excepcionales. Cuando no había actos “heroicos” que señalar, existía un amigo, un familiar indirecto, que podía dar el barniz necesario para la construcción del lustre del conjunto familiar. Lo cierto es que el linaje era contenedor, calificaba, adscribía y representaba una forma distinguida de vida, al tiempo que era pensado como instrumento de dominio.

Es sabido que las relaciones de consanguinidad y filiación que se establecían en el seno de las familias implicaban también una dimensión abstracta que se organizaba por medio de principios de lealtad, de amistad, de reconocimiento y, obviamente, de parentesco.<sup>18</sup> El orden tradicional había establecido, en torno al linaje y la casa, relaciones recíprocas aunque desiguales, constituidas a partir de la lealtad y la amistad. Aquellas fraternidades artificiales que reunían a hombres que no eran de la misma sangre en el marco de compromisos de lealtad contaban, muchas veces, tanto como el parentesco de sangre. Con el correr de los procesos históricos, se fue erigiendo una supremacía de los vín-

culos de consanguinidad normados por la masculinidad y lo troncal y por la veneración al fundador de la casa aristocrática. De esta manera la estructura familiar del linaje se volvió mucho más segura y el espacio central lo ocuparán los herederos. De todos modos, los lazos artificiales no desaparecieron y los llamados “linajes superiores” supieron aprovechar los lazos espirituales para aumentar y desarrollar su poder, organizando para tal fin redes clientelares. Siguiendo a Giovanni Levi, se podría hablar de la “herencia inmaterial” de valores y redes de amistades transmitidos a las generaciones siguientes en una sociedad donde el “buen nombre” tenía gran significación.<sup>19</sup> Así, los lazos de clientelismo, de crianza o de consanguinidad desempeñaron una función importante en la costumbre de una sociedad que no renunciaba a perder sus privilegios y honores y que favorecía los lazos personales por sobre los vínculos socioocupacionales.<sup>20</sup> Ante la amenaza de un orden diferente, la elite reforzó sus criterios y tendió a concentrarse, a cerrarse sobre sí misma, cohesionando y articulando los linajes para resguardar su posición, sus patrimonios y su poder.

De este modo, Ibarguren reconstruyó diferentes líneas de parentesco (consanguíneo y de afinidad) de acuerdo con los espacios en los que buscaba dejar sentado su prestigio y su derecho a ocupar una posición dominante. Así, realizó una reconstrucción genealógico-política y otra cultural, lo cual nos evidencia que en ambos campos el desplazamiento por parte de sectores “advenedizos” era una amenaza sentida.

## Afianzado en el linaje... y en la política

Ibarguren enlazaba los orígenes de su estirpe con la conformación política y territorial de las nuevas comarcas americanas tanto como con el proceso independentista. Su linaje fue de los que dieron identidad a la nación e hicieron la patria. En este sentido, resulta muy evidente que, en tanto individuo, quedaba englobado en una identidad superior, que estaba por encima de él. En este sentido, mostraba la dignidad de sus ancestros, y la suya propia, a través de los vínculos familiares, sociales y amicales con los personajes más “notables” de la historia argentina. Establecía una reivindicación de antigüedad, reconocida como valor, y que Pierre Bourdieu define como “precocidad de adquisición de una cultura –en tanto de materia de aprendizajes, maneras, costumbres– legítima”,<sup>21</sup> una adhesión inmediata, inscrita en lo más profundo de los *habitus*, a los gustos y disgustos, a las simpatías y a las antipatías que, “más que las opiniones declaradas, constituyen el fundamento inconsciente de la unidad de una clase”.<sup>22</sup> Tener ancestros lejanos significaba prestigio, honorabilidad. La antigüedad servía como elemento de diferenciación entre lo distinguido y elevado y lo humilde y vulgar. El elogio a la antigüedad servía para marcar la inferioridad de quien no la poseía.<sup>23</sup>

La reconstrucción de la genealogía familiar era, como siempre sucede, una pretensión, pero no se trataba de una pretensión arbitraria, de modo que las ataduras introducidas por la realidad reproducían el constreñimiento, las exclusiones, las solidaridades y las disonancias y los conflictos producidos entre

los miembros del linaje.<sup>24</sup> Discurría como una construcción mental –social y política– organizada que necesitaba materializarse a través de la estructura familiar extendida y con trayectoria histórica, pero también a partir de su inserción en un entorno social elitista y jerarquizado. La reconstrucción de los linajes no era sólo una estrategia para la conservación de los privilegios sino también para “hacer posible su sueño de eternización social hegemónica”,<sup>25</sup> al tiempo que instrumento para organizar a las familias en el contexto social con un determinado rango y distinción. Por lo tanto, era determinante para la continuidad, la prosperidad y la reproducción del prestigio.<sup>26</sup> Se trataba de construir una memoria compartida por los miembros del linaje, pero también colectiva en tanto articulaba toda la fracción social, donde los antepasados, sus valores y sus acciones se hacían presentes a través de lo simbólico para dar continuidad al linaje, al *habitus* y a los intereses materiales. La memoria, los recuerdos construidos y transmitidos generacionalmente tenían un doble frente de operación. Por un lado, insertaban a la familia en el contexto más amplio de la elite. Por otro, generaban conciencia familiar, educaban a los miembros del linaje para que la consintieran, respetaran y reconstruyeran permanentemente. Los fundadores del linaje eran presentados como hidalgos virtuosos, pero también como padres a los que había que ofrecerles gratitud, lealtad, devoción y obediencia.

Para Ibarguren, como miembro de una familia patriarcal, las casas de sus abuelos o más tarde la de su propio padre y la de su suegro eran centros de reunión y de sociabilidad, pero también

el lugar simbólico donde residían el poder y el prestigio familiares. La imagen de una familia respetable, sólida, estable, organizada, poderosa y por lo mismo continente servía para satisfacer el anhelo de seguridad al excluir las amenazas exteriores y constituir un ámbito (real y simbólico) donde se gozaba de las ventajas de los múltiples patrimonios que definían a la elite. Por ello, la representación del patriarca, por ejemplo su abuelo materno, Juan Uriburu, reunía la gravedad de una fuerte presencia política con la conversación culta y el consejo paternal. Es decir, si bien destacaba el carácter épico y memorable del patriarca, como quien ostentaba un trofeo, también buscaba poner en evidencia todas las virtudes y las características más sutiles que un buen patricio debía desplegar.

El lugar político y social dominante de su familia –sobre todo la línea materna, los Uriburu– se manifestaba a través de la historia desde los tiempos de la conquista. La reivindicación de la distinción y el culto a la jerarquía “natural” remitían constantemente –y como apelación discursiva– a la sociedad colonial, como garantía de estabilidad, de un orden inmutable. Así, Ibarguren no expresaba criterios burgueses de éxito personal, de superación; le bastaba con acentuar la necesidad de clamar por la superioridad heredada y resaltar la amplitud de criterios necesarios para sostenerse en los espacios de poder. Así, la reconstrucción de las trayectorias políticas mostraba al linaje vinculado al realismo para más tarde sumarse a los movimientos independentistas o, por citar otro ejemplo, rosistas en los tiempos del Restaurador y mitristas y urquicistas cuando la dinámica política así lo exigía.

Como ya se ha dicho, esta reconstrucción genealógica encuentra mérito en la antigüedad de las posiciones políticas y sociales y esto se vuelve evidente en la valoración del recorrido político de ambas líneas familiares: Uriburu e Ibarguren. Por su larga y continua trayectoria, la familia Uriburu aparecía como ejemplo y modelo. Menos trascendente fue la presencia política de los Ibarguren, prestigiosos socialmente y “cultores de la dignidad y las virtudes señoriles”, que sólo tuvieron alguna presencia en los tiempos de la conquista para recién volver a manifestarse a partir de la tercera generación, cuando el padre de Carlos Ibarguren salió de su provincia natal para desempeñarse en puestos del Estado nacional. Si bien destacaba que en ambos casos se encontraba una “vieja cepa” que hundía sus raíces en la Madre Patria y en “la noble sangre hispana de los conquistadores de América”, los Uriburu eran presentados como un linaje verdaderamente destacado que ocupaba todos los espacios del poder, sea en las finanzas, la diplomacia, el periodismo y particularmente en la política, alcanzando centralidad en las luchas políticas regionales y nacionales. Tanto es así que dos miembros de la familia ocuparon la presidencia de la nación y de esa manera crearon un capital de dominio que Ibarguren necesitaba rescatar para sí mismo y para su tiempo.

Este rescate subjetivo de la participación política de sus ancestros se iniciaba con la llegada del primer representante del linaje a América, don José de Uriburu y Basterrechea, que llegó al virreinato del Río de la Plata a fines del siglo XVIII “con un alto cargo de inspección de las Reales Aduanas. Contrajo

matrimonio en 1792, en Salta, donde se radicó, con doña Manuela de Hoyos y Aguirre, que descendía del célebre conquistador del Perú, Chile y Tucumán y fundador de Santiago del Estero, don Francisco de Aguirre”, dice en su biografía. Al producirse la Revolución de Mayo, “don José” “adhirió con entusiasmo” al proceso independentista y ofreció mantener “seis soldados en nombre de sus seis hijos menores”, por lo que fue declarado “benemérito por la Junta gubernativa”. Ibarguren hizo esfuerzos notables por resaltar el temprano compromiso del linaje para con la patria. Este “dar patria” también involucró al bisabuelo materno, Pedro Antonio Castro, a quien su descendiente recordaba como un activo participante de las luchas políticas, inicialmente miembro de las fuerzas realistas, más tarde colaborador de la causa independentista. Entiendo que el empeño por marcar las “mudanzas” políticas no es circunstancial ni menor, ya que la habilidad de permanecer en el poder era considerada una de las grandes virtudes del linaje. Castro era el padre de doña Casiana Castro de Uriburu, quien con su matrimonio trajo prestigio y vínculos provechosos a la familia. Nacida en Oruro en 1813, era sobrina carnal de Manuel Antonio Castro, “íntimo amigo de Belgrano, famoso jurisconsulto, político, primer tratadista argentino de derecho y fundador de la Academia de Jurisprudencia, personalidad cuyos méritos ensalzan Mitre y Vicente F. López y sobre el cual el historiador doctor Ricardo Levene ha escrito un importante libro”.<sup>27</sup> “Mama Casiana” estaba estrechamente vinculada con personajes importantes de la época, como el general Juan Antonio Álvarez de Arenales (suegro de otro Uriburu) o el general

Rudecindo Alvarado, “padrino de mi madre”, ambos mariscales de José de San Martín e incluso había llegado a conocer a Sucre y a Bolívar.

En plena exaltación del proceso independentista, en este libro de memorias que también buscaba ser un libro de historia Ibarguren dedicó un espacio importante a subrayar su parentesco con Miguel de Güemes. Un hijo de este general, Luis Güemes, estaba casado con Rosaura Castro, hermana de Casiana Castro. En las personas de estos dos Güemes, Ibarguren resumía buena parte de los valores que buscaba ponderar: hazañas viriles, astucia y arrojo para tiempos de combate y bonhomía, atributos patriarcales y disfrute tranquilo de las glorias obtenidas en tiempos de orden.

Por su parte, la constitución de las soberanías locales y regionales también encontró a los Urriburu desempeñando papeles inherentes a su posición sociopolítica. Tanto es así que la alta conflictividad de la política de las Provincias Unidas se manifestó en el interior de la familia Urriburu. Esto se evidenciaba a través del enfrentamiento de “don Juan Urriburu” y su sobrino “don José Urriburu” que se ubicaron, al menos temporalmente, en bandos opositores. Ambos eran presentados como fortalecedores del honor y de la vocación de poder de la familia.

Resulta significativo, aunque previsible, que dos de los capítulos a los que Ibarguren destinó mayor cantidad de páginas son aquellos que se referían a dos momentos particulares de la historia argentina y que ubican a la familia Urriburu en la cima del poder político. Esto es, la presidencia que ejerciera José Evaristo Urriburu tras la renuncia de Sáenz Peña y el gobierno *de facto* de José

Félix Urriburu, emergente del golpe de Estado de 1930. El doctor José E. Urriburu, “hijo de un guerrero de la Independencia y nieto de un libertador de América, el general Arenales, se había destacado treinta años antes de asumir la presidencia de la Nación, en altas funciones públicas”, ofreció en horas críticas, según Ibarguren, la seguridad de una inteligencia lúcida, un carácter firme y templado y la ecuanimidad de un alto espíritu. Era, además, por sus cualidades caballerescas y la nobleza de su alma, un gran señor. Sostenía, también, que su sola presencia en la primera magistratura levantó la autoridad del presidente e infundió el respeto que se le debía. En tanto que el general José Urriburu era presentado como el hombre de acción capaz de encauzar y galvanizar al país anarquizado hasta conducirlo a la transformación. “La impresión que infundía el General Urriburu era la de un espíritu enérgico, firme, rectilíneo y valiente, todo lo cual percibíase al primer golpe de vista con sólo contemplar su físico, su porte, su aplomo militar.” Carlos Ibarguren señalaba que el linaje mismo le había transmitido sus atributos y sus valores “superiores”, y que su amor y vocación por la carrera de las armas procedía de “la sangre heredada de sus antepasados”. Su bisabuelo, el “glorioso guerrero” de la emancipación americana, vencedor de Pasco y de La Florida, el general Arenales, le había transmitido, “cual estoico legado”, el concepto severo del deber, de la disciplina y del sacrificio, y la perseverancia en el esfuerzo y en la lucha.

Como ya he expresado, desde la consolidación del Estado nacional a la constante presencia de la familia Urriburu, la reconstrucción histórica y familiar de

Carlos Ibarguren puede sumar los nexos y los contactos de su propio padre. La familia paterna reasumía así su presencia política, ya que el fundador del linaje, el capitán Domingo de Ibarguren, había llegado con la corriente conquistadora y colonizadora de Perú, para afincarse en Jujuy a principios del siglo XVII y contraer matrimonio con doña Margarita de Castro y Argañaraz de Murguía, nieta del fundador de San Salvador de Jujuy. Sin embargo, el ascenso social del linaje habría sido producto de los vínculos con familias prominentes y poderosas como los Isasmendi, los Gorostiaga y los Aramburu. En este sentido, me parece interesante destacar que con estas familias se había formalizado el nexo por medio de padrinzagos matrimoniales y bautismales.<sup>28</sup> Es importante indicar que estas ceremonias –bodas, bautismos– constituían ritos de tránsito, de pasaje de estatus, al tiempo que generaban lazos de integración entre los diferentes estratos de un mismo grupo. Mostraban tanto el “señorío” de las familias más poderosas como la inclusión de las menos poderosas;<sup>29</sup> en este caso, la admisión de los Ibarguren en los sectores más elevados de la pirámide social. Pero, a su vez, puede verse cómo se reproducía esa conducta con familias ubicadas en sectores menos exclusivos de la sociedad a las que los propios Ibarguren brindaban alguna vía de ascenso. Al respecto, los recuerdos del propio Carlos Ibarguren lo presentan a él apadrinando niños y matrimonios, dignificando así a algunas familias menos destacadas.

El clan de los Ibarguren se organizaba, como era usual, bajo la tutela patriarcal. Esa figura central, “el abuelo Antonino”, era también la encargada de

regir los negocios familiares. La familia poseía una gran finca (aportada por Elena Díaz Niño, primera esposa de Antonino de Ibarguren) destinada al cultivo de cereales y principalmente de la vid. Pero la voluntad patriarcal invadía todos los espacios y hábitos de la familia. Así, por ejemplo, había establecido en su testamento el destino de los cadáveres de toda su descendencia y los enrolados con ellos.

Como queda dicho, fue el padre de Carlos quien comenzó a forjar un espacio político para la familia. Federico Ibarguren, nacido en 1832 en Salta, inicia su trayectoria política, por así decirlo, en 1855 cuando fue a estudiar al acreditado y prestigioso colegio de Concepción del Uruguay y estableció vínculos con jóvenes pertenecientes a las élites dominantes de la Argentina, ya que “tuvo por compañeros a muchos de los que, más tarde, dieron lustre a la República Argentina (Julio A. Roca, Victorino de la Plaza, Olegario Andrade, Eduardo Wilde)”. En plena juventud fue secretario de la Convención Constituyente de Entre Ríos que sancionó la Constitución de la provincia y designó gobernador a Justo José de Urquiza. Ya recibido de abogado, en Montevideo se vinculó con Vicente Fidel López. Años más tarde, en Santa Fe, fue presidente del Tribunal Superior y gobernador interino. Fue ministro de Gobierno de Salta, senador nacional representante de su provincia y en 1873 fue elegido presidente de la Cámara. Era, por ese entonces, un hombre de Domingo Faustino Sarmiento. En 1877 fue designado por Nicolás Avellaneda como interventor de Jujuy, y en tiempos de Julio A. Roca estuvo abocado a la organización de la justicia federal, donde fue presidente de la Cámara Civil de

Apelaciones y más tarde ministro de la Corte Suprema de la Nación. Como puede advertirse, la trayectoria de Federico Ibarguren fue muy interesante ya que, en buena medida, expresaba la carrera política de un miembro de la elite que no contaba con un “capital político” heredado y de verdadero peso, pero que aun así y con una experiencia acumulada en los ámbitos locales y provinciales logró incrementar ese patrimonio y legárselo a sus descendientes, ya que a su muerte su hijo Federico fue designado secretario de la Corte y a su vez, una vez fallecido éste, ese cargo pasó a manos de Carlos Ibarguren, quien lo ocupó durante seis años. Como se puede ver, subyace una concepción de los cargos públicos como “bienes de familia”.

### **Familiares y amigos: un soporte para el intelectual**

Ibarguren también reconstruyó los vínculos familiares y sociales como base legitimante de su inserción en el campo cultural e intelectual. Sin embargo, esa reconstrucción se desdibujaba con relación a la genealogía política, lo cual no deja de ser significativo ya que, según él mismo expresara, su interés más genuino e íntimo estaba vinculado al mundo de las letras y el pensamiento. Al respecto podría preguntarse si era el rol asignado por su encadenamiento familiar el que lo llevaba a asumir esa valoración y aceptarla como un destino fatal que lo afectaba a él y a otros hombres de su tiempo y de su clase. Los escritores despertaban en Ibarguren una profunda admiración, pero de ella se derivaba un lamento sobre los límites que les había impuesto a los hombres de su clase la

actuación política, ya que les había impedido realizar una obra literaria “completa y trascendente”.

Los intelectuales eran el ejemplo más acabado de distinción e ingenio. Y esa hidalguía se evidenciaba en los rasgos más sutiles y cotidianos como los gestos, la pronunciación de las palabras, la utilización del lenguaje, los buenos modales y la disposición física.<sup>30</sup> José Antonio Wilde, “hombre diferente”, reunía todas las condiciones que admiraba Ibarguren, y con el que, de alguna manera, buscaba hermanarse. Lo representaba como un personaje sorprendente, sensible, lúcido, irónico y provocador, siempre iluminado por la gracia que emergía de su cultura.<sup>31</sup> Para Ibarguren, Wilde y otros como él constituían, con sus virtudes y sus luces, un magnífico patriciado que daba lustre a toda la sociedad argentina pero que además habían sabido desprenderse de sí mismos para organizar y engrandecer a la patria. Se trataba, decía, de la auténtica aristocracia, un grupo selecto por su saber, su talento, su honorabilidad y su sacrificio.

Ahora bien, su linaje sanguíneo ofrecía insuficientes nombres a la hora de buscar antecedentes legitimadores en el campo cultural. Por ello, una parte de esta reconstrucción genealógica se establece a partir de los vínculos que le aportara su matrimonio con María Eugenia Aguirre Lynch, hija de Manuel Juan José Aguirre Anchorena y de Enriqueta Lynch Lawson. El suegro era un terrateniente innovador, pero también escultor con fuertes vinculaciones con intelectuales y artistas y con las sociedades benéficas más selectas de principios del siglo XX.<sup>32</sup>

La otra vía de legitimación fue la del parentesco ampliado a través de los víncu-

los sociales. Así, el hogar familiar se volvía lugar central para estos contactos. No es que las conexiones políticas estuvieran allí ausentes; para ello basta mencionar que Ibarguren recordaba que su padre les hacía conocer a las personalidades políticas de su amistad que visitaban la residencia de la familia. Sin embargo, al leer sus comentarios sobre las personalidades de la cultura y el arte, todo parece indicar que el ámbito natural y específico para que sus cultores se vincularan y expresasen eran los hogares patricios. Era allí y en un clima de íntima camaradería, entre pares, donde los artistas y los pensadores se explayaban sobre sus dominios y productos culturales. En el caso del hogar paterno de Ibarguren, la mayoría de los vínculos con los pensadores y literatos provenía de la época juvenil y de estudios del patriarca de la familia. Por allí circularon Olegario Andrade, Ricardo Gutiérrez y Eduardo Wilde, entre otros.

El saber, el talento y la honorabilidad fueron los tres rasgos recurrentes, en tanto que inclusivos de otros rasgos de superioridad, que se destacaban para diferenciar a la “minoría selecta” de los otros sectores sociales, pues sólo los miembros de la clase principal podían acreditar la legítima posesión de esas características. Esa distinción era, asimismo, lo que permitía aglutinar, unificar, construir un “nosotros”, a los diferentes sectores de la elite tradicional, pues ésta no sólo se identificaba con la defensa de intereses compartidos sino también por prácticas y ámbitos de sociabilidad comunes, por un *habitus* compartido, una experiencia reiterada, y una afinidad de origen y de cosmovisiones.<sup>33</sup> Es decir, para Ibarguren, la cultura, el talento y la calidad de pensador se

encontraban subordinados al carácter de clase. Dicho de otra manera, el dominio cultural era concebido como un componente “natural” e indisoluble del origen social; era una cualidad inherente al patriciado y no requería de mayores justificaciones que legitimaran ese dominio. Los atributos intelectuales aparecían indefectiblemente unidos a valores morales, entendidos como fuerzas fundantes de la propia virtud de la elite. De ahí que los escritores y los artistas con los que construyó esta genealogía cultural fueran exclusivamente hombres de su misma clase.<sup>34</sup>

No obstante la admiración que le producían los intelectuales (una admiración que se puede pensar como personal e íntima), la demostración de afinidad y parentesco con personajes sobresalientes del campo cultural ocupó un espacio significativamente menor que la realizada con respecto a los notables del campo político. Tal vez porque la legitimidad que consideraba más amenazada era la política, pero también porque lo que su linaje le demandaba era justificar la posición de dominio en el campo político.

### **El lugar de las mujeres en la genealogía: preservadas y preservadoras**

En toda la reconstrucción genealógica que realizó Ibarguren, las mujeres ocupaban un lugar explícitamente secundario, muchas veces imperceptible, sólo señalado por los vínculos que aportaban mediante los matrimonios, o como mero complemento de las veladas sociales en que los hombres de la elite exponían sus atributos políticos y cultu-

rales. Sin embargo, el matrimonio era una forma de extensión lateral de la familia, una ramificación fundamental para mantener su predominio o acrecentarlo. Se trataba de un contrato que creaba compromisos y solidaridades corporativas y jerárquicas,<sup>35</sup> por lo cual la elección del cónyuge y las “virtudes” de un matrimonio eran de suma importancia para ligar a los individuos al orden social y sostener (o mejorar) el prestigio de los linajes. Si bien las tendencias generales y los acuerdos no negaban la existencia de brechas de libertad para determinar las circunstancias maritales, en los sectores patricios se seguían manteniendo muchas pautas de tipo tradicional que apostaban a los matrimonios convenientes para el estatus familiar e implicaban una concepción también enraizada sobre las mujeres y sus roles sociales. Ibarguren no escapaba a estas premisas; por el contrario, sus comentarios exponían la importancia de este mecanismo que permitía vincular y fusionar a distintas familias en una misma red o grupos que generaban lealtades y apertura de ámbitos.

La función social asignada a las mujeres se fundamentaba en los principios básicos del catolicismo y de las corrientes tradicionalistas del siglo XIX, que las confinaba casi exclusivamente al ámbito doméstico, donde debían desarrollar su “faena espiritual y misericordiosa”<sup>36</sup> en defensa de las tradiciones y las identidades genuinas. Las mujeres eran las responsables de la continuidad de los linajes y de comunicar los mandatos asignados. Una tarea, como se puede advertir, de enorme trascendencia que podía ser llevada a cabo, según Ibarguren, porque la mujer es más conservadora que los hombres “dado que es

ella la que predomina para dar fijeza y estabilidad al hogar”, pero también porque está mejor dotada para recibir, custodiar y transmitir el legado de los antepasados desde esa condición replegada e imperturbada. La maternidad, la más trascendental función femenina, determinaba en las mujeres una aptitud muy eficaz e intensa para transmitir de una generación a otra la suma de recuerdos, de imágenes, de costumbres, de sentimientos y de ideales que constituían la trama íntima de una tradición, que servía para mantener y comunicar el espíritu y el valor social del grupo selecto y director que hizo la patria, según afirma en *La historia que he vivido*. Es decir, las mujeres en tanto madres estaban apartadas, sin que ello signifique una ausencia, sino que ocupaban un lugar “preservado”, sostenido fundamentalmente por la religión, que servía de garante a la estabilidad y el orden.<sup>37</sup>

Cumpliendo con ese rol, las mujeres eran concebidas como el refugio tranquilo al que volvían los hombres para recuperarse de los desgastes de la acción y la exposición pública. Y allí, en la intimidad que ellas sabían (y debían) preservar, eran las encargadas de reproducir las glorias del pasado y transformarlas en ejemplos (y mandatos) para las nuevas generaciones. Ibarguren no sólo reflexionaba teóricamente sobre esto, sino que sus propios recuerdos lo ubican escuchando los relatos de su abuela “Mama Casiana”, aprendiendo que la patria era producto de la construcción heroica de los hombres de su familia y que esa herencia debía ser sostenida para que él mismo pudiera gozar de los mismos privilegios y honores.

## A modo de conclusión

Carlos Ibarguren tuvo una carrera política ascendente hasta la llegada de la democracia mayoritaria, y fue un claro referente del llamado “liberalismo conservador”. A partir de allí estuvo ausente de la esfera estatal hasta que se produjo el golpe de Estado de 1930,<sup>38</sup> encabezado por su primo el general Uriburu, que lo designó interventor de la provincia de Córdoba. Para Ibarguren la revolución del 30 fue la consumación de los proyectos de tendencia autoritaria que había comenzado a elaborar a lo largo de los años 20 y constituía un movimiento único en la historia argentina tan determinante como el proceso independentista, pues de él devendría un país diferente, con valores y procedimientos que reconstruirían el estado de dignidad que la envilecida democracia había destruido.<sup>39</sup>

A partir de allí y cuando el totalitarismo europeo parecía irrefrenable, sus planteos corporativistas hasta entonces bastante moderados se radicalizaron notablemente y así lo reflejó en *La inquietud de esta hora*, obra publicada en 1934, donde reclamaba la superación definitiva de la democracia y de la política parlamentaria. El mundo, señalaba irascible, se hallaba dividido en dos corrientes opuestas: el comunismo materialista y el fascismo espiritualista. Por lo tanto, “los hombres de bien” debían bregar por la construcción de una dictadura fundada en la disciplina y la jerarquía que, como el fascismo y el nazismo, expresara elementos de salud moral y de valor físico.

¿Qué buscaba Ibarguren en el autoritarismo? Esta pregunta no exige demasiada perspicacia para ser respondida: el

autoritarismo jerárquico y elitista aparecía como la última esperanza de recuperar los espacios perdidos, de sostener el prestigio y el poder de los que había gozado el linaje desde los lejanos tiempos de la colonia hasta la implantación del voto universal. En este sentido, no es un dato menor que los totalitarismos estuvieran en plena expansión cuando Ibarguren radicalizó sus posturas, ya que esa frase tan mentada, “un hombre de su tiempo”, cobra en él una fuerza inusitada y un sentido preciso, pues siempre —y como lo habían hecho sus ancestros— pugnó por estar a tono con el poder. Pero no puede desconocerse que la dictadura le interesaba menos como forma de gobierno que como forma de estructuración de la sociedad. Su definición autoritaria era esencialmente social y esta preocupación lo acompañaba ya cuando era funcionario de los gobiernos liberal conservadores; de ahí sus propuestas paternalistas y pro corporativas. Para Ibarguren resultaba claro que los gobiernos podían asumir formas diversas, siempre y cuando hicieran posible que la sociedad se rigiera por parámetros de obediencia y jerarquía.

En ese sentido, cabe recordar que las personalidades de tendencia autoritaria construyeron, generalmente, su individualización en condiciones de inseguridad; inseguridad emergente por la categórica desestructuración y reestructuración de la sociedad. En el siglo XX, Occidente fue edificando una dinámica cultural que ofrecía pocas vías de escape a la frustrada necesidad de seguridad que experimentaban los sujetos que se habían formado en órdenes rígidos y que quedaban desfasados si buscaban, como lo habían hecho sus ancestros, integrarse y dar forma a un orden social que per-

manecería por siempre inmutable. Ya no podían apelar a razones trascendentes ni tampoco a la inquebrantable fe en el porvenir que habían sugerido los liberales; de ahí que todo resultara amenazante, ajeno e incluso vacío. A la inseguridad social, Iburguren sumaba una frustración personal intensa. No podía cumplir con los mandatos familiares y con el papel que éstos le habían asignado. Una representación que había asumido como un deber ser, incluso contrariando sus propios deseos, ya que como él mismo expresara su vocación no era la política sino la docencia, la tarea intelectual y el trabajo independiente como abogado. Su ingreso al universo político había sido producto de la tradición familiar y obligado por la muerte del primogénito de la familia Iburguren-Uriburu, quien había sido “designado” inicialmente para desempeñar esa función en beneficio del clan. Por ello, confesaba en sus memorias, la perplejidad y la confusión con que aceptó su destino. Y es factible inferir la frustración que le causara no poder cumplir con el rol que había asumido contrariando incluso su sentir más íntimo y profundo.

## Notas

<sup>1</sup> Una cosmovisión es el conjunto de principios sobre los que se funda la experiencia vital de los individuos. Implica el cúmulo de opiniones y creencias que conforman el concepto del mundo que tiene una persona a partir de su cultura y conlleva nociones, casi preceptos, que se aplican a todas las dimensiones de la vida. Se trata de una idea sobre la estructura del mundo, de un supuesto deber ser, que crea los paradigmas con que interpretar la realidad. No es una elaboración filosófica explícita y acabada sino básicamente una

percepción interesada que cada individuo construye y porta por herencias culturales y por mandatos familiares. Véase W. Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu*, Madrid, Revista de Occidente, 1956.

<sup>2</sup> Véase L. Passerini, “A memory of Women’s History. Problems of method and interpretation”, *Social Science History*, 16:4, 1992.

<sup>3</sup> Véase M. Foucault, “Nietzsche, la genealogía y la moral”, en *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1980.

<sup>4</sup> Véase N. Bobbio, *Democracy and Dictatorship. The nature and limits of State power*, Mineápolis, University of Minnesota press, 1989.

<sup>5</sup> Sin embargo, no es menos cierto que existen diferentes formas de posicionarse frente a las reglas, ya que de una generación a otra se transmiten tanto formas de acatar como de enfrentar a la cultura.

<sup>6</sup> Véase S. Gomel, *Transmisión generacional, familia y subjetividad*, Buenos Aires, Lugar, 1997.

<sup>7</sup> Algunas perspectivas psicoanalíticas alertan, sin embargo, que las tramas simbólico-imaginarias no logran apresar todas las facetas de la transmisión sino que también existen encadenamientos psíquicos que elaboran cadenas transgeneracionales. Ahora bien, el análisis transgeneracional ha producido (y produce) un amplísimo debate dentro del campo psicoanalítico y la discusión sobre su posible aplicación a los análisis históricos se encuentra aún pendiente. Por ello, en este artículo no se ingresará en esta perspectiva; me limito a sostener que aquí se considera que la comunicación no sólo se establece por mecanismos conscientes y explícitos. Sobre análisis transgeneracional pueden verse S. Freud, *Tótem y tabú y Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973; R. Kaës, *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996; S. Tisseron et al., *El psiquismo ante la prueba de las generaciones*, Buenos Aires,

Amorrortu, 1997; J.J. Baranes, “Devenir sí-mismo: avatares y estatuto de lo transgeneracional”, en M. Enriquez, J. Baranes, René Kaës y H. Faimberg, *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996; B. Montevecchio, “Repetición transgeneracional, entre la historia y el mito”, *Revista de Psicoanálisis*, número especial internacional, 1993; S. Gomel, *Transmisión generacional...*

<sup>8</sup> Véase N. Braunstein, “Aforismos sobre deudas y culpas”, en *Por el camino de Freud*, México, Siglo Veintiuno, 2001.

<sup>9</sup> Sobre el PDP puede verse Carlos Malamud, “El partido Demócrata Progresista: un intento fallido de construir un partido nacional liberal-conservador”, *Desarrollo Económico*, vol. 35, N° 138, Buenos Aires, julio-septiembre de 1995, y del mismo autor “La evolución del Partido Demócrata Progresista y sus plataformas políticas, 1915-1946”, *Anuario IEHS*, N° 15, Tandil, 2000, y “Liberales y conservadores: los partidos políticos argentinos (1880-1916)”, *EIAL*, VIII:1.

<sup>10</sup> Un análisis más detallado de su trayectoria política puede verse en O. Echeverría, “Carlos Iburguren: de la reforma controlada de la política al control autoritario de la sociedad. El camino de un proyecto fracasado, Argentina primeras décadas del siglo XX”, *Estudios Sociales*, 28, 2005.

<sup>11</sup> La familia debe ser comprendida como un concepto plástico, como una unidad de sociabilidad y agente de socialización que desde una perspectiva histórica sobrepasa ampliamente el concepto sociobiológico de ascendencia y descendencia, para incluir, por ejemplo, lazos de parentesco y componentes de la comunidad doméstica. Josefina Ludmer sostiene que es también una forma o mecanismo ficcional que liga temporalidades y subjetividades en formas biológicas, afectivas, legales, simbólicas, económicas y políticas. Véase J. Ludmer, “Temporalidades del presente”, *Margenes/Margens, Revista de Cultura*, N° 2, diciembre de 2002.

<sup>12</sup> A. Prieto, *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.

<sup>13</sup> J. Hassoun, *Los contrabandistas de la memoria*, Buenos Aires, De la Flor, 1996.

<sup>14</sup> Significativamente, su tesis doctoral versó sobre la institución de heredero, y fue presentada bajo la dirección del doctor Wenceslao Escalante, profesor de Filosofía del Derecho y ministro de Hacienda, quien lo había designado como secretario del ministerio.

<sup>15</sup> Véase K. Mannheim, *Diagnóstico de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978; *Ensayos de sociología de la cultura*, Barcelona, Aguilar, 1963.

<sup>16</sup> Carlos Iburguren, *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Dictio, 1977. Merece señalarse que la edición original se realizó durante el primer gobierno del general Juan Domingo Perón, es decir, en momentos de exacerbada crítica al modelo que Iburguren representaba.

<sup>17</sup> J.B. Pontalis, “Derniers, premier mots”, en *L’Autobiographie*, París, Les Belles Lettres, 1988.

<sup>18</sup> Al respecto puede verse Juan Hernández Franco, *Familia, parentesco y linaje. Historia de la familia*, Universidad de Murcia, 1997.

<sup>19</sup> G. Levi, *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista del siglo XVII*, Madrid, Nerea, 1990.

<sup>20</sup> Véase J. Casey, *Historia de la familia*, Madrid, Espasa, 1990.

<sup>21</sup> Pierre Bourdieu sostiene que “las diferencias en las maneras en las que se expresan unas diferencias en el modo de adquisición —es decir, en la antigüedad del acceso a las clases dominantes— frecuentemente asociadas a unas diferencias en la estructura del capital poseído, tienden a marcar las diferencias en el seno de la clase dominante”, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1998.

<sup>22</sup> Ídem.

<sup>23</sup> Véase I. Atienza Hernández, “La construcción de lo real. Genealogía, casa, linaje y ciudad: una determinada relación de parentesco”, en J. Casey y J. Hernández Franco, *Familia, parentesco y linaje...*

<sup>24</sup> Véase Ch. Klapisch-Zuber, “Albero genealogico e costruzione della parentela nel Rinascimento”, *Quaderni storici*, 86: *Costruire la parentela*, agosto de 1994.

<sup>25</sup> J. Hernández Franco, “Consideraciones y propuestas sobre linaje y parentesco”, en J. Casey y J. Hernández Franco, *Familia, parentesco y linaje...*

<sup>26</sup> Véase J. Casey, *Historia de la familia*. También puede verse O. Raggio, “La parentela come costruzione sociale e política. Esempi dalla Repubblica di Genova (secoli XVI al XVIII)”, en J. Casey y J. Hernández Franco, *Familia, parentesco y linaje...*

<sup>27</sup> Es interesante señalar cómo esta línea de ascendencia era usada por Ibarguren para legitimarse en los dos planos que más le interesan: la política y el universo cultural.

<sup>28</sup> Al respecto puede verse que, por ejemplo, en 1728 en el casamiento de Teresa Ibarguren con don Juan de Indartea y Larrea fueron padrinos el general Domingo de Isasmendi y su esposa doña María Magdalena Díez Gómez. En 1837 don Nicolás Severo de Isasmendi y Jacoba Gorostiaga de Isasmendi ejercieron ese rol en el casamiento de Antonino Ibarguren e Isabel Torán. Por su parte, Hilario Carol y Micaela Gorostiaga son padrinos de bautismo de José María Ibarguren, en tanto que Felipe Aramburu y su esposa Irene de la Quintana son los padrinos de Belisaria Ibarguren en su boda con José Díaz.

<sup>29</sup> Véase I. Atienza Hernández, “La construcción de lo real...”.

<sup>30</sup> En este sentido, cada personaje mencionado por Ibarguren a lo largo de las memorias irá acompañado de su respectivo resumen de atributos físicos y simbólicos, elegancia, ges-

tos medidos y amables, voz clara y firme, rasgos definidos, caballerosidad, espiritualidad. Éstas son sólo algunas de las referencias más habituales hacia hombres que considera sus pares.

<sup>31</sup> Lo que en un hombre de la elite y en los ámbitos de sociabilidad podía ser considerado un rasgo extravagante o pintoresco, pero, al menos en el relato de Ibarguren, esto no era motivo de mayor preocupación.

<sup>32</sup> Véase el capítulo XV de sus memorias, titulado “Mi matrimonio. La familia de Aguirre. Documentos históricos que descubrí”. Inicia el relato con la fecha de su casamiento con María Eugenia Aguirre, “quien me acompaña desde hace medio siglo y ha formado el hogar que es el centro y el calor de nuestra vida, y la de nuestros ocho hijos y veintiún nietos”. Lacónica referencia para introducir al lector en lo que verdaderamente le interesaba rescatar, la descripción de la familia Aguirre. Una familia de la que destacaba su estirpe tradicional, el hondo arraigo y el protagonismo político y cultural de sus integrantes masculinos en la sociedad porteña, ámbito en el que Ibarguren debía construirse su propia legitimidad.

<sup>33</sup> Véase W. Mills, *La elite del poder*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

<sup>34</sup> No sólo fueron hombres de la elite los intelectuales con los cuales trazaba vínculos de parentesco sanguíneo o simbólico sino que no calificaba como culto a ningún hombre que no perteneciera a su clase social.

<sup>35</sup> O. Raggio, “La parentela come costruzione...”.

<sup>36</sup> C. Ibarguren, *En la penumbra de la historia argentina*, Buenos Aires, La Facultad, 1932.

<sup>37</sup> Sobre esta cuestión tan importante de la sociedad occidental puede verse G. Rosolato, “El sacrificio, mito central de la civilización occidental”, *Actualidad Psicológica*, 322, agosto de 2004.

<sup>38</sup> No casualmente esos años en los que estuvo alejado del ejercicio político son los tiempos de mayor despliegue intelectual y de participación en asociaciones culturales, como la Universidad de París en Buenos Aires y el Museo Social Argentino.

<sup>39</sup> Véase C. Ibarguren, “El significado y las proyecciones de la Revolución del 6 de septiembre, 15 de octubre de 1930”, en *Obras*, Buenos Aires, Dictio, 1975, p. 299.

# Un grupo caído en desgracia: los españoles europeos de Buenos Aires durante la Revolución de Mayo

Mariana Alicia Pérez\*

Según el censo de habitantes de 1810, en ese año vivían en la ciudad de Buenos Aires 2.290 españoles europeos, casi todos hombres (apenas 123 eran mujeres).<sup>1</sup> De éstos, una minoría –pero visible– pertenecía a la elite porteña en la que predominaban. Gran parte de los puestos en la burocracia (en especial los cargos más altos) y el comercio interatlántico les estaban reservados casi con exclusividad.

Sin embargo, la mayoría de los españoles europeos que vivían en Buenos Aires en el momento de la revolución no corrían esa suerte. Habían llegado al Río de la Plata hacia fines del siglo XVIII atraídos por la pujanza económica de la región pero, como inmigrantes sin recursos económicos y casi nunca ligados a miembros de la elite local ni peninsular, el esperado ascenso social y económico les estaba vedado. Para emigrar, habían desplegado estrategias particulares que les permitieron evitar pagar el costosísimo pasaje y eludir las reglamentaciones que restringían la emigración a América: habían arribado como marineros, soldados, criados de algún personaje importante o, simplemente, como polizones, y los primeros años de estancia en el Río de la Plata habían estado signados por una fuerte movilidad geográfica y ocupa-

cional en la “búsqueda de mejor fortuna”. Pero, a pesar del fuerte dinamismo de la sociedad rioplatense tardocolonial, el marcado éxito económico y social estaba reservado a unos pocos. Casi todos ellos se mantenían entre los sectores medios o bajos de la ciudad de Buenos Aires: eran soldados, artesanos, marineros, tenían un modesto puesto en la burocracia y –con mucha frecuencia– se dedicaban al comercio en pequeña escala o atendían o poseían una pulpería.<sup>2</sup>

Empero, unos y otros compartieron un destino común: a partir de 1810 fueron identificados como los enemigos de la causa revolucionaria por la gran mayoría de los porteños y, en tanto tales, sufrieron la persecución de los distintos gobiernos revolucionarios y la hostilidad de los habitantes de Buenos Aires, especialmente de parte de quienes pertenecían a las clases populares de la ciudad.

Diversas investigaciones sobre la década de 1810 han señalado la animosidad que el gobierno revolucionario y las clases populares porteñas desplegaron hacia los inmigrantes españoles –tanto hacia los pertenecientes a la elite local como hacia los que integraban los sectores medios y bajos de la ciudad–, aunque estas cuestiones han sido, en general, estudiadas someramente. En

\* Universidad Nacional de General Sarmiento.

su conocido libro *Revolución y guerra* Tulio Halperín Donghi dedica varias páginas al tema, especialmente a la cambiante política que la elite porteña mantenía con relación a los peninsulares residentes en Buenos Aires.<sup>3</sup> En una reciente tesis doctoral sobre la participación política de la plebe porteña en el ciclo revolucionario, su autor ha indagado sobre el sentimiento antiespañol de la plebe de Buenos Aires en diferentes coyunturas políticas.<sup>4</sup> Otros estudios más específicos han investigado sobre la suerte de los comerciantes mayoristas frente a las medidas discriminatorias tomadas por el gobierno revolucionario<sup>5</sup> y sobre los pedidos de “cartas de ciudadanía” por parte de los peninsulares a los distintos gobiernos que se sucedieron durante la década de 1810.<sup>6</sup> Más recientemente, un libro extenso y de carácter general describe los efectos de las políticas revolucionarias sobre “los vencidos” en toda la América hispánica y hace especial hincapié en el caso rioplatense.<sup>7</sup> Sin embargo, dada la complejidad del tema, muchos aspectos son aún poco conocidos para la historiografía, sobre todo aquellos referidos a la hostilidad popular sostenida contra los inmigrantes peninsulares que integraban los sectores medios y bajos de la sociedad porteña y a las políticas represivas de los gobiernos revolucionarios sobre ellos.

A partir del análisis de los procesos iniciados por el Tribunal de Seguridad Pública contra españoles europeos en 1811, en este trabajo nos proponemos indagar sobre la conflictividad existente entre los porteños y peninsulares pertenecientes a las clases populares<sup>8</sup> de Buenos Aires durante el proceso revolucionario de Mayo. En nuestra investiga-

ción hemos encontrado nueve expedientes iniciados por el Tribunal en 1811.<sup>9</sup> Todos los expedientes tienen en común que sus protagonistas pertenecían al mundo popular de la ciudad de Buenos Aires y su análisis nos permite ver con cierto detalle aspectos de las vidas tanto de los denunciantes como de los denunciados que, de no ser por el celo de los integrantes del Tribunal por verificar la veracidad de las denuncias, se nos escaparían.

En la primera parte, relataremos brevemente la asonada del 5 y 6 de abril de 1811, la que provocó la creación del Tribunal de Seguridad Pública. Luego nos adentraremos en el análisis de los procesos llevados a cabo por el Tribunal contra los españoles europeos. Por último, en el tercer apartado, analizaremos por qué entre las clases populares de Buenos Aires habitaba un sentimiento antiespañol generalizado. Para ello veremos cuál era el lugar que los peninsulares ocupaban en la sociedad rioplatense y cómo eran percibidos por el resto de los integrantes de las clases populares durante las últimas décadas de dominación colonial.

### **El 5 y el 6 de abril de 1811: “Que se destierren todos los chapetones sospechosos”<sup>10</sup>**

En 1811 la revolución encontró los primeros límites serios a su expansión. Si bien la Primera Junta había obtenido la adhesión de la mayoría de la población porteña y de los Cabildos del interior, otros espacios del ex virreinato le oponían una férrea resistencia armada. Durante 1811 los ejércitos revolucionarios no pudieron evitar la independencia de

Paraguay del poder porteño ni el avance realista sobre el Alto Perú. En el Río de la Plata, los revolucionarios debieron hacer frente a la amenaza de los realistas que desde Montevideo declararon la guerra a Buenos Aires a principios de ese año. Todos estos acontecimientos demostraban al pueblo de Buenos Aires la fragilidad del poder revolucionario e instalaban la certidumbre de que la guerra se extendería por largo rato.

Esta situación se conjugó con la agudización de las tensiones políticas dentro de la elite revolucionaria, las que al comenzar 1811 se hicieron particularmente intensas. El enfrentamiento entre *saavedristas* y *morenistas* (que en su origen eran respectivamente moderados y radicales) llegó a un punto cúlmine en los primeros días de abril cuando, gracias a una movilización conjunta de tropas y de hombres de la *plebe* de Buenos Aires, el grupo *morenista* fue derrotado en la contienda.<sup>11</sup>

En la madrugada del 6 de abril unos centenares de hombres “de poncho y chiripá” provenientes de los cuarteles periféricos de la ciudad<sup>12</sup> se presentaron en la Plaza de la Victoria exigiendo la reunión del Cabildo con un “discreto pero fundamental” soporte de las tropas de los regimientos urbanos.<sup>13</sup> Rápidamente el Cabildo convocó a la Junta y ésta recibió un petitorio redactado por el abogado Joaquín Campana que fue firmado por los asistentes en la plaza. Poco más tarde, el gobierno anunció su total aprobación y la multitud se dispersó.

Las jornadas del 5 y 6 de abril de 1811 tienen su particularidad en que, por primera vez, la elite porteña recurrió a sectores de la plebe para dirimir sus disputas. Si bien las dos facciones en pugna estaban compuestas por miem-

bros de la elite, el vínculo que ambas mantenían con el pueblo bajo de Buenos Aires era diferente. Los *morenistas* defendían ideas más radicales: la independencia y la república estaban entre sus proyectos, pero jamás procuraron en la práctica el apoyo de sectores subalternos. Los *saavedristas* –más moderados en sus ambiciones políticas– tampoco buscaban la movilización popular, pero “estaban más enraizados en la estructura de poder existente”.<sup>14</sup> Contaban con el apoyo de casi todos los jefes milicianos y de la mayoría de los alcaldes de barrio. Estos últimos fueron una pieza fundamental en la movilización popular en abril: en tanto que representantes del Cabildo en los barrios, se relacionaban directamente con los habitantes comunes y su función de policía y justicia les daba un gran poder sobre ellos.

Pero la influencia de los alcaldes de barrio no alcanza para explicar el éxito de la convocatoria. Éste se debe, además, a que apelaron a un argumento atractivo entre los pobres urbanos, que figura en el primero de los dieciocho puntos que contenía el petitorio presentado al Cabildo: “Convencido el pueblo de Buenos Aires de que las medidas adoptadas hasta el día para la reconciliación de los españoles europeos con los americanos, son a más de ineficaces, perjudiciales a la gran causa y sistema de gobierno, que se sigue y debe abrazarse en lo venidero; *es su voluntad, que se expulsen de Buenos Aires a todos los europeos de cualquier clase o condición*”.<sup>15</sup>

El hecho de que esta exigencia figurase en el primer punto del petitorio no obedecía a un capricho en la enumeración de los reclamos. Si bien fue utilizada para atacar al grupo *morenista* (que en ese momento se oponía a la expulsión

de los peninsulares solteros), sabemos que la elite en su conjunto era reticente a tomar medidas contra españoles europeos con los que tenían afinidades sociales e incluso familiares. Según Halperín Donghi, en la lucha facciosa que caracterizó toda la década revolucionaria, cada grupo radicalizaba sus posiciones con el fin de derrotar al contrario.<sup>16</sup> En este caso, los *saavedristas* hicieron suya la causa contra los españoles para enfrentar a los *morenistas*, pero sólo el atractivo que ofrecía a los sectores bajos porteños justificaba la inclusión de ese reclamo en primer término.<sup>17</sup> Evidentemente, la expulsión de los españoles europeos era una exigencia popular. En tal sentido, es significativo que ni Juan Manuel Beruti ni Ignacio Núñez nombren siquiera el tema de la expulsión en sus relatos de los acontecimientos: sin duda, temas más urgentes enfrentaban a los bandos en disputa y el destierro de los peninsulares, a pesar del reclamo popular, no se llevaría a cabo sino hasta el año siguiente luego de la conspiración de Álzaga.<sup>18</sup>

Asimismo, una vez acordadas las dieciocho peticiones, se agregaron siete más en un nuevo petitorio. Entre ellas figuraba la exigencia de la creación de un Tribunal de Seguridad Pública, que debía perseguir y juzgar a todos aquellos que atentasen contra “la seguridad” del régimen.<sup>19</sup>

Las jornadas de abril de 1811, por un lado, dieron lugar a la primera manifestación explícita y organizada del sentimiento antipeninsular que existía entre las clases populares. Por otro, a partir de ese momento hombres y mujeres de las clases populares comenzaron a denunciar frente al Tribunal de Seguridad Pública a españoles europeos sospecho-

sos de ser “contrarios al sistema del día”. A estas denuncias nos dedicaremos en el próximo apartado.

### Los procesos frente al tribunal de seguridad pública

Desde los primeros momentos posteriores a las jornadas de Mayo de 1810, las autoridades procuraron evitar la manifestación de cualquier disidencia que pusiese a la revolución en peligro o amenazase con romper la cohesión del grupo revolucionario. Como consecuencia, a mediados de 1810 la Primera Junta inauguró una serie de disposiciones tendientes a incrementar el control del gobierno sobre la población porteña. Los alcaldes de barrio fueron minuciosamente instruidos para “evitar que se formen corrillos sospechosos” o se “siembren especies capaces de fomentar la división o desconfianzas del gobierno”.<sup>20</sup> Con este fin se establecieron restricciones a los desplazamientos de los habitantes de la ciudad, para lo cual se exigió que cada vecino que se mudara de un barrio a otro diera parte al alcalde correspondiente. En julio se dispuso la confiscación de bienes de quienes abandonasen la ciudad sin licencia y duras penas para aquellos que ocultasen armas a las autoridades. El antiguo poder político colonial fue rápidamente desmantelado: en junio el virrey fue deportado junto a los oidores de la Audiencia, en octubre fueron destituidos todos los miembros del Cabildo. Las medidas contra los españoles europeos comenzaron en diciembre cuando se los excluyó de los cargos públicos a dispensarse en el futuro y en marzo se decretó el destierro de todos los peninsulares

solteros (si bien ninguna de estas disposiciones se llevó efectivamente a cabo).

El Tribunal de Seguridad Pública entró en funciones el 8 de abril de 1811. Su objetivo era intensificar el control sobre la población en pos de eliminar cualquier tipo de disidencia con el régimen, especialmente sobre la facción *morenista* que periódicamente se reunía en el Café de Marco.<sup>21</sup> Su intervención en casos que involucraban a peninsulares como acusados de atentar contra la revolución se limitó sólo al año de 1811, puesto que posteriormente el gobierno decidió que fuese el Cabildo el encargado de perseguir a los españoles disidentes.<sup>22</sup>

El Tribunal era una continuación de la Comisión de Seguridad Pública creada por la Junta de Gobierno en enero de 1811, a la que luego de la asonada de abril se le sumaron funciones judiciales. El Tribunal tenía la facultad de juzgar y castigar a quienes atentasen contra la “seguridad pública” y su accionar dependía enteramente de la Junta. Ésta era la que elegía a sus miembros y la encargada de ratificar o rectificar las resoluciones de aquél.<sup>23</sup>

El objetivo específico del Tribunal lo podemos leer en el primer artículo que informaba la creación de la Comisión de Seguridad Pública en enero de 1811: “Tendrá como único objeto esta comisión velar incesantemente; indagar y pesquisar la conducta de los que formasen congregaciones nocturnas o secretas, sembrasen ideas subversivas de la opinión general; sobre la conducta y legitimidad del actual gobierno; o dijese a los oficiales, soldados y ciudadanos de cualquier clase”.<sup>24</sup>

La notoria adecuación de las supuestas acciones de los sospechosos al tipo de conducta que debe perseguir el Tribunal

nos indica que, muy posiblemente, los denunciadores conociesen su existencia y sus objetivos, hecho que no debe extrañar en un contexto de alta politización como lo era el de la ciudad de Buenos Aires. En ese sentido, podemos dividir en tres grupos los tipos de acusaciones contra los españoles europeos: contra quienes se “burlan de la patria y la revolución” profiriendo improperios contra los símbolos de la revolución y demostrando descontento frente a las victorias del ejército patrio; contra los que “difunden especies contrarias a la revolución” para “indisponer los ánimos” del pueblo porteño relatando victorias del ejército realista o afirmando la llegada de inminentes calamidades para la causa revolucionaria, y, por último, contra quienes realizan “juntas de españoles europeos” con fines sospechosos.

Pero no sólo hallamos una cierta homogeneidad en los contenidos de los procesos; sus protagonistas también se repiten: todos pertenecen a las clases populares de la ciudad de Buenos Aires. De esta forma, quien se interna en la lectura de los expedientes iniciados por el Tribunal de Seguridad Pública se encuentra, sin duda, frente a un ambiente netamente popular.

Si nos guiamos por las ocupaciones de denunciadores y denunciados, vemos que pertenecían a las clases populares de la ciudad. Entre los primeros hallamos un carpintero, dos soldados patricios, dos negros esclavos, una parda y cuatro vecinos (tres hombres y una mujer) de los que no tenemos datos de sus ocupaciones; pero dos no saben firmar y sólo la mujer antepone el *doña* a su nombre; indicios todos que los sindicaban entre los porteños pobres.<sup>25</sup> Los acusados –todos españoles europeos– son dos pulperos,

dos mozos de “almacén de caldos”, un hortelano, un “piloto de barcos”, un “cordelero y constructor de velas de barcos”, un comerciante y, por último, un catalán que tenía “cordonería y almacén de lonas”. Si bien en los expedientes encontramos cinco americanos procesados, lo son por acompañar pasivamente, festejando los dichos y las actitudes del principal acusado, siempre español europeo.

Acorde a las ocupaciones de los protagonistas, los lugares donde transcurrían las historias eran espacios en los que se vivía una sociabilidad típicamente popular: la calle, la pulpería y el lugar de trabajo (que en varias ocasiones era, además, la “casa” de alguno de los participantes) eran los ámbitos privilegiados para la palabra sospechosa y para la conversación constante entre vecinos que es la que hace correr el rumor —que finalmente llegará a oídos de las autoridades cuando alguien se adviene a hacer una denuncia formal—. Es así como Jaime Salas, dedicado a la marinería, de visita en el taller del maestro zapatero Alois —“en conversaciones”— emitió ciertas opiniones políticas frente “al maestro, su criado Tomás, el pardo Fermín, esclavo del Doctor Escarranea, un aprendiz, Mariano Serrano [esclavo de Don José Riera] y dos negros bozales que a la sazón se hallaban trabajando en la dicha zapatería”, las que le valdrían una denuncia por “contrario al sistema” por parte del esclavo del maestro zapatero, también presente.<sup>26</sup>

Un cabo de patricios oyó expresiones contra el gobierno por parte del pulpero Buceta en una noche de abril cuando se hallaba en la pulpería de este último “acompañado de Lorenzo el Correntino con quien a la sazón estaba conversando”, a la que asistían además “otros más

individuos que estaban jugando a los naipes”.<sup>27</sup> José Fernández, por su parte, oyó una conversación sospechosa del catalán Joseph Tejedor con otros “dos Europeos que no conoció” cuando pasaba por la esquina de una tienda de lonas, propiedad de otro catalán.<sup>28</sup>

En los procesos ningún papel escrito forma parte de la evidencia. En un mundo donde sólo una minoría sabía leer y escribir (al menos con solvencia), la oralidad dominaba las comunicaciones entre los individuos. Y, como vimos, todas las acusaciones están basadas en palabras oídas por los denunciantes. Éstas, dichas en un descuido o confiando en la reserva del /los interlocutor/es, eran dirigidas a amigos o vecinos en momentos ordinarios de la vida diaria: tomando mate, cenando con amigos, conversando en la puerta de su casa, despachando en una tienda o “casualmente de visita” “para comentar los temas del día”. Aparentemente, hacia 1811 —y luego de varios años de intensa vida política en Buenos Aires— la política había entrado en la vida cotidiana de los habitantes porteños. Muchos opinaban y otros aprovechaban las disposiciones del gobierno para hacer pasar un mal rato a un vecino desagradable, para brindar un servicio a la patria o ambas cosas a la vez.

Sin embargo, no todas las palabras tenían el mismo valor para el Tribunal. Para llegar a una resolución era fundamental tener en claro quiénes eran los que habían hablado. El comportamiento cotidiano de los denunciantes y los acusados y, más aún —en una sociedad con fuertes rasgos estamentales—, la *calidad* eran fundamentales para dar crédito a las palabras de cada uno.

Es así como José Chacón (hortelano y

andaluz) y don Juan Ramos fueron liberados porque —además de ser el primero “un anciano ridículo” y el segundo “sobre ser Americano es uno de los que concurrió con su voto a la instalación del presente Gobierno en el congreso del 25 de Mayo”— sus denunciantes no eran, a los ojos del Tribunal, dignos de ser creídos: “El delito porque son ambos procesados se fija en las declaraciones de la parda Micaela Rojas y el moreno Domingo Navas, su conchabado; pero [se] observa que no se puede formar por ella un concepto acabado aunque se adelanten los trámites; la Micaela fue la denunciante y por lo mismo no es buen testigo de su denuncia; *lo mismo que su doméstico son pobres y viles [...] uno y otro no merecen aprecio por otros principios*”.<sup>29</sup>

Los prejuicios de la sociedad colonial están presentes en este párrafo. Si bien había otros motivos para decretar la libertad de los acusados (lo inverosímil de lo denunciado, por ejemplo),<sup>30</sup> lo decisivo fue que la denunciante y el testigo pertenecían a las castas. Sus dichos valían menos que lo afirmado por una tercera testigo, “la cordobesa María Rosa”, favorable a Chacón y Ramos, dueña de la casa donde habitaban y presumiblemente *española* (americana).

Por el contrario, el Tribunal procedió a la detención de Joseph Tejedor (aunque más tarde fue dejado en libertad) porque la información de las actividades sospechosas de éste llegó por “conducto de una persona de respeto” (lamentablemente, no se aclara en el expediente quién fue esa persona).

Por el mismo motivo, fueron detenidos el catalán Joseph Casanovas (“de oficio cordelero” y “contrario al sistema del día”), su mujer y su hija: fueron varias testigos, todas “doñas” y “veci-

nas”,<sup>31</sup> las que relataron con detalle cómo se burlaban públicamente de los festejos de la ciudad con motivo del aniversario de la revolución y de los integrantes del Regimiento de Patricios.

En una sociedad donde la reputación —o el honor— era indispensable para quien desease mantenerse en el nivel de sus conciudadanos, lo que el vecindario opinaba de los involucrados en el proceso era lo que definía la suerte de los acusados, en gran medida. Fue el barrio también el que intervino en la suerte del pulpero Buceta, pues hacía años que era conocido por el vecindario y pudo presentar varios testigos —e incluso al alcalde de barrio— para que declarasen a favor de su inocencia. Ninguno había presenciado las acciones por las cuales estaba encarcelado el pulpero, pero todos daban fe de su buen comportamiento. Frente a los dichos del vecindario, la veracidad de las palabras del acusador (“correntino” y “analfabeto”) quedó teñida de sospecha. Finalmente, el Tribunal desechó los cargos por falta de pruebas.<sup>32</sup>

Frente al ímpetu de las acusaciones, los funcionarios judiciales parecen poco dispuestos a dejarse llevar por los arrebatos de la política (o de los resentimientos personales). En los procesos se observa un cuidado estricto de las formas y la búsqueda de equidad. Es así como, de los nueve que analizamos en este trabajo, en cuatro se resolvió dejar a los reos en libertad; lamentablemente, los restantes están inconclusos.

Pero acaso esta benevolencia hacia los acusados no se deba solamente a un apego a las formas judiciales. Sabemos que el gobierno revolucionario fue muy ambivalente en su trato hacia los peninsulares. Durante los primeros tiempos,

la Junta fue reticente a llevar a cabo medidas duras contra los españoles nacidos en España. Cuando lo hizo (como en diciembre de 1810, cuando decretó la prohibición de que los españoles europeos ocupasen las vacantes en la administración estatal o como en marzo siguiente cuando –por la creciente amenaza realista– resolvió desterrar a todos los peninsulares solteros) recibió gran resistencia por parte de la elite de Buenos Aires, por lo que la Junta (constituida por hombres que formaban parte de esa elite) debió dejar de lado las medidas. Redes familiares y negocios unían a españoles americanos y a españoles europeos y eran pocas las familias importantes de Buenos Aires que no contaban con ningún peninsular entre sus miembros. Por esta razón, pocos adherían a una política de abierta hostilidad frente a los peninsulares y mantenían hacia ellos una actitud ambivalente y hasta complaciente, que contrastaba con la de rechazo y hostilidad sostenida por gran parte de los porteños pobres.<sup>33</sup>

### Las causas de una antipatía

Sin duda, la enemistad personal formaba parte de las motivaciones para realizar una denuncia. Es así como –según observó Miguel de Villegas, asesor del Tribunal– la parda Micaela Rojas mantenía una abierta antipatía hacia los hombres que ella había acusado puesto que “ha privadamente manifestado mucho empeño en el castigo de los acusados; sin querer sin embargo se diera a estos su nombre”.<sup>34</sup>

Por su parte, el correntino Lorenzo Torres, quien acusó al pulpero Buceta de

haber dicho que “se cagaba en la junta de Buenos Aires”, estaba molesto con el pulpero “por haberle cobrado 22 reales que le debía”.<sup>35</sup>

El acto de denunciar era también una acción política. Por un lado, la causa revolucionaria era percibida como propia por todo el pueblo de Buenos Aires; denunciando se demostraba la fidelidad a la Patria y se servía a la revolución. Por otro, la voluntad de denunciar nos indica confianza en el gobierno y la presunción de que éste sería equitativo. En este sentido, aunque seguramente con el ánimo de endulzar los oídos del Tribunal, los dichos de Manuel Vega son muy significativos. Oyó decir a otro paisano que “jamás se había visto esta tierra más bien gobernada que ahora, pues no valía dinero ni empeños, que lo mismo pagaba el delito el rico que el pobre”.<sup>36</sup>

Por último, denunciar fue una acción casi estrictamente popular (ya hemos visto que la totalidad de los acusadores pertenecían a las clases populares porteñas). ¿Por qué?

Uno de los motivos puede haber sido la abierta oposición que desde el comienzo de la revolución gran parte de los españoles europeos mostró al nuevo régimen. Esta hostilidad no se suscribía solamente a los “mandones” (miembros de la alta burocracia) prontamente expulsados de sus cargos y enviados a España, sino que –como lo señalaba extrañado un corresponsal de *La Gaceta* (devenida en órgano de propaganda del gobierno)–, “lo singular es que el comerciante, el artesano, el jornalero, desplieguen un odio implacable contra la causa de la patria”.<sup>37</sup>

Son múltiples las razones por las que los españoles se oponían al régimen revolucionario. Por un lado, sin duda, la hos-

tilidad que hacia ellos desplegaba buena parte del pueblo de Buenos Aires –que ahora encontraba un espacio más propicio para manifestarse– debe haber sido de suma importancia. Ya el 26 de mayo de 1810 un bando del Cabildo mandaba a castigar a quien “concurra a la división entre españoles europeos y españoles americanos”,<sup>38</sup> en obvia alusión a las agresiones que sufrían los primeros.

Por otro lado, la revolución inauguró una etapa de penuria económica, en especial para los que se dedicaban al comercio de larga distancia, rubro dominado por hombres de origen español europeo. La ruina del comercio no sólo afectaba a los grandes comerciantes sino a una multitud de modestos clientes, habilitados y dependientes quienes –a partir de lazos de paisanaje– tenían vinculaciones comerciales con ellos.

La actitud hostil que ellos mantenían hacia la revolución debe haber sido una causa importante en la afluencia de un fuerte sentimiento antiespañol. Sin embargo, esta evidencia no es suficiente para justificarlo. Para arribar a una mejor explicación, debemos prestar atención a un aspecto clave: la percepción que los pobres de Buenos Aires tenían de los españoles europeos.

Es significativo que, junto a “sarracenos”, los peninsulares eran identificados con el mote de “godos”. Según el *Diccionario* de la Real Academia Española de 1803, “godo” significaba “rico o principal”. Ésta parece haber sido la imagen que predominaba de ellos.

Los peninsulares dominaban la alta burocracia (los miembros de la Audiencia, por ejemplo, siempre fueron españoles europeos) y el comercio de ultramar, la actividad económica más pujante y prestigiosa durante la colonia.<sup>39</sup> Pero, como

señalamos, la mayoría de los inmigrantes españoles durante la colonia se mantuvieron muy lejos de los círculos más importantes de la burocracia o de la elite mercantil porteña. Empero, en ciertos aspectos se diferenciaban del resto de las clases populares de Buenos Aires.

Para empezar, según el análisis de la estructura poblacional de Buenos Aires realizado por César García Belsunce y equipo, en 1810 habitaban en la ciudad 14.663 hombres, de los cuales apenas 2.167 eran españoles europeos. Si bien apenas representaban el 7% de la población, en ciertas actividades los españoles europeos predominaban en forma absoluta.

En primer lugar, los peninsulares no sólo dominaban el comercio mayorista sino también el minorista, por lo cual fueron identificados esencialmente como comerciantes por los habitantes de Buenos Aires. Según podemos apreciar de las cifras del censo de 1810, los españoles europeos constituían el 65% de los pulperos, el 52% de los almaceneros y el 64% de los tenderos.<sup>40</sup>

Mientras que los primeros, en tanto integrantes de los grupos sociales más poderosos, mantenían una relación distante con las clases populares, tenderos, pulperos, almaceneros y mercachifles sostenían una relación directa y cotidiana con los porteños pobres. Especialmente, la figura del pulpero ocupaba un lugar de referencia en el vecindario. Su negocio era el lugar de reunión de los parroquianos, en el que se adquirían alimentos, bebidas y muchos de los utensilios necesarios para la vida diaria. También era el que daba crédito a quienes estaban en apuros económicos. Asimismo, se interesaba en cobrar sus deudas y no dudaba en

dejar de fiar mercadería a aquellos que no le pagaban lo adeudado.<sup>41</sup> La discusión que el zapatero Carlos Vilchez y el almacenero Juan Almacener<sup>42</sup> (catalán) sostuvieron en 1790 es muy ilustrativa. El zapatero declaró que “el domingo catorce de este mes a la noche fue al almacén de vino de un Catalán llamado Juan cuyo apellido ignora [...] a pagarle un real que le había fiado, en ajíes encurtidos y sardinas dejándole en prenda una horma de zapatos, y habiéndoselo pagado la volvió a dejar empeñada en otro real que le compró de vino y diciéndole por último al dicho catalán que le fiase un cuartillo más de sardinas y ajíes, no se lo quiso dar”.<sup>43</sup>

El catalán y el zapatero comenzaron entonces a discutir, por lo que el primero le sacó el sombrero al segundo y luego le pegó con un palo. Según un sargento (que también tenía los bienes embargados), el zapatero huyendo de los golpes salió a la calle y allí “volvió a insultar al Catalán con palabras sucias y diciéndole que mejor se fuese a España a hacer vida con su mujer”.<sup>44</sup>

Un año antes una trifulca similar se había dado entre el pulpero gallego don Juan Carnero, Ignacio López –su dependiente–, un mulato zapatero llamado Joseph Vega y un carpintero amigo de este último.<sup>45</sup> Cuando el zapatero se dirigió a la pulpería de Carnero a empeñar en 6 reales dos pañuelos, “uno de seda encarnado y otro de hilo blanco”, el dependiente de la pulpería se negó aduciendo que no tenía dinero. El mulato, muy enojado, le espetó que “el era más hombre de bien que cualquier español de mierda”<sup>46</sup> e inmediatamente comenzaron los golpes. Aunque no todas llegaban a los estrados judiciales, historias como éstas deben haber sido comunes en la ciudad.

El lugar de prestamistas y acreedores que tenían estos pequeños comerciantes al menudeo creaba mucho resentimiento entre sus clientes. No es casual que el pulpero Buceta, días antes de ser acusado “por contrario al sistema del día”, había cobrado una deuda al cabo de Patricios que lo denunció por hablar mal del gobierno.

Asimismo, las pulperías eran habilitadas por el Cabildo siempre y cuando los pulperos lograran mantener sus locales en orden. Así, los pulperos eran los encargados de evitar los juegos prohibidos, las riñas y las discusiones, y solían echar de sus locales a los parroquianos que habían bebido demasiado. De esta forma, se los identificaba con los intereses de las autoridades porteñas, las que procuraban censurar este tipo de facetas de la sociabilidad popular.<sup>47</sup>

En suma, la figura del pulpero –fuertemente asociada los peninsulares– ocupaba un lugar central y sensible en la vida cotidiana de los porteños pobres, lo que debe haber ayudado mucho a la construcción de un sentimiento de rencor contra los españoles. Y este sentimiento podía ser explotado políticamente por parte de los que estaban a favor de la separación con la metrópoli. En una “Proclama sediciosa de Buenos Aires” de 1809 (aludiendo al golpe intentado por el Cabildo el 1 de enero) podemos leer: “Americanos: El día 1 de enero estuvimos para ser sacrificados por el orgullo y ambición de cuatro infelices europeos que a nuestros ojos se han formado del polvo de la nada. Éstos hombres sin talentos y sin más principios que los que se adquieren detrás de un mostrador en veinte o treinta años de un continuo ejercicio de comprar y vender al menudo, se atrevieron a querer darnos leyes...”.<sup>48</sup>

La imagen negativa de los pulperos y almaceneros como “codiciosos comerciantes al menudeo y poco generosos acreedores”<sup>49</sup> se asoció con la de los inmigrantes españoles en general. En tal sentido, en un sainete gauchesco anónimo de 1818, titulado *La acción de Maipú*, escrito para resaltar el desempeño del ejército de José de San Martín, el personaje que representa al español es un “gallego” que tiene una pulpería. En la obra éste se muestra poco generoso con sus clientes (se niega a vender después de hora) y molesto por el triunfo del ejército patriota. “¡La perra digo en el hombre / Gallego había de ser! / No quiso abrirme la puerta / Ya no me quería vender / Le dije la noticia / Y quedó tan asustado / Que mire, por una cuarta / Quasi el chifle me ha llenado”.<sup>50</sup>

Los inmigrantes españoles también eran numerosos entre los artesanos de la Buenos Aires tardocolonial, aunque constituían una minoría entre la población artesana y eran ampliamente superados por los nacidos en el Río de la Plata.<sup>51</sup> La gran mayoría de ellos eran maestros debido a que las relaciones de paisanaje con las que contaban les permitían acceder al crédito suficiente para poner un taller. Este rasgo los diferenciaba de sus pares americanos, entre los que predominaban los oficiales y aprendices quienes, seguramente, aspiraban a ser maestros pero sus pobres recursos no se los permitían.<sup>52</sup> No es difícil imaginar la antipatía que generaría el hecho de que un recién llegado, gracias a sus conexiones con comerciantes ricos generadas por lazos de paisanaje, se instalase como maestro artesano cuando gran parte de los nacidos en el Río de la Plata jamás podría acceder a este puesto.

Los inmigrantes españoles no sólo se diferenciaban del resto de los integran-

tes de las clases populares porteñas por su particular lugar en la estructura ocupacional de la ciudad sino también por su nacimiento. La sociedad colonial era fuertemente jerárquica y se ordenaba en torno al principio hispanocéntrico según el cual cuanto más español fuera uno, en cualquier sentido, más alta sería su posición social. Los hombres nacidos en España tenían la ventaja de poder acreditar su “limpieza de sangre”, privilegio al que pocos de los españoles nacidos en América podían acceder, en especial, los pobres.

Esta situación otorgaba a los peninsulares, aun a aquellos que no tenían riquezas, un lugar preferencial en el mercado matrimonial. Así lo hacía notar un funcionario colonial en la década de 1770: “A cualquier chácara que llegue [el inmigrante] le obsequian con cariño franqueándole con liberalidad cuanto tienen en sus casas [...] dándose el Chacarero dichoso de tenerlo en su compañía, y con particularidad las mujeres que le tienen singular afición”.<sup>53</sup>

Los peninsulares pobres eran mejor vistos como candidatos para el matrimonio que sus pares americanos, puesto que aseguraban a las mujeres pobres pero “decentes” una descendencia libre de sospechas de mestizaje y permitían a las indias, mestizas o mujeres con antepasados africanos ascender en la escala social a través del blanqueamiento de sus personas y de sus hijos fruto del matrimonio. Asimismo, su acentuada tendencia a dedicarse al comercio los hacía apetecibles para el matrimonio puesto que ésta era una ocupación considerada “honorable” y con perspectivas de enriquecimiento.<sup>54</sup>

Al respecto, los versos de un sainete gauchesco escrito en 1780 son ilustrati-

vos. En la historia, un “hombre de España” pretende a Chepa, la humilde hija de un “estanciero”, para el matrimonio. La madre y la hija se encuentran muy entusiastas con el posible enlace: “Por fin es hombre de España [quien pretende a Chepa] / trae cosas que vender / de cintas y lencería / cierto a mí me ha parecido / hombre de buenas partidas. [...] Visarro a las maravillas / trae su buena Guitarra / Sintas, pañuelos y Evillas / Tiene su recaó nuevo / con cabezadas de plata / Mandil y Estribos de bronce / que es lo que a Chepa le mata”.<sup>55</sup>

Incluso las mujeres siguieron prefiriendo a los españoles europeos aun luego de la revolución. Unos versos anónimos escritos en 1814, cuando los marinos peninsulares derrotados en Montevideo fueron trasladados a Buenos Aires en calidad de prisioneros, da cuenta de la afición que las mujeres porteñas tenían por ellos y de la irritación que esto provocaba entre los americanos: “Apenas desembarcaron / los prisioneros *marinos* / Con afectos los más finos / Ellas los cumplimentaron / [...] / No quieren Adanes criollos / Y los españoles pollos / Aprovechan el prurito; / ¡Válgame Dios!, ¿No hay banquito? / ¿No hay mariquitas? ¿No hay rollos?”.<sup>56</sup>

Asimismo, los peninsulares pobres mantenían una relación preferencial con los poderes estatales coloniales, especialmente con la Justicia. Las leyes españolas discriminaban los castigos según la “calidad” de los acusados, lo que permitía a los peninsulares condenados por algún delito grave eludir las penas accesorias de azotes, tormentos y la vergüenza pública. Estas penas eran consideradas viles y humillantes, por lo que los “españoles” (americanos y europeos) estaban eximidos de ellas. Pero la

Justicia no era equitativa: un estudio realizado sobre los procesos de homicidios llevados a cabo durante la etapa virreinal en la ciudad de Buenos Aires demuestra que a más de la mitad de los blancos americanos condenados por homicidio les fueron impuestas las penas accesorias, pero ningún español europeo sufrió ese castigo.<sup>57</sup> Probablemente esta diferencia se deba a que pocos españoles americanos podían efectivamente probar su “limpieza de sangre”, lo que permitía a los jueces dudar de su origen “español” y castigarlos con penas establecidas para los indios, los negros y las personas de las castas.

Además, muchos peninsulares tenían una relación preferencial con quienes cumplían la función de policía en la ciudad de Buenos Aires. Esta función recaía fundamentalmente en el Cabildo y sus auxiliares, los alcaldes. Pero también ejercía funciones policiales el personal militar con asiento en la ciudad.<sup>58</sup> La enorme mayoría de éstos era de origen peninsular y es frecuente hallar en las fuentes judiciales referencias a los lazos de paisanaje que los unían con el resto de los peninsulares que habitaban en Buenos Aires.<sup>59</sup> En la documentación se observa cómo los peninsulares que eran víctimas de algún delito acudían a sus paisanos militares para que se investigara el hecho o se procediera a la detención de los sospechosos. En estos casos, seguramente, el celo de las partidas militares en encontrar a los culpables era más intenso que cuando se trataba de ayudar a otros damnificados. Todas estas cuestiones no pasaban desapercibidas a los ojos del resto de los porteños pobres y contribuían a la creación de la imagen de los españoles europeos como identificados con las autoridades locales.

¿Cómo se veían a sí mismos y cómo consideraban a los nativos del Río de la Plata los peninsulares pobres? La afirmación del capitán Juan Francisco de Aguirre acerca de que “los españoles de Europa, cuando están en estas regiones todos saben que no son nada indulgentes en ridiculizarlas” es indicativa de que los peninsulares no solían ser muy benignos en sus opiniones.<sup>60</sup>

Seguramente, gran parte de ellos se suponían diferentes y superiores a los americanos. Habían venido de Europa, aspiraban al ascenso social y muchos se sentían incómodos compartiendo la misma vida modesta con la mayoría de los habitantes de la ciudad.

Marcos Vaz, pulpero, en 1785 se enfrentó en una causa judicial contra el alcalde de su barrio. En sus declaraciones se puede observar qué opinión tenía de sí mismo: “Mi proceder [ha sido] ajustado y bien opinada mi conducta universalmente; con el aditamento de mi limpio nacimiento y entroncamiento con un religioso visible de utilidad al público y empleado del lector y precepto en el Real Convictorio del Montserrat de Córdoba y también un no menor que Señor ministro de la Real Audiencia de Charcas. Este es el señor Don Lorenzo Blanco Biberón, primo segundo mío; y aquel R.P. Fr. Nicolás Vaz, hermano carnal y entero”.<sup>61</sup>

Sin embargo, a pesar de sus ilustres vinculaciones, él era un simple almacenero. No obstante, no perdió la oportunidad de señalar que ese “ejercicio no oscurece mi natural nobleza y buen proceder” y se quejó del arbitrario comportamiento del alcalde de barrio (que lo había encarcelado por una discusión que había mantenido con su esposa), que consideraba absolutamente reprochable incluso si él “hubiese sido de humilde clase y esfera

plebeya” pero más incomprensible aún puesto que el alcalde sabía “de mi Patrio suelo y bien que era yo un noble blanco”.<sup>62</sup>

No hemos encontrado otros testimonios similares; empero, expresiones como éstas tal vez no fueron muy infrecuentes entre inmigrantes que creían debían tener un mejor lugar en la ciudad que habían elegido como un destino para *hacer fortuna*. Tampoco creemos que muchos españoles hayan tenido parientes importantes como los de Vaz, pero sí muchos contaban con la ayuda de las relaciones de paisanaje para forjarse un mejor destino.

Con “relaciones de paisanaje” nos referimos a una amplia gama de relaciones interpersonales que ligaba a los “paisanos” a través del lugar común de nacimiento. Éstas iban desde las más cercanas (entre primos o personas provenientes del mismo pueblo) a las más amplias (que ligaban a personas provenientes de una misma región). Este tipo de relaciones fueron importantes para los inmigrantes y brindaban mejores oportunidades de inserción exitosa a quienes podían utilizarlas. Tener un primo con tienda o pulpería podía equivaler a la certeza de encontrar pronto una ocupación para un recién llegado; una carta enviada desde España dirigida a algún paisano influyente podía devenir un pequeño puesto en la burocracia o conseguir una “habilitación de mercancías” para comenzar una carrera comercial. La imagen de que los españoles formaban fuertes relaciones de paisanaje, se protegían entre ellos y favorecían a sus compatriotas subyace en estos versos anónimos aparecidos después de la batalla de Ayacucho, que puso fin a la presencia de los ejércitos realistas en

América del Sur: “Un almacenero: Yo vine de marinero / Y en el mismísimo día, / Un paisano a porfía / Me emboca Moza y dinero: / A poco fui almacenero / A mis sobrinos llamé / Y á ninguno habilité / Que no fuese paisano / Pues a todo americano / con el corazón odié”.<sup>63</sup>

Estos versos, que no sabemos si fueron escritos en el Río de la Plata pero sí que circularon allí profusamente, reflejan una imagen estereotipada del inmigrante español construida (como todos los estereotipos) a través de la exageración de uno o varios rasgos de la vida de los peninsulares de América. No todos los inmigrantes contaban con relaciones de paisanaje que les permitiesen ese éxito con los negocios; muchos jamás lograron salir de la pobreza con la que habían llegado.

Sin embargo, nos arriesgamos a afirmar que la gran mayoría se sentía simbólicamente unida con sus paisanos de cualquier condición, incluyendo a aquellos que se encontraban en los mejores lugares de la sociedad. La identificación de los inmigrantes españoles pobres con los españoles “ricos y principales” de la ciudad, creada a través de la invocación a una misma patria de pertenencia, debe haber sido tanto una construcción de los propios inmigrantes como una imagen creada por el resto de los habitantes. Aunque de forma más vaga que el gallego Vaz, el catalán Jaime Salas se ocupó de señalar sus vinculaciones con personas notables de la ciudad. Cuando declaró frente al Tribunal de Seguridad Pública (acusado entre otras cosas de hablar mal de la Junta), afirmó que él deseaba el mejor éxito para el gobierno “por tener un Paisano en la excelentísima Junta como por suponerse de esta América por el dilatado tiempo de diez y

siete años, donde ha proporcionado los medios de su subsistencia”.<sup>64</sup>

Veinte años antes, María Susana Cremer dijo haberse casado con Antonio Herrera (soldado, luego marinero y más tarde trajinante) porque éste le había hecho creer que “era pariente de las personas más condecoradas de este gobierno”.<sup>65</sup> No podemos saber si efectivamente María Susana fue engañada por su marido (de hecho Herrera no estaba vinculado a ningún personaje importante) o si esta afirmación era una mentira para justificar una elección matrimonial que había resultado desastrosa. Empero, para nosotros es significativo que haya sido utilizada como un argumento verosímil: posiblemente la idea de que los españoles europeos estaban vinculados con las “personas más condecoradas” haya sido común. Idea estereotipada al fin, pero constitutiva de la imagen con la que ellos eran percibidos por la sociedad porteña (y rioplatense).

## Conclusiones

A partir de la Revolución de Mayo de 1810, las tensiones que en la sociedad tardocolonial enfrentaban a porteños y españoles pobres se mostraron con particular intensidad. Si bien no podemos afirmar que tales tensiones constituyan una de las causas principales que explican los acontecimientos de Mayo, sí es claro que el juego político inaugurado por la revolución legitimó y creó espacios formales (e informales) para que los hombres y las mujeres de las clases populares de la ciudad manifestasen su hostilidad hacia los peninsulares de cualquier condición socioeconómica. Esta conflictividad, que se manifestó de varia-

das formas, se observa especialmente en los procesos iniciados por el Tribunal de Seguridad Pública durante 1811, dado que éste fue un ámbito formal creado para la persecución de personas “contrarias a la revolución” al que acudieron los porteños para denunciar a españoles europeos.

La animosidad de las clases populares porteñas hacia los peninsulares contrasta con la actitud conciliadora y contraria al enfrentamiento entre españoles y americanos sostenida por la elite revolucionaria, que mantuvo durante los primeros meses posteriores a la revolución la esperanza de captar a los peninsulares no desafectos al nuevo sistema. La persistente oposición de un nutrido número de españoles europeos a la causa revolucionaria, los peligros de la guerra y sobre todo la conspiración liderada por Martín de Álzaga en 1812 obligaron al gobierno revolucionario a endurecer la represión hacia los peninsulares, la que en el momento más álgido incluyó el fusilamiento de los cabecillas de la frustrada revuelta. Sin embargo, en qué medida las numerosas disposiciones emitidas por el gobierno contra los peninsulares durante la década de 1810 (destierros, confiscaciones, prohibición de contraer matrimonio, etc.) se tradujeron en una real práctica persecutoria que afectó a la totalidad del grupo español no ha sido aún estudiado en profundidad por la historiografía.

Las raíces de la gran hostilidad manifestada por las clases populares hacia los inmigrantes españoles se pueden explicar por el singular espacio social que éstos ocupaban durante la colonia. En la sociedad tardocolonial rioplatense los peninsulares pobres estaban identificados con los representantes del poder

estatal y con los grupos económicamente poderosos del virreinato por el origen común de nacimiento. Asimismo, compartían las tareas y los ámbitos de sociabilidad con el resto de los integrantes de las clases populares, pero dominaban las ocupaciones más prestigiosas, las que permitían los mejores ingresos y desde las cuales establecían relaciones de subordinación con otros miembros de las clases bajas rioplatenses. Tanto el lugar de nacimiento como el sitio que ocupaban en la estructura socioocupacional les otorgaba indudables ventajas frente a los americanos de similar condición socioeconómica en el mercado matrimonial. Todas estas características hacían de los peninsulares pobres un grupo diferenciado dentro de las clases populares rioplatenses, en torno al cual se fueron tejiendo resentimientos que explican, en gran medida, la particular animosidad manifestada hacia ellos por parte de las clases populares porteñas una vez iniciada la revolución en 1810.

## Notas

<sup>1</sup> El total de habitantes consignados en el censo es de 32.279 personas. Véase C. García Belsunce, *Buenos Aires. Su gente*, Buenos Aires, 1976, p. 68.

<sup>2</sup> Las características de la inmigración de peninsulares pobres durante los últimos años coloniales fueron analizadas en mi tesis doctoral “En la búsqueda de mejor fortuna: los inmigrantes peninsulares pobres y las clases populares en el Buenos Aires tardocolonial”, Universidad de Buenos Aires, 2007.

<sup>3</sup> Véase T. Halperín Donghi, *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002 (1972).

<sup>4</sup> G. Di Meglio, *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución y el rosismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2007. También del mismo autor, “Un nuevo actor para un nuevo escenario. La participación política de la plebe urbana de Buenos Aires en la década de la Revolución (1810-1820)”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, N° 24, Buenos Aires, 2001, pp. 7-43.

<sup>5</sup> Véase H.R. Galmarini, “Los españoles de Buenos Aires: la suerte de una minoría desposeída del poder”, *Revista de Indias*, vol. XLVI, N° 178, 1986; “La situación de los comerciantes españoles de Buenos Aires después de 1810”, *Revista de Indias*, vol. XLIV, N° 173, 1984; “Los fantasmales españoles de Buenos Aires”, *Todo es Historia*, N° 198, noviembre de 1983.

<sup>6</sup> Véase H. Vogel, “New Citizens for a New Nation: Naturalization in Early Independent Argentina”, *Hispanic American Historical Review*, N° 71, 1991.

<sup>7</sup> Véase E. Heredia, *Los vencidos. Un estudio sobre los realistas en la guerra de la independencia*, Universidad Nacional de Córdoba, 1997.

<sup>8</sup> Consideramos aquí “clases populares” a los grupos sociales que no integraban la élite comercial-burocrática virreinal. Esta clasificación alude a una heterogénea realidad socioeconómica y racial que incluía a grupos “medios” y a los sectores más pobres y marginales de la ciudad.

<sup>9</sup> Todos los expedientes que analizaremos aquí fueron extraídos de la sala X del Archivo General de la Nación (AGN) en Criminales, 27.4.2: “Autos seguidos contra Don Jaime Salas, Catalán, por contrario al nuestro actual gobierno”, “Autos Criminales contra Manuel Buceta, José Mateo Samaniego, Martín Camargo, Pedro Pérez y José Ignacio Martínez por expresiones escandalosas y desacatadas que profirió el primero y festejaron los demás contra el superior gobierno”, “Autos criminales contra el Catalán Joseph Tejedor, de oficio

cordonero, por sospechoso al superior gobierno”, “Autos seguidos de oficio contra José Chacón (alias Flor de Mayo) y Don Juan Ramos por contrarios al sistema del día”, “Autos seguidos contra Don Alejandro Martínez y contra Don Diego Fernández por sospechosos al superior gobierno”, “Autos seguidos contra Manuel Rivas, Gallego, por excesos que ha cometido” y “Autos criminales contra Joseph Casanovas, su mujer y Leonarda, muchacha que han criado por contrarios al sistema del día”. En el legajo Gobierno 6.6.10 se hallan dos procesos más sin título: uno contra Juan Barbieri y el otro contra Juan Boado.

<sup>10</sup> De la circular de la Junta a los Cabildos del interior informando sobre los sucesos del 5 y el 6 de abril. En *Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la Historia Argentina*, t. XIX, primera parte, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1968.

<sup>11</sup> Los acontecimientos del 5 y 6 de abril de 1811 y la participación popular en los mismos fueron detalladamente estudiados por Gabriel Di Meglio, *¡Viva el bajo pueblo!...*, trabajo en el que nos basamos en este apartado.

<sup>12</sup> En el petitorio presentado al Cabildo figuran la firma de los alcaldes de barrio de los cuarteles 6, 8, 15, 17 y 19 (del ordenamiento de 1794). Menos el 8 –que era céntrico–, el resto pertenecía a zonas periféricas y en ellos había quintas en las que se practicaba la agricultura. Buena parte de los habitantes de esos barrios debe haber usado cotidianamente la típica vestimenta pampeana.

<sup>13</sup> Menos el Regimiento La Estrella, cuyos comandantes pertenecían al bando *morenista*.

<sup>14</sup> G. Di Meglio, *¡Viva el bajo pueblo!*, p. 98.

<sup>15</sup> *La Gaceta de Buenos Aires*, lunes 15 de abril de 1811.

<sup>16</sup> T. Halperín Donghi, *Revolución y guerra...*

<sup>17</sup> El resto del petitorio incluía la exigencia de la expulsión y destierro de los diputados *morenistas* de la Junta de Gobierno y de los

comandantes de los cuerpos no afectos a Cornelio Saavedra, el sumario contra Manuel Belgrano derrotado en Paraguay y la imposición de contribuciones pecuniarias a los españoles europeos, entre otras cosas.

<sup>18</sup> Véanse J.M. Beruti, *Memorias curiosas*, Buenos Aires, Emecé, 2001; I. Núñez, “Noticias históricas de la República Argentina”, en *Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la historia argentina*, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960.

<sup>19</sup> R. Levene, *Historia del derecho argentino*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1945, t. IV, pp. 120-121; “El 5 y 6 de abril de 1811 y sus consecuencias nacionales”, en Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1941, vol. V, p. 352.

<sup>20</sup> *La Gaceta de Buenos Aires*, 9 de agosto de 1810; citado por H. Galmarini, “La situación de los comerciantes...”, p. 274.

<sup>21</sup> Véase P. González Bernaldo, “La Revolución Francesa y la emergencia de nuevas prácticas de la política: la irrupción de la sociabilidad política en el Río de la Plata revolucionario (1810-1815)”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, N° 3, 1991, pp. 7-27.

<sup>22</sup> Ídem, p. 19.

<sup>23</sup> Véase R. Levene, *Historia del derecho...*, pp.121-122.

<sup>24</sup> AGN, X, Gobierno, 6610.

<sup>25</sup> El mote de “doña” estaba más extendido entre las clases populares para las mujeres que su equivalente “don” para los hombres.

<sup>26</sup> AGN, X, 27.4.2. “Autos seguidos contra Don Jaime Salas, catalán...”.

<sup>27</sup> AGN, X, 27.4.2. “Autos seguidos contra Manuel Buceta...”.

<sup>28</sup> AGN, X, 27.4.2, “Autos criminales contra el Catalán Joseph Tejedor...”.

<sup>29</sup> AGN, X 27.4.2. “Autos seguidos de oficio contra José Chacón...”.

<sup>30</sup> Entre las acusaciones que la parda Micaela Rojas hizo contra el hortelano Flor de Mayo estaban la de formar parte de una conspiración con “los marinos de Montevideo” para invadir la ciudad de Buenos Aires el 25 de mayo de 1811 y saquear la chacra de Saavedra, la de mantener correspondencia con el gobernador de Montevideo y la de burlarse de las victorias del ejército patriota.

<sup>31</sup> Sin embargo, por estos calificativos no debemos deducir que no pertenecían a las clases populares porteñas, puesto que todas eran vecinas del “Alto de San Pedro”, barrio de artesanos y de los más pobres de la ciudad. AGN, X 27.4.2, “Autos seguidos contra Joseph Casanovas, su mujer y Leonarda...”.

<sup>32</sup> AGN, X, 27.4.2, “Autos criminales contra Miguel Buceta...”.

<sup>33</sup> Véase T. Halperín Donghi, *Revolución y guerra...*, pp. 181-183; H.R. Galmarini, “Los españoles de Buenos Aires después de la Revolución...” y “La situación de los comerciantes...”, pp. 276-277.

<sup>34</sup> AGN, X, 27.4.2, “Autos seguidos contra José Chacón...”.

<sup>35</sup> AGN, X, 27.4.2, “Autos criminales contra Manuel Buceta...”.

<sup>36</sup> AGN, X, 27.4.2, “Autos criminales contra Manuel Buceta...”.

<sup>37</sup> *La Gaceta*, 15 de octubre de 1810; citado por T. Halperín Donghi, *Revolución y guerra*, p. 180.

<sup>38</sup> Citado por T. Halperín Donghi, *Revolución y guerra*, pp. 181.

<sup>39</sup> Véase S. Socolow, *The Bureaucrats of Buenos Aires: 1769-1810: Amor al Real Servicio*, Durham, Duke University Press, 1987; *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal. Familia y comercio*, Buenos Aires, De la Flor, 1991. El estudio de esta autora sobre los comerciantes porteños demuestra que en el comercio mayorista prevalecían los hombres provenientes de España: en los años virreinales éstos eran seis de cada siete.

<sup>40</sup> Véase C. García Belsunce, *Buenos Aires...*, pp. 266-267. Las pulperías y los almacenes se dedicaban a comerciar géneros de abasto (alimentos, bebidas, loza) pero las primeras, además, eran “tabernas o fondas”. Las tiendas se dedicaban con exclusividad a la venta de géneros de Castilla, aunque en las pulperías también era muy común la venta de estos artículos.

<sup>41</sup> Sobre los pulperos y las pulperías porteñas véase C. Mayo (coord.), *Pulperos y pulperías de Buenos Aires, 1740-1830*, Buenos Aires, Biblos, 2000. Con relación a la pulpería como espacio de sociabilidad de las clases populares porteñas, véase P. González Bernaldo, “Vida privada y vínculos comunitarios: formas de sociabilidad popular en Buenos Aires, primera mitad del siglo XIX”, en F. Devoto y M. Madero (dirs.), *Historia de la vida privada en Argentina. País antiguo. De la colonia a 1870*, Buenos Aires, Taurus, 1999, pp. 147-168.

<sup>42</sup> Dudamos que éste sea el real apellido del almacenero.

<sup>43</sup> AGN. Sala IX. Tribunales. 40.1.1, “Causa criminal contra un catalán llamado ( ) por haber lastimado a garrotazos a Carlos Vilchez...”.

<sup>44</sup> Ídem.

<sup>45</sup> AGN. Sala IX. Tribunales. 40.1.1, “Causa criminal contra Joseph Vicencio mulato y Joseph Santos Cuelo y otros por haber lastimado de garrotazos a Don Juan Carnero y a su mozo Ignacio López al que también hirieron”.

<sup>46</sup> La expresión “español” en este documento puede referirse –puesto que proviene de un mulato– al grupo de los “blancos”. Sin embargo, pensamos que dado que iba dirigida a un gallego seguramente su insulto se refiere a los “españoles europeos”.

<sup>47</sup> Sobre la figura del pulpero como instrumento de control social, véase O. Barreneche, “«A sólo quitarte la vida vengo»: homicidio y administración de justicia en Buenos Aires: 1784-1810”, en C. Mayo (coord.), *Estudios de*

*historia colonial rioplatense*, Universidad Nacional de La Plata, s/f.

<sup>48</sup> Documento reproducido en *Biblioteca de Mayo*, Buenos Aires, Senado de la Nación, t. XI, 1961.

<sup>49</sup> Según expresiones de T. Halperín Donghi, *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978, p. 153.

<sup>50</sup> Anónimo, *La acción de Maipú*, en *Orígenes del teatro nacional*, t. 1, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1925.

<sup>51</sup> En 1780 los peninsulares constituían el 19% de los artesanos porteños y en 1810, el 16%, según cifras extraídas de la tesis de L. Johnson, “The Artisans of Buenos Aires During the Viceroyalty 1776-1810”, Universidad de Connecticut, 1974, pp. 234-310, y de C. García Belsunce, *Buenos Aires...*, pp. 107-133.

<sup>52</sup> Según la matrícula de artesanos de la ciudad de Buenos Aires de 1780, el 58% de los artesanos nacidos en España eran maestros, el 40% eran oficiales y una pequeña minoría se ubicaba en el rango de aprendiz (2,7%). L. Johnson, “The Artisans...”, pp. 234-310.

<sup>53</sup> Archivo General de Indias, Buenos Aires, 326, “Breve descripción de las circunstancias en que se halla la Provincia de Buenos Aires, e Islas Malvinas y el modo fácil de reparar imperfección en su actualidad”, s/f.

<sup>54</sup> Para un análisis detallado del lugar que ocupaban los peninsulares pobres en el mercado matrimonial rioplatense durante el virreinato véase M. Pérez, “Los novios-inmigrantes. una indagación de los expedientes matrimoniales. (San Isidro 1740-1816)”, *Memoria Americana*, N° 12, 2004, pp. 277-304.

<sup>55</sup> Anónimo, *El amor de la estanciera*, en Tulio Carella, *El sainete criollo (Antología)*, Buenos Aires, Hachette, 1957, pp. 46-71.

<sup>56</sup> Anónimo, *Desahogos patrióticos de la “Razón” contra el bello sexo bonaerense con*

*motivo de la recepción que hizo a los marinos españoles prisioneros en Montevideo*, en *Cancionero popular de la Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, 1905, t. I, pp. 178-179.

<sup>57</sup> Véase O. Barreneche, “«A sólo quitarte la vida vengo...»”, pp. 31-32. A lo largo de nuestra investigación en los archivos judiciales no hemos encontrado ningún caso en el que un peninsular haya sido castigado con penas accesorias. Sólo en una ocasión un alcalde de segundo voto condenó a un acusado a la pena de azotes, pero la Real Audiencia anuló la sentencia debido al origen peninsular del reo. Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 71.9.11.

<sup>58</sup> Sobre la justicia colonial de Buenos Aires y las fuerzas policiales véase O. Barreneche, *Dentro de la ley todo. La justicia criminal de Buenos Aires en la etapa formativa del sistema penal moderno de la Argentina*, La Plata, Al Margen, 2001, especialmente pp. 55-58.

<sup>59</sup> Mariana Pérez, “Los soldados inmigrantes: el ejército como vía migratoria de

los peninsulares pobres al Río de la Plata durante el período tardocolonial”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 16, N° 43, 2001.

<sup>60</sup> “Diario del Capitán de Fragata Don Juan Francisco de Aguirre”, *Revista de la Biblioteca Nacional*, t. XVII, N° 43 y 44, Buenos Aires, 1947, pp. 275-276.

<sup>61</sup> AGN, IX, 32.3.9, “Marcos Vaz se quiere queja contra Don José Aspiazú por haberle ultrajado de palabras y puesto preso”.

<sup>62</sup> Ídem. En la causa Vaz es denominado pulpero y almacenero indistintamente, aunque él mismo se encargó de aclarar que era “almacenero” y no “pulpero”, como afirmaban otros por ser la primera una actividad mucho más honorable.

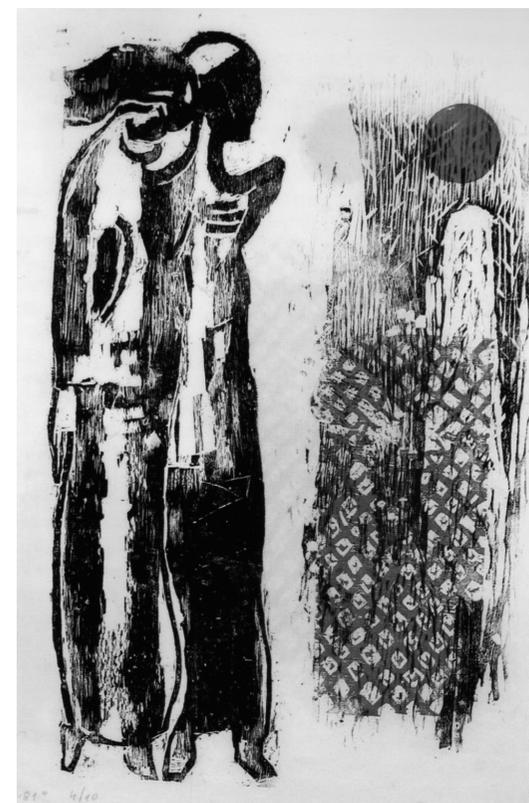
<sup>63</sup> En *Cancionero popular...*, p. 310.

<sup>64</sup> AGN, X, 27.4.2, “Autos seguidos contra Jaime Salas...”.

<sup>65</sup> AGN, IX, 32.3.2, “Antonio Herrera se quiere queja contra su suegro y suegra”.

# Lecturas

---



# Buenos Aires en armas

Tulio Halperín Donghi\*

**B**uenos Aires en armas. La revolución del 80 introduce sin duda un punto de inflexión en la trayectoria de historiadora de Hilda Sabato, en la que en 1989 marcó el primer hito *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar*, donde afrontaba un tema central en la historia de la implantación y la consolidación del orden capitalista en la pampa húmeda, que por entonces comenzaba apenas a ser explorada sistemáticamente. El libro marcó también un hito para la historiografía de ese otro tema más vasto, en cuanto ofreció la base sobre la cual se ha venido construyendo desde entonces una imagen cada vez más compleja y matizada de ese proceso que, si ha enriquecido, no ha hecho necesario revisar en nada esencial la que de él bosquejaba esa obra pionera.

En ese libro primerizo la firmeza del esquema organizativo lograba, no sin esfuerzo, encerrar en sus confines un material empírico cuya abigarrada riqueza amenazaba desbordarlo a cada paso, y ese rasgo reflejaba algo más que su origen en una tesis doctoral en la que el aprendiz de historiador debe probar que no ha hurtado el cuerpo al trabajo. Ocurre que ese material tan rico había

sido a menudo explorado también a partir de preguntas que la autora no había podido evitar formularse mientras avanzaba en su tema principal, y la pasión que hoy confiesa poner en indagar allí donde no entiende, así esa indagación la lleve muy lejos, unida ya entonces a una pasión no menos intensa por asegurar la coherencia del proyecto en cuyo marco había venido a plantearse esas preguntas que no se resignaba a dejar sin respuesta, creaba una tensión que iba a estar presente también en sus obras posteriores.

Si *Capitalismo y ganadería* fue un fruto tardío de una etapa historiográfica dominada por la problemática económico-social, y apoyada en ambiciosos paradigmas que –vistos entonces como rivales– revelan a la mirada retrospectiva lo mucho que tenían en común, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, cuya primera edición es de 1998, vio la luz en medio de una muy profunda crisis historiográfica que hizo un lugar común de la denuncia de los que se dio en llamar *grands récits*. Ese cambio en el clima de ideas se reflejaba en el nuevo libro de Sabato en la concentración en un tema a la vez más complejo y más circunscripto que el del anterior, al

\* Universidad de California, Berkeley.

que enfocaba desde una multiplicidad de perspectivas e iluminaba desde ángulos también ellos muy variados. En lo que no se reflejaba en absoluto era en el deslizamiento hacia la *histoire en miettes*, la historia desmigajada, que para la historiografía francesa había denunciado en 1987 François Dosse.<sup>1</sup> Por el contrario, la integración del complejo de temas que Sabato somete a su análisis está aquí aun más plenamente lograda que en su libro anterior.

*Buenos Aires en armas* refleja un cambio de perspectiva aun más radical que el que se interpuso entre los dos libros anteriores. Mientras en ambos la clave para los hechos narrados se buscaba en estructuras subyacentes en ellos, y lo que los separaba era la mucho mayor complejidad de las exploradas en el segundo, aquí –para decirlo con la autora– la revolución del 80 le interesó “como acontecimiento singular, en el que se cruzaron y encadenaron de manera única condicionamientos estructurales y contingencias coyunturales, movimientos colectivos y acciones individuales, tradiciones e innovaciones políticas, para dar lugar a un desenlace que no estaba inscripto en el origen, sino que se fue generando en el tiempo, producto de las acciones humanas”.<sup>2</sup> De nuevo Sabato se muestra aquí sensible a los cambios que la historia en curso ha introducido en la perspectiva con que los historiadores se aproximan a su objeto; luego de vivir en un par de décadas algunos totalmente imprevistos cambios de curso de la historia universal la especulación de Blaise Pascal acerca del impacto que la atractiva nariz de Cleopatra pudo haber alcanzado sobre ese curso parece menos irrelevante que cuando se creía entenderlo lo

bastante para no tener que temer tales sorpresas.

Pero no son sólo los cambios en el curso de la historia universal los que se reflejan en la trayectoria de historiadora de Sabato; la de su más inmediato contorno argentino ha gravitado también en el paso de *La política en las calles a Buenos Aires en armas*. El primero de esos libros –nos confía la autora– “lleva las marcas de un momento muy particular en la Argentina, signado por los esfuerzos y las dificultades en construir una sociedad democrática [...] En ese marco propusimos la hipótesis, tal vez demasiado optimista, de la histórica capacidad de nuestros sectores populares para generar celulares «nidos de democracia» en el seno de la sociedad civil”. Descubrir que la hipótesis era quizá demasiado optimista no disuadió a la promoción de historiadores argentinos atraídos por una temática centrada en “la participación, la representación y la ciudadanía políticas” de continuar avanzando en su exploración, a la que debemos “un conjunto amplio y heterogéneo de trabajos y publicaciones, entre las cuales se encuentra este libro”;<sup>3</sup> como se ve, el disiparse de la ilusión inicial no iba a tornar demasiado problemática para la cohorte de historiadores a la que pertenece Sabato la relación con los temas que ella les incitó a abordar.

Del todo distinta es la relación que ella mantiene en su libro más reciente con el estímulo que desde su presente la llevó a ocuparse de la revolución de 1880, en busca de “explicarse una manera de hacer política (y usar la fuerza) que le es totalmente ajena”, pero no siempre lo fue para quien, junto con su generación, “creyó profundamente en la violencia como «partera de la historia», [y] sufrió

de manera devastadora sus efectos cuando era ejercida desde arriba por el terrorismo de Estado, pero también experimentó desde adentro su utilización como un medio de acción política en cuyo marco el contrincante se convierte en enemigo «otro» y la confrontación deviene en guerra”. El recuerdo de esa “experiencia traumática” la lleva hoy a “incubar un rechazo casi visceral hacia la violencia racionalizada, instrumental, como medio de acción política, y a entender su ejercicio como antipolítico, como sustituto de la política” que –según concede de antemano– no debiera sin embargo “obturar el interrogante acerca de la relación entre política y violencia” (pp. 15-16), y es precisamente ese interrogante el que intenta despejar en *Buenos Aires en armas*.

Pero ese “rechazo casi visceral” con que Sabato reacciona frente a la irrupción de la violencia en la escena política, lejos de obturar ese interrogante, la llevó a plantearse explícitamente, a la vez que influyó para definir el ángulo desde el cual iba a abordar con ese propósito la exploración de un complejo proceso en el que la violencia sólo irrumpió brevemente para cortar un nudo demasiado enmarañado para destrabarlo de otra manera, en cuanto hace de esa irrupción el problema central que debe afrontar quien quiera entender el giro que la crisis política que culminó en 1880 introdujo en el curso de la historia nacional. Para ello la autora puede apoyarse en algo más que en su reacción “casi visceral”; puesto que –tal como ella misma nos recuerda– ya quienes vivieron el episodio advirtieron lo que tenía de paradójico que un conflicto en que “las dirigencias de ambos bandos parecían compartir, en líneas generales, los ideales de orden y progreso que

informaban los proyectos de modernización del país” y por añadidura “perteneían a los mismos círculos sociales y políticos, y hasta a las mismas familias” en un día de combate dejara en el campo de batalla más muertos que los causados por más de una de las guerras civiles de un pasado que era recordado con horror como dominado por la más sanguinaria barbarie. Pero si su propósito era dar razón de esa paradoja, no vacila en confesar que no lo ha logrado del todo, ya que no ha sido capaz de encontrar una “respuesta evidente” a la pregunta acerca de las razones por las cuales los jefes de los bandos opuestos, “gente en su mayoría ilustrada, entre quienes se contaban las cabezas pensantes más prestigiosas del momento” contribuyeron por igual a impulsar a la crisis hacia ese sangriento desenlace (pp. 291-292).

Creo que en este punto no se hace justicia a sí misma: para este lector de *Buenos Aires en armas* esa respuesta se encuentra ya desplegada a lo largo de sus 301 páginas. Si ella misma no lo advierte así es sin duda porque la irrupción de la violencia en la escena política se le aparece, antes aún que como un problema, como un escándalo en el fuerte sentido originario del término. Es sin duda ésa la razón que la lleva a postular una incompatibilidad radical entre política y violencia, que al hacer de ésta un sustituto de aquélla le hace difícil entender ese día del solsticio de invierno de 1880, en el cual –como su entero relato prueba acabadamente– la guerra no irrumpió como un mal sustituto de la política sino, del todo de acuerdo con la máxima de Carl von Clausewitz, como la política proseguida por otros medios, y una de las razones de la victoria del bando que logró hacer de la causa de las

provincias interiores la de la nación fue que supo recurrir a ella en el espíritu de ese axioma, mientras su rival se decidió a correr el albur de la guerra en la vana esperanza de alcanzar en el campo de batalla el desquite para la derrota que ya había sufrido en el terreno de la política.

Puesto que ha definido el problema que se propuso esclarecer como el de la irrupción de la violencia en un conflicto político que se había arrastrado ya por largos años, se entiende que Sabato comenzara a explorar en detalle el proceso que condujo a ella en el momento de mediados de 1879 en el que con la proclamación de los dos candidatos rivales en la elección presidencial de 1880 “se aceleró la carrera hacia el poder que desembocó en la revolución”, para mencionar luego al pasar en su breve ojeada retrospectiva de la extendida prehistoria del conflicto que se aprestaba alcanzar su punto crítico en el momento sin embargo reciente en que vino a insertarse en su avance una de esas contingencias coyunturales cuyo entrechocarse con los condicionamientos estructurales se propuso explorar en el libro, que alcanzó en este caso un impacto de magnitud suficiente para modificar radicalmente los que habían gravitado hasta entonces sobre el curso de la política argentina. Fue ésta la muerte en diciembre de 1877 de Adolfo Alsina, caudillo del autonomismo porteño y ministro de Guerra del presidente Nicolás Avellaneda, y la designación por este último en enero de 1878 del general Julio A. Roca para reemplazarlo.

En la primera de las dos anteriores renovaciones presidenciales (primera también en la nación unificada), Domingo F. Sarmiento había sido elegido con el apoyo de la provincia de Buenos Aires, políticamente dominada por la fracción

autonomista del que había sido Partido de la Libertad, y de electores aportados en número suficiente para ganar la mayoría en el colegio electoral por los jefes del ejército nacional que recientemente habían aplastado en las del interior una insurrección de signo federal. En la segunda, Avellaneda se había impuesto sobre Bartolomé Mitre, el caudillo de la fracción porteña rival de la autonomista, sin haber necesitado para ello contar con el apoyo de los electores porteños, pero sólo pudo asumir la presidencia luego de que Sarmiento lograra sofocar una revolución encabezada por el rival vencido en los comicios, lo que forzó al nuevo presidente a conceder a Adolfo Alsina un influjo predominante sobre su administración, atenuado luego en el marco de la política de conciliación que culminó con la inclusión en el gabinete ministerial de representantes de la facción vencida en 1874. La respuesta de Alsina fue un acercamiento aun más estrecho con la fracción rival en la arena política porteña, que vino a devolver a Mitre la indisputada posición central en ella, de la que había sido desalojado a poco de asumir la presidencia en 1862 al dividirse el Partido de la Libertad; si Alsina no vaciló en pagar ese exorbitante costo político mucho influyó en ello sin duda su afán por mantener limpio de obstáculos el camino que según esperaba lo llevaría en 1880 a la presidencia. Tal era la coyuntura que vino a disipar su muerte, y este demasiado breve resumen de casi veinte años de enmarañada vida política argentina tiene por lo menos el mérito de reflejar el lugar central que ocupó en ella la parábola firmemente descendente del influjo de Buenos Aires en el marco de la nación unificada en 1860, a partir de la posición dominante

que al año siguiente había conquistado en los campos de Pavón, que la obligaba ahora a afrontar en una situación mucho más débil de lo que hubiera deseado el reemplazo ya impostergable de las precarias soluciones que esa victoria le había permitido imponer para los problemas planteados por su relación con el naciente Estado nacional por otras definitivas. Si hasta entonces había podido aliviar el temor con que veía aproximarse esa hora decisiva, la perspectiva de encontrar como su interlocutor desde la cumbre del Estado central a quien quince años antes había separado su causa de la de Mitre por juzgar que éste no había sabido —o querido— asegurar para su provincia la posición que su victoria le daba derecho a ocupar en el marco de la nación que se preparaba por fin a organizarse, su muerte inesperada amenazaba exponerla a sufrir sin atenuante alguno las consecuencias del progresivo eclipse de la influencia que en ese marco había conquistado en 1861.

Pero el papel de la muerte de Alsina en el avance hacia la guerra civil iba a ser descubierto sólo retrospectivamente, y la razón es sin duda que esa muerte no vino a crear una situación nueva sino tan sólo a hacer aun más claros los términos del dilema que iban a resolverse en el campo de batalla en 1880, y que se habían perfilado ya con suficiente nitidez en 1874 cuando Mitre había justificado su rebelión alegando que una “liga espuria de mandatarios”, que habían logrado con malas artes hacerse del poder en las provincias que ahora gobernaban sin más ley que su capricho, se preparaba a conquistar la más alta magistratura de la República para un candidato dispuesto a imponer en toda ella la misma degradación política que

sufrían las que decían representar, mientras por su parte Avellaneda había propuesto como enseñanza permanente del fracaso de esa misma rebelión que “nada hay en la nación superior a la nación misma”. Esas dos fórmulas encontradas reflejaban muy bien lo que había cambiado desde 1868, cuando Sarmiento había sido elegido sumando al apoyo de la provincia de Buenos Aires el de otras sometidas al despótico poder de un ejército que desde Buenos Aires las había conquistado por dos veces en una década. Si ya entonces la división del Partido de la Libertad, al forzar a ambas fracciones rivales a disputarse los apoyos locales que les permitirían extender su influjo a las provincias, había hecho imposible que la Constitución federal enmascarara la vigencia en los hechos de un régimen centralizado sobre el que reinara sin rivales el influjo de la primera de ellas, las estructuras federales eran todavía entonces poco más que uno de los terrenos en que esa rivalidad se desplegaba (así, fue la decadencia del prestigio militar y por ende político de Mitre entre los oficiales del ejército nacional la que movió a tantos de éstos a imponer la candidatura de Sarmiento en las provincias que dominaban con sus tropas), desde entonces el panorama había cambiado en dos aspectos esenciales. Por una parte el Estado central se había transformado en un actor independiente y no ya tan sólo en uno de los objetivos que se disputaban las facciones en pugna (y era exactamente eso lo que Sarmiento encontraba más digno de celebrarse en el desenlace de la revolución de 1874, en que el primer caudillo político y militar de su tiempo debió rendir su espada a un mero teniente coronel del ejército nacional),<sup>4</sup> por otra la gravitación del Estado y

del ejército nacionales en las provincias interiores, que al canalizarse en las del Norte en apoyo de facciones con suficiente arraigo local para mantenerse en el poder con sus propios recursos y eliminar así la influencia que desde su feudo de Santiago del Estero los mitristas hermanos Taboada habían ejercido hasta entonces sobre ellas, logró modificar de modo ya irreversible el equilibrio político del entero interior. Ese indiscutible éxito del gobierno de Sarmiento lo debió casi todo a la discreción y la eficacia con que quien ahora era llamado a reemplazar a Alsina en el departamento de Guerra, entonces al frente de las reducidas fuerzas del ejército nacional apostadas en la región, había sabido incidir en los conflictos entre facciones locales, encaminándolos hacia los desenlaces favorecidos por el presidente.

Esa hazaña casi secreta no encontró lugar alguno en la imagen de Roca que comenzaba a perfilarse en la opinión porteña, dominada toda ella por las tanto más espectaculares que puntuaron la meteórica carrera de este oficial del ejército nacional que conquistó todos sus ascensos en el campo de batalla. Se entiende que esa alarmada opinión viese en él al heredero de otros rústicos caudillos que en las pasadas guerras civiles habían alcanzado más de una victoria sin futuro sobre la Atenas del Plata, y así lo reflejaba *La Nación* cuando lo presentaba a sus lectores como un “acuchillador valiente, sin más instrucción ni aptitudes de ningún género”, ensoberbecido por las que había venido cosechando hasta el punto de no advertir lo que tenía de absurdo su pretensión de coronarlas con la conquista de la primera magistratura de su país. Pero esa incapacidad de percibir la entera envergadura del ene-

migo que a Buenos Aires le tocaría enfrentar reflejaba la comprensión peligrosamente limitada que la opinión porteña había alcanzado de lo que habían logrado ya los esfuerzos por crear en la Argentina una nación moderna; mientras ésta le permitía percibir muy bien que en la actitud de Roca frente a la gran capital del Sud, en la que nunca iba a deponer el recelo propio de quien sabía que la gobernaba por derecho de conquista, continuaba la de esos fugaces conquistadores, le impedía advertir lo que en otros aspectos más esenciales lo alejaba aun más de ellos que a Mitre o Alsina. Así, escapaba por completo a su imaginación la posibilidad de que, gracias a los avances de las luces que el general Urquiza promovía en su Entre Ríos con celo de neófito, en el colegio fundado por su iniciativa a la vera del Arroyo de la China Roca hubiera podido adquirir en su temprana adolescencia una formación más sólida que la que en ese momento podía ofrecer Buenos Aires. Y no percibía tampoco que la limitada oferta que afligía al mercado de las ideas en el interior hacía que quienes se interesaban por ellas las tomaran mucho más en serio que quienes se formaban en una capital en la que sus curiosidades en ese campo podían ser demasiado fácilmente satisfechas (y en la década siguiente, cuando el colegio porteño tomó el camino innovador del entrerriano, Miguel Cané iba a descubrir muy claramente reflejada esa diferencia en la que corría entre el paciente y tozudo estilo de aprendizaje de sus discípulos llegados de las provincias y el mariposeo de los porteños, seguros de dominar cualquier campo al primer golpe de vista), por esa razón sin duda les hubiera resultado aun más imposible adivinar la hondura del des-

precio con que Roca retribuía el que proclamaba por sus capacidades intelectuales una ciudad que contaba entre sus más escuchados formadores de opinión a un *dilettante* tan caprichoso e irresponsable como Héctor Varela.

Había una razón aun más obvia para que esa distancia fuera mayor en Roca que en Mitre: era ésta que Roca, a diferencia tanto de Mitre o Alsina como de Urquiza o Derqui, pertenecía a una generación que, si llevaba en su herencia familiar la marca de las cicatrices dejadas por las pasadas guerras civiles, había dejado de considerar relevantes para el presente los dilemas que las habían desencadenado, y sentía una creciente impaciencia por definir una nueva agenda política e ideológica para un país en vertiginosa transformación, que sin duda contribuyó a que percibiera antes que otros la oportunidad que podía abrirle esa incipiente modificación en el clima colectivo vigente en Buenos Aires. Así lo reveló al reconocer un signo premonitorio de lo que de ella podía esperarse en la calurosa recepción que encontraron en la capital del Plata las audaces iniciativas secularizadoras introducidas en Córdoba —una provincia donde en la segunda mitad de la década de 1870 había echado raíces políticas aun más vigorosas que en su nativa Tucumán— por una nueva administración dominada por sus amigos políticos, condenadas de inmediato en su propia capital por el titular de la más antigua de las sedes episcopales de la Argentina en una carta pastoral cuya extrema violencia logró ganar para el “popular, progresista y liberal gobierno de Córdoba” más defensores en la prensa porteña que los jamás reunidos por cualquier otro gobierno de provincia, así fuera ésta la de Buenos Aires. Pero Roca

encontraba aun más digno de celebrarse que la osada decisión de los nuevos gobernantes cordobeses hubiera incitado a algunos de los jóvenes más brillantes de la elite intelectual porteña a enviarles un mensaje solidario con motivo de la pastoral del obispo Castellanos.<sup>5</sup>

Con ello revelaba haber advertido antes que otros que quienes desde Córdoba habían introducido a la Argentina en un área de conflictos que había alcanzado ya a casi todo el resto de Hispanoamérica acababan de dar el primer paso hacia esa renovación de la agenda ideológica y política que, como lo probaban los apoyos inesperadamente amplios que sus iniciativas encontraban en la opinión, era esperada con impaciencia por ésta, y con particular intensidad por una joven generación ansiosa de marcar con su impronta una escena pública dominada desde hacía décadas por algunas figuras monumentales que no mostraban ninguna inclinación por abandonarlas.

Había otro rasgo generacional que alejaba aun más a aquélla a la que pertenecía Roca de la de los protagonistas de la etapa que introdujo a la Argentina en la era constitucional; en cuanto no había conocido otro marco para su carrera pública que el Estado nacional del que éstos habían sido los padres fundadores, no podían imaginar sin horror la posibilidad de que una catástrofe en el camino destruyera su entero mundo de referencias, y ello los llevaba a reconocer absoluta prioridad entre los imperativos que debían guiar a quienes tenían a su cargo completar la construcción de ese cada vez más robusto pero todavía frágil Estado adolescente que las fuerzas que se entrechocaban en la arena política respetaran su autoridad aun más escru-

pulosamente que las que se desenvuelven en el marco de otros más maduros, y capaces por lo tanto de atravesar con vida los más recios cimbronazos institucionales. En 1876 era un integrante de esa nueva generación, Carlos Pellegrini, entonces una joven promesa en las filas del autonomismo porteño, quien daba voz a esa convicción al reaccionar ante la propuesta de amnistía a los jefes comprometidos en el tercer alzamiento de Entre Ríos presentada por su correligionario el senador santafesino Nicasio Oroño. “La autoridad nacional”, comenzaba por recordar Pellegrini a Oroño, “es el vínculo de unión entre las Provincias que forman la República. Conservar y defender esa unión, es su deber y su derecho. Romperla o declararse débil para mantenerla, importa o traicionar su mandato o confesar su impotencia”, para concluir un par de párrafos más adelante que cualquier desafío a esa autoridad venía a colocarla frente a un dilema inescapable, “o el gobierno nacional vence la rebelión y extirpa de raíz el caudillaje sedicioso y conserva la unión por el derecho y por la fuerza, sin mancha y sin desdoro, o se declara impotente, y entonces, que concluya ese fantasma que se llama Nación, que sólo sirve para consumir sangre y tesoros, en el vano empeño de mantener unidas las moléculas de un cuerpo gaseoso”.<sup>6</sup>

Roca advierte desde muy pronto hasta qué punto favorece a su causa que la convicción de que es ése en efecto el dilema que plantea cualquier desafío a la autoridad de un Estado que está aún en construcción sea compartida, así sea con mucho menos entusiasmo, aun por quienes se aprestan a recurrir a la fuerza de las armas para contrarrestar su victoria

en los comicios, que tiene por consecuencia que ya antes de enfrentarlos en el campo de batalla esa “liga espuria de mandatarios” herederos y continuadores de aquéllos a quienes Mitre había descalificado en 1867 por no contar con el apoyo de la opinión, al obtener la mayoría en el cuerpo que la Constitución designaba para elegir al sucesor de Avellaneda, había avanzado lo bastante en la batalla de la opinión para influir aun sobre la de las fuerzas enemigas, tal como se iba a revelar desde el momento mismo en que se trabaron en un combate que no osarían llevar hasta las últimas consecuencias.

Y sin embargo decidieron librar ese combate en un terreno que hubieran debido saber favorable a sus adversarios. En esos términos, más bien que en los que hoy prefiere Hilda Sabato, definieron los contemporáneos el problema que planteaba la opción por la violencia a la que iba a atenerse la dirigencia porteña en su irrefrenable avance hacia un desenlace que razonablemente no podía esperar victorioso, y para esa pregunta tuvieron una respuesta casi unánime, elegantemente articulada por el roquista Paul Groussac, cuando aplicó al jefe de la provincia rebelde la descripción que Otto von Bismarck había propuesto para Napoleón III como *une grande médiocrité méconnue*, una gran mediocridad que no había sido reconocida como tal; como vuelve a probar exhaustivamente el relato de Sabato, en cada una de las encrucijadas que debió afrontar la candidatura de Roca en su marcha hacia el triunfo fue la inagotable necedad de Carlos Tejedor la que le permitió atravesar indemne aun los escollos que se resistían a ceder ante la suprema habilidad maniobrera del candidato.

Pero esa respuesta es de las que de inmediato obligan a formular otras preguntas. La más obvia es qué llevó a Buenos Aires a afrontar la batalla decisiva bajo la guía de un paladín que en su larga trayectoria pública no había revelado nunca poseer las cualidades necesarias para asumir ese papel. En este punto la opción de Sabato por la narrativa se revela una vez más acertada, y su paciente reconstrucción del proceso que culminó en la elección de Tejedor como gobernador porteño hace plena justicia al papel que una vez más desempeñaron las divisiones que ya en el pasado habían impedido a Buenos Aires gravitar con un peso que hubiera podido ser incontrastable en el escenario rioplatense. Luego de dos décadas en que la búsqueda de aliados en las provincias interiores por parte de las dos facciones surgidas de la división del porteño Partido de la Libertad había contribuido a acelerar la erosión de la hegemonía de la primera provincia en el marco del Estado federal hasta el punto de obligarla ahora a intentar la defensa armada de lo poco que sobrevivía de ella, la clase política que se preparaba a afrontar esa terrible prueba estaba cruzada por una más enmarañada red de líneas de fractura que nunca en el pasado.

La división del autonomismo, contenida a duras penas por la autoridad de Alsina dentro de sus filas, y consumada luego de su muerte, oponía a un conjunto de ambiciosos jóvenes entonces en las tempranas etapas de un *cursus honorum* emprendido en el marco de las bastante anémicas máquinas electorales de la ciudad y un más maduro sector de dirigentes dotados de sólidas bases económicas, con influencia predominante en la campaña. Cuando Tejedor fue elegido gover-

nador, en diciembre de 1877, los primeros, que habían intentado sin éxito oponerle la candidatura de Aristóbulo del Valle, controlaban la Cámara baja de la Legislatura provincial, lo que no anunciaba nada bueno para su gestión, más aún porque el apoyo que su candidatura, prohijada a la vez por Mitre y Alsina, había encontrado en las filas de los partidos que los tenían por caudillos había sido notoriamente poco entusiasta. Pero, contra lo que podía esperarse de un candidato en torno a cuyo nombre habían podido coincidir dos facciones que cuatro años antes se habían enfrentado en los campos de batalla, Tejedor estaba lejos de ser la figura anodina que suele emerger triunfante en estos casos por ser la que menos objeciones suscitaba en las filas de dos fuerzas rivales aún incompletamente reconciliadas. Quienes se decidieron a postularlo no lo ignoraban, pero lo que sin duda no adivinaban era que ese rígido juriconsulto y hombre de consejo, que aunque nunca había flaqueado en su militancia liberal desde que en 1839, apenas pasados los veinte años, su participación en el alzamiento de los Libres del Sur lo había lanzado al exilio, había sido hasta entonces una figura bastante marginal en la vida de las facciones porteñas, al volcarse por entero en la acción política llevaba a ella ambiciones demasiado tiempo reprimidas que iban a encontrar por fin la ocasión de desplegarse plenamente.

Si entre los dirigentes porteños no era el único que veía en el triunfo de su candidatura en la elección de gobernador el necesario punto de partida para la cercana batalla electoral por la presidencia, en la que era imprescindible que la clase política de Buenos Aires presentara un frente sin más fisuras que las causadas

por las previsiblemente no demasiado numerosas defecciones de quienes se atrevieran a pasarse con armas y bagajes al enemigo, es comprensible que Tejedor agregara a esas consideraciones otra que le tocaba más personalmente; era ésta que puesto que —así fuera con muy escaso entusiasmo— la dirigencia porteña había decidido que sólo él podía encabezarla en ese momento decisivo, la victoria en la batalla que se avecinaba debía tener como primera consecuencia la de elevar a la primera magistratura nacional, desempeñada durante demasiado tiempo por oriundos de las provincias interiores, al paladín que en esa batalla había sido convocado a encarnar su causa.

Ya su victoria en las elecciones de gobernador sobre el candidato de quienes habían obtenido no mucho antes otra apenas menos arrolladora en la de renovación del Legislativo provincial había debido mucho a que en la inminente contienda electoral en la que sería elegido el sucesor de Avellaneda, que a los ojos de todos los buenos porteños ofrecía a su provincia la oportunidad de reconquistar el lugar eminente que era por derecho el suyo en el marco del Estado nacional, éstos se inclinaban cada vez más abiertamente por el candidato que se preparaba a enfrentar en ella al defensor de la causa de Buenos Aires. No ha de sorprender entonces que ya en el discurso de toma de posesión de su cargo Tejedor ofreciera claras señales de que desde éste se preparaba a guiar a los porteños en un esfuerzo supremo por poner fin a la ya demasiado avanzada decadencia del influjo de la orgullosa primera provincia sobre las instituciones nacionales.

Sin duda no era ésa la mejor manera de afrontar la batalla que se preparaba a

librar en un colegio electoral en que las restantes provincias contaban con una sólida mayoría, pero en cambio esa identificación sin fisuras con la causa de Buenos Aires le abría el camino más rápido para conquistar en su propia provincia un liderazgo frente al cual deberían inclinarse los grandes electores que a regañadientes lo habían ungido gobernador. No es claro que al tomar ese camino Tejedor advirtiera ya que los términos con que planteaba el conflicto que aspiraba a resolver en los comicios de renovación presidencial lo hacían más adecuado para una solución en el campo de batalla, pero a medida que sus gestos e iniciativas lo orientaban hacia ese desenlace sangriento se hacía cada vez más claro que, si su propósito era conquistar sobre la primera provincia un liderazgo más incontrastable que el antes alcanzado por Mitre o Alsina, lo estaba logrando plenamente. Ya en sus primeros pasos en ese camino, Mitre, que hasta entonces no había dejado de advertir sobre los peligros que tanto para la nación como para la provincia encerraba esa deriva, prohibió la creación de los cuerpos de voluntarios a través de los cuales la ciudad se preparaba a participar en la batalla cada vez más inminente, mientras por su parte la fracción del autonomismo que permanecía en la oposición se descubría demasiado acorralada por el entusiasmo creciente con que la ciudad se preparaba a afrontar esa prueba suprema para oponer una barrera eficaz contra esa correntada cada vez más impetuosa.

El muy fino análisis de Hilda Sabato explora los diversificados canales por los que avanza esa movilización de voluntades que empuja a la provincia al campo de batalla, cuyos efectos pueden apreciarse en los resultados de las elecciones

provinciales de marzo de 1880, que —como es habitual en las de esa etapa— ofrecen una imagen más fidedigna del temple de ánimo con que las fuerzas en pugna bajan a la liza que de la cuantía del sector del electorado potencial que se inclina por cada una de ellas. En ese análisis nos muestra las infinitas maneras en que el desánimo de los que se oponen al belicoso gobernador viene a restar eficacia a su acción en la arena electoral; desde luego limitando la generosidad de los simpatizantes a quienes la facción recurre tanto para afrontar los gastos que ella requiere como para obtener las armas de las que la prudencia aconseja disponer en esos combates no totalmente incruentos, pero también haciendo más difícil a quienes deben librar la batalla comicial poner en ello todo el celo que en ocasiones más normales suelen desplegar al prepararse para ella. Y ese invencible desánimo refleja también a su modo el éxito abrumador del esfuerzo de Tejedor por crear en Buenos Aires el clima colectivo que lo va a consagrar como su jefe en esa hora que todos saben decisiva.

Ese éxito debe menos a las muy modestas artes demagógicas de quien se ha descubierto líder de masas al entrar en su séptima década de vida que al peso que conserva en el imaginario porteño la visión de una ciudad que ha probado ya ser literalmente invencible cuando ingresó en los anales de la historia universal con una hazaña que superó las de Esparta y Roma. Los gobernantes porteños que han recurrido una y otra vez a ese mito, y siempre han encontrado el eco que esperaban, muy pronto iban a descubrir también que quienes habían defendido la causa de Buenos Aires con la tenacidad que

puede inspirar la certidumbre de la victoria iban a estar luego demasiado inclinados a ver traiciones deliberadas tras las decisiones de sus gobernantes inspiradas en nociones más sobrias acerca de los límites del poderío de la gran capital del Sud; así en 1816 frente a la decisión del gobierno directorial de concentrar todos sus esfuerzos en la liberación de Chile y Perú, y otorgar en consecuencia su consentimiento a la intervención portuguesa que eliminaría para ella la amenaza de la disidencia artiguista, y luego de Pavón frente a la de Mitre de no llevar la guerra contra Urquiza hasta el reducto entrerriano de éste. Al decidirse a explotar ese peligroso mito por todo lo que podía dar de sí, Tejedor había ganado sin duda una instantánea y abrumadora popularidad, pero no podía ignorar que ésta se dispararía no menos instantáneamente apenas los porteños lo vieran flaquear en su papel de paladín de la causa de Buenos Aires, y que no le quedaba entonces sino seguir avanzando con paso cada vez más decidido hacia una guerra que sería cada vez más inequívocamente la de la provincia contra la nación.

Y no podía ser sino eso porque la provincia la emprendía desde una posición ya demasiado débil para hacer de una improbable victoria en el campo de batalla el punto de partida de la reorganización del entero sistema político nacional que había logrado imponer en la estela de la jornada de Pavón. E Hilda Sabato, en algunas de sus páginas más felices, subraya como lo merece el cuidado que al definir sus objetivos de guerra la dirigencia porteña pone en excluir del modo más explícito el de introducir cambios revolucionarios en el ordenamiento político nacional, para invocar en cambio como

su único propósito al lanzarse al combate el de hacer respetar los derechos que como estado provincial le reconoce la Constitución vigente.

Esa moderación reflejaba sin duda la conciencia de que la opinión se sentía ya demasiado identificada con el Estado nacional que se preparaba a abordar las últimas etapas de su construcción para tolerar un desafío menos restringido a su autoridad eminente, pero —como pronto se haría penosamente claro— iba a cumplir muy mal el propósito de hacerlo menos inaceptable, y ello por dos razones muy obvias. La primera era que, cualesquiera fuesen los objetivos con que Buenos Aires entraba en combate, la primera consecuencia de su triunfo hubiera sido que el inevitable colapso de la coalición forjada en un esfuerzo de años por Roca y sus aliados cordobeses abriera una etapa de turbulencias destinada a interrumpir quizá por varias décadas el proceso que estaba improvisando una nación nueva en las llanuras pampeanas. La segunda, y no menos seria, era que si los que revistaban en las segundas filas de la generación fundadora podían, como José Posse, resignarse de antemano a buscar refugio ante el derrumbe en el ámbito provincial, quienes la dominaban con su presencia estaban demasiado identificados con el programa de construcción nacional para no encontrar inaceptable esa alternativa (y aun algunos de ellos, comenzando por Sarmiento, habían hecho lo necesario para que ella no estuviera ya a su alcance). Las consecuencias se hicieron evidentes apenas los defensores de la causa porteña llevaron su defensa en el Congreso Nacional al terreno de la exégesis constitucional, en el que tocó precisamente a Sarmiento defender desde el Ministerio del Interior

la autoridad eminente del Estado nacional sobre los provinciales en términos tan extremos como aquéllos a los que Tejedor había recurrido para defender la tesis opuesta.

Derrotados en ese terreno, los defensores de la causa de Buenos Aires podían aún ofrecer como argumento alternativo la denuncia de la empresa capitaneada por Roca y sus aliados cordobeses como destinada a implantar en el marco institucional forjado por los padres fundadores un despotismo más insidioso que el de Juan Manuel de Rosas, que apelando a la corrupción sistemática de esas instituciones mismas se preparaba a arrebatar para siempre a los argentinos las libertades públicas cuya milagrosa resurrección luego de la derrota de éste en Caseros era celebrada con idéntico fervor por la memoria histórica federal y la liberal. Aunque ese otro argumento podía encontrar algún consenso entre quienes rechazaban el anterior (el de Sarmiento, entre ellos), planteaba en otros aspectos problemas aun más delicados que los del anterior. Ello era así por una parte porque la frecuente evocación del triste destino de esos pueblos del interior sometidos a sus eternos opresores, que ahora aspiraban a extender su dominio a quienes habían sabido defender más celosamente sus libertades, no lograba ocultar (acaso porque a menudo no se interesaba demasiado en ello) el desprecio que inspiraba a quienes lo esgrimían la inagotable mansedumbre de esas no menos eternas víctimas, del todo esperable por otra parte en provincias que contempladas desde el esplendor urbano de Buenos Aires invitaban a la comparación con las tolдерías aborígenes, con lo cual venía a acentuar aun más para el conflicto que se avecinaba el

carácter de guerra de la provincia contra la nación, pero también porque después de casi veinte años de vida en común entre la primera provincia y las interiores eran muy pocas las corrientes partidarias ahora en pugna que no hubieran utilizado alguna vez en su provecho las reglas del juego político tal como se practicaba en el interior.

Y todavía ahora el episodio que decidió a Sarmiento a abandonar el Ministerio del Interior tras del discurso en que memorablemente anunció su propósito de derramar en el recinto del Senado las verdades de las que traía llenos los puños vino a dar desenlace a su fracasada tentativa de utilizar las reglas de acción política vigentes en esas desdichadas provincias en provecho de su propia candidatura presidencial. La oportunidad para hacerlo se la ofreció la revolución que derrocó al gobernador de Jujuy, integrante de la liga que promovía la de Roca, a la que respondió con un proyecto de ley refrendado por el presidente Avellaneda, donde la provincia era colocada bajo una intervención federal destinada a restablecer sus autoridades legítimas. Este último adjetivo —que sugería que éstas no eran necesariamente las que habían sido derrocadas— había sido cuidadosamente elegido para asegurar que las inminentes votaciones de electores presidenciales se celebraran bajo la autoridad de un interventor federal por él designado, y sin duda inclinado a favorecer sus ambiciones presidenciales, pero ese propósito se vio frustrado cuando al tratarse el proyecto en la Cámara baja ésta reemplazó el objetivo que Sarmiento había fijado para la intervención por el de restablecer las autoridades constituidas, que aseguraba la reintegración en tiempo

útil de la provincia norteña al grupo de las que apoyaban la candidatura presidencial de Roca. Si los representantes parlamentarios de la “liga espuria de mandatarios” pudieron lograrlo pese a no contar con mayoría en esa cámara fue porque a sus votos se sumaron los de la fracción mitrista del liberalismo, que desde los tiempos en que los hermanos Taboada habían sido sus abanderados en las provincias del Norte argentino había venido participando en el juego político de esa región de acuerdo con las deplorables reglas allí vigentes (y algo más al sur acababa de recurrir a esas mismas reglas y volvería muy pronto a hacerlo, patrocinando primero en Santa Fe y luego —como ya se ha recordado— en Córdoba, y en ambos casos con muy escasa fortuna, movimientos revolucionarios inspirados también ellos en el propósito de modificar en su favor el equilibrio de fuerzas en el futuro colegio electoral). Como se advierte, cuando Sarmiento denunciaba con la santa ira de un profeta bíblico la trampa en que el triunfo de la candidatura de Roca se preparaba a capturar al pueblo argentino, lo que venía a reprochar a la coalición roquista no era que apelara para conseguir sus propósitos a los mismos recursos innobles a los que acudían también sus rivales sino la imbatible destreza con que había sabido ponerlos a su servicio.

Esa destreza debía menos a las habilidades del candidato para la maniobra cotidiana que a la visión precisa que tanto él como sus aliados cordobeses habían alcanzado de lo que las situaciones provinciales consolidadas gracias a los servicios que habían prestado a una u otra de las facciones rivales en la arena política porteña podían obtener reempla-

zando los lazos que las subordinaban a éstas por uno de alianza entre todas ellas que gracias a la posición que Roca acababa de conquistar en el aparato del Estado nacional al ser designado ministro de Guerra les abría un camino inesperadamente fácil para conquistar sobre él el influjo dominante que Buenos Aires había ya perdido. No es éste el único punto en que el avance hacia ese objetivo, que Roca iba a ritmar con mano maestra, parece seguir las huellas del que Alsina había trazado para lo todavía salvable de la hegemonía porteña. Si su instalación en el Ministerio de Guerra como consecuencia de la muerte de Alsina había sido un feliz accidente, su decisión de imprimir un giro decisivo al avance sobre el territorio indígena en el que su predecesor había concentrado todos sus esfuerzos estaba lejos de ser accidental; si ya Alsina había buscado a través de ese proyecto ganar más sólidos apoyos entre las clases propietarias porteñas, tradicionalmente más cercanas a la facción liberal nacionalista, en una etapa en que la perduración del territorio indio comenzaba a aparecer como un obstáculo para la expansión cada vez más vertiginosa de las explotaciones ganaderas en las llanuras pampeanas, Roca doblaba ahora esa apuesta con la promesa de abrirles de inmediato ese entero territorio, a un costo mucho más reducido que el de los avances graduales favorecidos por su predecesor, y el éxito fulminante que en 1879 alcanzó en esa empresa que el sentido común porteño juzgaba imposible, al persuadir a esas clases que no tenían nada que temer y sí mucho que esperar de quien se alistaba a librar un nuevo combate, esta vez en busca de asegurar la permanente mediatización política de la provincia de

Buenos Aires, logró transformarlas en meras espectadoras de un conflicto para el que Tejedor convocaba a esa provincia a movilizar todos sus recursos en una batalla suprema.

Aunque en el camino que le restaba a Roca para alcanzar esa nueva victoria volvería a brillar su superior destreza política, quizá la opinión que veía en ella la clave de su triunfo no advertía que también en la conquista de la presidencia, como antes en la del desierto, éste había debido afrontar el combate desde una posición que le era de antemano favorable, y que su decisiva carta de triunfo había sido más bien su clara percepción de que para alcanzar ese triunfo no necesitaba sino avanzar con la corriente. En ella se apoya para mantener disciplinadamente su rectilíneo avance hacia la meta, que contrasta no sólo con el no menos rectilíneo de Tejedor hacia un igualmente previsible final en catástrofe, sino con el desconcertado y titubeante de los demás participantes en el conflicto, comenzando por el presidente Avellaneda, cuyas constantes vacilaciones e inconsecuencias, a los ojos de Eduardo Wilde, “le han producido la pérdida de todos sus amigos y la mayor irritación de sus enemigos”.<sup>7</sup> Pero se equivocaban los que lo atribuían a que el presidente no sabía qué quería y por esa razón hacía suya la opinión del último que había hablado con él: Avellaneda sabía muy bien que quería un triunfo del Estado nacional que no implicase la permanente humillación de Buenos Aires, y sus permanentes oscilaciones provenían más bien de que no se resignara a aceptar que lo que quería era imposible. No era por cierto el único que intentó sin éxito resolver ese dilema, ya que había sido la vana búsqueda de un modo de

eludirlo la que había impreso su curso tortuoso a la entera trayectoria de Mitre, mientras para Sarmiento había sido la ilusión de que un acto de voluntad de su parte podía ser suficiente para superarlo la que le permitió ignorarlo, hasta que el duro choque con la realidad lo llevó a revelar a sus estupefactos colegas del Senado, como si se tratara de un secreto nefando, todo lo que éstos conocían tan bien como él.

Lo que diferencia a Roca y sus amigos cordobeses de todos los que quisieran ver cerrado el conflicto sin dejar a ninguno de los contendientes vencido en el camino es que para ellos el Estado nacional es, como no lo advierten aún del todo sus padres fundadores, mucho más que un proyecto que puede ser aún modificado en algunos aspectos esenciales. Saben que —para decirlo con un giro de lenguaje más propio del siglo XX— la Argentina tiene ya un Estado nacional realmente existente, dotado de ciertos rasgos inmodificables que hacen que su definitiva consolidación como tal requiera la permanente marginación de Buenos Aires.

Era éste un descubrimiento que no hubieran podido encontrar más satisfactorio; si lo era para Roca porque le ofrecía la promesa de un triunfo cierto, lo era doblemente para sus aliados cordobeses, porque cerraba con algo parecido a un triunfo una etapa larga de más de un siglo en que el equilibrio entre la ciudad que había tenido ya obispo y universidad cuando su futura rival de las tierras bajas era poco más que un mínimo poblado hundido en el barro no había cesado de desplazarse a favor de esta última. La seguridad de que ese triunfo estaba a su alcance llevaba a uno y otros a acompañar el avance del conflicto hacia el desenlace sangriento al que lo empuja-

ba Tejedor con paso no menos decidido que el del obcecado gobernador porteño, pero el tono numantino que dominaba a ratos en los mensajes de quienes habían acudido a la convocatoria del paladín de la causa de Buenos Aires sugería que éstos sospechaban también cuál sería el desenlace del combate ya inminente, y estaban acaso mejor preparados para asumirlo de lo que invitaban a concluir sus promesas de una muerte gloriosa.

No lo hace suponer así el clima cada vez más afiebrado que reina en Buenos Aires, que invoca Eduardo Wilde en la ya mencionada carta a Roca, para celebrar que sean pocos los amigos de éste que han desertado, y que si son más los que “han vacilado en los días de tormenta y aún ahora mismo no saben cuál es la mejor conducta” es porque “es muy difícil respirar bien en una atmósfera sofocante, y tener una opinión propia, cuando el público manifestante tiene la opuesta”. Cuál era la opuesta lo sugería el coronel Baigorria, jefe de policía de la capital, cuando en un banquete en homenaje a un batallón de voluntarios advertía a “Bayo, el caciquillo de Rosario [que] ha jurado atar su caballo en la Pirámide de Mayo” que “eso sucederá [...] cuando todos seamos cadáveres” ya que “los hijos de Buenos Aires saben derramar su sangre por la patria como derraman el champagne en sus grandes fiestas”.<sup>8</sup> Y los efectos de esa ebriedad colectiva podían llegar hasta forzar al roquista Héctor Varela a sumarse a la inesperada mayoría que en la Cámara baja de la Legislatura porteña convalidó las elecciones que dieron el triunfo a la lista tejedorista, fundando su voto favorable en que el fraude que había asegurado ese resultado no era el sangriento practicado en otras tierras de barbarie sino el “fraude de familia” que

desde 1852 era una nota distintiva de la vida cívica porteña, y no es sorprendente que ese hombre que había arrostrado sin vacilar tantos peligros, pero que era un ídolo de los porteños desde que, apenas adolescente, y precisamente en la madrugada del 11 de septiembre de 1852 que había marcado la resurrección de esa vida cívica de la que éstos estaban tan ufanos, había convocado con su tamboril a los guardias nacionales a defender la causa de Buenos Aires, no osara ahora hacer defección de ella negándose a convalidar los resultados de ese nuevo triunfo del civismo porteño.

Pero el tono del sector de la prensa porteña que ha venido prodigando apelaciones cada vez más urgentes al combate que ofrece la última oportunidad de salvar a la provincia de caer ella también bajo el yugo de quienes oprimen ya a las del interior cambia casi sin transición apenas ese combate se entabla; como muestra del modo más convincente Hilda Sabato, es como si los dos adversarios hubieran descubierto al unísono que, cualquiera fuese su desenlace, su destino era seguir viviendo juntos, y que más les valdría en consecuencia concentrar la mirada en lo que tienen en común, exaltando junto con las hazañas en que se desplegaba su propio patriotismo las que ese mismo sentimiento patriótico inspiraba al adversario, y reduciendo al mínimo el espacio dedicado a los relatos de atrocidades en que se había regodeado el periodismo faccioso en un pasado en que la guerra civil parecía haberse instalado en permanencia en las provincias argentinas; y no ha de sorprender que ese tono nuevo se haga sentir con aún mayor fuerza en el primer balance retrospectivo que ya el 7 de

julio *The Standard* propone de esa guerra por fortuna fugaz, que “ardió, brilló y ya no es más, sin un solo exceso” para concluir que “la libertad, la civilización y el Republicanismo no tienen nada de qué avergonzarse; y si puso de relieve una pasión política profunda, también nos mostró una combinación de virtudes cívicas y militares en el seno del mismo pueblo”.<sup>9</sup>

Y ese cambio de tono refleja un giro más sustancial en la actitud de los defensores de Buenos Aires, luego de esos dos días de un combate del que sostienen haber salido vencedores porque han quedado dueños del campo, pero que apenas una tregua les abrió una pausa para la reflexión descubrieron que no les quedaba voluntad para proseguirlo. Había sonado la hora de Mitre, que quizá preveía ya que ella iba a llegarle cuando había decidido no oponer una voz disonante al coro que llamaba a los porteños al combate porque, como iba a sostener años después en un contexto del todo distinto, cuando todos se equivocan todos tienen razón. Convocado por Tejedor para dictaminar si existía una posibilidad real de que la ciudad superase el sitio al que se preparaban a someterla las fuerzas nacionales, le proporcionó la respuesta negativa que permitió al gobernador encomendarle la misión de negociar con el presidente Avellaneda “un arreglo pacífico, honorable para la provincia”. El arreglo, que tardó en llegar, fue rechazado por la Cámara baja del Congreso Nacional, reconstituida en Belgrano tras la expulsión de sus miembros que habían seguido sesionando en la ciudad rebelde y la incorporación de los diputados recientemente electos en las interiores que no la habían logrado en las sesiones que habían precedido a

la ruptura, en la que predominaba en consecuencia la voluntad de una nueva mayoría decidida a asegurar que los triunfadores cosecharan del modo más pleno los frutos de su victoria.

Lo iba a conseguir: contra lo que había esperado por un momento Avellaneda, la renuncia de Tejedor no bastó para evitar que la provincia fuera intervenida para hacer posible la elección de una Legislatura dispuesta de antemano a ceder a la nación el territorio en el que iba desde entonces a hacer la ley el Estado federal, y en verdad no ayudó a quienes hubieran deseado un acuerdo menos humillante para Buenos Aires que los porteños se obstinaron en ignorar del modo más ostentoso que para ellos la guerra se había cerrado ya con una irrevocable derrota. No era difícil reconocer esa terca decisión de ignorar lo que ya sabían, y la negativa a aceptar que les iba a ser necesario adaptarse a sus consecuencias que estaba implícita en ella, en las modalidades de la misa de réquiem en sufragio de los defensores caídos en defensa de la causa de Buenos Aires, admirablemente evocada aquí por Hilda Sabato, ofrecida en la enlutada catedral por el arzobispo Aneiros (que el día anterior no había creído necesario hacerse presente en la de campaña en acción de gracias por la victoria de las armas nacionales, solemnemente celebrada ésta por el cura párroco de Belgrano en el campamento de la Chacarita) y seguida por millares de porteños que desbordaron ampliamente el recinto del templo, entre ellos los integrantes de la Corte Suprema de Justicia del gobierno nacional, que habían permanecido en la ciudad al abandonarla el presidente, y todavía más en los comentarios de prensa, que al rendir homenaje

al sacrificio de esos héroes y mártires de la causa de Buenos Aires se prohibían preguntarse si éste había sido en vano.

Pero no tardó mucho en hacerse evidente que era imposible seguir ignorando la derrota y sus consecuencias, y en octubre el tedéum celebrado en el recinto de la catedral que, contando esta vez con la presencia del arzobispo porteño, coronaba las ceremonias de toma de posesión de la presidencia de la República por el general Roca era a su manera una implícita misa de réquiem por esa “experiencia política original” que había vivido Buenos Aires a partir de 1852, y que Hilda Sabato ha venido reconstruyendo con una larga paciencia y una penetración iluminada por el cariño. Porque ni aún ahora querían los porteños admitir explícitamente que esa experiencia no podía sobrevivir a la derrota que acababan de sufrir, el luto por ésta iba a ser como una herida secreta de quienes —a la manera de los patriotas franceses entre 1871 y 1919 frente a la que les había infligido la pérdida de Alsacia y Lorena— habían hecho suya la consigna de no mencionarla nunca y pensar siempre en ella. La anticipaba ya Vicente Fidel López, a quien esa experiencia política había dejado muy pocos buenos recuerdos, en la carta que el 8 de julio envió a su hijo Lucio, viajero en Londres, donde prefería “no repasar las vergonzosas páginas de esos días de luto y humillación” que dejaban a su Buenos Aires “conquistado por un partido militar que Dios sabe lo que producirá en algún tiempo”.<sup>10</sup>

Pero ese capítulo estaba irreversiblemente cerrado, y aunque esa memoria secreta, tal como nos ha enseñado también Hilda Sabato, iba a contribuir a rodear a los revolucionarios de 1890 de

un séquito popular aun más compacto que el que en 1880 había seguido a los líderes de la ciudad rebelde, lo que estaba en juego en ese nuevo intento insurreccional estaba suficientemente alejado de los dilemas de diez años antes para que esta vez la caída del intruso presidente cordobés que Buenos Aires pudo celebrar como una victoria que la desquitaba de pasadas humillaciones abriera el camino para el retorno del general Roca al centro de la escena política de la que había buscado marginarlo el presidente caído.

Al llegar aquí descubro que debo resistir la tentación de retomar la historia en el punto en que Hilda Sabato cierra su admirable relato para volver a preguntarme qué ha encontrado en los testimonios que ha reunido acerca de la breve guerra civil de 1880 que la lleva a concluir que, si la pregunta de por qué se llegó a la guerra se impone frente a cualquier guerra, en este caso se hace particularmente difícil responderla, y aunque tampoco intenta hacerlo a partir de los elementos integrados en ese relato, creo que basándose en ellos es posible articular un argumento a favor de la noción de que este conflicto armado en particular plantea problemas específicos más allá del que surge del papel de la violencia en su momento resolutivo (al cabo el dilema que lo originaba es de los que suelen desencadenar guerras civiles, y en la que se desencadenó sobre Buenos Aires en 1880 ese papel fue mucho más limitado, no digamos que en la que ensangrentó a Estados Unidos, y que todos tenían bien presente en 1880, sino en la que en 1932 iba a dar un golpe decisivo a la hegemonía política de San Pablo sobre el Brasil, que ofrece un término de comparación más directamente

relevante). En este punto hace una diferencia que quienes en Buenos Aires se lanzaron a una guerra civil imprimiendo de inmediato a sus acciones el nivel de violencia esperable en ese marco, apenas se lanzaron al combate descubrieran que no tenían ánimos más que para lo que, en un giro que no creo que se usara entonces, llamamos hoy un saludo a la bandera, que cuando deja en el terreno miles de víctimas supone un escandaloso derroche de vidas humanas, y la escasa atención que prestaron los personajes centrales del episodio a ese dato demasiado conspicuo de la experiencia que acaban de vivir puede llegar en efecto a extremos absurdos (así cuando Tejedor anuncia a Avellaneda en su estilo inimitable que ha elegido entrar en negociaciones porque prefiere “las bendiciones de las madres a la vanagloria del triunfo mismo” sin considerar que ha hecho ya lo necesario para que se cuenten por centenares las madres poco dispuestas a unirse a esas bendiciones).

Se entiende que la ciudad vencida haya decidido poner el recuerdo de esos días de sangre y de muerte bajo el signo del luto (ya lo había hecho López cuando esos días estaban en el pasado más inmediato, y Sabato se hace hoy eco de ello desde la primera página de *Buenos Aires en armas*, en la que menciona como su problema el de encontrar sentido al “luctuoso saldo” de esas dos jornadas); para decirlo con un giro también él incorporado sólo un siglo más tarde a la jerga porteña, era éste el signo de que ya al día siguiente de su derrota había comenzado para ella el trabajo de elaborar el duelo, del que surgiría resignada a aceptar un desenlace que no estaba en sus manos modificar, y capaz gracias a ello de vivir de nuevo en paz consigo misma.

Para incorporar bajo ese signo a su memoria colectiva el episodio que marcó su irrevocable derrota, Buenos Aires pudo apoyarse en una modificación en el modo de apreciar la incidencia de la guerra que había venido avanzando en ambas orillas del Atlántico a lo largo del siglo XIX, que hacía que mientras en sus comienzos una concisa proclama en la que el duque de Wellington llamaba a sus soldados a la batalla podía aún limitarse a recordarles que por años habían sido vestidos, hospedados y alimentados por su soberano, y les había llegado la hora de retribuir todos esos favores, al entrar el siglo en su ocaso una nueva sensibilidad colectiva exigía recurrir a otros acentos para interpelar a quienes se preparaban a afrontar la muerte. Esa nueva sensibilidad, que debía casi todo al recuerdo del inmenso costo humano del ciclo de guerras revolucionarias libradas en el Viejo y el Nuevo Mundo a partir del tardío siglo XVIII, era la que proveía de imágenes y tropos a la narrativa de la derrota que hacía posible fundar en ella la decisión de renunciar de antemano a cualquier intento de revertirla en el futuro en términos que hacían resaltar del modo más favorable la melancólica dignidad con que la Reina del Plata había sabido afrontar la pérdida de su trono.

Muy razonablemente, Hilda Sabato no ha extendido su curiosidad hasta esa dimensión de la experiencia vivida por Buenos Aires, y si se la menciona aquí es sólo como un ejemplo de la riqueza de sugerencias que contiene su narrativa de la revolución porteña de 1880. Como le ocurrió cuando partió en busca del lugar donde anida la democracia, y aunque no lo encontró nunca encontró en cambio mucho de lo que nos permite hoy

trazar un cuadro que es algo más que un esbozo de toda una etapa de historia argentina, cuando esta vez partió en busca de la razón por la cual la violencia vino a marcar el momento decisivo de la crisis política que culminó en 1880, que de nuevo declara no haber encontrado, ha comenzado en él a hacer para la etapa siguiente lo que para la clausurada precisamente en 1880 logró ya en *La política en las calles*.

## Notas

<sup>1</sup> F. Dosse, *L'histoire en miettes. Des "Annales" à la nouvelle histoire*, Paris, La Découverte, 1987.

<sup>2</sup> H. Sabato, *Buenos Aires en armas. La revolución de 1880*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, p. 15.

<sup>3</sup> H. Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

<sup>4</sup> “Mitre derrotado por un cadete, prisionero como Lee”, tal el comentario de Sarmiento en carta a José Posse del 7 de diciembre de 1874, en *Epistolario entre Sarmiento y Posse*, Buenos Aires, 1947, t. II, p. 403.

<sup>5</sup> Los comentarios de Roca en cartas a Miguel Juárez Celman, citadas en A. Rivero Astengo, *Juárez Celman, 1844-1909. Estudio biográfico y documental de una época argentina*, Buenos Aires, Kraft, 1944, pp. 117 y 120.

<sup>6</sup> C. Pellegrini, *Obras*, Buenos Aires, Coni, 1941, vol. I, pp. 332-33. José Posse, perteneciente a la generación fundadora, aunque en 1880 asiste con amargura a la que cree inevitable disolución del Estado nacional, se prepara a acogerse a esa otra alternativa que, aunque escasamente atractiva, su memoria le asegura que está siempre disponible, tal como le recuerda a Sarmiento en carta del 1 de abril de 1880 (“No queda a cada provincia sino tomar buen sentido de darse un gobierno de

orden que garanta la vida y la propiedad y nada, nada más”, *Epistolario...*, t. II, p. 487).

<sup>7</sup> Eduardo Wilde a Roca, 1 de marzo de 1880, en A. Terzaga, *Historia de Roca. De soldado federal a presidente de la República*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1976, t. II, p. 263.

<sup>8</sup> H. Sabato, *Buenos Aires en armas...*, p. 89.

<sup>9</sup> Ídem, p. 239.

<sup>10</sup> Ídem, p. 290.

## ¿Por qué no existió un fuerte movimiento obrero socialista en la Argentina?

Juan Carlos Torre

**E**n este texto me propongo responder a un interrogante: ¿por qué no existió un fuerte movimiento obrero socialista en el país antes del surgimiento del peronismo? Así formulada la cuestión puede resultar extravagante: ¿acaso el Partido Socialista en la Argentina no era el más sólido y prestigioso de América Latina? La referencia a la región como patrón de comparación aporta poco, sin embargo, porque los resultados del proselitismo socialista en los países latinoamericanos eran más bien magros. Sin duda, vistos desde esa perspectiva los esfuerzos del elenco dirigente del Partido Socialista (PS) descollaban. Dicho esto, creo que se puede coincidir en que el fruto de esos esfuerzos no logró plasmar plenamente su ambición original: organizar políticamente al conjunto de los trabajadores a partir de su condición de clase. Como intento destacar en las páginas que siguen, el proyecto socialista debió convivir con el amplio eco que tenían las convocatorias no clasistas en las filas de los trabajadores. A fin de dar cuenta de ese estado de cosas habré de explorar el contexto político que sirvió de marco a los primeros tiempos del PS en Argentina. Esta exploración no pretende ser exhaustiva: la descripción histórica es relevante aquí sólo como soporte de un ejercicio de sociología política que, como tal, no aspira a dar una respuesta definitiva sino a

sugerir una interpretación plausible a la cuestión planteada.

**I.** En *Le Pain et les roses. Jalons pour une histoire des socialismes*, Annie Kriegel llamó la atención sobre un hecho que otros también han subrayado: el carácter contingente del vínculo entre movimiento obrero y socialismo.<sup>1</sup> En otras palabras, entre las luchas de los trabajadores en una sociedad capitalista y la ideología socialista existe una relación de exterioridad. En consecuencia, la coincidencia entre ambos fenómenos nunca llega a ser completa o, más exactamente, entre uno y otro es posible identificar en el tiempo distintas combinaciones según las diferentes sociedades nacionales. Uno de los propósitos principales de los estudios sobre los trabajadores ha consistido en establecer las condiciones históricas bajo las cuales las trayectorias del movimiento obrero y del socialismo se acercan o se separan. Ésta fue la motivación que inspiró al sociólogo alemán Werner Sombart a escribir en 1905 su libro clásico *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?*<sup>2</sup>

En la época en la que Sombart abordó esa cuestión era un supuesto ampliamente compartido la tesis según la cual el desarrollo del capitalismo en una sociedad industrial y, con él, el crecimiento del proletariado moderno habrían de conducir al surgimiento de un movimiento

obrero socialista. Entonces, entre uno y otro proceso se postulaba una relación de necesidad. De ahí que fuera esperable que un país donde el desarrollo capitalista era muy avanzado –Estados Unidos– debería ser también un país cuya clase obrera fuese la cuna de un fuerte movimiento socialista. Sin embargo, la realidad histórica no estuvo a la altura de esa expectativa. La sostenida incapacidad de los partidarios del socialismo para crear un movimiento político con arraigo en los trabajadores estadounidenses fue una fuente de perplejidad entre los sociólogos marxistas, para quienes la superestructura de la sociedad, en cuyo marco se localizaban los comportamientos políticos, era una función directa de las transformaciones de la estructura económica. El análisis de Sombart fue un intento por superar esa perplejidad con vistas a normalizar una experiencia histórica que desafiaba la tesis en boga.

Las hipótesis que propuso constituyeron más bien un refinamiento del economicismo de la sociología marxista que una revisión de sus supuestos. Su razonamiento apuntó a identificar en las peculiaridades del desarrollo capitalista en Estados Unidos y en Europa las claves de las diferencias observables en el plano de la vida política. Sombart comenzó reconociendo que el desarrollo del capitalismo tanto en Europa como en Estados Unidos venía acompañado por una distribución desigual del ingreso y por la emergencia de una minoría económicamente poderosa, para después destacar que lo que ambas experiencias tenían en común no ofrecía los elementos para explicar lo que tenían de diferente: el movimiento obrero socialista en un caso, su ausencia en el otro. El siguiente

paso de su tentativa de análisis consistió en diferenciar la dinámica histórica del desarrollo del capitalismo por medio de un ejercicio de contrastes.

El primer y decisivo contraste sobre el que puso el énfasis fue el nivel de vida de los trabajadores, mucho mayor en términos relativos en el país del norte que en el viejo continente. A su juicio, si bien una proporción creciente de la riqueza producida en Estados Unidos iba a manos de una clase plutocrática, su monto total era de tal magnitud, por obra de la productividad, que consentía a la fuerza de trabajo el acceso a consumos fuera del alcance del presupuesto de las familias obreras europeas. La prosperidad de la economía estadounidense, al permitir una elevación del bienestar material de los trabajadores por sobre el de sus pares en Alemania, por ejemplo, tendía a legitimar el orden económico prevaleciente y erigía una sólida muralla contra los partidarios del socialismo. La eficacia de este primer contraste para neutralizar la agitación anticapitalista era luego reforzada por otro: la creencia popular en las perspectivas de movilidad social alimentada por la existencia de tierras vírgenes en el Lejano Oeste. Para muchos trabajadores, la migración hacia la frontera fue la vía para dejar tras sus espaldas la condición de asalariados. Pero, al margen de que se hiciera efectiva, argumentó Sombart, la mera posibilidad de que podría convertirse en un agricultor independiente le daba al trabajador estadounidense un horizonte de progreso del que carecía por completo el obrero europeo. Esto tenía un corolario político favorable al *statu quo* según el sociólogo alemán: una situación insatisfactoria se vuelve más tolerable si se la vive con la ilusión de que, llegado el

momento de extrema necesidad, se podrá escapar de ella. Éstas fueron las claves principales de su respuesta a la pregunta con la que abrió el libro que publicó por entregas en 1905 en las páginas de la misma revista en la que poco antes Max Weber había hecho conocer su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

El foco puesto por Sombart sobre “la excepción norteamericana”, a propósito del vínculo entre desarrollo del capitalismo y movimiento obrero socialista, sentó las bases de una agenda de investigación que fue retomada en tiempos más recientes siguiendo la hoja de ruta de su contribución original.<sup>3</sup> Algunas de las explicaciones que propuso han sido revisadas críticamente por historiadores y sociólogos. Éste fue el caso de la principal de ellas, que asoció la aquiescencia política de los trabajadores con su mayor bienestar económico relativo, anticipando la tesis de la aristocracia obrera de tan fugaz fortuna en los estudios del mundo del trabajo. A la vez, su hipótesis acerca del impacto negativo sobre la solidaridad de clase que tenían las mayores chances de los trabajadores estadounidenses de elevarse por encima de su condición social quedó más acotada por el señalamiento de otros factores que producían el mismo efecto, como eran los clivajes étnicos, raciales y religiosos existentes dentro de la población obrera. Hubo, asimismo, contribuciones que optaron por argumentos más políticos y atribuyeron la ausencia de un movimiento obrero de sesgo anticapitalista a las limitaciones y errores de los propios liderazgos socialistas.<sup>4</sup> No es nuestra intención recorrer en detalle la variada y rica producción académica suscitada a raíz del interrogante planteado

por Sombart. Sí nos interesa recuperar una de las claves interpretativas propuestas por historiadores y sociólogos con el fin de examinar su pertinencia para los avatares del socialismo en la Argentina: aludimos a la lectura de “la excepción estadounidense”, más centrada en las peculiaridades de su sistema político que en las de su desarrollo capitalista.

Al traer al primer plano las peculiaridades del sistema político como clave interpretativa debemos comenzar por admitir que Sombart no las omitió del todo en su análisis, que dio cabida también a los efectos de la vigencia del sufragio universal en la población masculina blanca de Estados Unidos. En su libro señaló, en efecto, que en una medida desconocida en Europa, la ideología de la “soberanía popular”, esto es, la creencia en que el pueblo y sólo el pueblo gobierna, permeó fuertemente la visión política de los trabajadores estadounidenses, creencia que fue respaldada por experiencias concretas: con el derecho al voto podían apoyar a candidatos pro obreros, remover de sus cargos a políticos hostiles y, más pragmáticamente, acceder a las fuentes de patronazgo de las máquinas partidarias a cambio de su adhesión electoral. Con dosis variables de mito y realidad, esas experiencias de influencia política generaron en los trabajadores un sentido de pertenencia a las instituciones de la democracia representativa muy distante de la sensación de alienación política que explotaban los abogados de la ruptura del *statu quo* en Europa. No obstante, quienes analizaron su obra han subrayado que en su ejercicio comparativo Sombart no logró apreciar todas las consecuencias para la suerte del socialismo que se derivaban de la distin-

ta trayectoria de la extensión de la ciudadanía en los Estados Unidos y en Europa.<sup>5</sup>

Hacia los años 30 del siglo XIX en Estados Unidos habían prácticamente desaparecido las restricciones al sufragio para la población masculina blanca; en la mayoría de los estados de la Unión la condición de propietario no era un requisito para ejercer el derecho al voto. Entre todos los países capitalistas, fue el caso más emblemático de la incorporación de las clases asalariadas a las instituciones de la democracia antes de que tuviera lugar la revolución industrial y el surgimiento del proletariado moderno. En cambio, en la mayoría de los países europeos la extensión de la ciudadanía fue bastante más tardía: el sufragio libre, sin restricciones, se logró en Gran Bretaña en 1884, en Alemania en 1871, en Austria en 1907, en Suecia en 1909, en Bélgica en 1919; es decir, en un claro contraste con la trayectoria de Estados Unidos, cuando ya la revolución industrial se había producido y el proletariado moderno era una fuerza social con una presencia significativa.

Extrayendo las consecuencias de este contraste cobró forma una explicación alternativa a la propuesta por Sombart. Su proposición principal sostiene que en Estados Unidos la extensión temprana de la ciudadanía canceló la posibilidad de que se desarrollara un movimiento político en torno de una identidad obrera. En posesión de los mismos derechos políticos que los miembros de las otras clases sociales, los trabajadores estadounidenses se vieron privados de una experiencia crucial: la de una exclusión política que podría haberlos llevado a reunirse y fusionarse como clase políticamente diferenciada.

Cuando más tarde, a fines del siglo XIX, quedaron expuestos a los rigores del capitalismo industrial, se delineó una fractura entre los obreros como trabajadores y los obreros como ciudadanos: los conflictos que se hicieron visibles en el ámbito de la producción, motorizados por su capacidad de presión económica, no tuvieron su contrapartida en los conflictos de los que participaban en la vida política. Cada una de las esferas de la experiencia obrera se desarrolló encapsulada en sí misma, con su propio vocabulario y sus propias expresiones institucionales.

En términos generales, el escenario típico de los países europeos facilitó, por el contrario, las condiciones para que los trabajadores pudieran articularse en un bloque cohesivo y vertebrado en su identidad de clase debido a la mayor transparencia de los conflictos en el terreno económico y en la vida política. Más específicamente, esa identidad de clase, por sobre las diferencias ocupacionales de los trabajadores, se forjó sobre todo en el marco de las luchas cívicas que libraron en el viejo continente por el derecho al voto en el filo del siglo XX, incluso con el recurso a huelgas generales, como ocurrió en Austria (1896 y 1905), Bélgica (1902 y 1913) y Suecia (1902). En ellas, las corrientes socialistas dieron sus primeros pasos como organizaciones de masas. Un episodio emblemático en ese itinerario fue la ilegalización de la acción política y gremial de los socialistas en Alemania entre 1878 y 1890; al cabo de ese período, el Partido Socialdemócrata emergió con una más amplia base electoral y, en una estrecha relación con los sindicatos, convertido en el paradigma del movimiento obrero socialista. Este patrón no fue, en verdad, el único en la

formación de una acción política de clase; el ejemplo inglés ilustró una secuencia diferente.

En Inglaterra, el surgimiento del proletariado urbano como fuerza social y su organización en sindicatos tuvo lugar en el ámbito de un sistema político más abierto, en el cual la existencia del Partido Liberal ofreció una oportuna correa de transmisión a sus demandas y fue recompensado por un sostenido respaldo electoral de los trabajadores.<sup>6</sup> La alianza que se estableció en esas circunstancias entre los sindicatos y los liberales puso una barrera a diversas iniciativas tendientes a la creación de un partido obrero autónomo. Esa barrera se levantó abruptamente cuando el Parlamento inglés condicionó el ejercicio del derecho de huelga en 1901: el clima de agitación obrera que siguió a esa medida convergió luego en la fundación del Partido Laborista por los sindicatos y, con él, a la formal trasposición del conflicto de clase en la escena política.

El corolario que se desprende del examen de estas dos trayectorias históricas—dejando de lado la singularidad que presenta el caso de Australia— podría sintetizarse en estos términos: allí adonde la movilización social de los trabajadores se produce en un sistema político que ya los reconoce como ciudadanos, tenderán a organizarse, en el plano económico, en sindicatos; en cambio, cuando el sistema político limita sus aspiraciones democráticas elementales como fuerza social, se verán forzados a dar un paso más y a organizarse también en el plano político, en partidos de clase. En el primer desenlace estamos en presencia de un movimiento obrero y se corresponde con el caso de Estados Unidos; en el segundo, lo que tenemos es un movi-

miento obrero socialista, como el que se formó por diversos caminos en los países de Europa. Ésta es, en apretada síntesis, la clave interpretativa que, tomando distancia de la hipótesis “más materialista” de Sombart, arrojó una primera luz sobre “la excepción estadounidense”.

Decimos que arrojó una primera luz porque el efecto de la temprana ampliación del sufragio universal no se tradujo solamente en la menor centralidad del clivaje de clase en las actitudes y los comportamientos políticos de los trabajadores. Su verdadero y complementario impacto consistió en el hecho de que los dos grandes partidos que competían por el predominio electoral, el Republicano y el Demócrata, lograron conquistar el voto de sectores importantes de los estratos bajos. En estas circunstancias, cuando en Estados Unidos por la iniciativa de políticos e intelectuales, como en otros países, surgió una oferta socialista, ésta debió competir por el respaldo de trabajadores que ya habían desarrollado lealtades partidarias previas. En esa competencia, su convocatoria fue, a su vez, neutralizada por la capacidad del sistema partidario existente, sobre todo el Partido Demócrata, para absorber en su universo político policlasista las demandas provenientes del mundo del trabajo. En definitiva, fue una experiencia obrera que, con “los mártires de Chicago”, aportó el 1 de mayo al calendario de los trabajadores del mundo pero mostró ser escasamente acogedora a la acción proselitista de los partidarios del socialismo.

**II.** Para introducir ahora nuestro tema nos parece oportuno hacerlo con José Aricó, que compartió con Juan Carlos Portantiero una larga amistad y comunidad de ideales. En su ensayo *La hipóte-*

*sis de Justo*, Aricó se preguntó por qué el PS no logró, ni aun en sus momentos de máxima expansión, movilizar a todo o por lo menos a la gran parte del movimiento obrero argentino antes de la emergencia del peronismo.<sup>7</sup> El interrogante remitía al formulado en su momento por Sombart y explícitamente aludía al caso del socialismo en Estados Unidos. Ambas experiencias constituían, a su juicio, pruebas flagrantes del pecado de simplificación que se comete al hacer depender exclusivamente del crecimiento del capitalismo el desarrollo de un socialismo obrero moderno. La pista que siguió Aricó en la búsqueda de respuestas a la cuestión planteada estuvo centrada en el plano de las ideas. A través del análisis del pensamiento de Juan B. Justo, la principal figura teórica y política del socialismo argentino, concluyó que fueron sus limitaciones, tributarias de una visión iluminista del cambio social, las que obstaculizaron la fluida comunicación de las consignas socialistas con la experiencia obrera. Las limitaciones de su pensamiento, agregó asimismo Aricó, eran también las de la propia realidad de su tiempo: una Argentina en la que, contra las previsiones de Justo, la modernidad capitalista y la consecuente oposición de clases no lograban convertirse en el eje dominante de la vida política. Esta referencia a las condiciones históricas que rodearon a la convocatoria socialista delinea el marco de la clave interpretativa que quisiéramos explorar para dar cuenta de su limitado éxito: los efectos del proceso de democratización del sistema político.

Al respecto, comencemos por destacar que, a primera vista, la trayectoria de la Argentina se acerca bastante a la de Estados Unidos. Aunque hubo expe-

riencias parciales previas, la primera ley de elecciones nacionales fue sancionada en 1857 y establecía que todos los varones nativos tenían derecho al voto sin restricción alguna en cuanto al alfabetismo o la propiedad. Para los parámetros que estamos utilizando, se trató de una democratización temprana. En efecto, en el universo social cubierto por el sufragio no se había generalizado todavía la figura del trabajador característico de la modernidad capitalista; ésta recién empezaría a ganar relevancia unos veinte años más tarde, a partir de las sucesivas olas de inmigrantes europeos atraídos por la pujanza de la nueva economía agroexportadora.

La concesión del derecho al voto no comportó, en rigor, una real apertura del sistema político. Según las disposiciones de la ley, los padrones en los que la inscripción era voluntaria estaban en manos de los gobiernos locales y el votante debía dar a conocer en forma pública sus preferencias. En estas condiciones, los comicios se desarrollaron viciados por el fraude y la violencia. La competencia electoral servía, en los hechos, para que las facciones de la elite dirigente dirimieran sus disputas por el acceso y el control del poder político; mientras tanto, las demandas de la población se expresaban sobre todo fuera de las urnas por medio de marchas en las calles, movilizaciones colectivas, asambleas y mítines.<sup>8</sup> Para completar el cuadro, destaquemos que la manipulación de las elecciones no fue el único mecanismo de resolución de conflictos dentro de la elite; la movilización armada fue otro. El desenlace de uno de esos episodios, la revolución de 1890, habría de tener más tarde hondas repercusiones para la sustentación del *orden conservador*: frustra-

do el alzamiento cívico-militar, se produjo un desprendimiento de la elite dirigente que cerró filas en torno de la impugnación de las reglas de juego y, con la creación posterior de la Unión Cívica Radical (UCR), contribuyó progresivamente a cambiar los términos que hasta entonces habían organizado la vida política del país.

Las demandas de la UCR en favor de las garantías al ejercicio del sufragio colocaron en el centro de la agenda pública la transformación de una democracia virtual en una efectiva democracia representativa. La trayectoria de la Argentina, que ubicamos próxima a la de Estados Unidos ya que cualquier ciudadano podía, en principio, votar, se desplazó así idealmente al escenario en que se libraron las luchas cívicas en los países europeos a fines del siglo XIX. Decimos que ése fue un desplazamiento ideal porque, si bien el clivaje institucional con eje en los derechos ciudadanos devino aquí y allá en el principal punto de agregación política, el liderazgo fue claramente diferente en ambos casos: en Europa lo proveyeron los partidos socialistas con raíces en el mundo del trabajo; en nuestro país, la UCR respondía al perfil de un partido liberal y popular que aglutinaba a figuras disidentes de la elite, sectores de las clases medias en expansión y estratos bajos de la población. El gran ausente en la hora de la democratización política fue el proletariado moderno, por ser mayoritariamente extranjero y porque sus miembros más activos estaban bajo la influencia de ideologías antipolíticas, como el anarquismo y el sindicalismo revolucionario.

Retomaremos más adelante la cuestión de la cisura entre luchas obreras y luchas cívicas. Previamente, correspon-

de destacar los dos desarrollos políticos que pautaron el proceso que condujo a la ampliación del sistema político. El primero concierne al itinerario de la UCR. A lo largo de los veinte años que siguieron a su creación como partido en 1892, la movilización de la UCR fue adquiriendo el perfil de un “partido antisistema”, combinando los intentos insurreccionales con el abstencionismo electoral. Vista de cerca, fue una movilización que, si bien alteró sólo parcialmente el clima de atonía ciudadana que rodeaba a los comicios, con el paso del tiempo les aseguró a sus promotores, y en particular al liderazgo emergente de Hipólito Yrigoyen, las credenciales políticas para explotar en su beneficio la transición a la democracia. Ésta se produjo por obra del segundo de los desarrollos políticos a que aludimos: la decisión del núcleo reformista de la elite dirigente de abrir las compuertas del sistema político para dar una salida a la presión de los focos disidentes con el fin de hacer más gobernable un país al que la modernidad capitalista había sumado la irrupción de la protesta obrera. Los propósitos de la iniciativa, plasmada en la ley electoral de 1912, son conocidos: por un lado, prevenir el fraude con el voto secreto y el padrón militar, y, por el otro, estimular la participación con la obligatoriedad del sufragio y la elección por lista incompleta, con representación de las minorías.

A estas alturas del proceso de democratización, llegó el turno de incluir al PS. Fundado en 1895 y con un radio de influencia circunscripto principalmente a la ciudad de Buenos Aires, muy temprano puso distancia de las concepciones antipolíticas dominantes en el mundo del trabajo y se dio un programa de reformas sociales. Para abogar por ellas,

sus dirigentes tomaron una decisión estratégica: concurrir a las elecciones. En la visión del PS, los ideales del socialismo en la Argentina tenían por delante una larga marcha hasta que la modernización capitalista se desplegara plenamente e hiciera emerger, corriendo el velo de viejas prácticas políticas y sociales, el conflicto de clases. Con esa creencia en el curso evolutivo de la historia, los socialistas vieron las tribunas electorales como plataformas que podían ser aprovechadas para difundir su mensaje y llamar a los trabajadores inmigrantes a que se nacionalizaran y engrosaran sus filas. No obstante sus críticas a los usos y las costumbres políticas de la época, el PS escogió, pues, actuar dentro de las reglas de juego, mientras que la UCR se inclinaba por la abstención militante. Llegado el momento, se comprende que el presidente Roque Sáenz Peña haya buscado que Yrigoyen desistiera de su oposición intransigente, involucrándolo en la discusión de la reforma electoral, y que los socialistas quedasen fuera de los acuerdos que llevaron a la apertura del sistema político.<sup>9</sup> Democratización y socialismo recorrieron, así, trayectorias si no opuestas por lo menos diferentes.

Si avanzamos hacia el momento decisivo de la transición a la democracia, sabemos cuál fue su culminación: el colapso de la operación transformista diseñada por la elite dirigente. El intento por legitimar un régimen político esencialmente oligárquico no sobrevivió al test de la primera elección presidencial realizada bajo las nuevas reglas de juego. En 1916 la UCR, que debía ocupar el tercio que la ley reservaba a la representación de las minorías de acuerdo al confiado cálculo del libreto reformista, reunió los apoyos necesarios para alzar-

se con la victoria y colocar a Yrigoyen en el timón del gobierno. Este resultado ubicó a la Argentina en un casillero aparte en los procesos de democratización vía reforma, cuyo rasgo común es asegurar a quienes promueven el cambio el control de la apertura del sistema político.<sup>10</sup> Aquí, entretanto, el giro inesperado en el comportamiento del electorado condujo a su sustitución por el ascenso político de un nuevo núcleo dirigente.

**III.** Hemos presentado esta visión de la trayectoria seguida por el proceso de democratización política con el propósito de delimitar el contexto histórico dentro del que jugó su suerte la propuesta política del PS. Para iniciar el análisis de su impacto, señalemos que, si el desenlace de la reforma electoral sorprendió a las fuerzas conservadoras, dentro del partido de Juan B. Justo se tradujo en una dura constatación: con el liderazgo de Yrigoyen, la UCR comenzó a incursionar con creciente fortuna en las filas de los trabajadores urbanos sobre las que los dirigentes socialistas concentraban sus esfuerzos y a las que consideraban su baluarte natural. En un plano estrictamente político, éste fue un corolario previsible del trámite impreso a la apertura del sistema político: al hacer de la reincorporación del radicalismo a la lucha comicial la piedra de toque del éxito de la reforma electoral, la elite dirigente revalidó ante los electores potenciales las credenciales que el partido de Yrigoyen había acumulado como opositor intransigente del orden conservador y campeón de las libertades políticas.<sup>11</sup> En el momento de emitir un juicio sobre el régimen oligárquico, no sorprende que sectores importantes de los trabajadores con derecho al voto lo

hayan ejercido dando su apoyo a los candidatos de la UCR.

La división del voto obrero entre el socialismo y el radicalismo evoca, a la distancia, lo que ya advertimos al considerar “la excepción estadounidense”. La convocatoria del PS no tuvo por delante tampoco aquí unos trabajadores políticamente vírgenes sino que debió lidiar con la gravitación de tradiciones y adhesiones forjadas a lo largo del proceso de democratización. En un plano más general, ese estado de cosas puso de manifiesto que, en paralelo a la escisión de clase sobre la que giraba la acción proselitista del socialismo, otra escisión constituía un eje rival, aquella que dividía la competencia electoral en términos no clasistas y oponía “la causa” versus “el régimen”, de acuerdo con la retórica que galvanizaba a las tribunas de los partidarios de Yrigoyen.

¿Cómo se dirimió esa puja? Si toda convocatoria electoral consiste en proponer un principio de división de la escena política, ¿cuál de los dos en pugna fue más eficaz para reagrupar la voluntad política de los trabajadores? Para saberlo, el puesto de observación más adecuado es la ciudad de Buenos Aires: allí el socialismo tenía el grueso de sus afiliados y cosechó sus primeros logros electorales; también allí fue adonde se confrontó con la competencia tenaz que le plantearon los radicales. Según los cálculos disponibles, al ampliarse las fronteras del sistema político, bastante más de la mitad de los electores registrados en el padrón porteño se reclutaba entre los sectores asalariados.<sup>12</sup> Éste era un ámbito muy diverso, que reunía típicamente a obreros fabriles, trabajadores de servicios públicos, jornaleros, artesanos, peones semirrurales, empleados de comercio y administra-

tivos. Por su importancia numérica, el comportamiento de este electorado tuvo ciertamente una influencia de primer orden sobre el resultado de los comicios. Haciendo un balance de las doce elecciones de diputados realizadas en el distrito entre 1912 y 1930, en las que fue notorio el abrupto eclipse de los conservadores, verificamos que la UCR se impuso en siete oportunidades mientras que el PS lo hizo en cuatro; la victoria restante, en la crucial elección de 1930, correspondió al Partido Socialista Independiente, un desprendimiento del PS hacia el centro político. En lo que más nos importa, los análisis electorales han indicado que el voto socialista fue, con pocas excepciones, sobre todo un voto obrero pero que, al mismo tiempo, no todos los votos obreros fueron en favor del PS.<sup>13</sup> La razón ya la anticipamos y es que, a través de los años, los radicales lograron retener e incluso ampliar sus adhesiones en el heterogéneo mundo del trabajo. Retomando el interrogante que formulamos se podría concluir que, en el contexto de la época, no tuvo una respuesta unívoca porque el universo político de los trabajadores estuvo definido por la fluida coexistencia de una dimensión de oposición de clase y de una dimensión de integración política.

Si estas circunstancias, en el plano de las orientaciones obreras, pusieron límites a la penetración de la propuesta socialista, no fueron menores los obstáculos que impuso el cambio de guardia en la conducción del Estado provocado por el desenlace de la sucesión presidencial en 1916. Con la instalación de Yrigoyen en el gobierno se produjo una separación más neta entre poder económico y poder político, esto es, entre los grandes empresarios del campo y las finanzas que con-

ducían la modernización capitalista del país y la elite dirigente alternativa en cuyas manos había recaído, por obra del sufragio, la autoridad política. Este desdoblamiento del poder introdujo una nueva complicación a la hipótesis de base de la propuesta socialista: la existencia de una correspondencia directa entre intereses económicos y acción política. Hemos sugerido que esa correspondencia fue menos nítida y rotunda entre los trabajadores, destacando que no todos decidieron su voto a partir de su situación de clase. Señalemos ahora que algo parecido ocurrió asimismo en el vértice del poder en aquel terreno que nos interesa: una vez en el gobierno, el radicalismo se desarrolló en la gestión de la protesta social con un margen de autonomía frente al poder económico.

En ocasión de las huelgas en el puerto y los ferrocarriles en 1916 y 1917, Yrigoyen abrió las puertas de su residencia al diálogo con los huelguistas, se negó a utilizar la policía o el ejército para reprimir y forzó a las empresas a aceptar el arbitraje estatal. Esta postura conciliadora no fue, es verdad, uniforme, pero de todos modos le permitió al líder del radicalismo sobrellevar sin altos costos políticos episodios de represión como la Semana Trágica. Que el gobierno radical no era un reaseguro para el poder económico quedó de manifiesto por el debut en las calles de Buenos Aires, en el verano de 1919, de las bandas armadas de rompehuelgas de la Asociación del Trabajo, que tomó a su cargo la defensa de los intereses patronales. Terminado el conflicto, desde los círculos radicales se promovió un conjunto de proyectos de legislación laboral que, por un lado, otorgaban un reconocimiento legal a los sindicatos y creaban el marco

de las negociaciones colectivas y, por el otro, establecían controles para evitar el desborde de los elementos más radicalizados de la protesta social. Este intento por extraer las relaciones obrero-patronales de la esfera del mercado no logró tratamiento legislativo; la misma suerte corrió el código de trabajo propuesto en 1921. Sin el sostén de las instituciones, Yrigoyen se embarcó en un ejercicio en primera persona de la mediación que, si bien buscó sus razones en la preservación de “la armonía social” como meta de la incipiente democracia, no estuvo exento tampoco de los cálculos electorales que imponía esa misma democracia: ganar los votos suficientes para disputar el distrito porteño a los socialistas.<sup>14</sup>

Ese ejercicio de mediación desde las alturas encontró un eco favorable en la corriente dominante del movimiento obrero, el sindicalismo. Críticos de la vía parlamentaria escogida por el socialismo y de vuelta de las frustraciones de la acción directa de signo anarquista, los dirigentes sindicalistas dieron prioridad a la lucha reivindicativa en el lugar de trabajo, sin renunciar a su retórica revolucionaria. Con el tiempo, lograron la conducción de los principales gremios de la época, los portuarios y los ferroviarios, y en esa condición ya los vimos envueltos en un diálogo con el líder del radicalismo. Para unos militantes obreros formados en la tradición de la antipolítica, el ascenso de los radicales al gobierno implicó toda una novedad. Con Yrigoyen en la presidencia, el Estado dejó de aparecer como un organismo garante de los intereses del capital y, por definición, hostil a las demandas obreras. En lugar de esa imagen, que había nutrido en el pasado su resistencia a las iniciativas de origen estatal, lo que tenían frente a sí

era un terreno relativamente neutral sobre el que capitalistas y trabajadores podían librar sus luchas sin que el desenlace estuviera fijado de antemano. Dicho brevemente, era un Estado corregido por la competencia democrática. En este contexto de acceso indirecto a los poderes públicos, los dirigentes sindicalistas abandonaron su postura antipolítica y se movilizaron para obtener a través del gobierno lo que no podían o les era más difícil conseguir en la esfera del mercado. Que no siempre lo lograran, que la UCR en el gobierno cediera más de una vez a las presiones del mundo de los negocios, no canceló el efecto de la nueva configuración del poder surgida de la democratización sobre la relación entre conflictos sociales y conflictos políticos. En la Argentina de Yrigoyen no se asistió al espectáculo de una clase obrera homogénea y una clase dirigente unificada enfrentadas en forma directa en el terreno económico y la escena política, como postulaba la perspectiva ideal que sostenía a la convocatoria socialista.

Las consecuencias de esa nueva configuración del poder se hicieron visibles también en el ámbito de las lealtades obreras. Para observarlas, reconstruyamos brevemente el sistema de intercambios anudado entre el gobierno radical y los principales jefes sindicales. La apertura de Yrigoyen a las demandas de los trabajadores no llegó hasta la decisión de avanzar dentro del movimiento obrero para organizar sindicatos afines. Por su parte, los dirigentes sindicalistas, al tiempo que buscaron pragmáticamente la mediación estatal, se declararon prescindentes en las disputas entre los partidos en nombre de la fidelidad a sus objetivos revolucionarios. Cobró forma,

entonces, una trama de mutuas conveniencias que tornó más ardua aún la penetración de las consignas del socialismo: de un lado, el gobierno radical procuró consolidar la conducción sindicalista en los gremios como un freno a la influencia socialista y, del otro, la conducción sindicalista supo administrar su prescindencia política de modo tal que no excluyera apoyar a un líder de partido dispuesto a secundarla en detrimento de sus rivales.<sup>15</sup> En una rápida recorrida por la campaña electoral de 1928, que condujo a Yrigoyen de nuevo a la presidencia, se puede advertir que en numerosas seccionales de la Unión Ferroviaria se formaron comisiones de propaganda y reclutamiento en respaldo de su candidatura.<sup>16</sup> Esta evidencia incidental está de todos modos en línea con lo que surge de los análisis electorales: el progresivo incremento del aporte obrero al caudal de votos del radicalismo durante los años 20.<sup>17</sup>

En el marco de esa evolución de los comportamientos electorales, hubo un motivo adicional de decepción en los partidarios de Juan B. Justo. Por años habían tratado de convencer, sin demasiado éxito, a los trabajadores nacidos en el extranjero para que se nacionalizaran y votaran a sus candidatos. Cuando la demografía acudió en su auxilio y el padrón de Buenos Aires se multiplicó por dos, entre 1916 y 1928, por la afluencia de los hijos de los inmigrantes, constataron que los nuevos electores tendían a votar proporcionalmente más por el radicalismo que por su propio partido. Las causas más inmediatas de ese mejor desempeño radical no eran, entendemos, difíciles de identificar: el aumento sostenido de los salarios bajo los gobiernos radicales, la sanción de diversas medidas de protec-

ción social (desde la ampliación de los beneficios jubilatorios hasta el control de los alquileres, pasando por el régimen de salario mínimo para los empleados públicos) y, por último, la contribución de los viejos y probados mecanismos del clientelismo político. Esta referencia, por demás sucinta, a los resultados de la gestión de los radicales en el gobierno desde el punto de vista de los trabajadores completa lo que indicamos a propósito del nuevo trato de la cuestión social y nos sugiere otro paralelo con la clave interpretativa de “la excepción estadounidense”: también aquí la capacidad de un partido policlasista en el poder de absorber las demandas obreras redujo el espacio disponible para que fructificara y echara raíces la convocatoria de una oferta socialista.

**IV.** Resumiendo el cuadro de situación que hemos esbozado, tenemos, pues, que, compitiendo con los sindicalistas en el terreno de las luchas gremiales y con los radicales en los comicios, los socialistas no lograron encuadrar bajo sus ideales a la mayor parte del mundo del trabajo. Dicho esto, es momento de introducir en la ecuación el papel que les cupo a los dirigentes del partido de Juan B. Justo. Quienes se ocuparon del tema han coincidido en destacar que se caracterizaron por el dogmatismo ideológico, el sectarismo político, la arrogante negligencia de las cuestiones sindicales en beneficio del trabajo parlamentario. Esos rasgos del liderazgo socialista conspiraron, sin duda, contra el éxito de su empresa política, esto es verdad. Pero a nuestro juicio la respuesta a la pregunta ¿por qué no hubo un fuerte movimiento obrero socialista en la Argentina? debería buscarse más

bien en otra dirección, en las modalidades que revistió y en los efectos que produjo la democratización del sistema político. Es que las peculiaridades de ese proceso histórico opusieron límites bastante formidables a la puesta en acto de la teoría y la práctica del socialismo.

Esos límites se condensaron en un hecho principal: la discontinuidad entre los conflictos políticos y la confrontación entre trabajadores y capitalistas. Entre uno y otro campo de la acción colectiva no hubo una clara superposición de los antagonismos. En ese marco, los principios de identificación, discurso y organización en el ámbito del trabajo y fuera de él tuvieron una articulación diferente. Las conductas de clase visibles en el terreno económico mostraron una débil contrapartida en el plano político, y esto llevó a una mayoría de los trabajadores urbanos, de un lado, a movilizarse dentro de los sindicatos bajo la conducción de líderes obreros y, del otro, a adherir a un movimiento político democrático popular. Los dos componentes de la experiencia obrera, la dimensión de oposición de clase y la dimensión de integración política, coexistieron, así, disociados, sin llegar a fusionarse. Esa matriz original, forjada en la coyuntura crítica de la democratización, generó identidades que la hicieron perdurar en el tiempo; más tarde, en los años 40, otra coyuntura crítica, centrada en las vicisitudes ya no de la ciudadanía política sino de la ciudadanía social de los trabajadores, puso en marcha un proceso político cuya trayectoria aportó nuevas razones para la inexistencia de un fuerte movimiento obrero socialista.

## Notas

<sup>1</sup> A. Kriegel, *Le Pain et les roses. Jalons pour une histoire des socialismes*, París, Presses Universitaires de France, 1968.

<sup>2</sup> W. Sombart, *Why Is There No Socialism in the United States*, Londres, MacMillan, 1976.

<sup>3</sup> Véase J.H.M. Laslett y S.M. Lipset (eds.), *Failure of a Dream? Essays in the History of American Socialism*, Nueva York, Doubleday, 1974; S.M. Lipset y G. Marks, *It Didn't Happen Here. Why Socialism Failed in the United States*, Nueva York, Norton, 2000.

<sup>4</sup> Véase M. Davis, “Why the US Working Class is Different”, *New Left Review*, N° 123, septiembre-octubre de 1980.

<sup>5</sup> Véase J. Karabel, “The Failure of American Socialism Reconsidered”, *The Socialist Register*, N° 18, Londres, 1979.

<sup>6</sup> Véase G.M. Luebbert, *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerra*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997.

<sup>7</sup> J. Aricó, *La hipótesis de Justo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

<sup>8</sup> Véanse H. Sabato, *La política en las calles*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998; S. Sigal, *La Plaza de Mayo. Una crónica*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2006.

<sup>9</sup> Véase J. Adelman, “El Partido Socialista Argentino”, en M. Lobato (comp.), *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, tomo III.

<sup>10</sup> Véanse S.J. Valenzuela, *Democratización vía reforma. La expansión del sufragio en Chile*, Buenos Aires, IDES, 1985; R. Dahl, *Polyarchy, Participation and Opposition*, New Haven, Yale University Press, 1971, cap. 3.

<sup>11</sup> Véase T. Halperín Donghi, “Estudio preliminar”, en *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 1999.

<sup>12</sup> Véase R.J. Walter, *The Socialist Party in Argentina, 1890-1930*, Austin, University of Texas Press, 1977, Appendix.

<sup>13</sup> Véase D. Canton y J.R. Jorrot, *Elecciones en la ciudad, 1892-2001*, t. II, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2001.

<sup>14</sup> Véanse D. Rock, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1992; R. Falcón, “Políticas laborales y relación gobierno-sindicatos en el gobierno de H. Yrigoyen (1916-1933)”, en J. Suriano, *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena, 2000.

<sup>15</sup> Véase H. del Campo, *Sindicalismo y peronismo*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2005.

<sup>16</sup> Véase D. Rock, *El radicalismo...*

<sup>17</sup> Véase D. Canton y J.R. Jorrot, *Elecciones en la ciudad...*

## Reseñas

---



Gabriela Águila

*Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976-1983*  
*Un estudio sobre la represión y los comportamientos y*  
*actitudes sociales en dictadura*

Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, 363 pp.

**E**l libro de Gabriela Águila, resultado de la reelaboración de su tesis de doctorado, es una obra de singular importancia para el conocimiento y la comprensión del período de la última dictadura militar argentina. No sólo se trata del primer libro de envergadura en el que se desarrolla un estudio intensivo del despliegue de la dictadura en una escala regional, sino que resulta uno de los primeros en abordar, de modo inteligente y sumamente documentado, el fenómeno dictatorial desde la perspectiva de la historia social. En efecto, se trata de un texto que busca dar cuenta tanto de la faz represiva del régimen establecido en 1976 cuanto de las actitudes sociales durante aquel período, logrando evitar caer en simplificaciones y afirmaciones unilaterales, gracias a un análisis fundado en una compleja trama teórica derivada en gran parte de la historiografía sobre los fascismos europeos de la primera mitad del siglo XX.

La investigación de Gabriela Águila se basó en un conjunto amplio y diverso de fuentes. Junto a la prensa y las publicaciones periódicas, los documentos oficiales y los registros burocráticos, fueron empleadas causas y expedientes judiciales iniciados en 1984, en particular la llamada “Causa Feced”, así como una diversidad de testimonios orales.

El libro se organiza en dos grandes partes. La primera de ellas está dedicada al estudio de los mecanismos de la represión, y en los siete capítulos que la integran se consideran los roles de víctimas, ejecutores y testigos, según la trilogía tornada clásica a partir de la obra de Raúl Hilberg. A partir del empleo como fuentes de expedientes judiciales, la autora da cuenta de las modalidades de la represión en Rosario y el sur de la provincia de Santa Fe, incluyendo un análisis del rol y las características de los principales responsables de la represión directa. A la vez, el texto advierte que, más allá de la amplia extensión del epíteto de *subversivo* —que involucraba a buena parte de la militancia social y trascendía en mucho a los miembros de las organizaciones revolucionarias armadas—, las fuerzas represivas tenían un conocimiento certero de las características de esas organizaciones, merced a la tarea de los servicios de inteligencia policiales y militares. La continuidad de las tareas de inteligencia —que en alguno de los casos relevados por la autora se remontan a fines de la década de 1960— obliga a reconsiderar las dimensiones temporales de la represión, y al menos a matizar la oposición entre dictadura y democracia como marco analítico para la consideración de los complejos fenómenos de la historia reciente argentina.

Basándose en la única fuente disponible —el testimonio de los sobrevivientes, relevados directamente o recogidos en expedientes judiciales o por la labor de la CONADEP—, la autora analiza la terrible experiencia de los prisioneros en los campos de detención, dedicando un capítulo particular al caso de las mujeres y los niños detenidos, y otro al controvertido problema de los detenidos que colaboraron con las fuerzas represivas. La primera parte se cierra con un capítulo dedicado a los “testigos” de secuestros o asesinatos y vecinos de campos clandestinos de detención. Aunque basado en testimonios a posteriori —ya que, como señala la autora, no existen relatos contemporáneos de testigos—, el capítulo muestra el relativo y fragmentario grado de conocimiento social de las modalidades represivas y el peso en las memorias de unos acontecimientos que no podían sino alterar la normalidad de la vida cotidiana.

La segunda parte del libro, titulada “Dictadura y sociedad”, es el resultado de la indagación acerca de los modos en que el terror alcanzó expresiones públicas y de los correlatos a nivel social de las estrategias desplegadas por el régimen militar, dando cuenta así de los diversos comportamientos de sectores de la sociedad rosarina entre 1976 y 1983. Así, el texto recorre las características de la represión en los ámbitos laborales, educativos y de sociabilidad; y la información aparecida en la prensa sobre el accionar de las fuerzas policiales o militares en la “guerra antisubversiva”, de modo de dar cuenta del conocimiento relativamente amplio de estas facetas públicas de las distintas modalidades represivas. Al respecto, se postula la hipótesis de que, más allá de los intentos

de manipulación de la opinión pública por parte de las fuerzas militares y policiales, existió en amplios sectores de la población la disposición a asumir los estereotipos difundidos por el régimen, generando conductas que favorecieron el accionar represivo —como las denuncias de personas consideradas sospechosas— o que al menos contribuían a deteriorar los lazos de solidaridad preexistentes.

Más allá de las conductas individuales, Gabriela Águila muestra el marcado apoyo de las entidades empresariales, la prensa y el Arzobispado de Rosario al régimen militar, al que se sumaron organizaciones —como la Liga de la Decencia— que encontraban en el autoritarismo del régimen un apoyo cerrado para sus campañas pretendidamente moralizadoras. La presencia de civiles de distintas orientaciones políticas en los gabinetes municipales encabezados por el capitán Augusto Cristiani hasta 1981 y la asunción del cargo de intendente municipal por el demócrata progresista Alberto Natale en ese año muestran el compromiso de parte de la civilidad con el régimen dictatorial, tanto como el sostenido apoyo de las vecinales rosarinas a estas gestiones municipales *de facto*.

Gabriela Águila también da cuenta de las ocasiones en que se produjeron muy grandes concentraciones populares, en las que los participantes asistieron voluntariamente, ante las visitas del general Jorge Rafael Videla a Rosario. Aun ponderando la multiplicidad de causas que puedan haber motivado la masiva participación en esas ocasiones, la autora no deja de interrogarse acerca de la posibilidad de considerarlas manifestaciones de un efímero e inestable consenso activo de una parte importante de la población.

En contraste, el último capítulo del libro reseña las múltiples formas de resistencia social y política a la dictadura, que se incrementó notablemente a partir de 1981 para expandirse de modo significativo tras la guerra de las Malvinas.

En síntesis, *Dictadura, represión y sociedad en Rosario* presenta un completo y reflexivo panorama sobre el accionar represivo y los efectos sociales del terror en esa ciudad, contribuyendo a la complejización del fenómeno dictatorial y a la renovación de las preguntas que posibiliten la apertura de nuevas vías inter-

pretativas. Como plantea su autora, se trata de una investigación centrada en un ámbito local específico que se propone explorar procesos que si bien tuvieron alcance y relevancia nacional, se expresaron diferencialmente en ámbitos regionalmente definidos. Con ello, este texto contribuye a la construcción de una historia del período dictatorial en la Argentina tan atento a las peculiaridades regionales cuanto a las implicancias sociales del accionar del régimen militar.

Daniel Lvovich  
UNGS-CONICET



Leandro Losada

*La alta sociedad en la Buenos Aires de la belle époque*

Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2008, 445 pp.

Leandro Losada se propone en este libro estudiar la conformación y la recreación sociocultural de la alta clase social de Buenos Aires entre 1880 y 1930. Se trata de una cuestión necesaria por su centralidad para la historiografía argentina y por ser uno de los temas que se ha prestado a los mayores malentendidos. En efecto, el mito de una oligarquía con un amplio y casi absoluto dominio económico, social y político ha formado parte durante años de las más diversas y heterogéneas interpretaciones de la historia académica y de un

cierto sentido común, de usos y alcances muy variados.

Lejos de los facilismos al uso, el ensayo de Losada entronca por una parte con una serie de trabajos clásicos (José Luis Romero, Gino Germani, Dario Canton, José Luis de Imaz) y, por otra, con investigaciones recientes más específicas (Pilar González Bernaldo, Eduardo Zimmerman, Paula Alonso, Roy Hora) que desde la historia y la sociología han cuestionado, al menos parcialmente, aquella interpretación sin fisuras. Sin embargo, generalmente tales trabajos

han abordado la cuestión de una manera sólo colateral, debido a que estaban pensados más bien para ofrecer claves socio-culturales de la sociedad como un todo o para auscultar la evolución económica, la del Estado o la del sistema político. De ahí la pertinencia de esta obra, que aborda de manera específica las características y el papel de la clase alta porteña en su período de apogeo.

Se trata de un trabajo ambicioso, basado en una documentación y una bibliografía exhaustivas, que se destaca, entre otras cosas, por el uso inteligente y equilibrado que hace de memorias, cartas, biografías y apuntes de viaje, tanto de conspicuos miembros de la elite porteña —como los Senillosa— como de viajeros foráneos cuyos juicios y descripciones matizan, junto a los comentarios de la prensa local, la opinión que la alta sociedad porteña tenía de sí misma.

El afán por superar el parroquialismo es otro rasgo interesante. Su propuesta es sobre todo comparativa, y la mirada que ofrece es directa en algunos casos, pero indirecta y sutil en la mayoría. Comparaban los contemporáneos y compara también el autor en un juego muy sugestivo de revisión, al observar rasgos de los modelos inglés y francés, los que se intentaba emular entonces y, sobre todo, del estadounidense, el que más luz brinda al respecto. Pero fundamentalmente se compara con otros países del entorno latinoamericano, Brasil y Chile, con respecto a los cuales el caso argentino presenta un notable y sugerente contraste. Se trata de un tipo de análisis al que se han acercado historiadores como Jeffrey Needell cuya impronta se nota, saludablemente, en este trabajo.

A lo largo de los siete capítulos que componen el libro se va desgranando el

problema central: describir e interpretar el proceso de construcción o, más precisamente, de autoconstrucción social y cultural, de la clase alta porteña como un sector social cosmopolita, exclusivo y refinado, según el modelo europeo. Se trata de la historia de un tipo específico de “afán civilizatorio” por un lado y de clausura social, “conversión oligárquica”, por otro, que puede ser observada, según como se mire, como un éxito, un fracaso o un éxito parcial que prefiguraba futuros fracasos, como vaticinaron algunos lúcidos observadores contemporáneos. A dar respuesta a este intríngulis dedica el autor los mayores esfuerzos.

A partir de enfatizar, tal vez con un poco de exceso, la porosidad de las elites de la sociedad criolla tradicional, se describe el proceso de creciente fusión entre tres sectores clave, que culminaría hacia los años 80. Una elite de importantes propietarios que hunde sus raíces en el período colonial, relacionada de una manera desigual con los campos económico y sociocultural y, obviamente, con distintas trayectorias, como los Alvear y los Mitre; un grupo de inmigrantes europeos enriquecidos de forma bastante acelerada en el período inmediatamente posterior a la independencia. Finalmente un tercer sector, compuesto por familias de dilatada trayectoria y arraigo local en el interior del país, que consolida su posición en la cúspide social, sobre todo a partir de la renovación política y del elenco dirigente que tuvo lugar con el roquismo y con Miguel Juárez Celman.

Llegados a este punto y para dar más realce al proceso de cambio sociocultural, tal vez hubiera sido útil enfatizar bastante más la especificidad y el papel intersticial que jugó el que podría ser

considerado un cuarto grupo. Nos referimos al formado por inmigrantes exitosos, en general profesionales, incorporados —ellos o a veces sus hijos— a la cúspide social, como Pellegrini, Wilde, Cárcano, Herrera Vegas y Ayerza, entre otros.

El desafío de educarse a sí misma y liberarse de los rasgos tradicionales que asumió la alta sociedad de Buenos Aires fue inmenso y su puesta en práctica no estuvo exenta de tensiones, dado que la cuestión fue contradictoria. El dilema de la clásica novela de Giuseppe Tomassi di Lampedusa se hace presente también aquí, aunque en un contexto de progreso la vocación de autotransformación fue bien evidente, sobre todo en los momentos más tempranos. La perspectiva historiográfica que se utiliza para captar un fenómeno con tantos matices es sutil y profunda, sin embargo el esquema teórico subyacente la constriñe un poco. La apelación por momentos a una mirada dicotómica clásica —sociedad tradicional-simple, sociedad moderna-compleja y diversificada— le impide de alguna manera extraer todas las conclusiones posibles de ese rico y complejo imbricamiento múltiple entre tradición y modernidad. ¿Fue tan moderna, sobre todo en términos culturales, la modernización?, ¿incluso una tan explosiva como la que tuvo lugar en Buenos Aires?

Una vez fusionada la nueva alta sociedad, y reorientado su estilo de vida, se pasó al establecimiento de fronteras cada vez más nítidas que aminoraran el riesgo propio de la interacción con extraños indeseables, proceso apuntalado por cambios en la estructura misma de la ciudad y de su equipamiento urbano. El proceso es descrito como paulatino y sinuoso, y como una de las res-

puestas posibles a los desafíos planteados por los cambios estructurales de la sociedad en su conjunto. Sus síntomas más evidentes fueron el cierre matrimonial, el aumento de la endogamia, la rigidez, el exclusivismo y, sobre todo, el hecho de que en la ciudad cosmopolita el parentesco pasó a adquirir mayor capital simbólico que en la sociedad criolla. También lo fueron el cambio de sentido tanto de los rituales sociales, colectivos y privados, como de los ámbitos en que éstos se desplegaron. Sin embargo, la descripción general que se hace del proceso presenta algunas omisiones y debilidades que la colocan en tensión con aspectos de la argumentación general del libro. Al colocarse el énfasis más que nada en los ritos sociales, en los eventos de la sociabilidad y en los ámbitos de reunión, se soslayan otros aspectos de índole cultural (como el papel de la clase alta en ateneos y academias, por su parte plenos de rituales), lo que en cierta medida dificulta un avance más preciso del análisis del papel específico, y decisivo, que tuvieron sus intelectuales en la definición y en las estrategias de la alta sociedad, hecho por otra parte considerado como muy importante por el autor en los capítulos finales. Si esto no fue así, ¿por que citar entonces como un hecho relevante para el declive de la alta sociedad y para el proceso más amplio de transformación social a la Reforma Universitaria?

Losada pone el dedo en la llaga al preguntarse si ese proceso de clausura fue en realidad un síntoma de fortaleza o de debilidad. En efecto, por un lado puede decirse que clausura quien puede, lo que implica un claro y característico ejercicio de poder, pero lo que aquí queda en cuestión en realidad es la capacidad

hegemónica de la alta sociedad de Buenos Aires, que entra en paulatino declive a partir del mismo momento de su consolidación en la *belle époque*. Se trata de una paradoja clásica: una vez alcanzada la cúspide, sólo se puede decaer. Habría otra alternativa: mantenerse a costa de cesiones, precisamente lo que, según el autor, la alta sociedad porteña en formación había hecho a lo largo del siglo XIX. Pero se trata de un camino que el núcleo cerrado en que se había convertido la alta clase social de Buenos Aires no parecía ansioso por recorrer. Pero como muy bien señala el autor en el capítulo “Eclipse del mundo aristocrático” y en las Conclusiones, no se trató sólo de realizar o proponer cesiones. El proceso de aislamiento y de pérdida de centralidad fue muy complejo y si bien dependió de las estrategias propias, que terminaron desdibujándolo, también lo fue del movimiento y la lógica propia que con fuerza creciente comenzaron a desplegar los “otros” en una sociedad, y en un mundo, en rápida transformación.

Una breve cuestión final. Este comentarista está de acuerdo en términos generales con el uso preferente que se hace del término “alta sociedad” para describir a los sectores socioeconómicos más encumbrados de Buenos Aires.

También lo está con el énfasis que se pone en una definición de tipo histórico del término, que ayuda a resaltar la importancia del estilo de vida y la heterogeneidad interna en la conformación de ese grupo como actor colectivo. Sin embargo, sin pretender entrar en un inútil debate nominalista, cree también que la argumentación utilizada para desestimar la aplicación del término “clase” a ese colectivo social parte de un análisis un tanto esquemático de ese concepto, casi una caricatura, cuando desde Raymond Williams y Edward P. Thompson en adelante (y de esto hace ya mucho tiempo) se han realizado importantes incursiones teóricas e historiográficas que han otorgado al término un fuerte contenido cultural.

Para concluir, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la belle époque* es un muy buen libro de historia, minucioso, complejo y pleno de matices. Es por tanto de obligada lectura para todos aquellos que pretenden conocer en profundidad los avatares del entramado social y cultural de la Argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Ricardo González-Leandri  
Instituto de Historia, Centro de  
Ciencias Humanas y Sociales  
CSIC-Madrid

Sandra Gayol

## *Honor y duelo en la Argentina moderna*

Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2008, pp. 284

**E**n la Argentina moderna, una afrenta al honor personal podía derivar en un duelo clásico, un combate supervisado por padrinos que reparaba y ponía fin a una controversia entre varones. Tal es el tema que explora, en un libro elegantemente narrado, Sandra Gayol. Por una parte, esta historiadora se interroga sobre la relevancia y los significados del honor, mientras que indaga, por otra parte, las razones de la vertiginosa difusión del duelo de caballeros en las últimas décadas del siglo XIX y su repentino ocaso hacia 1920. La abundancia y la riqueza de la documentación analizada ofrecen en sí mismas una prueba irrefutable de la centralidad que las cuestiones de honor masculino alcanzaron en la cosmopolita Buenos Aires de ese período. Recuperar el interés historiográfico en esta problemática confinada al terreno anecdótico, tomando en cuenta las perspectivas de la historia cultural, constituye uno de los principales méritos de este libro. Otro de sus aportes sustantivos radica en articular una interpretación convincente sobre los sentidos atribuidos al honor y al duelo de caballeros en la Argentina moderna. La autora sostiene que el honor “republicano” y “moderno” constituyó un “referente valorativo común” entre los habitantes de esta gran ciudad, más allá de sus diferencias sociales o nacionales. El peculiar modo de repararlo —a través de un combate por medio de las armas rigurosa-

mente pautado— ilustra el valor de una práctica que le permitió a una elite en formación diferenciarse, establecer jerarquías y construir liderazgos; una práctica capaz de asegurarle simultáneamente visibilidad y distanciamiento frente al conjunto de la sociedad.

Descifrar cómo, por qué motivos y quiénes vieron afectada su reputación son los interrogantes que despejan los tres primeros capítulos de este libro. El primero de ellos reconoce el papel de la prensa en la creación de una comunidad de sentido en torno al valor del honor individual. Por definición, los conflictos interpersonales que afectaban la honra no podían quedar confinados al terreno privado. Construir la reputación masculina exigió de un público, lo cual obligaba a ventilar los incidentes en solicitudes o cartas publicadas en secciones fácilmente identificables para los lectores de los diarios con mayor circulación del país. Todo hombre educado, conocedor de las reglas mínimas de este género y decidido a dar a conocer su identidad, podía apelar a este recurso en la defensa de su honra. He aquí, según explica la autora, el carácter republicano del honor. Claro que no cualquier ofensa motivaba un intercambio epistolar ni era objeto de preocupación periódica; importaban los contenidos y las formas. Precisamente, el segundo capítulo describe las calumnias y las injurias que suscitaban desinteligencias



entre varones. El menú de ofensas estaba integrado por gestos descorteses, agresiones físicas acotadas y fundamentalmente palabras injuriosas. Una cuantificación de las injurias verbales le permite a Gayol revelar el peso de la ética capitalista en la definición del honor masculino y su especificidad en la Argentina moderna. Se trataba de una sociedad que asignaba un valor positivo a la propiedad y la riqueza logradas sobre la base del esfuerzo, de la capacidad, de un saber y trabajo reconocidos. La acumulación mal habida e injustificada disparaba una de las ofensas más comunes del período: corrupción y robo. Otra dimensión de la individualidad masculina apreciada era la valentía, entendida como la integridad para sostener un compromiso o una posición, razón por la cual la segunda acusación más común era la de cobarde. Lo interesante de ese mundo de “caballeros de papel”, como lo califica la autora, es que las cuestiones de mujeres o familiares ocuparon un lugar modesto en el conjunto de expresiones injuriosas. A esta serie de rasgos que hacían al carácter “moderno” del honor se sumó el peso de la reputación personal en la legitimación del poder político. El tercer capítulo demuestra que en un sistema político donde las lealtades personales primaban sobre los principios y los partidos, las cuestiones de honor formaban parte de la trayectoria de un dirigente. Sobre la base de una honorable reputación, un político podía reclamar la representación de sus conciudadanos y el manejo de la administración pública. No casualmente la injuria política devino, como bien lo explica la autora, en un ingrediente fundamental de la “gramática del combate político” en la Argentina moderna.

Los seis capítulos restantes de la obra se concentran en el análisis del duelo de caballeros. La evolución en el largo plazo de esta práctica, los requisitos para integrar la comunidad de due-listas y el aprendizaje de las puntillosas reglas de este ritual se examinan en el cuarto capítulo. El interés de los hallazgos merece subrayarse. Si los duelos se sucedieron durante casi un siglo, su mayor densidad se ubicó entre la década de 1890 y el Centenario. Según la autora, el auge de este “impulso caballeresco” se comprende en el contexto de los cambios de una sociedad en vertiginoso crecimiento. Sostiene que “la recomposición y la sustancial transformación económica, pero también cultural, que las clases altas porteñas experimentaron en el último tercio del siglo XIX fueron el escenario en que se desplegó el duelo y fue lo que permitió que se convirtiera en un símbolo de pertenencia a las elites en proceso de reconfiguración” (109). Para esto, como lo analiza el quinto capítulo, el duelo debió adquirir signos inequívocos de su carácter civilizatorio. Según Gayol, el duelo “de caballeros” gradualmente se diferenció de los duelos populares por la singularidad de su ritual y por el modo en que se lo concibió y representó socialmente. El sexto capítulo aborda ese paulatino distanciamiento de otras formas de violencia interpersonal urbanas gracias al reconocimiento y la distinción que la prensa y la política le asignaron al duelo, así como el prestigio internacional que adquiriría una práctica concebida como un pasaporte para integrarse a la cultura de los países europeos. Clarificados los mecanismos a través de los cuales se prestigia el duelo, el capítulo séptimo se ocupa de los principales desafíos políticos, de sus contendientes y

las razones de sus enfrentamientos, de la función de este ritual e incluso de sus límites en la política urbana de fines del siglo XIX.

Si la autora logra articular una explicación sofisticada de la visibilidad del duelo en la Argentina moderna, esto se debe a que explora no sólo la propia transformación cultural de las elites sino también la acción estatal. Junto a las funciones y los significados que esta práctica adquirió para una elite en formación, su predominancia se logró además gracias a la permisividad del propio Estado nacional frente a una “moda” que cuestionaba su capacidad para ejercer el monopolio de la violencia y la ley. El capítulo octavo explora estas ambivalencias en los discursos de los especialistas del derecho y la actitud de las autoridades en los controles y la penalización de esta práctica. Particularmente reveladora resulta la cristalización de las diferencias en las penas que la legislación y la praxis judicial asignaron al duelo de caballeros y al duelo popular, inscribiendo al primero en los “delitos contra el honor”, mientras que se definía a los últimos como “riñas”, “lesiones” u “homicidios”. Finalmente, el último capítulo dilucida las múltiples razones que condenaron al duelo a los márgenes del espacio social y político hacia 1920. A esto concurren eventos internacionales críticos —la Primera Guerra Mundial que trastocó el heroísmo masculino e hizo empalidecer el arrojo del duelo de caballeros— como transformaciones nacionales, relacionadas con la democratización de los años 20. Entre estas últimas se incluye la expansión de la escuela pública, que inculcó el valor de la identidad colectiva nacional en vez de la exaltación de la reputación individual; la difusión

del deporte y la educación física, que estimularon nuevos ideales de coraje e intrepidez varonil, y la consolidación de partidos políticos organizados que junto a la profesionalización de la administración desplazaron al individuo del centro de la escena política.

Por su perspectiva, metodología de análisis y problemática, este libro constituye, sin duda, una referencia insoslayable en el campo de la historia cultural. Igualmente, dado que la autora sitúa su indagación sobre el honor y la práctica del duelo en el marco de los debates de historia social y política sobre las elites locales, esta obra resulta imprescindible para los especialistas en historia de la Argentina moderna. Como es sabido, en los últimos años se ha revisado la caracterización tradicional de las clases dominantes, entendidas como una oligarquía consistente y homogénea, asentada en su sólido control de recursos económicos y del aparato estatal así como en su poder para liderar las manifestaciones de la vida cultural. Las nuevas investigaciones enfatizan la heterogeneidad de las elites y reconocen las complejas articulaciones entre el poder económico, político y cultural. Al reconstruir el proceso de reconfiguración cultural de las elites, este libro de Sandra Gayol aporta a esta tendencia historiográfica en tanto esclarece cómo los sectores dominantes conformaron una identidad propia, prestigiándose a partir de prácticas y consumos culturales específicos. Su estudio revela un universo cultural en construcción, diverso e inestable, cuya ostentación no lo eximía de la mirada recelosa, aunque tolerante, de los poderes públicos, los disensos y las objeciones de conciencia de algunos miembros de la propia aristocracia, o la condena de las izquierdas, espe-

cialmente los anarquistas. Que las elites contaban con recursos económicos y culturales para atribuirse el liderazgo social y político —en nombre, entre otras cosas, de su perfecto dominio del arte de duelar— lo demuestra bien la autora al documentar la espectacularidad de la sala de armas del Jockey Club, la creciente demanda de maestros de esgrima o la amplia circulación de los principales manuales de duelo publicados en Europa. Lo interesante es que, al mismo tiempo, su libro descubre que esa obsesión caballeresca, ese afán por adquirir las maneras y los lenguajes de la “alta cultura”, para tomar la frase de Miguel Cané, en buena medida evidenciaba una elite acechada por una sociedad móvil y tenazmente republicana.

Cabe destacar, asimismo, que este libro convierte las disputas por el honor individual y los duelos de caballeros en un punto de observación privilegiado para visualizar aspectos poco explorados de la política en tiempos de la república oligárquica. Este estudio se suma a una creciente literatura que ha enriquecido nuestra comprensión sobre los modos de acción política, el funcionamiento del sistema electoral y los desafíos que enfrentó la elite para mantener la hegemonía gubernamental. Como lo demuestra la autora, un hombre arriesgaba su liderazgo y su capital político si desoía acusaciones injuriosas, mientras que, por el contrario, un compromiso sostenido con estos trámites —al punto de batirse a duelo— mejoraba credenciales y reportaba réditos políticos. Las afrentas a la reputación personal formaban parte de la política cotidiana y las tensiones personales se imbricaban con las luchas facciosas e ideológicas. Mientras la cúspide de los duelos se alcanzó durante la con-

vulsiónada década de 1890, la autora encuentra que no casualmente el florecer de desafíos seguía de cerca los ritmos del calendario electoral. En suma, al comprender estas controversias a partir del utillaje mental de los propios protagonistas, Sandra Gayol descubre que sobre el laborioso cuidado de la reputación personal se fundaban carreras políticas y selegitimaban dirigencias, a la par que logra explicar por qué líderes que resolvían conflictos políticos mediante duelos no creían afectar, de esta manera, el orden político.

Además de convertirse en una referencia obligada para los especialistas en historia cultural y de las elites en la Argentina moderna, este libro cautivará la atención de quienes se interesan por la cultura popular y los estudios de género. Como lo aclara la introducción, “esta investigación no incluye a todos los hombres y excluye a todas las mujeres” (17). No obstante, según lo reitera Gayol en varios pasajes del libro, esta peculiar cosmovisión del honor masculino trascendió las divisiones sociales, puesto que la valoración de la reputación personal propia de las elites fue compartida por los sectores populares, lo que de hecho facilitó los intercambios simbólicos entre ambos. Si bien Gayol detecta diferencias en los significados que estos sectores sociales atribuyen al honor, entiende que éstas “son de grado y de énfasis no de naturaleza” (95). En este sentido, no sólo reafirma interpretaciones que respecto del honor popular postuló en su primer libro sino que sugiere una línea de indagación sobre la sociabilidad y la cultura de los trabajadores de fines del siglo XIX que merecerá profundizarse. En especial, porque aunque la existencia de coincidencias en

el ideal de honorabilidad masculina entre las elites y los sectores populares resulta convincente, cabe advertir que esta comunidad de sentido se ha definido a partir de prácticas desplegadas en contextos donde los varones —independientemente de su experiencia social— concebían y defendían su honor en situación de paridad, esto es, frente a sujetos a los que consideraban sus iguales y en ámbitos que posibilitaban un enfrentamiento simétrico, fuera un duelo criollo o un duelo de caballeros. Lo que ha quedado pendiente, en consecuencia, es establecer qué ocurría cuando la reputación masculina debía ser pensada, construida y salvada en situaciones de poder asimétricas, como las que experimentaban cotidianamente los sectores populares en el mundo del trabajo. Por cierto, este libro servirá de orientación necesaria para indagar estas temáticas, contribuyendo así a ampliar la agenda de investigación sobre la cultura popular en la Argentina moderna.

Por último, esta obra se contará entre los estudios pioneros dedicados a la masculinidad en la historiografía local. Buena parte de los títulos de la literatura citada por la autora explicitan la relación entre honor y virilidad; género y reputación; masculinidad, honra y violencias. Sandra Gayol recorre estas líneas de indagación definiendo, gracias a su análisis de la cultura del honor y el duelo, el conjunto de virtudes que debían formar parte del inventario personal de todo hombre: el coraje combinado con la sangre fría, una elegante destreza, la integridad personal propia de un individuo razonable y capaz. El duelo atraía no sólo por su concepción individualista sino por su contenido

sexual, en tanto símbolo de una masculinidad consciente de sí misma. Si bien es cierto que este tipo de estudios necesariamente excluye a las mujeres, puede que sea fructífero profundizar en qué medida las concepciones sociales sobre la diferencia sexual contribuyeron a estructurar y desestructurar ese código del honor y del duelo en la Argentina moderna. Si ese ideal de honor y la práctica del duelo fueron consustanciales a la masculinidad y exigían como contracara necesaria la representación de la mujer como dependiente, cabe preguntarse en qué medida el reconocimiento de la individualidad para los sujetos femeninos y los reclamos de las libertades civiles y políticas para las mujeres a principios del siglo XX minaron las condiciones que sostenían esa concepción masculina del honor público. Así como la teoría feminista ha reconocido el valor relacional del concepto de género para superar los desaciertos de una historia de la mujer erróneamente circunscripta al análisis de la feminidad, cabría esta misma sugerencia al avanzar, en el futuro, sobre la reconstrucción de las concepciones sociales de las identidades masculinas y sus cambios a través del tiempo.

En síntesis, *Honor y duelo en la Argentina moderna* nos persuade sobre los aportes de los enfoques y problemáticas de una historia cultural bien practicada. Es una obra atractiva, provocativa y valiosa, pues al mismo tiempo que invita a la lectura exige una reflexión pormenorizada y logra suscitar interrogantes incluso más allá de su propio campo de especialización.

Silvana A. Palermo  
(UNGS)



## sumario

Revertir la vergüenza y revelar el género de la memoria <i>Temma Kaplan</i> Traducción de Alejandra Vasallo	4
Desde los feminismos: Patty Chang <i>Sagrario Aznar</i>	23
El parto filosófico y las genealogías femeninas <i>Alicia Mabel Campagnoli</i>	29
Vida cotidiana y género en la colonia ruso-alemana de Puiggari (Entre Ríos). Aportes desde la <i>time geography</i> <i>Fabián Claudio Flores</i>	39
<i>Las Chicas Superpoderosas</i> . Azúcar, flores y muchos colores: ingredientes para una renovada imagen conservadora del "poder" femenino <i>Márgara Averbach</i>	54
"Tender puentes", entrevista a Isabel Morant <i>Adriana Valobra</i>	65
	<i>Debates</i> 72
Aborto: actualizaciones en torno a la situación legal en la Argentina". Ana Domínguez Mon (coordinadora)	
Una asignatura pendiente <i>Mabel Gabarra</i>	74
El aborto en Argentina hoy <i>Graciela Rosso</i>	78
Apuntes sobre el estado del debate social de los derechos sexuales y reproductivos en la Argentina <i>Ana González</i>	84
	Reseñas 91





# ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA  
AÑO XVII - NÚMERO 34 - FINES DE 2008



**Artículos:** Tim Mason recuperado: política social en el Tercer Reich / Los festejos por el fin de la Segunda Guerra en la provincia de Buenos Aires / Los límites difusos entre la represión legal y la clandestina durante la última dictadura militar / La naturalización de la maternidad y el desvío de la norma / Educación e idioma en la comunidad argentino-irlandesa / Las masas católicas en la dictadura / Estado autoritario y diversidad cultural en el Brasil de los años 40 / Recordando a José Szabón

**Escriben:** Tarcus / Bisso / Garaño / Lida / Palermo / Paz Trueba / Duarte / López / Mason

## ARTÍCULOS

La liberación de París y el fin de la Segunda Guerra Mundial con ojos bonaerenses

Los *cabellones de la muerte* de la Unidad 9 de La Plata. Los límites difusos entre la represión legal y la clandestina

Las masas católicas en los años de la dictadura, 1976-1982

La educación y el idioma como marcadores de etnicidad en la comunidad argentino-irlandesa de Buenos Aires

La naturalización de la maternidad y los desvíos de la norma en el centro y sur bonaerense a fines del siglo XIX

## LECTURAS

La identidad nacional en debate: Estado autoritario y diversidad cultural en el Brasil de los años 40

## GALERÍA DE TEXTOS

Clase obrera y oposición al nazismo. Una introducción a la obra de Tim Mason (1940-1990)

Epílogo a *Política social en el Tercer Reich*

# ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA  
AÑO XVII - NÚMERO 33 - COMIENZOS DE 2008



**Artículos:** Buenos Aires y el mercado de arte italiano / El noviazgo entre los jóvenes porteños / Imaginarios sobre la salud en los territorios nacionales / Los grupos hegemónicos del Chaco y la construcción de la identidad étnica / Scalabrini Ortiz en *La Nación*.

**Entrevistas:** Gelatelly y Fritzsche

**Archivo:** Sobre el archivo histórico de la Biblioteca Nacional

**Escriben:** Tarcus / Bisso / Garaño / Lida / Palermo / Paz Trueba / Duarte / López / Mason

## ARTÍCULOS

Buenos Aires y el mercado del arte italiano en los comienzos del siglo XX

Cambios y continuidades en el cortejo y el noviazgo entre los jóvenes porteños (1950-1970)

Imaginarios y derroteros de la salud en los Territorios Nacionales (fines del XIX y principios del XX)

La construcción de memorias visuales e identidades étnicas desde los grupos hegemónicos chaqueños

Raúl Scalabrini Ortiz en *La Nación*, 1929

## ENTREVISTA

A Robert Gelatelly y Peter Fritzsche

## LECTURAS

De cómo las escuelas de primeras letras se transformaron en escuelas primarias en la campaña de Buenos Aires

## ARCHIVOS

Sobre archivo histórico Biblioteca Nacional

# ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA  
AÑO XVI - NÚMERO 32 - FINES DE 2007



**Dossier:** Nuevos temas e interrogantes sobre el anarquismo: amor y sexualidad / conflictos internos / anarquismo y criollismo / el arte en *Ideas y Figuras* / Rafael Barret / sobre el poder libertario.

**Artículos:** Estado y partido en el gobierno de Domingo Mercante / La Liga Patriótica y sus redes asociativas en Mendoza durante los años 20

**DOSSIER:** Nuevos temas e interrogantes sobre el anarquismo

Notas en torno a la vida y la obra de Rafael Barrett

Conflictos internos en el anarquismo argentino en los años 20

Anarquismo, criollismo y literatura

Amor y sexualidad en las publicaciones anarquistas

Notas sobre la militancia anarquista en Rosario

El arte anarquista en *Ideas y Figuras*

El anarquismo y el poder

## ARTÍCULOS

El gobierno de Mercante en la provincia de Buenos Aires

Liga Patriótica Argentina en Mendoza

# ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA  
AÑO XVI - NÚMERO 31 - COMIENZOS DE 2007



**Dossier:** Las elites argentinas entre 1850 y 1910. El primer peronismo y las clases medias: de las ilusiones al resentimiento / El Círculo Médico Argentino y la configuración del pensamiento médico / Las colecciones fotográficas del Acervo Histórico de la Facultad de Ciencias Naturales

**Escritores:** Paz / Bragori / Herrera / Gayol / Losada / Castro / Adamovsky / Scusa / Kelly / Martínez / Gardes

## DOSSIER

Un linaje de notables del interior argentino en el proceso de unificación política: los Civit de Mendoza

Redes de parentesco, azúcar y poder: la elite azucarera tucumana en la segunda mitad del siglo XIX

“Exigir y dar satisfacción: un privilegio de las elites finiseculares”

La alta sociedad y la política en la Buenos Aires del 900: la sociabilidad distinguida durante el orden conservador (1880-1916)

Liberados de su “Bastilla”: saenzpeñismo, reformismo electoral y fragmentación de la elite política en torno al Centenario

## ARTÍCULOS

El peronismo y la “clase media”: de las ilusiones al resentimiento, 1944-1955

El Círculo Médico Argentino y su papel en la configuración del pensamiento médico clínico. Buenos Aires 1875-1883

## ARCHIVOS

Las colecciones fotográficas del Acervo Histórico de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata

### **Nota para los autores y colaboradores**

Los trabajos con pedido de publicación deben enviarse a Cuenca 1449 (1416), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Los trabajos correspondientes a la sección “Artículos” deben ser originales y serán evaluados por árbitros externos, mientras las reseñas y las notas de la sección “Lecturas” serán sometidas a la evaluación de los miembros del Consejo de Redacción.

Los autores deberán observar las siguientes recomendaciones:

- a) Deberán enviarse dos copias impresas y un disquete.
- b) La extensión de los trabajos correspondientes a la sección “Artículos” no debe exceder los 65 mil caracteres incluidos los espacios en blanco, las citas y notas bibliográficas.
- c) Las citas y notas bibliográficas deben ubicarse de la siguiente manera: 1) nombre y apellido del autor; 2) título de la obra en cursiva (en caso de citarse artículo, éste irá entrecomillado y escribiendo en cursiva la publicación en donde fue incluido); 3) lugar de edición; 4) fecha.
- d) Los artículos deben ir precedidos de un resumen en castellano y otro en inglés que no debe ser menor de cien palabras ni mayor de ciento cincuenta.